Victor Hugo

Los Miserables

Tomo IV
El idilio de la calle Plumet y la epopeya de la calle Saint-Denis

Los miserables, una de las obras más célebres del siglo XIX, narra las vidas y las relaciones de una multitud de personajes durante un periodo de veinte años, mientras reflexiona sobre la naturaleza del bien y el mal, la historia de Francia, la arquitectura de París, la política, la ley, la ética, la justicia, la religión, las clases sociales y la naturaleza del amor romántico y familiar. Novela de luces y tinieblas, de caídas y revueltas, *Los miserables* posee la modernidad de las grandes obras de la literatura universal y es considerada como una defensa de los oprimidos en cualquier tiempo y lugar.

En esta cuarta parte, aparecida el 30 de junio de 1862, encontramos a Jean Valjean viviendo con Cosette en la calle Plumet. Mientras Marius sueña e intenta localizar a su esquivo ángel, una revolución se prepara en las calles de París…

Victor Hugo

Los miserables

Tomo IV - El idilio de la calle Plumet y la epopeya de la calle Saint-Denis

ePub r1.2

jugaor 05.03.18

Título original: *Les Misérables*

Victor Hugo, 30 de junio de 1862

Traducción: Aurora Alemany (1978, 1999)

Notas: Luis Echávarri

Diseño de cubierta: orhi

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]

Agradecimiento especial: DaDa, Fénix, Ninguno, Piolín y Yorik

ePub base r1.2

CUARTA PARTE

El idilio de la calle Plumet y la epopeya de la calle Saint-Denis

LIBRO PRIMERO

Algunas páginas de historia

I

Bien cortado

1831 y 1832, los dos años que se relacionan inmediatamente con la Revolución de Julio, constituyen uno de los momentos más particulares y sorprendentes de la historia. Estos dos años, en medio de los que los preceden y los siguen, son como dos montañas. Tienen la grandeza revolucionaria. En ellos se distinguen precipicios. Las masas sociales, las bases mismas de la civilización, el sólido grupo de los intereses superpuestos y adherentes, los perfiles seculares de la antigua formación francesa aparecen y desaparecen a cada instante, a través de las nubes tempestuosas de los sistemas, de las pasiones y de las teorías. Tales apariciones y desapariciones han sido llamadas la resistencia y el movimiento. A intervalos, se ve brillar la verdad en ellos, la luz del alma humana.

Esa notable época, bastante circunscrita, empieza a alejarse también bastante de nosotros para que podamos captar en el presente las líneas principales.

Vamos a intentarlo.

La Restauración había sido una de las fases intermedias difíciles de definir, en la que intervienen la fatiga, los zumbidos, las murmuraciones, el sueño, el tumulto, y que no representa sino la llegada de una gran nación a una etapa. Estas épocas son singulares y engañan a los políticos que quieren explotarlas. Al principio, la nación no pide más que descanso, no tiene más sed que la paz, no posee otra ambición que ser pequeña, lo cual se traduce en el hecho de permanecer tranquila. Los grandes sucesos, las grandes casualidades, las grandes aventuras, los grandes hombres, a Dios gracias, ya lo hemos visto bastante, la nación tiene bastante de ellos. Daría a César por Prusias[1] y a Napoleón por el rey de Yvetot. «¡Qué buen reyecito era aquél!»[2]. Se ha andado desde el amanecer, y se ha llegado a la tarde de una larga y ruda jornada; se ha hecho el primer relevo con Mirabeau, el segundo con Robespierre, el tercero con Bonaparte; están todos agotados. Todos piden un lecho.

Las abnegaciones cansadas, los heroísmos envejecidos, las ambiciones saciadas, las fortunas hechas, buscan, reclaman, imploran, solicitan, ¿qué? Un albergue. Lo tienen. Toman posesión de la paz, de la tranquilidad, del asueto; helos aquí contentos. Entretanto, al mismo tiempo, surgen ciertos hechos, se

dan a conocer y llaman a la puerta. Tales hechos han salido de las revoluciones y de las guerras, están, viven, tienen derecho a instalarse en la sociedad y se instalan en ella; y la mayor parte del tiempo los hechos son mariscales de las moradas y aposentadores que no hacen más que preparar el alojamiento a los principios.

Entonces, he aquí lo que se aparece a los filósofos políticos:

Al mismo tiempo que los hombres fatigados solicitan el reposo, los hechos cumplidos piden garantías. Las garantías para los hechos o, lo que es lo mismo, el descanso para los hombres.

Es lo que Inglaterra pedía a los Estuardo después del Protector[3]; es lo que Francia pedía a los Borbones después del Imperio.

Estas garantías son una necesidad del tiempo. Es preciso concederlas. Los príncipes las «otorgan», pero en realidad es la fuerza de las cosas quien las da. Verdad profunda y útil de saber, que los Estuardo no sospecharon en 1660 y que los Borbones ni siquiera entrevieron en 1814.

La familia predestinada, que regresó a Francia cuando Napoleón se desplomó, tuvo la fatal simplicidad de creer que era ella la que daba, y que lo que había dado lo podía recobrar; que la casa de Borbón poseía el derecho divino, que Francia no poseía nada; y que el derecho político concedido en la Carta de Luis XVIII no era otra cosa que una rama del derecho divino, separada por la casa de Borbón y ofrecida graciosamente al pueblo hasta el día en que al rey le placiera recobrarla. Sin embargo, por el desagrado que le producía la donación, la casa de Borbón hubiera debido comprender que no procedía de ella.

Fue agresiva para el siglo XIX. Puso mala cara a cada despliegue de la nación. Para servirnos de la palabra vital, es decir, popular y verdadera, mostró su disgusto y el pueblo lo vio.

Creyó que tenía la fuerza, porque el Imperio había sido arrastrado ante ella como un bastidor de teatro. No se dio cuenta de que ella misma había sido arrastrada de idéntico modo. No vio que estaba en la misma mano que había sacado a Napoleón de allí.

Creyó que tenía raíces porque era el pasado. Se engañaba; formaba parte del pasado, pero todo el pasado era Francia. Las raíces de la sociedad francesa no se hallan en los Borbones, sino en la nación. Estas oscuras y vivas raíces no constituyen el derecho de una familia, sino la historia de un pueblo.

Estaban en todas partes, excepto en el trono.

La casa de Borbón era para Francia el nudo ilustre y sangriento de su historia, pero no constituía ya el elemento principal de su destino y la base necesaria de su política. Se podía pasar sin Borbones; se había pasado sin ellos durante veintidós años; había habido una solución de continuidad; ellos no lo sospechaban. ¿Y cómo iban a sospecharlo si se figuraban que Luis XVII reinaba en el 9 Termidor y que Luis XVIII reinaba el día de Marengo? Nunca desde los orígenes de la historia los príncipes habían permanecido tan ciegos en presencia de los hechos y de la porción de autoridad divina que los hechos contienen y promulgan. Nunca esta pretensión de aquí abajo, que se llama el derecho de los reyes, había negado hasta tal punto el derecho de lo alto.

Error capital, que llevó a esta familia a echar mano de las garantías «otorgadas» en 1814, de las concesiones, como las calificaba. ¡Cosa triste! Lo que ella llamaba sus concesiones eran nuestras conquistas, lo que ella llamaba nuestras usurpaciones eran nuestros derechos.

Cuando le pareció llegada la hora, la Restauración, suponiéndose victoriosa sobre Bonaparte, y enraizada en el país, es decir, creyéndose fuerte y profunda, tomó bruscamente su partido, y arriesgó su golpe. Una mañana, se alzó ante Francia y, levantando la voz, negó el título colectivo y el título individual, la soberanía a la nación, la libertad al ciudadano. En otros términos, negó a la nación lo que la hacía nación y al ciudadano lo que le hacía ciudadano.

Ahí está el fondo de esos famosos actos que se llaman las Ordenanzas de Julio.

La Restauración cayó.

Cayó justamente. Sin embargo, digámoslo, no había sido absolutamente hostil a todas las formas del progreso. Se habían realizado grandes cosas estando ella al lado.

Bajo la Restauración, la nación se acostumbró a la discusión en la calma, lo que había faltado a la República, y a la grandeza en la paz, lo que le había faltado al Imperio. Francia libre y fuerte había constituido un espectáculo estimulante para los demás pueblos de Europa. La Revolución había tenido la palabra con Robespierre; el cañón había tenido la palabra con Bonaparte; fue con Luis XVIII y Carlos X cuando le llegó el turno a la inteligencia. El viento cesó, la antorcha volvió a encenderse. Sobre las cimas serenas viéronse temblar las puras luces del espíritu. Espectáculo magnífico, útil y encantador.

Se vieron trabajar durante quince años, en plena paz, en plena plaza pública, a esos grandes principios, tan viejos para el pensador, tan nuevos para el hombre de Estado: la igualdad ante la ley, la libertad de la conciencia, la libertad de la palabra, la libertad de prensa, la accesibilidad de todas las aptitudes a todas las funciones. Esto sucedió hasta 1830. Los Borbones fueron un instrumento de civilización que se quebró en manos de la Providencia.

La caída de los Borbones estuvo llena de grandeza, no por su parte, sino por parte de la nación. Abandonaron el trono con gravedad, pero sin autoridad; su descenso en la noche no fue una de esas desapariciones solemnes que dejan una sombría emoción a la historia; no fue ni la tranquilidad espectral de Carlos I ni el grito de águila de Napoleón. Se fueron, eso fue todo. Dejaron la corona y no conservaron aureola. Fueron dignos, pero no fueron augustos. Faltaron en cierta medida a la majestad de su desgracia. Carlos X, durante el viaje de Cherburgo[4], al hacer cortar una mesa redonda en forma cuadrada, pareció más preocupado por la etiqueta en peligro que por la monarquía que se desplomaba. Esta disminución entristeció a los hombres devotos que amaban a sus personas y a los hombres serios que honraban a su raza. El pueblo fue admirable. La nación, atacada una mañana a mano armada por una especie de insurrección real, se sintió con tanta fuerza que no experimentó cólera. Se defendió, se contuvo, volvió las cosas a su lugar, el Gobierno a la ley, los Borbones al exilio, ¡ay!, y se detuvo. Tomó al viejo rey Carlos X bajo aquel palio que había abrigado a Luis XIV y le dejó en el suelo suavemente. No tocó a las personas reales más que con tristeza y precaución. No fue un hombre, no fueron varios hombres, fue Francia, Francia entera, Francia victoriosa y ebria con su victoria, quien pareció recordar y puso en práctica a los ojos del mundo entero estas graves palabras de Guillaume du Vair después de la jornada de las barricadas: «Es fácil para aquellos que están acostumbrados a que les rocen los favores de los grandes y saltar, como un pájaro de rama en rama, de una escasa fortuna a una floreciente, mostrarse osados contra su príncipe y su adversidad; mas para mí la fortuna de mis reyes será siempre venerable, y principalmente la de los afligidos».

Los Borbones se llevaron el respeto, pero no el sentimiento. Como acabamos de expresar, su desgracia fue mayor que ellos.

La Revolución de Julio contó inmediatamente con amigos y enemigos en el mundo entero. Los primeros se precipitaron hacia ella con entusiasmo y alegría, los demás le volvieron la espalda, cada uno según su propia

naturaleza. Los príncipes de Europa, en el primer instante, búhos de aquel amanecer, cerraron los ojos, heridos y estupefactos, y no los volvieron a abrir sino para amenazar. Terror que se comprende, cólera que se perdona. Esta extraña revolución había sido apenas un choque; ni siquiera había hecho a la realeza vencida el honor de tratarla como a un enemigo y de verter su sangre. A los ojos de los gobiernos despóticos siempre interesados en que la libertad se calumnie a sí misma, la Revolución de Julio tuvo la equivocación de ser formidable y a la vez tranquila. Por lo demás, nada fue intentado ni maquinado contra ella. Los más descontentos, los más irritados, los más trémulos, la saludaban. Cualesquiera que sean nuestros egoísmos y nuestros rencores, un respeto misterioso se desprende de los acontecimientos en los cuales se siente la colaboración de alguien que trabaja por encima del hombre.

La Revolución de Julio es el triunfo del derecho derribando el hecho. Cosa llena de esplendor.

El derecho derribando el hecho. De ahí el estallido de la Revolución de 1830, de ahí también su mansedumbre. El derecho que triunfa no tiene necesidad alguna de ser violento.

El derecho es lo justo y lo verdadero.

Lo propio del derecho es permanecer eternamente hermoso y puro. El hecho, incluso el más necesario en apariencia, incluso el mejor aceptado por los contemporáneos, si no existe más que como hecho, si no contiene más que un poco de derecho, o no lo contiene en absoluto, está infaliblemente destinado a convertirse, con el tiempo, en deforme, inmundo, tal vez monstruoso. Si de una vez se quiere comprobar hasta qué grado de fealdad puede llegar el hecho, visto a la distancia de los siglos, que se mire a Maquiavelo. Maquiavelo no es un genio malvado, ni un demonio, ni un escritor cobarde y miserable; no es nada más que el hecho. Y no es solamente el hecho italiano, es el hecho europeo, el hecho del siglo XVI. Parece odioso, y lo es, en presencia de la idea moral del siglo XIX.

Esta lucha del derecho y del hecho dura desde el origen de las sociedades. Terminar el duelo, amalgamar la idea pura con la realidad humana, hacer penetrar pacíficamente el derecho en el hecho, y el hecho en el derecho, éste es el trabajo de los sabios.

II

Mal cosido

Pero otro es el trabajo de los sabios, otro es el trabajo de los habilidosos. La Revolución de 1830 se había detenido rápidamente.

Tan pronto como una Revolución se ha desviado, los habilidosos se aprovechan del fracaso.

Los habilidosos, en nuestro siglo, se han adjudicado a sí mismos la calificación de hombres de Estado; aunque tal expresión, «hombres de Estado», ha terminado por ser un poco una expresión de argot. En efecto, no se olvide que donde no hay más que habilidad hay necesariamente pequeñez. Decir los habilidosos equivale a decir los mediocres.

Así como decir los hombres de Estado equivale algunas veces a decir los traidores.

Si hay que creer, pues, en los habilidosos, las revoluciones, así como la Revolución de Julio, son arterias cortadas; es preciso una pronta ligadura. El derecho, proclamado demasiado alto, conmueve. Así, una vez afirmado el derecho, es preciso afirmar el Estado. La libertad asegurada, es preciso pensar en el porvenir.

En este punto los sabios no se separan aún de los habilidosos, pero empiezan a desafiarse. El poder, sea. Pero, primero, ¿qué es el poder?; segundo, ¿de dónde viene?

Los habilidosos parecen no entender la objeción murmurada y continúan su maniobra.

Según estos políticos, ingeniosos hasta poner a las ficciones aprovechables una máscara de necesidad, la primera necesidad de un pueblo después de una Revolución, cuando este pueblo forma parte de un continente monárquico, es procurarse una dinastía. De este modo, dicen ellos, puede haber paz después de la Revolución, es decir, el tiempo de vendar las heridas y de reparar las casas. La dinastía esconde los andamios y cubre la ambulancia.

En rigor, el primer hombre de genio, o incluso el primer hombre de fortuna, que aparezca basta para hacer de él un rey. En el primer caso, tenéis a Bonaparte, y en el segundo a Iturbide[5].

Pero con la primera familia llegada, no basta para hacer de ella una dinastía. Hay necesariamente una cierta cantidad de antigüedad en una raza, y la arruga de los siglos no se improvisa.

Si adoptamos el punto de vista de los «hombres de Estado», con todas las reservas, por supuesto, tras una Revolución, ¿cuáles son las cualidades del rey? Puede ser, y es útil que lo sea, revolucionario, es decir, participante con su persona en esta Revolución, que haya puesto la mano en ella, que esté comprometido o ilustrado en ella, que haya tocado su hacha o manejado su espada.

¿Cuáles son las cualidades de una dinastía? Debe ser nacional, es decir, revolucionaria a distancia, no por los actos cometidos, sino por las ideas aceptadas. Debe componerse de pasado y ser histórica, componerse de porvenir y ser simpática.

Todo esto explica por qué las primeras revoluciones se contentan con encontrar un hombre, Cromwell o Napoleón; y por qué las segundas quieren encontrar absolutamente una familia, la casa de Brunswick o la casa de Orleans.

Las casas reales se parecen a esas higueras de la India en las que cada rama, doblándose hasta la tierra, echa raíces en ella y se convierte en una higuera. Cada rama se puede convertir en una dinastía. Con la única condición de doblarse hasta el pueblo.

Tal es la teoría de los habilidosos.

He aquí, pues, el gran arte: hacer que un éxito suene un poco a catástrofe con el fin de que los que se aprovechan de él tiemblen también, sazonar de miedo un paso de hecho, aumentar la curva de la transición hasta la moderación del progreso, desazonar esta aurora, denunciar y suprimir las esperanzas del entusiasmo, cortar los ángulos y las uñas, acolchar el triunfo, arropar al derecho, envolver al gigante pueblo de franela y acostarlo rápidamente, imponer la dieta a tal exceso de salud, poner a Hércules en tratamiento de convalecencia, diluir el acontecimiento en el expediente, ofrecer a los espíritus alterados de ideal ese néctar añadido a la tisana, adoptar precauciones contra el exceso de éxito, dotar a la Revolución de una pantalla.

1830 practicó esta teoría, ya aplicada en Inglaterra en 1688.

1830 es una revolución detenida a la mitad. Mitad de progreso; casi derecho. La lógica ignora el poco más o menos; igual que el sol ignora la

vela.

¿Quién detiene las revoluciones en la mitad? La burguesía.

¿Por qué?

Porque la burguesía es el interés que ha llegado a la satisfacción. Ayer era el apetito, hoy es la plenitud y mañana será la saciedad.

El fenómeno de 1814, después de Napoleón, se reproduce en 1830, después de Carlos X.

Se ha querido equivocadamente hacer de la burguesía una clase. La burguesía es simplemente la porción satisfecha del pueblo. El burgués es el hombre que ahora tiene derecho a sentarse. Una silla no es una casta.

Pero por querer sentarse demasiado temprano se puede detener la marcha misma del género humano. Ésta es a menudo la equivocación de la burguesía.

No es una clase porque se comete una equivocación. El egoísmo no es una de las divisiones del orden social.

Por lo demás, es preciso ser justo, incluso con el egoísmo; el estado al cual aspiraba, tras la sacudida de 1830, esa parte de la nación que se denomina burguesía, no era la inercia, que se compone de indiferencia y de pereza y que contiene un poco de vergüenza, no era el sueño, que supone un olvido momentáneo accesible a los sueños, era el alto.

Alto es una palabra formada con un doble sentido singular y casi contradictorio: grupo en marcha, es decir, movimiento; parada, es decir, reposo.

El alto es la reparación de las fuerzas, es el reposo armado y despierto; es el hecho cumplido que pone centinelas y se mantiene en guardia. La pausa supone el combate ayer y el combate mañana.

Es el intermedio entre 1830 y 1848.

Lo que llamamos aquí combate puede también llamarse progreso.

La burguesía precisaba, pues, igual que los hombres de Estado, de un hombre que expresara esta palabra: alto. Significando revolución y significando estabilidad; en otros términos, consolidando el presente con la contabilidad evidente del pasado con el porvenir.

Este hombre había sido hallado. Se llamaba Luis Felipe de Orleans.

Los 221 hicieron a Luis Felipe rey. Lafayette se encargó de la consagración. Le llamó la «mejor de las repúblicas». El Ayuntamiento de París reemplazó a la Catedral de Reims.

Esta sustitución de un medio trono por un trono completo fue «la obra de 1830».

Cuando los habilidosos hubieron terminado, el inmenso desacierto de aquella solución se puso de manifiesto. Todo esto estaba hecho fuera del derecho absoluto. El derecho absoluto gritó: ¡Protesto!; luego, cosa temible, volvió a sumirse en la sombra.

III

Luis Felipe

Las revoluciones tienen el brazo terrible y la mano feliz; golpean firme y escogen bien. Incluso incompletas, incluso depravadas y cruzadas, y reducidas al estado de revolución menor, como la Revolución de 1830, les queda siempre bastante lucidez providencial para no caer mal. Su eclipse no es nunca una abdicación.

Sin embargo, no nos vanagloriemos demasiado; las revoluciones también se engañan, y se han visto graves equivocaciones.

Volvamos a 1830. El año 1830, en su desviación, tuvo fortuna. En el establecimiento que se llamó el orden después de la revolución cortada por lo sano, el rey valía más que la realeza. Luis Felipe era un hombre raro.

Hijo de un padre al cual la historia concederá ciertamente las circunstancias atenuantes, pero tan digno de estima como lo fuera de censura; poseía todas las virtudes privadas y algunas de las virtudes públicas; cuidados de su salud, de su fortuna, de su persona, de sus negocios; conocía el precio de un minuto y no siempre el precio de un año; sobrio, sereno, apacible, paciente; buen hombre y buen príncipe; se acostaba con su mujer, y tenía en su palacio lacayos encargados de mostrar el lecho conyugal a los burgueses, ostentación de alcoba regular, que llegó a ser útil después de las antiguas ostentaciones ilegítimas de la rama mayor; conocía todas las lenguas de Europa y, lo que es más extraño, todas las lenguas de todos los intereses, y las hablaba; admirable representante de la clase media, pero sobrepasándola y, de todos modos, más grande que ella; tenía la excelente actitud, aun apreciando la sangre de la que procedía, de estimar especialmente su valor intrínseco, y la cuestión misma de su raza, muy particular, declarándose Orleans y no Borbón; muy primer príncipe de sangre, en tanto no había sido más que Alteza Serenísima, pero franco burgués el día en que fue Majestad; difuso en público, conciso en la intimidad; avaro señalado, pero no probado; en el fondo, uno de esos economistas ampliamente pródigos con su fantasía o su deber; letrado, y poco sensible a las letras; gentilhombre, pero no caballero; simple, tranquilo y fuerte; adorado por su familia y su casa; conversador seductor; hombre de Estado desengañado, interiormente frío, dominado por el interés inmediato, gobernando siempre a corto plazo, incapaz de rencor y de reconocimiento, usando sin piedad de las superioridades sobre las mediocridades, hábil en hacer que las mayorías parlamentarias desautorizasen

a esas unanimidades misteriosas que rugen sordamente bajo los tronos; expansivo, a veces imprudente en su expansión, pero de una maravillosa pericia en su imprudencia; fértil en expedientes, en rostros, en máscaras; apreciaba a su país, pero prefería a su familia; apreciaba más la dominación que la autoridad, y la autoridad que la dignidad, disposición que tiene esto de funesto: al volver la espalda a cualquier éxito, admite la trampa y no repudia absolutamente la bajeza, pero que también tiene esto de provechoso: preserva a la política de los choques violentos, al Estado de las fracturas y a la sociedad de las catástrofes; minucioso, correcto, vigilante, atento, sagaz, infatigable; se contradecía algunas veces, y se desmentía; audaz contra Austria en Ancona[6], obstinado contra Inglaterra en España[7], bombardeó Anvers[8], y pagó a Pritchard; cantó con convicción la *Marsellesa*; inaccesible al abatimiento, a los cansancios, al gusto de lo hermoso y lo ideal, a las generosidades temerarias, a la utopía, a la quimera, a la cólera, a la vanidad, al temor; poseía todas las formas de la intrepidez personal; general en Valmy, soldado en Jemmapes; probado ocho veces por el regicida, y siempre sonriente; bravo como un granadero, valeroso como un pensador; inquieto únicamente ante las posibilidades de un rompimiento europeo, e impropio para las grandes aventuras políticas; siempre dispuesto a poner en peligro su vida, nunca su obra; disfrazando su voluntad de influencia, con el fin de ser más bien obedecido como inteligencia que como rey; dotado de observación y no de adivinación; poco atento a los espíritus, pero conocedor de hombres, es decir, tenía necesidad de ver para juzgar; buen sentido pronto y penetrante, sabiduría práctica, palabra fácil, memoria prodigiosa; poderoso sin cesar en esta memoria, su único punto de parecido con César, Alejandro y Napoleón; sabía los hechos, los detalles, las fechas, los nombres propios; ignoraba las tendencias, las pasiones, los levantamientos ocultos y oscuros de las almas, en una palabra, todo lo que podría llamarse las corrientes invisibles de las conciencias; aceptado por la superficie, pero poco de acuerdo con la Francia de abajo; salía del paso con la finura; gobernaba demasiado, y no reinaba lo suficiente; un primer ministro para sí mismo; excelente para hacer de la pequeñez de las realidades un obstáculo a la inmensidad de las ideas; mezclaba una verdadera facultad creadora de civilización, de orden y de organización, no sé qué espíritu de procedimiento y de embrollo; fundador y procurador de una dinastía; tenía algo de Carlomagno y algo de procurador; en suma, figura alta y original, príncipe que supo qué hacer con el poder, a pesar de la inquietud de Francia y del poderío, a pesar de los celos de Europa, Luis Felipe figurará entre los hombres eminentes del siglo, y estaría colocado

entre los gobernadores más ilustres de la historia si hubiera amado un poco la gloria, y si hubiese experimentado el sentimiento de lo que es grande en el mismo grado que el de lo que es útil.

Luis Felipe había sido hermoso, y envejecido, era gracioso; no siempre aceptado por la nación, lo era siempre por la multitud; gustaba. Poseía este don: el encanto. La majestad le faltaba; no llevaba ni la corona, aunque era rey, ni tenía los cabellos blancos, aunque era anciano. Sus maneras eran del viejo régimen y sus costumbres del nuevo, mezcla de noble y de burgués que convenía a 1830; Luis Felipe era la transición reinante; había conservado la antigua pronunciación y la antigua ortografía que ponía al servicio de las opiniones modernas; amaba a Polonia y a Hungría, pero escribía «los poloneses», y pronunciaba «los hungareses». Llevaba el traje de la guardia nacional como Carlos X, y el cordón de la Legión de Honor como Napoleón. Iba poco a la capilla, nunca de caza y jamás a la ópera. Incorruptible para los sacristanes, para los cuidadores de perros y para las bailarinas; esto entraba en su popularidad burguesa. No tenía corte. Salía con su paraguas bajo el brazo, y este paraguas formó parte de su aureola durante largo tiempo. Era un poco albañil, un poco jardinero y un poco médico; sangraba a un postillón caído del caballo; Luis Felipe no iba nunca sin su lanceta, como Enrique III no iba nunca sin puñal. Los realistas se burlaban de este rey ridículo, el primero que vertiera sangre para curar.

En las quejas de la historia contra Luis Felipe hay que hacer una reducción; hay lo que acusa a la realeza, lo que acusa al reino, lo que acusa al rey; tres columnas que dan cada una un total distinto. El derecho democrático confiscado, el progreso convertido en el segundo interés, las protestas de la calle reprimidas violentamente, la ejecución militar de las insurrecciones, el motín pasado por las armas, la calle Transnonain, los consejos de guerra, la absorción del país real por el país legal, el Gobierno que cuenta a medias con trescientos mil privilegiados, son el hecho de la realeza; Bélgica denegada, Argelia conquistada con demasiada dureza y, como la India por los ingleses, con más barbarie que civilización, la falta de fe en Abd-el-Kader, Blaye, Deutz comprado[9], Pritchard pagado[10], son el hecho de su reinado; la política más familiar que nacional es el hecho del rey.

Como se ve, una vez operado el descuento, la carga del rey disminuye.

He aquí su gran culpa: fue modesto en nombre de Francia.

¿De dónde procede esta culpa?

Digámoslo.

Luis Felipe fue un rey demasiado padre; esta incubación de una familia de la que quiere hacerse una dinastía tiene miedo de todo y no quiere ser molestada; de ahí las timideces excesivas, que importunan al pueblo, que tiene el 14 de julio en su tradición civil y Austerlitz en su tradición militar.

Por lo demás, si se hace abstracción de los deberes públicos, que quieren ser atendidos los primeros, esta profunda ternura de Luis Felipe por su familia su familia la merece. Este grupo doméstico era admirable. Las virtudes se codeaban con los talentos. Una de las hijas de Luis Felipe, María de Orleans[11], ponía el nombre de su raza entre los artistas, como Carlos de Orleans lo había puesto entre los poetas. Ella había hecho de su alma un mármol que había llamado Juana de Arco. Dos hijos de Luis Felipe habían arrancado a Metternich este elogio demagógico: «Son jóvenes como no se ven a menudo, y príncipes como no se ven».

He aquí sin disimulo, pero también sin agravar nada, la verdad sobre Luis Felipe.

Ser el príncipe igualdad, llevar en sí la contradicción de la Restauración y de la Revolución, tener ese lado inquietante del revolucionario que se convierte en tranquilizador en el gobernante, ésa fue la fortuna de Luis Felipe en 1830; nunca hubo adaptación más completa de un hombre a un acontecimiento; uno entró en el otro, y se realizó la encarnación. Luis Felipe es 1830 hecho hombre. Además, había para él esa gran designación para el trono, el exilio. Había sido proscrito, errante, pobre. Había vivido de su trabajo. En Suiza, este poseedor de los más ricos dominios principescos de Francia había vendido un viejo caballo para poder comer. En Reichenau, había dado lecciones de matemáticas mientras que su hermana Adelaida bordaba y cosía. Estos recuerdos mezclados con un rey entusiasmaban a la burguesía. Había demolido con sus propias manos la última jaula de hierro de Mont-Saint-Michel construida por Luis XI, y utilizada por Luis XV. Era el compañero de Dumoriez, era el amigo de Lafayette; había pertenecido al club de los jacobinos, Mirabeau le había dado palmaditas en la espalda; Danton le había dicho: «¡Joven!». A los veinticuatro años, en 1793, estando el señor de Chartres en el fondo de su oscuro aposento de la Convención, había asistido al proceso de Luis XVI, tan bien llamado «ese pobre tirano». La clarividencia ciega de la Revolución, rompiendo la realeza en el rey, y al rey en la realeza, sin observar casi al hombre en el salvaje aplastamiento de la idea, con la vasta tormenta de la asamblea como tribunal, y la cólera pública interrogando,

Capet sin saber qué responder, la terrible y estupefacta vacilación de esta cabeza real bajo aquel soplo de sombra, la inocencia relativa de todos en aquella catástrofe, de aquellos que condenaban tanto como del que era condenado, él había contemplado todas estas cosas, había contemplado todos estos vértigos; había visto comparecer a los siglos ante la barra de la Convención; había visto, detrás de Luis XVI, a ese infortunado pasante responsable, alzándose entre las tinieblas, a la formidable acusada, la monarquía; y le había quedado en el alma el terror respetuoso de esas inmensas justicias del pueblo casi tan impersonales como la justicia de Dios.

La huella que la Revolución había dejado en él era prodigiosa. Su recuerdo era como un sello vivo de esos grandes años, minuto a minuto. Un día, ante un testigo del que no podemos dudar, rectificó de memoria toda la letra A de la lista alfabética de la Asamblea Constituyente.

Luis Felipe fue un rey lleno de luz. Bajo su reinado la prensa fue libre, la tribuna fue libre, la conciencia y la palabra fueron libres. Las leyes de septiembre[12] dejan pasar la luz. Aunque conocía el poder roedor de la luz sobre los privilegios, dejó su trono expuesto a la luz. La historia le tendrá en cuenta esta lealtad.

Luis Felipe, como todos los hombres históricos que ya han salido de escena, es juzgado hoy por la conciencia humana. Su proceso no está aún más que en primera instancia.

La hora en la que la historia habla con su venerable y libre acento no ha sonado aún para él; no ha llegado todavía el momento de pronunciar sobre este rey el juicio definitivo; el austero e ilustre historiador Louis Blanc ha dulcificado él mismo recientemente su primer veredicto; Luis Felipe ha sido el elegido por esos que se llaman los 221 y 1830; es decir, por un semiparlamento y una semirrevolución; y en todos los casos, desde el punto de vista superior donde debe situarse la filosofía, no podemos juzgarle aquí, como hemos dejado entrever más arriba, sino con ciertas reservas en nombre del principio democrático absoluto; a los ojos del absoluto, fuera de estos dos derechos, el derecho del hombre primero y el derecho del pueblo seguidamente, todo es usurpación; pero lo que podemos decir desde ahora, una vez hechas estas reservas, es que, en suma, y de cualquier modo que se le considere, Luis Felipe, aceptado como es, y desde el punto de vista de la bondad humana, permanecerá, sirviéndonos del viejo lenguaje de la historia antigua, como uno de los mejores príncipes que hayan pasado por un trono.

¿Qué hay contra él? Ese trono. Sacad al rey de Luis Felipe y queda el hombre. Y el hombre es bueno. Es bueno, en ocasiones hasta llegar a ser admirable. A menudo, en medio de las más graves preocupaciones, tras una jornada de lucha contra toda la diplomacia del continente, regresaba al anochecer a sus habitaciones, y allí, agotado de fatiga, abrumado de sueño, ¿qué hacía? Tomaba una carpeta y pasaba la noche revisando un proceso criminal, pensando que era algo resistir a Europa, pero que representaba mucho más arrancar un hombre al verdugo. Se obstinaba contra su guardia de sellos; disputaba pie a pie el terrero de la guillotina a los procuradores generales, «esos charlatanes de la ley», como los llamaba. Algunas veces, las carpetas llenas cubrían su mesa; las examinaba todas; constituía una angustia para él abandonar a aquellas miserables cabezas condenadas. Un día, manifestaba al mismo testigo que hemos indicado hace poco: «Esta noche, he ganado siete». Durante los primeros años de su reinado la pena de muerte fue como abolida, y el cadalso levantado fue como una violencia hecha al rey. Al haber desaparecido la Grève, con la rama mayor, una Grève burguesa fue instituida con el nombre de barrera de Saint-Jacques; los «hombres prácticos» sintieron necesidad de una guillotina casi legítima; y ésta fue una de las victorias de Casimir Périer, quien representaba los aspectos estrechos de la burguesía, sobre Luis Felipe, que representaba los aspectos liberales de la misma. Luis Felipe había anotado con su mano el libro de Beccaria. Después de Fieschi, exclamó: «¡Qué pena que yo no haya resultado herido, hubiera podido conceder gracia!». En otra ocasión, haciendo alusión a las resistencias de sus ministros, escribía a propósito de un condenado político[13], que es una de las más generosas figuras de nuestro tiempo: «Su gracia está concedida, no me queda más que obtenerla». Luis Felipe era dulce como Luis IX, y bueno como Enrique IV.

Para nosotros, en la historia en que la bondad es la perla rara, el que ha sido bueno pasa casi delante del que ha sido grande.

Luis Felipe, juzgado severamente por unos y duramente tal vez por otros, es tan sencillo como un hombre, fantasma él mismo hoy, que ha conocido a ese rey, y viene a declarar en su nombre ante la historia; esta declaración, cualquiera que sea, es ante todo desinteresada; un epitafio escrito por un muerto es sincero; una sombra puede consolar a otra sombra; la partición de las mismas tinieblas da derecho de alabanza; y es poco de temer el que se diga alguna vez de dos tumbas en el exilio: «Ésta ha adulado a la otra».

IV

Grietas en los cimientos

En el momento en que el drama que relatamos va a penetrar en la espesura de una de las trágicas nubes que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, era preciso que no hubiera equívocos, y era necesario que este libro se refiriera a este rey.

Luis Felipe había entrado en la autoridad real sin violencia, sin acción directa por su parte, por el hecho de un giro revolucionario, evidentemente muy distinto del objeto real de la revolución, pero en el cual él, duque de Orleans, no tenía ninguna iniciativa personal. Había nacido príncipe, y se creía elegido rey. No se había adjudicado a sí mismo este mandato; tampoco se lo había tomado; se lo ofrecieron, y él lo había aceptado; convencido, equivocadamente, es cierto, pero convencido de que el ofrecimiento se hacía según el derecho y la aceptación según el deber. De ahí una posesión de buena fe. Pero, lo declaramos con toda conciencia, estando Luis Felipe de buena fe en su posesión, y la democracia en su ataque, la cantidad de terror que se desprende de las luchas sociales no grava ni al rey ni a la democracia. Un choque de principios se parece a un choque de elementos. El océano defiende al agua, el huracán defiende al viento; el rey defiende a la realeza, y la democracia defiende al pueblo; lo relativo, que es la monarquía, resiste a lo absoluto que es la república; la sociedad sangra bajo este conflicto, pero lo que hoy es su sufrimiento será mañana su salud; y, en cualquier caso, no hay por qué censurar aquí a los que luchan; una de las dos partes evidentemente se engaña; el derecho no está, como el coloso de Rodas, en dos orillas a la vez, con un pie en la república y un pie en la realeza; es indivisible, y todo de un lado; pero los que se engañan, se engañan sinceramente; un ciego no es más culpable que bandido lo es un insurgente de Vandea. No imputemos, pues, más que a la fatalidad de las cosas estas temibles colisiones. Cualesquiera que sean estas tempestades, la irresponsabilidad humana está mezclada en ellas.

Acabemos esta exposición.

El Gobierno de 1830 se enfrentó enseguida con una vida dura. Naciendo ayer, debió combatir hoy.

Apenas instalado, sentía ya por todas partes vagos movimientos de tracción sobre el aparato de julio, tan recientemente colocado y tan poco sólido aún.

La resistencia nació al día siguiente; tal vez incluso había nacido la víspera.

De mes en mes la hostilidad creció, y de sorda se convirtió en hecho patente.

La Revolución de Julio, poco aceptada fuera de Francia por los reyes, lo hemos expresado ya, había sido en Francia interpretada diversamente.

Dios entrega a los hombres voluntades visibles en los acontecimientos, texto oscuro, escrito en una lengua misteriosa. Los hombres hacen enseguida traducciones; traducciones apresuradas, incorrectas, llenas de faltas, de lagunas y de contrasentidos. Muy pocos espíritus comprenden la lengua divina. Los más sagaces, los más tranquilos, los más profundos, descifran lentamente, y cuando llegan con su texto, la tarea está realizada desde hace largo tiempo, hay ya veinte traducciones sobre la plaza pública. De cada traducción nace un partido y de cada contrasentido una facción; y cada partido cree poseer el único texto verdadero, y cada facción cree poseer la luz.

A menudo el mismo poder es una facción.

En las revoluciones hay nadadores a contracorriente; son los viejos partidos.

Para los viejos partidos que se unen a la herencia por la gracia de Dios, y al haber salido las revoluciones del derecho de revuelta, tienen derecho de revuelta contra ellas. Error. Pues en las revoluciones el revoltoso no es el pueblo, es el rey. Revolución es precisamente lo contrario de revuelta. Toda revolución, al ser un cumplimiento normal, contiene en sí su legitimidad, que falsos revolucionarios deshonran a veces, pero que persiste, incluso manchada, que sobrevive, incluso ensangrentada. Las revoluciones salen, no de un accidente, sino de la necesidad. Una revolución es el regreso de lo ficticio a lo real. Es porque es preciso que sea.

Los viejos partidos legitimistas no asaltan menos a la Revolución de 1830 con todas las violencias que brotan del falso razonamiento. Los errores son excelentes proyectiles. La golpean sabiamente allí donde es más vulnerable, en su falta de coraza, en su falta de lógica; atacan a esta revolución en su realeza. Le gritan: «Revolución, ¿por qué este rey?». Las facciones son ciegos que ven justo.

Este grito lo lanzaban igualmente los republicanos. Pero viniendo de ellos, este grito era lógico. Lo que era ceguera en los legitimistas era clarividencia

en los demócratas. 1830 había provocado la bancarrota del pueblo. La democracia indignada se lo reprochaba.

Entre el ataque del pasado y el ataque del porvenir, el establecimiento de Julio se debatía.

Además, al convertirse la Revolución en Monarquía, 1830 estaba obligado a adoptar el paso de Europa. Guardar la paz, aumento de complicación. Una armonía querida a contrasentido es a menudo más onerosa que una guerra. De este sordo conflicto, siempre amordazado, pero siempre rugiente, nació la paz armada, ese ruinoso expediente de la civilización sospechosa a sí misma. La realeza de julio montaba en cólera, a pesar de que la tuvo en el atalaje de los gabinetes europeos. Metternich le hubiera puesto de buena gana el ronzal. Empujada en Francia por el progreso, empujaba en Europa a las monarquías retrógradas. Remolcada, remolcaba.

No obstante, en el interior, pauperismo, proletariado, salario, educación, penalidad, prostitución, derecho de la mujer, riqueza, miseria, producción, consumo, repartición, cambio, moneda, crédito, derecho de capital, derecho de trabajo, todas estas cuestiones se multiplicaban por encima de la sociedad; peso terrible.

Aparte los partidos políticos propiamente dichos, se manifestaba otro movimiento. A la fermentación democrática respondía la fermentación filosófica. La élite se sentía turbada como la multitud; de otra manera, pero tanto como ella.

Los pensadores meditaban, mientras que el suelo, es decir, el pueblo, atravesado por corrientes revolucionarias, temblaba bajo las mismas con no sé qué vagas sacudidas epilépticas. Esos soñadores, aislados los unos, reunidos los otros en familias, casi en comuniones, removían las cuestiones sociales, pacífica pero profundamente; mineros impasibles, que abrían tranquilamente sus galerías en las profundidades de un volcán, molestados apenas por las conmociones sordas y los hornos entrevistos.

Esa tranquilidad no era el espectáculo menos hermoso de esa época agitada.

Esos hombres dejaban a los partidos políticos la cuestión de los derechos; se ocupaban de la cuestión de la felicidad.

El bienestar del hombre, esto es lo que querían extraer de la sociedad.

Elevaban las cuestiones materiales, las cuestiones de agricultura, de

industria, de comercio, casi a la dignidad de una religión. En la civilización, tal como se hace, un poco por Dios, mucho por el hombre, los intereses se combinan, se agregan, se amalgaman de manera capaz de formar una verdadera roca dura, según una ley dinámica pacientemente estudiada por los economistas, esos geólogos de la política.

Estos hombres que se agrupaban bajo apelaciones distintas, pero que pueden ser designados todos bajo el título genérico de socialistas, procuraban agujerear dicha roca y hacer brotar de ella las aguas vivas de la felicidad humana.

Desde la cuestión del cadalso hasta la cuestión de la guerra, sus trabajos lo abarcaban todo. Al derecho del hombre, proclamado por la Revolución francesa, añadían el derecho de la mujer y el derecho del niño.

No nos sorprenderemos de que, por diversas razones, no tratemos aquí a fondo, desde el punto de vista teórico, las cuestiones promovidas por el socialismo. Nos limitamos a señalarlas.

Todos los problemas que se proponían los socialistas, las visiones cosmogónicas, dejados aparte el ensueño y el misticismo, pueden ser elevadas a dos problemas principales.

Primer problema: producir la riqueza.

Segundo problema: repartirla.

El primer problema contiene la cuestión del trabajo.

El segundo contiene la cuestión del salario.

En el primer problema se trata del empleo de las fuerzas.

En el segundo de la distribución de los goces.

Del buen empleo de las fuerzas resulta la felicidad individual.

Por buena distribución es preciso entender no distribución igual sino distribución equitativa. La primera igualdad es la equidad.

De estas dos cosas combinadas, poder público por fuera, y felicidad individual por dentro, resulta la prosperidad social.

Prosperidad social significa el hombre feliz, el ciudadano libre, la nación grande.

Inglaterra resuelve el primero de estos problemas. Crea admirablemente la

riqueza; la reparte mal. Esta solución, que no es completa más que por un lado, la lleva fatalmente a dos extremos: opulencia monstruosa y miseria monstruosa. Todos los goces para algunos, todas las privaciones para los otros, es decir, el pueblo; el privilegio, la excepción, el monopolio, el feudalismo, nacen del trabajo mismo. Situación falsa y peligrosa que asienta el poder público sobre la miseria privada y que enraíza la grandeza del Estado en los sufrimientos del individuo. Grandeza mal compuesta, en la que se combinan todos los elementos materiales y en la cual no entra ningún elemento moral.

El comunismo y la ley agraria creen resolver el segundo problema. Se engañan. Su repartición mata la producción. La partición igual anula la emulación. Y, por consiguiente, el trabajo. Es un reparto hecho por el carnicero, que mata lo que reparte. Es, pues, imposible detenerse en estas pretendidas soluciones. Matar la riqueza no es repartirla.

Los dos problemas requieren ser resueltos juntos para quedar bien resueltos. Las dos soluciones han de ser combinadas y no hacer de ellas más que una.

No resolváis más que el primer problema y seréis Venecia, seréis Inglaterra. Tendréis como Venecia un poderío artificial, o como Inglaterra un poder material; seréis el mal rico. Pereceréis por la violencia, como ha muerto Venecia, o por una bancarrota, como caerá Inglaterra. Y el mundo os dejará morir y caer, porque el mundo deja caer y morir todo lo que no es más que egoísmo, todo lo que no representa para el género humano una virtud o una idea.

Queda bien entendido aquí que con estas palabras, Venecia, Inglaterra, designamos, no a los pueblos, sino a las construcciones sociales; las oligarquías superpuestas a las naciones, y no las naciones mismas. Las naciones cuentan siempre con nuestro respeto y nuestra simpatía. Venecia, pueblo, renacerá; Inglaterra, aristocracia, caerá, pero Inglaterra, nación, es inmortal. Dicho esto, proseguimos.

Resolved los dos problemas, estimulad al rico y proteged al pobre, suprimid la miseria, poned un término a la explotación injusta del débil por el fuerte, poned un freno a los celos inicuos de los que están en camino en contra de los que han llegado; ajustad matemática y fraternalmente el salario al trabajo, acompañad con la enseñanza gratuita y obligatoria el crecimiento de la infancia y haced de la ciencia la base de la virilidad, desarrollad las

inteligencias mientras os ocupáis de los brazos, sed a la vez un pueblo poderoso y una familia de hombres felices, democratizad la propiedad, no aboliéndola, sino universalizándola, de manera que todo ciudadano, sin excepción, sea propietario, cosa más fácil de lo que se cree; en dos palabras, aprended a producir la riqueza y aprended a repartirla, y tendréis conjuntamente la grandeza material y la grandeza moral, y seréis dignos de llamaros Francia.

Esto es, dejando de lado lo que proclamaban algunas sectas extraviadas, lo que decía el socialismo; esto es lo que buscaba en los hechos, esto es lo que esbozaba en los espíritus.

¡Esfuerzos admirables! ¡Tentativas sagradas!

Estas doctrinas, estas teorías, estas resistencias, la necesidad inesperada para el hombre de Estado de contar con los filósofos, confusas evidencias entrevistas, una política nueva que crear, de acuerdo con el viejo mundo, sin demasiado desacuerdo con el ideal revolucionario, una situación en la cual era preciso emplear a Lafayette para defender a Polignac, la intuición del progreso transparente bajo la sublevación, las cámaras y la calle, las competiciones a equilibrar a su alrededor, su fe en la revolución, tal vez no sé qué resignación eventual nacida de la vaga aceptación de un derecho definitivo y superior, su voluntad de permanecer de su raza, su espíritu de familia, su sincero respeto al pueblo, su propia honestidad preocupaban a Luis Felipe casi dolorosamente, y por momentos, por fuerte y valeroso que fuese, lo abrumaban bajo la dificultad de ser rey.

Sentía bajo sus pies una disgregación temible, que no era, sin embargo, una reducción a polvo, siendo Francia más Francia que nunca.

Tenebrosos amontonamientos cubrían el horizonte. Una sombra extraña, avanzando gradualmente, se extendía poco a poco sobre los hombres, sobre las cosas, sobre las ideas; sombra que procedía de las cóleras y de los sistemas. Todo lo que había sido ahogado apresuradamente, se removía y fermentaba. A veces, la conciencia del hombre honesto recobraba su respiración; tanto malestar había en el aire, donde los sofismas se mezclaban a las verdades. Los espíritus temblaban en la ansiedad social como las hojas al acercarse una tempestad. La tensión eléctrica era tal que, en algunos instantes, el primer llegado, un desconocido, relampagueaba. Luego la oscuridad crepuscular caía de nuevo. A intervalos, profundos y sordos rugidos permitían formar un juicio sobre la cantidad de rayos que había en la nube.

Apenas habían transcurrido veinte meses desde la Revolución de Julio, y el año 1832 se había abierto con un aspecto de inminencia y de amenaza. La miseria del pueblo, los trabajadores sin pan, el último príncipe de Condé desaparecido en las tinieblas, Bruselas expulsando a los Nassau, como París a los Borbones, Bélgica ofreciéndose a un príncipe francés, y dada a un príncipe inglés, el odio ruso de Nicolás, detrás de nosotros, dos demonios del Mediodía, Fernando en España, Miguel en Portugal, la tierra temblando en Italia, Metternich extendiendo la mano sobre Bolonia, Francia atropellando a Austria en Ancona, al norte, un siniestro ruido de martillo, clavando a Polonia en su féretro, en toda Europa miradas irritadas vigilando a Francia, Inglaterra aliada sospechosa, preparada a empujar lo que se inclinase y a lanzarse sobre lo que cayese, la Cámara alta abrigándose detrás de Beccaria para negar cuatro cabezas a la ley, las flores de lis borradas sobre la carroza del rey, la cruz arrancada de Notre-Dame, Lafayette disminuido, Laffitte arruinado, Benjamin Constant muerto en la indigencia, Casimir Périer muerto en el agotamiento del poder; la enfermedad política y la enfermedad social se declaran a la vez en las dos capitales del reino, la ciudad del pensamiento y la ciudad del trabajo; en París, la guerra civil; en Lyon, la guerra servil; en las dos ciudades el mismo resplandor de hoguera; una púrpura de cráter en la frente del pueblo; el Mediodía fanatizado, el oeste turbado, la duquesa de Berry en Vandea, los complots, las conspiraciones, los levantamientos y el cólera añadían al sombrío rumor de las ideas el sombrío tumulto de los acontecimientos.

V

Hechos de los que la historia surge y que la historia ignora

Hacia finales de abril todo se había agravado. La fermentación sucedía a la efervescencia. Desde 1830 había habido aquí y allá pequeños motines parciales, comprimidos rápidamente, pero renaciendo, signo de una vasta conflagración subyacente. Algo terrible se incubaba. Se entreveían las alineaciones, aún poco distintas y mal iluminadas, de una revolución posible. Francia contemplaba París; París contemplaba el arrabal Saint-Antoine.

El arrabal Saint-Antoine, calentado sordamente, entraba en ebullición.

Las tabernas de la calle Charonne eran, aunque la conjugación de estos dos epítetos parece singular aplicada a tabernas, graves y tempestuosas.

Se discutía públicamente, para batirse o para quedar tranquilos. Había trastiendas en donde se hacía jurar a los obreros que «se echarían a la calle al primer grito de alarma, y que lucharían sin contar el número de enemigos». Una vez tomada la palabra, un hombre sentado en un rincón de la taberna, «sacaba una voz sonora» y decía: «¿Lo entiendes? ¡Lo has jurado!». Algunas veces subían al primer piso, a una habitación cerrada, y allí se desarrollaban escenas casi masónicas. Se hacía prestar juramento al iniciado, para más seguridad, así como a los padres de familia. Era la fórmula.

En las salas bajas, se leían folletos «subversivos». «Despreciaban al Gobierno», según relata un informe secreto de la época.

Se oían palabras como éstas: «No sé los nombres de los jefes. Nosotros no sabemos el día hasta dos horas antes». Un obrero decía: «Somos trescientos, pongamos cada uno diez sueldos y dispondremos de ciento cincuenta francos para fabricar balas y pólvora». Otro decía: «No pido seis meses, ni siquiera dos. Antes de quince días podremos enfrentarnos al Gobierno. Con veinticinco mil hombres podemos plantar cara». Otro decía: «No me acuesto, porque por la noche fabrico cartuchos». De vez en cuando, los hombres «vestidos con trajes burgueses» venían, «dándose importancia», y con aire de «mandar» daban apretones de manos a los más importantes y se marchaban. No se quedaban nunca más de diez minutos. En voz baja, se cambiaban frases significativas: «El complot está maduro, la cosa está colmada». «Era zumbado por todos los que estaban allí», adoptando la propia expresión de

uno de los asistentes. La exaltación era tal que un día, en una taberna, un obrero gritó: «¡No tenemos armas!». Uno de sus compañeros respondió: «¡Los soldados tienen!», parodiando así, sin sospecharlo, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia. «Cuando tenían algo muy secreto —dice un informe—, no se lo comunicaban allí». No se comprende muy bien lo que podían ocultar, después de haber dicho lo que decían.

Las reuniones eran algunas veces periódicas. En algunas de ellas no eran nunca más de ocho o diez, y siempre los mismos. En otras, entraba quien quería, y la sala se hallaba tan llena que se veían obligados a permanecer de pie. Unos se encontraban allí por entusiasmo y pasión, otros porque era su camino para ir al trabajo. Como en la Revolución, había en tales tabernas mujeres patriotas que abrazaban a los recién llegados.

Otros hechos expresivos tenían lugar.

Un hombre entraba en una taberna, bebía y salía diciendo: «Comerciante de vino, lo que debo será pagado por la Revolución».

En casa de un tabernero, frente a la calle Charonne, se elegían agentes revolucionarios. El escrutinio se hacía utilizando las gorras.

En casa de un maestro de esgrima que daba asaltos en la calle de la Cotte, se reunían los obreros. Había allí un trofeo de armas formado por espadones de madera, estoques, bastones y floretes. Un día desenvainaron los floretes. Un obrero decía: «Somos veinticinco, pero yo valgo por una máquina». Esta máquina fue más tarde Quénisset[14].

Las cosas diversas que se premeditaban tomaban poco a poco una extraña notoriedad. Una mujer, al barrer su puerta, decía a otra mujer: «Desde hace mucho tiempo están trabajando, haciendo cartuchos». En plena calle leíanse las proclamas dirigidas a los guardias nacionales de los departamentos. Una de estas proclamas estaba firmada por Burtot, comerciante de vino.

Un día, en la puerta de un licorista del mercado Lenoir, un hombre con barba a modo de collar y el acento italiano subíase a un poste y leía en voz alta un escrito singular, que parecía emanar de un poder oculto. A su alrededor se habían formado algunos grupos y aplaudían. Los pasajes que más conmovían a la multitud han sido recogidos y anotados: «… Nuestras doctrinas están trabadas, nuestras proclamas están rotas, nuestros carteleros son vigilados y encerrados en la prisión…». «El desastre que acaba de tener lugar en…». «… El porvenir de los pueblos se elabora en nuestras hileras

oscuras». «He aquí los términos planteados: acción o reacción, revolución o contrarrevolución. Pues en nuestra época, ya no se cree en la inercia ni en la inmovilidad. Por el pueblo o contra el pueblo es la cuestión. No hay otra». «El día en que no convengamos, anuladnos, pero hasta entonces, ayudadnos a andar». Todo esto en pleno día.

Otros hechos más audaces aún eran sospechosos al pueblo a causa de su misma audacia. El 4 de abril de 1832, un transeúnte subió al poste que está en la esquina de la calle Sainte-Marguerite[15], y gritó: «¡Yo soy *babouviste*!». Pero bajo Babeuf el pueblo olía Gisquet[16].

Entre otras cosas, este transeúnte decía:

—¡Abajo la propiedad! La oposición de izquierdas es cobarde y traidora. Cuando quiere tener razón predica la revolución. Es demócrata para no ser batida, y realista para no combatir. Los republicanos son bestias con plumas. Desconfiad de los republicanos, ciudadanos trabajadores.

—¡Silencio, ciudadano soplón! —gritó un obrero.

Esto puso fin al discurso.

Se producían incidentes misteriosos.

A la caída del día, un obrero encontraba cerca del canal a «un hombre bien vestido», el cual le decía:

—¿Adónde vas, ciudadano?

—Señor —respondía el obrero—, no tengo el honor de conoceros.

—Pero yo te conozco muy bien. —Y el hombre añadía—: No temas. Soy agente del comité. Sospechan que no estás muy seguro. Debes saber que si revelas alguna cosa, hay unos ojos fijos en ti.

Luego daba al obrero un apretón de manos y se marchaba diciendo:

—Nos veremos pronto.

La policía, en sus acechos, recogía, no solamente en las tabernas, sino también en la calle, diálogos singulares:

—Hazte aceptar deprisa —decía un tejedor a un ebanista.

—¿Por qué?

—Hay que hacer un disparo.

Dos transeúntes, vestidos de harapos, pronunciaban estas palabras notables, aparentemente revolucionarias:

—¿Quién nos gobierna?

—Es el señor Felipe.

—No, es la burguesía.

Se engañaría quien creyese que tomamos la palabra revolución por su lado malo. Los revolucionarios eran los pobres. Pues los que tienen hambre tienen derecho.

En otra ocasión pudo oírse que, al pasar, un hombre decía a otro: «Tenemos un buen plan de ataque».

De una conversación íntima entre cuatro hombres acurrucados en un foso de la barrera del Trône, no se pudo captar más que esto:

—Se hará lo posible para que no se pasee ya más por París.

¿Quién? Oscuridad amenazadora.

«Los jefes principales», como se decía en el barrio, se mantenían apartados. Se creía que se reunían, para deliberar, en una taberna cerca de la punta de Saint-Eustache. Un tal Aug…, jefe de la Sociedad de socorro para los sastres, en la calle Mondétour, al parecer servía de intermediario central entre los jefes y el arrabal Saint-Antoine. Sin embargo, siempre estuvieron envueltos en sombras estos jefes, y ningún hecho cierto pudo invalidar el singular orgullo de esta respuesta, dada más tarde por un acusado ante el tribunal de los Pares:

—¿Quién era vuestro jefe?

—No lo conocía, y no lo reconocía.

Aún no eran más que palabras, transparentes pero vagas; algunas veces, propósitos en el aire. Otros indicios sobrevenían.

Un carpintero, ocupado en la calle Reuilly en clavar las planchas de una empalizada alrededor de un terreno en el que se levantaba una casa en construcción, encontró en este terreno un fragmento de carta, donde eran aún legibles estas líneas:

> *… Es preciso que el comité tome medidas para impedir el reclutamiento en las secciones, para las diferentes sociedades…*

Y en una postdata:

Nos hemos enterado de que había fusiles en la calle del barrio Poissonnière, número 5, bis, en cantidad de cinco o seis mil, en casa de un armero, en un patio. La sección no posee arma alguna.

Esto hizo que el carpintero mostrara el trozo de carta a sus vecinos, porque unos pasos más lejos recogió otro papel igualmente rasgado, y más significativo aún, del cual reproducimos su configuración a causa del interés histórico de estos extraños documentos:

Q	*C*	*D*	*E*	*Aprended esta lista de memoria. Luego la romperéis. Los hombres admitidos harán lo mismo una vez les hayáis transmitido órdenes.* *Salud y fraternidad.* *L.* *U og a fe.*

Las personas que entonces estuvieron en el secreto de este hallazgo no supieron hasta más tarde el doble sentido de estas cuatro mayúsculas, y el sentido de estas letras: *u og a fe*, que era una fecha y que quería decir «este 15 de abril de 1832». Bajo cada mayúscula estaban inscritos los nombres seguidos de indicaciones muy características. Así: «Q. *Bannerel*. 8 fusiles. 83 cartuchos. Hombre seguro. —C. *Boubière*. 1 pistola. 40 cartuchos. —D. *Rollet*. 1 florete. 1 pistola. 1 libra de pólvora. —E. *Teissier*. 1 sable. 1 cartuchera. Exacto. —*Terror*. 8 fusiles. Valeroso», etc.

Por fin, el carpintero encontró en el mismo cercado un tercer pedazo de papel en el cual estaba escrita con lápiz, pero legible, esta especie de lista enigmática:

Unidad. Blanchard. Árbol-seco. 6.

Barra. Soize. Salle-au-Comte.

Kosciusko. ¿Aubry el carnicero?

J. J. R.

Cayo Graco.

Derecho de revisión. Dufond. Horno.

Caída de los Girondinos. Derbac. Maubuée.

Washington. Pinson. 1 pist. 86 cart.

Marsellesa.

Recuerd. del pueblo. Michel. Quincampoix. Sable.

Hoche.

Marceau. Platón. Árbol-seco.

Varsovia. Tilly, del Populaire[17].

El honesto burgués en las manos del cual cayó esta lista supo su significación. Parece ser que esta lista era la nomenclatura completa de las secciones del barrio cuarto de la Sociedad de los Derechos del Hombre, con los nombres y los domicilios de los jefes de sección. Hoy, que todos estos hechos que yacían en la sombra no son ya más que historia, podemos publicarlos. Es preciso añadir que la fundación de la Sociedad de los Derechos del Hombre parece haber sido posterior a la fecha en que fue encontrado este papel. Tal vez no era más que un esbozo.

Sin embargo, tras los propósitos y las palabras, tras lo escrito, empiezan a tomar cuerpo los hechos materiales.

En la calle Popincourt, en casa de un comerciante de baratillo, se encontraron en el cajón de una cómoda siete hojas de papel gris, dobladas en cuatro; estas hojas cubrían veintiséis cuadrados del mismo papel gris, doblados en forma de cartucho, y una carta en la que se leía esto:

Pólvora	……	*12 onzas*
Azufre	……	*2 onzas*
Carbón	……	*2 onzas y media*
Agua	……	*2 onzas*

El atestado correspondiente consignaba que el cajón exhalaba un fuerte olor a pólvora.

Un albañil, al regresar al final de su jornada, olvidó un paquetito en un banco cerca del puente de Austerlitz. Este paquete fue llevado al cuerpo de guardia. Lo abrieron y encontraron dos diálogos impresos, firmados por un tal *Lahautière*, una canción titulada *Obreros, asociaos* y una caja de latón llena de cartuchos.

Un obrero, bebiendo con un compañero, le hizo palpar el calor que sentía; el otro notó una pistola bajo su chaqueta.

En un foso sobre el bulevar, entre el Père-Lachaise y la barrera del Trône, en el lugar más desierto, unos niños, jugando, descubrieron sobre un montón de basuras un saco que contenía un molde de balas, un taladro de madera para hacer cartuchos, una cajita en la que había granos de pólvora de caza y una pequeña marmita de fundición, en cuyo interior se apreciaban rastros evidentes de plomo fundido.

Agentes de policía que penetraron de improviso a las cinco de la madrugada en casa de un tal Pardon, que fue más tarde seccionario de la sección Barricade-Merry y murió en la insurrección de abril de 1834, le encontraron en pie, cerca de su cama, sosteniendo en la mano unos cartuchos que estaba haciendo.

Hacia la hora en que los obreros descansan, se observó el encuentro de dos hombres en la barrera Picpus y la barrera Charenton, en un pequeño camino de ronda entre dos muros, cerca de un tabernero que tiene un juego de Siam ante su puerta. Uno sacó de la parte baja de su blusa una pistola y se la entregó al otro. En ese momento advirtió que la transpiración de su pecho había humedecido la pólvora, por lo cual añadió pólvora al depósito. Luego, los dos hombres se separaron.

Un tal Gallais, muerto más tarde en la calle Beaubourg en el asunto de abril, se envanecía de tener en su casa setecientos cartuchos y veinticuatro piedras de fusil.

El Gobierno recibió un día el aviso de que acababan de ser distribuidas armas en el barrio, así como doscientos mil cartuchos. La semana siguiente fueron distribuidos treinta mil cartuchos. Cosa notable, la policía no pudo coger ninguno. Una carta interceptada decía: «No está lejos el día en que en cuatro horas de reloj ochenta mil patriotas estarán bajo las armas».

Toda esta fermentación era pública, casi podría decirse tranquila. La insurrección inminente disponía su tempestad con calma, en las narices del Gobierno. Ninguna singularidad faltaba a esta crisis aún subterránea, pero ya perceptible. Los burgueses hablaban tranquilamente a los obreros de lo que se preparaba. Se decía: «¿Cómo va el motín?», con el tono con que hubieran preguntado: «¿Cómo está vuestra mujer?».

Un comerciante de muebles de la calle Moreau preguntaba:

—Y bien, ¿cuándo atacáis?

Otro tendero decía:

—Se atacará pronto. Lo sé. Hace un mes erais quince mil, ahora sois veinticinco mil. —Ofrecía su fusil, y un vecino ofrecía una pequeña pistola que quería vender por siete francos.

Por lo demás, la fiebre revolucionaria aumentaba. Ningún punto de París ni de Francia quedaba excluido de ella. La arteria latía por todas partes. Como esas membranas que nacen de ciertas inflamaciones y se forman en el cuerpo

humano, la red de las sociedades secretas empezaba a extenderse por el país. De la asociación de los Amigos del Pueblo, pública y secreta a la vez, nacía la Sociedad de los Derechos del Hombre, que fechaba así una de las órdenes del día: «Pluvioso, año 40 de la era republicana», y que sobreviviría, incluso a las detenciones del tribunal, que pronunciaba su disolución, y que no dudaba en dar a sus secciones nombres significativos, como éstos:

Picas.

Rebato.

Cañón de alarma.

Gorro frigio.

21 de enero.

Indigentes.

Truhanes.

Marcha hacia delante.

Robespierre.

Nivel.

Ça ira.

La Sociedad de los Derechos del Hombre engendraba la Sociedad de Acción. Eran los impacientes los que se separaban y corrían hacia delante. Otras asociaciones trataban de reclutarse en las grandes sociedades madres. Los seccionarios se quejaban de ser importunados. Así, la sociedad Gala y el Comité organizador de las municipalidades. Así, las asociaciones por la libertad de prensa, por la libertad individual, por la instrucción del pueblo, contra los impuestos indirectos. Luego, la Sociedad de los Obreros Igualitarios, que se dividía en tres fracciones, los Igualitarios, los Comunistas, los Reformistas. Luego, el Ejército de las Bastillas, una especie de cohorte organizada militarmente, cuatro hombres mandados por un cabo, diez por un sargento, veinte por un lugarteniente, cuarenta por un teniente; no había nunca más de cinco hombres que se conocieran. Creación en la que la precaución está combinada con la audacia y que parece llevar el sello del genio de Venecia. El comité central, que era la cabeza, tenía dos brazos, la Sociedad de Acción y el Ejército de las Bastillas. Una asociación legitimista, los Caballeros de la Fidelidad, se movía entre estas afiliaciones republicanas. Estaba denunciada y repudiada.

Las sociedades parisienses se ramificaban en las principales ciudades. Lyon, Nantes, Lille y Marsella tenían su Sociedad de los Derechos del Hombre, la Charbonnière, los Hombres Libres. Aix tenía una sociedad

revolucionaria a la que llamaban la Cougourde. Hemos pronunciado ya esta palabra.

En París, el arrabal Saint-Marceau no estaba mucho menos zumbador que el arrabal Saint-Antoine, y las escuelas no menos conmovidas que los barrios. Un café de la calle Saint-Hyacinthe y el cafetín Siete Billares, en la calle Mathurins-Saint-Jacques, servían de lugares de reunión de los estudiantes. La sociedad de los Amigos del A B C, afiliada a los mutualistas de Angers y a la Cougourde de Aix, se reunía, como se ha visto antes, en el Café Musain. Estos mismos jóvenes se encontraban también, lo hemos referido ya, en un restaurante taberna cerca de la calle Mondétour que se llamaba Corinto. Tales reuniones eran secretas. Otras eran tan públicas como era posible, y es posible juzgar sobre tales audacias por este fragmento de un interrogatorio de los procesos ulteriores: «¿Dónde tuvo lugar esa reunión?». «En la calle de la Paix». «¿En casa de quién?». «En la calle». «¿Qué secciones estaban allí?». «Una sola». «¿Cuál?». «La sección Manuel». «¿Quién era el jefe?». «Yo». «Sois demasiado joven para haber tomado solo la grave decisión de atacar al Gobierno. ¿De dónde procedían las instrucciones?». «Del comité central».

El ejército estaba minado al mismo tiempo que la población, como lo probaron más tarde los movimientos de Belfort, de Lunéville y de Épinal. Se contaba con el 52.º regimiento, con el Quinto, con el Octavo, con el Treinta y con el Siete ligero. En Borgoña, y en las ciudades del Mediodía, se plantaba el árbol de la libertad, es decir, un mástil con un gorro rojo en su extremo.

Tal era la situación.

Esta situación, en el arrabal Saint-Antoine más que en cualquier otro grupo de población, como hemos indicado ya al principio, estaba más acentuada. Ahí se encontraba el punto central.

Ese viejo barrio, poblado como un hormiguero, trabajador, valeroso y colérico como una colmena, se estremecía en la espera y en el deseo de una conmoción. Todo se agitaba en él, sin que por ello fuera interrumpido el trabajo. Nada podría dar idea de esa fisonomía viva y sombría. Existen en ese barrio punzantes miserias escondidas bajo los techos de las buhardillas; hay en él también inteligencias ardientes y raras. Es especialmente en cuestión de miseria y de inteligencia cuando resulta peligroso que los extremos se toquen.

El arrabal Saint-Antoine tenía aún otras causas de estremecimiento; pues recibe los golpes de las crisis comerciales, de las quiebras, de las huelgas, de los paros forzosos, inherentes a las grandes conmociones políticas. En tiempo

de revolución, la miseria es a la vez causa y efecto. El golpe que descarga lo recibe. Esta población, llena de virtud orgullosa, capaz del más alto punto calórico latente, siempre dispuesta a los hechos de armas, pronta a las explosiones, irritada y profunda, minada, parece no esperar otra cosa que la caída de una chispa. En todas las ocasiones en que ciertas chispas flotan sobre el horizonte, empujadas por el viento de los acontecimientos, no es posible dejar de pensar en el arrabal Saint-Antoine y en el temible azar que ha colocado a las puertas de París este polvorín de sufrimientos y de ideas.

Las tabernas del «barrio Antoine», que se han mencionado más de una vez en el esbozo que acabamos de leer, tienen una notoriedad histórica. En tiempos de perturbaciones, se emborrachan en ellas de palabras más que de vino. Una especie de espíritu profético y un efluvio del porvenir circulan en ellas, hinchando los corazones y engrandeciendo las almas. Las tabernas del arrabal Saint-Antoine se parecen a las del Monte Aventino, construidas sobre el antro de la Sibila, y comunicando con los profundos alientos sagrados; tabernas cuyas mesas eran casi trípodes, y donde se bebía lo que Ennio[18] llama el vino sibilino.

El arrabal Saint-Antoine es un depósito de gente. La conmoción revolucionaria produce fisuras por las que discurre la soberanía popular. Esta soberanía puede obrar mal; se engaña, como cualquier otra; pero incluso errada es grande. Puede decirse de ella, como del cíclope ciego, *Ingens*[19].

En el 93, tanto si la idea que flotaba era buena o mala, tanto si era el día del fanatismo o del entusiasmo, partían del arrabal Saint-Antoine, tan pronto legiones salvajes como bandas heroicas.

Salvajes. Definamos esta palabra. Estos hombres erizados, que en los días genésicos del caos revolucionario, harapientos, feroces, con las mazas levantadas, la pica alta, se lanzaban sobre el viejo París trastornado, ¿qué querían? Querían el fin de las opresiones, el fin de las tiranías, el fin de las guerras, trabajo para el hombre, instrucción para el niño, dulzura social para la mujer, libertad, igualdad, fraternidad, el pan para todos, la idea para todos, la conversión del mundo en edén, el progreso; y esta cosa sana, buena y dulce, el progreso, la reclamaban terribles, semidesnudos, con la maza en la mano y el rugido en la boca. Eran los salvajes, sí, pero los salvajes de la civilización.

Proclamaban con furia el derecho; querían, aunque fuera por medio del temblor y el terror, forzar al género humano al paraíso. Parecían bárbaros y eran salvadores. Reclamaban la luz con la máscara de la noche.

A la vista de estos hombres, feroces, convenimos en ello, y terribles, pero feroces y terribles en pro del bien, hay otros hombres sonrientes, con bordados, dorados, llenos de cintas, constelados, con medias de seda, con plumas blancas, con guantes amarillos, con zapatos brillantes, los cuales, acodados sobre una mesa de terciopelo, junto a una chimenea de mármol, insisten suavemente en pro del mantenimiento y la conservación del pasado, de la Edad Media, del derecho divino, del fanatismo, de la ignorancia, de la esclavitud, de la pena de muerte, de la guerra, glorificando a media voz y con cortesía el sable y el cadalso. En cuanto a nosotros, si nos viéramos forzados a la opción entre los bárbaros de la civilización y los civilizados de la barbarie, escogeríamos a los bárbaros.

Pero, gracias al cielo, hay otra elección posible. No es necesaria ninguna caída a pico, ni hacia delante ni hacia atrás. Ni despotismo ni terrorismo. Queremos el progreso en pendiente suave.

Dios provee. La suavización en las pendientes, en esto consiste toda la política de Dios.

VI

Enjolras y sus lugartenientes

Poco más o menos en esta época, Enjolras, a la vista del posible acontecimiento, hizo una especie de censo misterioso.

Todos estaban en conciliábulo en el Café Musain.

Enjolras dijo, utilizando algunas metáforas semienigmáticas pero significativas:

—Conviene saber en dónde nos hallamos y con quién podemos contar. Si se desean combatientes, es preciso hacerlos. Tener con qué golpear. Esto no puede ser nocivo. Los que pasan tienen siempre más posibilidades de recibir cornadas cuando hay bueyes en la carretera que cuando no los hay. Así, pues, contemos un poco el rebaño. ¿Cuántos somos? No hay que dejar este trabajo para mañana. Los revolucionarios deben tener prisa siempre; el progreso no tiene tiempo que perder. Desconfiemos de lo inesperado. No nos dejemos coger desprevenidos. Se trata de repasar las costuras que hemos hecho y de comprobar si aguantan. Este asunto debe quedar realizado hoy mismo. Courfeyrac, tú verás a los politécnicos. Es su día de salida. Hoy, miércoles. Feuilly, ¿verdad que verás a los de la Glacière? Combeferre me ha prometido que iría a Picpus. Allí hay todo un hormiguero excelente. Bahorel visitará la Estrapade. Prouvaire, los albañiles se entibian; nos traerás noticias del de la logia de la calle Grenelle-Saint-Honoré[20]. Joly irá a la clínica de Dupuytren y tomará el pulso a la Escuela de Medicina. Bossuet se dará una vueltecita por el palacio y charlará con los pasantes. Yo me encargo de la Cougourde.

—Ya está todo arreglado —dijo Courfeyrac.

—No.

—¿Qué más hay?

—Una cosa muy importante.

—¿Qué es? —preguntó Combeferre.

—La barrera del Maine —respondió Enjolras.

Enjolras se quedó como absorto en sus reflexiones por un instante, y luego continuó:

—En la barrera del Maine hay marmolistas, pintores, practicantes de los

talleres de escultura. Es una familia entusiasta, pero sujeta a enfriamiento. No sé lo que les sucede desde hace algún tiempo. Piensan en otra cosa. Se apagan. Pasan el tiempo jugando al dominó. Sería urgente ir a hablarles un poco y con firmeza. Se reúnen en casa de Richefeu. Se los puede encontrar entre las doce y la una del mediodía. Sería preciso soplar sobre esas cenizas. Yo había contado para ello con ese distraído de Marius, que en suma es bueno, pero que ya no viene. Necesitaría a alguien para la barrera del Maine. Y no me queda nadie de quien echar mano.

—Y yo —dijo Grantaire—, ¿acaso no estoy aquí?

—¿Tú?

—Yo.

—¡Tú adoctrinar a los republicanos!, ¡tú calentar, en nombre de los principios, los corazones enfriados!

—¿Por qué no?

—¿Es que eres bueno para algo?

—Tengo la vaga ambición —dijo Grantaire.

—Tú no crees en nada.

—Creo en ti.

—Grantaire, ¿quieres prestarme un servicio?

—Todos. Encerar tus botas.

—Pues bien, no te mezcles en nuestros asuntos. Fermenta tu ajenjo.

—Eres un ingrato, Enjolras.

—¿Serías tan hombre como para ir a la barrera del Maine? ¿Serías capaz de ello?

—Soy capaz de bajar a la calle Grès, de atravesar la plaza Saint-Michel, de doblar por la calle Monsieur-le-Prince, de tomar la calle Vaugirard, de cruzar las Carmes, de volver por la calle Assas, de llegar a la calle Cherche-Midi, de dejar tras de mí el Consejo de guerra, de ir por la calle Vieilles-Tuileries, de saltar el bulevar, de seguir la calzada del Maine, de franquear la barrera y de entrar en casa de Richefeu. Soy capaz de eso. Mis zapatos también son capaces de hacerlo.

—¿Conoces un poco a los compañeros de casa de Richefeu?

—No mucho. Solamente nos tuteamos.

—¿Qué les dirás?

—Les hablaré de Robespierre, ¡pardiez! De Danton; de los principios.

—¡Tú!

—Yo. No me hacéis justicia. Cuando me lo propongo soy terrible. He leído a Prudhomme, conozco el *Contrato social*, y sé de memoria mi constitución del año Dos. «La libertad del ciudadano termina donde la libertad de otro ciudadano empieza». ¿Es que me tomas por un bruto? Los derechos del hombre, la soberanía del pueblo, ¡caramba! Soy incluso un poco herbertista. Puedo repetir, durante seis horas, reloj en mano, cosas soberbias.

—Seriedad —dijo Enjolras.

—Soy feroz —respondió Grantaire.

Enjolras reflexionó durante algunos segundos, e hizo el gesto del hombre que toma una decisión.

—Grantaire —dijo—, consiento en probarte. Irás a la barrera del Maine.

Grantaire vivía en una casa vecina al Café Musain. Salió, y regresó cinco minutos después. Había ido a su casa a ponerse un chaleco a la Robespierre.

—Rojo —dijo al entrar, mirando fijamente a Enjolras.

Luego, con mano enérgica, apoyó sobre su pecho las dos puntas escarlatas del chaleco.

Y acercándose a Enjolras, le dijo al oído:

—Tranquilízate.

Se caló resueltamente el sombrero y salió.

Un cuarto de hora más tarde la trastienda del Café Musain se hallaba desierta. Todos los Amigos del A B C se habían marchado, cada uno por su lado, a su tarea. Enjolras, que se había reservado la Cougourde, salió el último.

Los de la Cougourde de Aix, que estaban en París, se reunían entonces en el llano de Issy, en uno de los caminos abandonados, tan numerosos en aquel lado de París.

Enjolras, mientras caminaba hacia aquel lugar, pasaba en su interior revista a la situación. La gravedad de los acontecimientos era visible. Cuando

los hechos, síntomas precursores de una especie de enfermedad social latente, se mueven pesadamente, la menor complicación los atasca. Fenómeno del que salen los derrumbamientos, así como los renacimientos. Enjolras entreveía un luminoso levantamiento bajo los paneles tenebrosos del porvenir. ¿Quién sabe?, tal vez se acercaba el momento. El pueblo recobrando el derecho, ¡qué espectáculo tan hermoso!, la revolución recobrando majestuosamente la posesión de Francia, y diciendo al mundo: «¡La continuación, mañana!». Enjolras sentíase contento. La hoguera calentaba. Había, en aquel preciso instante, una red de polvo de amigos esparcida por París. Componía en su pensamiento, con la elocuencia filosófica y penetrante de Combeferre, el entusiasmo cosmopolita de Feuilly, el verbo de Courfeyrac, la risa de Bahorel, la melancolía de Jean Prouvaire, la ciencia de Joly, los sarcasmos de Bossuet, una especie de chisporroteo eléctrico que surgía por todas partes. Todos a la obra. De seguro que el resultado respondería al esfuerzo. Estaba bien. Esto le hizo pensar en Grantaire. «Vaya —se dijo—, la barrera del Maine me desvía un poco de mi camino. ¿Y si me fuera hacia la casa de Richefeu? Veamos lo que hace Grantaire, y hasta dónde ha llegado».

Daba la una en el campanario de Vaugirard cuando Enjolras llegó al tugurio de Richefeu. Empujó la puerta, entró, soltó la puerta, que fue a darle en los hombros, cruzó los brazos y miró hacia la sala llena de mesas, de hombres y de humo.

Una voz resonaba en aquella bruma, vivamente interrumpida por otra voz. Era Grantaire dialogando con un adversario.

Grantaire estaba sentado frente a otra figura, a una mesa de mármol Santa Ana, sembrada de garbanzos y constelada de fichas de dominó, golpeando el mármol con el puño, y he aquí lo que Enjolras oyó:

—Doble seis.

—Cuatro.

—¡Puerco!, no tengo más.

—Estás muerto. Dos.

—Seis.

—Tres.

—As.

—Me toca a mí.

—Cuatro puntos.

—Difícilmente.

—A ti te toca.

—He cometido un error enorme.

—Vas bien.

—Quince.

—Siete más.

—Con esto, son veintidós. —Pensando—. ¡Veintidós!

—No esperaba el doble seis. Si lo hubiera puesto al principio, esto hubiera cambiado todo el juego.

—El dos.

—As.

—¡As! Pues bien, cinco.

—No tengo.

—¿Eres tú quien ha jugado?

—Sí.

—Blanco.

—¡Tienes suerte! ¡Ah, qué suerte tienes! —Larga meditación—. Dos.

—As.

—Ni cinco ni as. Es molesto para ti.

—Dominó.

—¡Hay que gibarse!

LIBRO SEGUNDO

Éponine

I

El campo de la Alondra

Marius había asistido al inesperado desenlace de la emboscada sobre cuyas huellas había puesto a Javert; pero apenas Javert abandonó el caserón, llevándose a los prisioneros en tres coches, Marius se deslizó fuera de la casa. No eran aún las nueve de la noche. Marius fue a casa de Courfeyrac. Courfeyrac no era ya el imperturbable habitante del barrio latino; había ido a vivir a la calle de la Verrerie, «por razones políticas»; este barrio era uno de aquellos en los que se instalaba la insurrección. Marius dijo a Courfeyrac: «Vengo a dormir a tu casa». Courfeyrac sacó un colchón de su cama, que tenía dos, lo extendió en el suelo y dijo: «Aquí puedes hacerlo».

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Marius regresó al caserón, pagó el trimestre que debía a la Bougon, cargó en una carreta sus libros, su cama, su mesa, su cómoda y sus dos sillas, y se marchó sin dejar su dirección, y cuando Javert regresó por la mañana para preguntar a Marius sobre los acontecimientos de la víspera, no encontró más que a la Bougon que le respondió: «Se ha mudado».

La Bougon quedó convencida de que Marius era un poco cómplice de los ladrones capturados durante la noche. «¿Quién lo hubiera dicho? —exclamó en casa de las porteras del barrio—, ¡un joven como él, que tenía el aspecto de una muchacha!».

Marius tenía dos razones para esa mudanza tan rápida. La primera es que sentía horror de aquella casa, en donde había visto tan cerca y en todo su desarrollo lo más repugnante, y lo más feroz, una fealdad social tal vez más terrible aún que el mal rico: el mal pobre. La segunda es que no quería figurar en el proceso que probablemente seguiría, y verse obligado a declarar en contra de Thénardier.

Javert creyó que el joven, cuyo nombre no recordaba, había tenido miedo y se había escapado, o tal vez no había vuelto a su casa en el momento de la emboscada; hizo no obstante algunas gestiones para encontrarlo, pero no lo consiguió.

Transcurrió un mes y después otro. Marius seguía viviendo en casa de Courfeyrac. Por medio de un pasante de abogado, se enteró de que Thénardier estaba a la sombra. Todos los lunes, Marius hacía llegar a la Force cinco francos para Thénardier.

Como Marius no tenía dinero, los cinco francos se los prestaba Courfeyrac. Era la primera vez en su vida que aceptaba dinero prestado. Estos cinco francos periódicos eran un doble enigma para Courfeyrac, que los daba, así como para Thénardier, que los recibía. «¿A quién pueden ir destinados?», pensaba Courfeyrac. «¿Quién me los mandará?», se preguntaba Thénardier.

Marius, por lo demás, estaba afligido. Todo había vuelto de nuevo a caer en la oscuridad. No veía ya nada delante de sí; su vida había vuelto a sumergirse en un misterio, en el cual erraba a tientas. Por un momento, había vuelto a ver de cerca, en aquella oscuridad, a la joven que amaba, al anciano que parecía su padre, aquellos seres desconocidos que constituían su único interés y su única esperanza en el mundo; y en el instante en que había creído tenerlos, un soplo se había llevado todas aquellas sombras. Ni una chispa de certeza y de verdad había brotado del choque tan terrible. Ninguna conjetura era posible. Ni siquiera sabía el nombre que había creído saber. Seguro que no era Ursule. Y la Alondra era un sobrenombre. ¿Y qué pensar del anciano? ¿Se escondía, en efecto, de la policía? El obrero de cabellos blancos que Marius había encontrado en los alrededores de los Inválidos había vuelto a su memoria. ¿Se disfrazaba? Aquel hombre tenía aspectos heroicos y aspectos equívocos. ¿Por qué no había gritado pidiendo socorro? ¿Por qué había huido? ¿Era o no era el padre de la joven? ¿Era realmente el hombre que Thénardier había creído reconocer? Thénardier habría podido engañarse. ¡Cuántos problemas sin solución! Todo esto, es cierto, no restaba nada al angélico encanto de la joven del Luxemburgo. Angustia dolorosa; Marius tenía una pasión en el corazón y la noche en sus ojos. Era empujado, era atraído, y no podía moverse. Todo se había desvanecido, excepto su amor. A causa de este mismo amor había perdido los instintos y las iluminaciones súbitas. Ordinariamente, esta llama que nos consume nos ilumina también un poco y nos arroja algún resplandor útil. Marius no oía los sordos consejos de la pasión. Jamás se preguntaba: ¿y si fuera allí? ¿Y si hiciera esto? La que él ya no podía volver a llamar Ursule estaba evidentemente en alguna parte; nada advertía a Marius dónde debía buscar. Toda su vida se resumía ahora en una incertidumbre absoluta, en una bruma impenetrable. Volverla a ver; aspiraba en todo momento a ello, y ya no lo esperaba.

Para colmo, se hundía nuevamente en la miseria. Sentía ya muy cerca, detrás de sí, su helado soplo. Con todos estos tormentos, había descuidado su trabajo, y nada es tan peligroso como el trabajo discontinuo; el trabajo es una costumbre fácil de dejar y difícil de recobrar.

Una cierta cantidad de ensueño es buena, como un narcótico, a dosis discretas. Esto adormece las fiebres a algunas veces obstinadas de la inteligencia en activo, y hace nacer en el espíritu un vapor fresco que corrige los ásperos contornos del pensamiento puro, colma aquí y allá lagunas e intervalos, une los conjuntos y borra los ángulos de las ideas. Pero demasiado ensueño sumerge y ahoga. Desgraciado el trabajador que se deja caer entero del pensamiento al ensueño. Cree que se remontará fácilmente, y se dice que, al fin y al cabo, es lo mismo. ¡Error!

El pensamiento es la labor de la inteligencia, el ensueño lo es de la voluptuosidad. Reemplazar el pensamiento por el ensueño es confundir un veneno con un alimento.

Marius, lo recordamos, había empezado por ahí. Había sobrevenido la pasión y había acabado de precipitarle en las quimeras sin objeto y sin fondo. Ya no salía de su casa más que para ir a soñar. Alumbramiento perezoso. Abismo tumultuoso y estancado. Y a medida que el trabajo disminuía, aumentaban las necesidades. Esto es una ley. El hombre en estado soñador es naturalmente pródigo y débil; el espíritu distendido no puede mantener la vida apretada. Hay en este modo de vivir bien mezclado con mal, pues si la debilidad es funesta, la generosidad es sana y buena. Pero el hombre pobre, generoso y noble que no trabaja, está perdido. Los recursos cesan, la necesidad surge.

Pendiente fatal, en que los más honestos y los más firmes son arrastrados como los más débiles y los más viciosos, y que desemboca en uno de estos dos agujeros: el suicidio o el crimen.

A fuerza de salir para soñar, llega un día en que se sale para arrojarse al agua.

Los excesos de sueños hacen los Escousse y los Lebras[21].

Marius bajaba por esta pendiente a pasos lentos, con los ojos fijos en la que ya no veía. Lo que acabamos de escribir parece extraño, y no obstante es cierto. El recuerdo de un ser ausente se enciende en las tinieblas del corazón, cuando ha desaparecido, irradia luz; el alma desesperada y oscura ve esta luz en su horizonte, estrella de la noche interior. Éste era todo el pensamiento de Marius. No pensaba en otra cosa; sentía confusamente que su viejo traje se convertía en un traje imposible, y que su traje nuevo se iba haciendo viejo, que sus camisas se gastaban, que su sombrero se gastaba, que sus botas se gastaban, es decir, que su vida se gastaba, y se decía: «¡Si solamente pudiera

verla antes de morir!».

Una única idea dulce le quedaba: que ella le había amado, que su mirada se lo había dicho, que no conocía su nombre pero conocía su alma, y que tal vez allí donde se hallaba, cualquiera que fuese ese misterioso lugar, ella le amaba aún. ¿Quién sabe si no pensaba en él, como él pensaba en ella? Algunas veces, en las horas inexplicables que tiene todo corazón que ama, sin tener más que razones de dolor, y sintiendo no obstante un oscuro estremecimiento de alegría, se decía: «¡Son sus pensamientos que vienen a mí!». Luego añadía: «¡Tal vez mis pensamientos le llegan a ella!».

Esta ilusión, que le hacía mover la cabeza un momento después, conseguía no obstante arrojarle al alma rayos que a veces parecían de esperanza. De vez en cuando, sobre todo en esa hora del atardecer que más entristece a los soñadores, dejaba caer en un cuaderno en el que no había otra cosa, el más puro, el más impersonal, el más ideal de los sueños con que el amor llenaba su cerebro. A esto llamaba «escribirle».

No hay que creer que su razón estuviera trastornada. Por el contrario. Había perdido la facultad de trabajar y de moverse firmemente hacia un fin determinado, pero tenía más que nunca clarividencia y rectitud. Marius veía con una luz tranquila y real, aunque singular, lo que sucedía ante sus ojos, incluso los hechos o los hombres más indiferentes; aplicaba a todo la palabra justa con una especie de abatimiento honesto y de cándido desinterés. Su juicio, casi desprendido de la esperanza, se mantenía alto, y planeaba.

En esta situación de espíritu, nada se le escapaba, nada le engañaba, y descubría a cada instante el fondo de la vida, de la humanidad, del destino. ¡Feliz, incluso en la angustia, aquel a quien Dios ha dado un alma digna del amor y de la desgracia! Quien no ha visto las cosas de este mundo, y el corazón de los hombres bajo esta doble luz, no ha visto nada verdadero y no sabe nada.

El alma que ama y que sufre se halla en estado sublime.

Por lo demás, los días se sucedían y nada nuevo surgía. Le parecía únicamente que el espacio sombrío que le quedaba por recorrer se acortaba a cada instante. Creía ya entrever distintamente el borde del abismo sin fondo.

—¡Oh! —se repetía—. ¿Es que no voy a verla otra vez?

Cuando se ha subido por la calle Saint-Jacques, se ha dejado de lado la barrera y se ha seguido durante algún tiempo a la izquierda del antiguo

bulevar interior, se alcanza la calle de la Santé, luego la Glacière, y un poco antes de llegar al riachuelo de los Gobelins se encuentra una especie de campo, que es, en todo el largo y monótono cinturón de los bulevares de París, el único lugar donde Ruysdael habría estado tentado de sentarse.

Este no sé qué, de donde la gracia se desprende aquí y allá, un prado verde atravesado de cuerdas tendidas, o de harapos secándose al viento, una vieja granja de huertas construida en tiempos de Luis XIII, con su gran techo extrañamente sembrado de buhardillas, empalizadas destartaladas, un poco de agua entre álamos, mujeres, risas, voces; en el horizonte el Panteón, el árbol de los Sordomudos, el Val-de-Grâce, negro, fantástico, divertido, magnífico, y al fondo la severa arquitectura cuadrada de las torres de Notre-Dame.

Aunque el lugar vale la pena de ser visto, nadie va. Apenas si aparece una carreta o un carretero cada cuarto de hora.

Sucedió en una ocasión que los solitarios paseos de Marius le condujeron a ese terreno cerca del agua. Aquel día hubo en el bulevar una rareza: un paseante. Marius, vagamente sorprendido del encanto casi salvaje del lugar, preguntó a aquel paseante:

—¿Cómo se llama este sitio?

El paseante respondió:

—Es el campo de la Alondra. —Y añadió—: Es aquí donde Ulbach mató a la pastora de Ivry.

Pero después de esta palabra, la Alondra, Marius ya no oyó nada más. Hay súbitas congelaciones en el estado soñador que una palabra basta para producir. Todo el pensamiento se condensa bruscamente alrededor de una idea y no es capaz de ninguna otra percepción. La Alondra era el apelativo que, en las profundidades de la melancolía de Marius, había reemplazado a Ursule. «Vaya —díjose en el estupor irrazonable, propio de esos apartes misteriosos —, éste es su campo. Aquí sabré dónde vive».

Era absurdo pero irresistible.

Y fue todos los días al campo de la Alondra.

II

Formación embrionaria de los crímenes en la incubación de las prisiones

El triunfo de Javert en el caserón Gorbeau había parecido completo, pero no lo fue.

Primeramente, y era ésta su principal preocupación, Javert no había hecho prisionero al prisionero. El asesinado que se evade es más sospechoso que el asesino; y es probable que este personaje, cuya captura resultaba tan preciosa para los bandidos, no fuera menos buena presa para la autoridad.

Luego, Montparnasse había escapado.

Era preciso esperar otra ocasión para echar mano a aquel «petimetre del diablo». Montparnasse, en efecto, habiendo encontrado a Éponine que montaba su vigilancia bajo los árboles del bulevar, se la había llevado con él, prefiriendo ser Némorin con la hija a Schinderhannes con el padre[22]. Buena ocurrencia. Estaba libre. En cuanto a Éponine, Javert la había hecho prender. Consuelo mediocre. Éponine se había reunido con Azelma en las Madelonnettes.

Por fin, durante el trayecto del caserón Gorbeau a la Force, uno de los principales detenidos, Claquesous, había desaparecido. No se sabía cómo había sucedido; los agentes y sargentos no lo comprendían, se había convertido en vapor, se había escurrido entre las rendijas del cascado coche y había huido; no se sabía otra cosa más que, al llegar a la prisión, Claquesous no se encontraba allí. Allí había magia. ¿Se había Claquesous fundido en las tinieblas como un copo de nieve se funde en el agua? ¿Había habido connivencia con los agentes? ¿Pertenecía este hombre al doble enigma del desorden y del orden? ¿Era concéntrico a la infracción y a la represión? ¿Tenía esta esfinge las patas de delante en el crimen y las de atrás en la autoridad? Javert no aceptaba estas combinaciones, y se inquietó ante tales compromisos; pero su patrulla comprendía a otros inspectores más iniciados tal vez que él mismo, aunque eran subordinados suyos, en los secretos de la prefectura, y Claquesous era un bribón tal que podía ser un buen agente. Estar en tan íntimas relaciones de escamoteo con la noche resulta excelente para el bandidismo y admirable para la policía. Existen estos pillos de dos filos. Fuera lo que fuese, no se encontró a Claquesous. Javert pareció más irritado que sorprendido.

En cuanto a Marius, «ese papanatas de abogado que probablemente había tenido miedo», y de quien Javert había olvidado el nombre, no le preocupaba mucho. Por lo demás, siempre es posible volver a encontrar a un abogado. ¿Pero era únicamente un abogado?

La información había empezado.

El juez de instrucción había juzgado útil no poner en la sombra a uno de los hombres de la banda Patron-Minette, esperando alguna confesión. Este hombre era Brujon, el melenudo de la calle Petit-Banquier. Se le había dejado en el patio Charlemagne, y la mirada de los vigilantes estaba fijada en él.

Este nombre, Brujon, es uno de los recuerdos de la Force. En el horrible patio llamado del Edificio Nuevo, que la administración llamaba patio Saint-Bernard, y que los ladrones llamaban fosa de los leones, sobre esta muralla cubierta de escamas y de lepras que subían por la izquierda hasta la altura de los tejados, cerca de una vieja puerta de hierro enmohecida que llevaba a la antigua capilla de la mansión ducal de la Force, convertida en dormitorio de bribones, podía aún verse hace doce años una especie de fortaleza groseramente esculpida con un clavo en la piedra, y debajo esta firma: «Brujon, 1811».

El Brujon de 1811 era el padre del Brujon de 1832.

Este último, que sólo se ha podido vislumbrar en la emboscada Gorbeau, era un joven gallardo y muy astuto y sagaz, con aire atontado y plañidero. Fue por aquel aire atontado que el juez de instrucción le había soltado, creyéndole más útil en el patio de Charlemagne que en la celda de la prisión.

Los ladrones no interrumpen su obra porque se hallen en manos de la justicia. No se molestan por tan poco. Hallarse en prisión por un crimen no impide empezar otro crimen. Son artistas que tienen un cuadro en el salón y que no por ello dejan de trabajar en otra obra en su taller.

Brujon parecía aturdido por la prisión. Se le veía a veces durante horas enteras en el patio Charlemagne, en pie cerca de la mirilla del cantinero, y contemplando como un idiota una especie de pancarta de los precios de la cantina, que empezaba por: «Ajo, 62 céntimos», y terminaba por: «Cigarro, 5 céntimos». O bien pasaba el tiempo temblando, rechinando los dientes, y diciendo que tenía fiebre, e informándose de si uno de los veintiocho lechos de la sala de los febriles se hallaba vacante.

De repente, hacia la segunda quincena de febrero de 1832, se supo que

Brujon, el adormilado, había hecho realizar, por medio de comisionarios de la casa, no en su nombre, sino en nombre de tres de sus camaradas, tres comisiones distintas, las cuales le habían costado en total cincuenta sueldos, gasto exorbitante que llamó la atención del brigadier de la prisión.

Se informaron, y consultando la tarifa de encargos, pegada en el locutorio de los detenidos, se consiguió saber que los cincuenta sueldos se descomponían así: tres encargos; uno al Panteón, diez sueldos; otro al Val-de-Grâce, quince sueldos, y uno a la barrera de Grenelle, veinticinco sueldos. Éste era el más caro. En el Panteón, en el Val-de-Grâce y en la barrera de Grenelle[23], se encontraban precisamente los domicilios de tres merodeadores de las barreras muy temibles, Kruideniers, alias Bizarro, Glorieux, forzado liberado, y Barrecarrosse, sobre quienes este incidente atrajo la mirada de la policía. Se creía adivinar que estos hombres estaban afiliados a Patron-Minette, dos de cuyos jefes, Babet y Gueulemer, estaban encerrados. Se supuso que en los encargos de Brujon, enviados a gentes que esperaban en la calle, debía haber algún aviso para algún complot. Tenían aún otros indicios; echaron mano a los tres merodeadores, y creyeron haber abortado así cualquier maquinación urdida por Brujon.

Alrededor de una semana después de haber sido tomadas estas medidas, una noche, un vigilante de ronda que inspeccionaba el dormitorio del Edificio Nuevo, en el momento de depositar su castaña en la caja de castañas —es el medio que se empleaba para asegurarse de que los vigilantes hacían exactamente su servicio; a cada hora, una castaña debía caer en todas las cajas clavadas en la puerta de los dormitorios— vio a través de la mirilla del dormitorio a Brujon que escribía algo en su cama. El guardián entró, pusieron a Brujon en un calabozo durante un mes, pero no pudo saberse lo que había escrito. La policía no logró más.

Lo que es cierto es que al día siguiente fue arrojado un «postillón» desde el patio Charlemagne a la fosa de los leones, por encima de la construcción de cinco pisos que separaba los dos patios.

Los detenidos llaman «postillón» a una bolita de pan artísticamente amasado que se envía a «Irlanda», es decir, por encima de los techos de una prisión, de un patio a otro. Etimología: por encima de Inglaterra, de una tierra a otra, a Irlanda. Esta bolita cae en el patio. Quien la recoge, la abre y encuentra una nota dirigida a algún prisionero del patio. Si es un detenido quien hace el hallazgo, entrega la nota a su destinatario; si es un guardián, o uno de los prisioneros vendidos secretamente, que se llaman «corderos» en

las prisiones y «zorros» en las cárceles, la nota es entregada a la policía.

Esta vez el «postillón» llegó a su destino, aunque aquel a quien iba dirigido el mensaje estuviera en aquel momento «separado». El destinatario no era otro que Babet, uno de los cuatro cabecillas de Patron-Minette.

El «postillón» contenía un papel enrollado sobre el que no había escritas más que estas dos líneas:

Babet, hay un asunto en la calle Plumet. Una verja sobre un jardín.

Era lo que Brujon había escrito durante la noche.

A despecho de los registradores y registradoras, Babet encontró medio de hacer pasar la nota de la Force a la Salpêtrière, a una «buena amiga» que tenía, que estaba encerrada allí. Esta muchacha, a su vez, transmitió la nota a una tal Magnon, muy vigilada por la policía, pero que aún no había sido detenida. La citada Magnon, cuyo nombre ha visto ya el lector, mantenía con los Thénardier unas relaciones que más adelante se precisarán, y podía, yendo a ver a Éponine, servir de puente entre la Salpêtrière y las Madelonnettes.

Sucedió precisamente que en aquel instante, faltando pruebas contra las hijas de Thénardier, Éponine y Azelma, en la instrucción dirigida contra el primero, las muchachas fueron puestas en libertad.

Cuando Éponine salió, Magnon, que la esperaba en la puerta de las Madelonnettes, le entregó la nota de Brujon dirigida a Babet, encargándole que aclarara el asunto.

Éponine fue a la calle Plumet, reconoció la verja y el jardín, observó la casa, espió, vigiló y algunos días más tarde llevó a Magnon, que vivía en la calle Clocheperce, un bizcocho que Magnon transmitió a la amante de Babet en la Salpêtrière. Un bizcocho, en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa que no hay nada que hacer.

Aunque, poco menos de una semana más tarde, Babet y Brujon se cruzaban en el camino de ronda de la Force, cuando uno iba «a la instrucción» y el otro regresaba.

—¿Y bien —preguntó Brujon—, qué hay en la calle P?

—Bizcocho —respondió Babet.

Así abortó este feto de crimen procreado por Brujon en la Force.

Este aborto, no obstante, tuvo consecuencias, completamente extrañas al

programa de Brujon. Las veremos.

A menudo, creyendo atar un hilo, se ata otro.

III

Aparición de Mabeuf

Marius ya no iba a casa de nadie, únicamente, a veces le sucedía que se encontraba con Mabeuf.

Mientras que Marius descendía lentamente estos grados lúgubres que se podrían llamar la escalera de las cuevas, y que conducen a lugares sin luz donde se oyen a las horas andar por encima de uno, el señor Mabeuf descendía a su vez.

La *Flora de Cauteretz* ya no se vendía en absoluto. Las experiencias sobre el añil no habían tenido éxito en el pequeño jardín de Austerlitz, que estaba mal expuesto. El señor Mabeuf no podía cultivar allí más que algunas plantas raras amantes de la humedad y la sombra. Sin embargo, no se descorazonaba. Había obtenido un rincón de tierra en el Jardín Botánico, muy bien expuesto, para hacer «a sus expensas» ensayos con el añil. Para ello había puesto los cobres de su *Flora* en el Monte de Piedad. Había reducido su comida a dos huevos, y dejaba uno para su vieja sirvienta, a quien no pagaba desde hacía quince meses. Y a menudo su almuerzo era su única comida. Ya no reía con su risa infantil, se había vuelto moroso y ya no recibía visitas. Marius acertaba al no pensar en volver. Algunas veces, a la hora en que el señor Mabeuf iba al Jardín Botánico, el anciano y el joven se cruzaban en el bulevar del Hospital. No se hablaban, y se hacían un signo con la cabeza, tristemente. Cosa dolorosa, ¡hay un momento en que la miseria desune! Eran dos amigos y semejaban dos transeúntes.

El librero Royol había muerto. El señor Mabeuf no conocía más que sus libros, su jardín y su añil; eran las tres formas que para él habían adquirido la felicidad, el placer y la esperanza. Esto le bastaba para vivir. Se decía: «Cuando haya conseguido mis bolas azules, seré rico, retiraré mis cobres del Monte de Piedad, volveré a poner en boga mi *Flora*, con charlatanismo y anuncios en los periódicos, y compraré, sé bien dónde, un ejemplar del *Arte de navegar*, de Pedro de Medina, edición de 1559». Entretanto, trabajaba durante todo el día en su cuadro de añil, y por la noche regresaba a su casa para regar el jardín y leer sus libros. El señor Mabeuf tenía en aquella época casi ochenta años.

Una noche tuvo una singular aparición.

Había regresado cuando aún era de día. La señora Plutarco, cuya salud se

alteraba, estaba enferma y acostada. Había cenado con un hueso en el que quedaba un poco de carne, y con un pedazo de pan que había encontrado en la mesa de la cocina, y se había sentado sobre un mojón de piedra volcado que hacía de banco en su jardín.

Cerca del banco se alzaba, como en los viejos jardines-huertos, una especie de gran baúl muy deteriorado, madriguera en la planta baja, frutero en el primer piso. No había ningún conejo en la madriguera, pero había algunas manzanas en el frutero. Restos de la provisión de invierno.

El señor Mabeuf se había puesto a hojear y a leer, con ayuda de sus lentes, dos libros que le apasionaban, e incluso, cosa muy grave a su edad, le preocupaban. Su timidez natural le volvía propicio a una cierta aceptación de las supersticiones. El primero de estos libros era el famoso tratado del presidente Delancre *Sobre la inconstancia de los demonios*, el otro era el in-quarto de Mutor de la Rubaudière *Sobre los diablos de Vauvert y los gobelinos de la Bièvre*[24]. Este último libro le interesaba muchísimo, porque su jardín había sido uno de los terrenos antiguamente frecuentados por los gobelinos. El crepúsculo empezaba a blanquear lo que está en lo alto y a oscurecer lo que está abajo. Por encima del libro que sostenía en la mano, el tío Mabeuf contemplaba sus plantas, sobre todo un rododendro magnífico que constituía uno de sus consuelos; cuatro días de bochorno, de viento y de sol, sin una gota de lluvia, acababan de transcurrir; los tallos se doblaban, las yemas se inclinaban, las hojas caían, todo aquello tenía necesidad de ser regado; el rododendro, sobre todo, estaba triste. Mabeuf era uno de esos seres para quienes las plantas tienen alma. El anciano había trabajado durante todo el día en su cuadrado de añil, estaba agotado de cansancio; no obstante, se levantó, dejó los libros sobre el banco y echó a andar inclinado, con pasos vacilantes, hacia el pozo, pero cuando hubo cogido la cadena, no pudo tirar de ella lo bastante como para descolgarla. Entonces se volvió y alzó una mirada de angustia hacia el cielo que se llenaba de estrellas.

La noche tenía esa serenidad que abruma al hombre bajo no sé qué lúgubre y eterna alegría. La noche prometía ser tan árida como lo había sido el día.

«¡Estrellas por todas partes! —pensaba el viejo—; ¡ni la más pequeña nube!, ¡ni una lágrima de agua!».

Y su cabeza, que se había erguido un instante, volvió a caer sobre su pecho.

Tornó a levantarla, y miró de nuevo al cielo, murmurando:

—¡Una lágrima de rocío!, ¡un poco de piedad!

Trató una vez más de descolgar la cadena del pozo y no pudo.

En aquel instante oyó una voz que decía:

—Señor Mabeuf, ¿queréis que os riegue el jardín?

Al mismo tiempo, un rumor de bestia salvaje que pasa se oyó en el matorral, y del mismo vio salir una chica flaca que se enderezó ante él, mirándole atrevidamente. Aquello se parecía menos a un ser humano que a una forma surgida del crepúsculo.

Antes de que Mabeuf —que se asustaba fácilmente y que tenía el terror fácil, como hemos dicho— hubiera podido responder una sílaba, aquel ser, cuyos movimientos tenían en la oscuridad una especie de extraña brusquedad, había descolgado la cadena, sumergido y retirado el cubo y llenado la regadera, y el buen hombre veía a aquella aparición, que tenía los pies desnudos y una falda de harapos, correr entre los parterres, distribuyendo la vida a su alrededor. El ruido de la regadera sobre las hojas llenaba el alma de Mabeuf de dicha. Le parecía ahora que el rododendro era feliz.

Una vez vacío el primer cubo, la joven llenó otro, y luego un tercero. Regó todo el jardín.

Al verla andar así por los paseos donde su silueta semejaba negra, agitando sobre sus largos brazos angulosos su harapiento chal, tenía un no sé qué de murciélago.

Cuando hubo terminado, Mabeuf se acercó con lágrimas en los ojos, y le puso la mano en la frente.

—Dios os bendecirá —dijo—, sois un ángel, puesto que os cuidáis de las flores.

—No —repuso ella—, soy el diablo, pero no importa.

El anciano exclamó, sin atender, y sin esperar respuesta:

—¡Qué pena que sea tan desgraciado y tan pobre, y que no pueda hacer nada por vos!

—Podéis hacer algo —dijo.

—¿Qué?

—Decirme dónde vive el señor Marius.

El anciano no comprendió.

—¿Qué señor Marius?

Alzó su mirada vidriosa, y pareció buscar algo que se había desvanecido.

—Un joven que antes venía aquí.

Mientras, el señor Mabeuf había recordado.

—¡Ah, sí…! —exclamó—. Ya sé a quién os referís. ¡Esperad!, el señor Marius… el barón Marius Pontmercy, ¡pardiez! Vive… o, mejor dicho, ya no vive… Ah, no sé.

Mientras hablaba, se había inclinado para sujetar una rama del rododendro. Continuó:

—Oíd, ya recuerdo. Pasa a menudo por el bulevar, y va hacia el lado de la Glacière. Calle Croulebarbe. El campo de la Alondra. Id por allí. No será difícil encontrarle.

Cuando el señor Mabeuf se incorporó, ya no había nadie, la joven había desaparecido.

Decididamente, sintió un poco de miedo.

«En verdad —pensó—, si mi jardín no estuviera regado, creería que era un espíritu».

Una hora más tarde, cuando estuvo acostado, recordó esto, y mientras se dormía, en ese instante turbador en que el pensamiento, semejante a ese pájaro fabuloso que se convierte en pez para cruzar el mar, toma poco a poco la forma del sueño para atravesar el sueño, se decía confusamente: «De hecho, esto se parece mucho a lo que Rubaudière cuenta de los gobelinos. ¿Sería un gobelino?».

IV

Aparición de Marius

Algunos días después de la visita del «espíritu» a Mabeuf, una mañana —era lunes, el día en que Marius pedía prestada a Courfeyrac la moneda de cien sueldos a fin de enviarla a Thénardier— Marius puso la moneda de cien sueldos en su bolsillo, y antes de llevarla a la cárcel fue a «pasearse un poco», esperando que a su regreso eso le haría trabajar. Por otra parte, era eternamente así. Tan pronto como se levantaba, se sentaba ante un libro y una hoja de papel para traducir algo; en aquella época se dedicaba a la traducción al francés de una célebre querella de alemanes, la controversia de Gans y Savigny[25], cogía a Savigny, luego a Gans, leía cuatro líneas, trataba de escribir una, no podía, veía una estrella entre él y su papel, y se levantaba de su silla diciéndose: «Voy a salir. Esto me pondrá en vena».

Y se iba al campo de la Alondra.

Allí veía la estrella más que nunca, y a Savigny y a Gans menos que nunca.

Regresaba, intentaba reemprender su labor y no lo conseguía; no había medio de atar uno solo de los hilos rotos en su cerebro; entonces se decía: «No saldré mañana. Eso me impide trabajar». Y salía todos los días.

Vivía en el campo de la Alondra más que en el alojamiento de Courfeyrac. Su verdadera dirección era ésta: Bulevar de la Santé, séptimo árbol después de la calle Croulebarbe.

Aquella mañana había dejado ese séptimo árbol y se había sentado en el parapeto de la ribera de los Gobelins. Un alegre sol penetraba a través de las frescas hojas luminosas.

Pensaba en «Ella». Y su ensueño, convirtiéndose en reproche, caía de nuevo sobre él; pensaba dolorosamente en la pereza, parálisis del alma, que iba ganándole, y en aquella oscuridad que se espesaba a cada instante ante él, hasta el punto de que no veía ya ni siquiera el sol.

Empero, a través de ese penoso desprendimiento de ideas indistintas que no eran ni siquiera un monólogo, tanto se debilitaba en él la acción que no tenía ni fuerzas para desolarse; y también a través de esa absorción melancólica le llegaban las sensaciones del exterior. Oía tras de sí, por encima de sí, sobre los bordes del río, a las lavanderas de los Gobelins golpear su

ropa, y, asimismo, por encima de su cabeza, picotear y cantar a los pájaros en los olmos. Por un lado, el ruido de la libertad, de la despreocupación feliz, del ocio que tiene alas; por el otro, el ruido del trabajo. Cosa que le hacía pensar profundamente, y casi reflexionar, eran dos ruidos alegres.

De repente, en medio de su abrumado éxtasis, oyó una voz conocida que decía:

—¡Vaya!, ¡aquí está!

Alzó los ojos y reconoció a la desgraciada niña que había ido una mañana a su casa, la mayor de las hijas de Thénardier, Éponine; ahora sabía ya cómo se llamaba. Cosa extraña, la joven estaba empobrecida y embellecida; dos pasos que no parecía posible que hubiese dado. Había realizado un doble progreso hacia la luz y hacia la miseria. Iba con los pies desnudos y vestida de harapos, como el día en que había entrado tan resueltamente en su habitación; únicamente que sus harapos tenían dos meses más; los agujeros eran más grandes, sus andrajos más sórdidos. Era la misma voz enronquecida, la misma frente apagada y arrugada por el sol, la misma mirada libre, extraviada y vacilante. Se reflejaba más que antes en su fisonomía ese no sé qué de asustado y lamentable que la prisión suma a la miseria.

Tenía briznas de paja y de heno en los cabellos, no como Ofelia para volverse loca con el contagio de la locura de Hamlet, sino porque había dormido en el granero de alguna cuadra.

Y a pesar de todo aquello, era hermosa. ¡Qué astro sois, oh juventud!

Entretanto, se había detenido ante Marius con un poco de alegría en su lívido rostro, y mostrando algo que se parecía a una sonrisa.

Permaneció algunos instantes como si no pudiera hablar.

—¡Os he encontrado! —dijo por fin—. El señor Mabeuf tenía razón, ¡era en este bulevar! ¡Cuánto os he buscado!, ¡si supierais! ¿Sabíais que he estado en chirona? ¡Quince días! ¡Me han soltado!, ya que no tenían nada contra mí, y además yo no tengo edad de discernir. ¡Oh, cuánto os he buscado! Hace seis semanas. ¿Ya no vivís allá?

—No —dijo Marius.

—¡Oh!, comprendo. A causa de aquello. ¡Qué desagradables son esos atracos! Os habéis mudado. ¡Vaya!, ¿por qué lleváis ese sombrero tan viejo? Un joven como vos debe tener hermosos trajes. ¿Sabéis, señor Marius, que el

señor Mabeuf os llama barón Marius no sé qué? ¿Verdad que no sois barón? Los barones son viejos, van al Luxemburgo, delante del castillo, donde hay más sol, y leen *La Quotidienne* por un sueldo. Una vez fui a llevar una carta a casa de un barón que era así. Tenía más de cien años. Decid, pues, ¿dónde vivís ahora?

Marius no respondió.

—¡Ah!, tenéis un agujero en la camisa. Será preciso que os lo cosa. —Y continuó con una expresión que se ensombrecía poco a poco—: ¿No parecéis contento de verme?

Marius seguía callado; ella guardó silencio durante un instante, y luego exclamó:

—¡Sin embargo, si yo quisiera, os obligaría a tener aspecto de contento!

—¿Qué? —preguntó Marius—. ¿Qué queréis decir?

—¡Ah!, ¡antes me hablabais de tú! —prosiguió la joven.

—Pues bien, ¿qué quieres decir?

Ella se mordió los labios; parecía dudar, como presa de un sordo combate interior. Por fin, pareció tomar su resolución.

—Bueno, es igual. Tenéis el aire triste, y yo quiero que estéis contento. Prometedme que reiréis. Quiero veros reír y decir: «¡Ah, muy bien!». ¡Pobre señor Marius! Me habíais prometido que me daríais todo lo que yo quisiera…

—¡Sí, pero habla de una vez!

Ella miró a Marius a los ojos y le dijo:

—Tengo las señas.

Marius palideció. Toda su sangre le afluyó al corazón.

—¿Qué señas?

—¡Las que me habíais pedido! —Y añadió como si realizara un esfuerzo —: Las señas… ya sabéis.

—¡Sí!

—¡Las de la señorita!

Pronunciada esta palabra, suspiró profundamente.

Marius saltó del parapeto donde se había sentado, y le tomó la mano.

—Entonces, ¡llévame!, ¡dime!, ¡pídeme todo lo que quieras! ¿Dónde es?

—Venid conmigo —respondió la joven—. No sé muy bien la calle y el número; es al otro lado, pero conozco muy bien la casa; voy a conduciros allí.

Ella retiró su mano y prosiguió, con un tono que hubiera lastimado a un observador atento, pero que Marius ni siquiera captó, ebrio y transportado.

—¡Oh, qué contento estáis!

Una nube atravesó la frente de Marius. Cogió a Éponine por el brazo.

—¡Júrame una cosa!

—¿Jurar? —replicó ella—. ¿Qué quiere decir eso? ¡Vaya! ¿Queréis que jure?

Y se rió.

—¡Tu padre! Prométeme, Éponine, júrame que no darás esas señas a tu padre.

Ella se volvió hacia el joven con aire sorprendido:

—¡Éponine! ¿Cómo sabéis que me llamo Éponine?

—¡Prométeme lo que te pido!

Pero ella no parecía oírle.

—¡Qué bonito es esto!, ¡me habéis llamado Éponine!

Marius la cogió por los dos.

—¡Respóndeme, en nombre del cielo!, presta atención a lo que te digo, ¡júrame que no dirás a tu padre las señas que sabes!

—¿Mi padre? —dijo—. ¡Ah, sí, mi padre! Tranquilizaos. Está a la sombra. ¡Por otra parte, no me ocupo de mi padre!

—¡Pero no me lo prometes! —exclamó Marius.

—¡Soltadme, pues! —dijo ella, estallando en carcajadas—. ¡Cómo me sacudís! ¡Sí!, ¡sí!, ¡os lo prometo!, ¡os lo juro!, ¿qué puede importarme esto?; no diré las señas a mi padre. ¡Ya está! ¿Es lo que deseáis, verdad?

—¿Ni a nadie?

—Ni a nadie.

—Ahora —dijo Marius—, llévame allí.

—¿Enseguida?

—Enseguida.

—Venid. ¡Oh, qué contento está! —dijo.

Tras haber dado unos pasos, se detuvo.

—Me seguís demasiado de cerca, señor Marius. Dejadme ir delante, y seguidme como si no lo pareciera. Es preciso que no se vea a un hombre de bien como vos detrás de una mujer como yo.

Ninguna lengua podría expresar todo lo que contenía la palabra mujer, pronunciada de aquella manera por una niña.

Dio unos diez pasos y volvió a detenerse; Marius se reunió con ella. Ella le habló sin volverse hacia él:

—A propósito, ¿sabéis que me habéis prometido una cosa?

Marius buscó en su bolsillo. No poseía en el mundo más que los cinco francos destinados a Thénardier. Los cogió, y los puso en la mano de Éponine.

Ella abrió los dedos, dejó caer la moneda al suelo y, mirándole con aire sombrío, dijo:

—No quiero vuestro dinero.

LIBRO TERCERO

La casa de la calle Plumet

I

La casa secreta

A mediados del siglo pasado, un presidente del Parlamento de París, que tenía una amante y se escondía, pues en esa época los grandes señores mostraban a sus amantes y los burgueses las escondían, hizo construir «una pequeña casa» en el arrabal Saint-Germain, en la desierta calle Blomet, que hoy se llama calle Plumet[26], no lejos del lugar al que denominaban entonces el Combate de los Animales.

La citada casa se componía de un pabellón con dos plantas, de dos salas en la planta baja y dos habitaciones en el primer piso; abajo, una cocina, y arriba, un tocador, bajo el techo un granero, y el conjunto precedido por un jardín con ancha verja que daba a la calle. Este jardín tenía aproximadamente una fanega. Esto era todo lo que los transeúntes podían entrever; pero detrás del pabellón había un patio estrecho, y al fondo del patio una vivienda de dos habitaciones sobre un sótano, especie de escondite destinado a ocultar, en caso necesario, a un niño y una nodriza. Esta vivienda comunicaba por atrás, por medio de una puerta oculta, con un largo pasillo estrecho, pavimentado, sinuoso, a cielo abierto, bordeado de dos altos muros, el cual, escondido con un arte prodigioso, y como perdido entre los cercados de los jardines y huertos cuyos ángulos seguía, iba a desembocar a otra puerta igualmente secreta, que se abría a una media legua de allí, casi en otro barrio, en el extremo solitario de la calle Babylone.

El señor presidente se introducía por allí, las personas que le hubieran espiado y seguido, y que hubiesen observado que el señor presidente iba todos los días misteriosamente a alguna parte, no habrían podido sospechar que ir a la calle Babylone era ir a la calle Blomet. Gracias a unas hábiles compras de terrenos, el ingenioso magistrado había podido realizar este trabajo de vía secreta hacia su casa, sobre su propio terreno, y, por consiguiente, sin control. Más tarde, había revendido por parcelas, por jardines, por huertas, los lotes de tierra vecinos al corredor, y los propietarios de estos lotes creían tener ante los ojos un muro de separación, y no sospechaban la existencia de aquella larga cinta de empedrado que serpenteaba entre dos murallas, entre sus parterres y sus huertos. Solamente los pájaros veían tal curiosidad. Es probable que las currucas y los abejarucos del siglo pasado hayan murmurado mucho acerca del señor presidente.

El pabellón, construido en piedra conforme al gusto de Mansart, artesonado y amueblado al estilo de Watteau, rocalla en el interior, peluca en el exterior, rodeado de un triple cercado de flores, ofrecía un aspecto más bien discreto, coquetón y solemne, como corresponde a un capricho del amor y de la magistratura.

Tal casa y tal pasillo, que hoy han desaparecido, existían aún hace una quincena de años. En el 93, un calderero había comprado la casa para demolerla, pero no habiendo podido pagar el precio, la nación le puso en quiebra. De modo que fue la casa la que demolió al calderero. Desde entonces, permaneció deshabitada y cayó lentamente en ruinas, como toda casa a la que la presencia del hombre no comunica la vida. Había permanecido amueblada con sus viejos muebles, estando siempre en venta o para alquiler, y las diez o doce personas que anualmente pasaban por la calle Plumet eran advertidas de este detalle por medio de un rótulo amarillo e ilegible colgado de la verja del jardín desde 1810.

Hacia fines de la Restauración, esos mismos transeúntes pudieron advertir que el cartel había desaparecido y que incluso los postigos del primer piso se hallaban abiertos. La casa, en efecto, estaba ocupada. Las ventanas tenían «pequeñas cortinas», signo de que allí había una mujer.

En el mes de octubre de 1829, un hombre de cierta edad se había presentado y alquilado la casa tal como estaba, comprendido, por supuesto, el cuerpo trasero de la vivienda y el pasillo que iba a desembocar en la calle Babylone. Había hecho restaurar las dos puertas secretas de este pasaje. La casa, acabamos de indicarlo, estaba todavía amueblada con los viejos muebles del presidente; el nuevo inquilino había ordenado algunas reparaciones, añadido aquí y allá lo que faltaba, pavimentado de nuevo el patio, hecho poner ladrillos en los embaldosados, peldaños en la escalera, piezas en los parquets y cristales en las ventanas, y, por último, había ido a instalarse allí con una joven y una sirvienta de edad, sin ruido, más bien como alguien que se desliza que como alguien que entra en su propia casa. Los vecinos no hablaron de ello, por la razón de que no había vecinos.

Este inquilino era, en efecto, Jean Valjean, y la joven era Cosette. La sirvienta era una mujer llamada Toussaint, a quien Jean Valjean había arrancado del hospital y de la miseria, la cual era vieja, provinciana y tartamuda, tres cualidades que habían determinado a Jean Valjean a tomarla consigo. Había alquilado la casa con el nombre de Fauchelevent, rentista. En lo que ha sido relatado anteriormente, sin duda que el lector ha tardado menos

que Thénardier en reconocer a Jean Valjean.

¿Por qué Jean Valjean había abandonado el convento del Petit-Picpus? ¿Qué había sucedido?

No había sucedido nada.

Se recordará que Jean Valjean era feliz en el convento, tan feliz que su conciencia terminó por inquietarse. Veía a Cosette todos los días, sentía nacer y desarrollarse en él cada vez más la paternidad, guardaba en el alma a aquella niña, y se decía que le pertenecía, que nada podía quitársela, que sería así indefinidamente, que ciertamente ella se haría religiosa, pues cada día era dulcemente provocada a ello, que así el convento sería en adelante el universo, tanto para ella como para él, que él envejecería allí y ella crecería, que ella envejecería y él moriría; en fin, maravillosa esperanza de que ninguna separación sería posible. Reflexionando sobre esto, se sumió en perplejidades. Se interrogó. Se preguntó si toda aquella felicidad era suya, si no se componía de la felicidad de otro, de la felicidad de aquella niña que él confiscaba y le hurtaba; ¿no era esto un robo? Se decía que aquella niña tenía derecho a conocer la vida antes de renunciar a ella, que suprimirle de antemano, sin consultarla, todas las alegrías, con el pretexto de librarla de todas las pruebas, aprovecharse de su ignorancia y de su aislamiento para hacer germinar en ella una vocación artificial, era desnaturalizar a una criatura humana y mentir a Dios. ¿Y quién sabe si dándose un día cuenta de todo ello, y religiosa a la fuerza, Cosette no llegaría a odiarle? Último pensamiento casi egoísta, y menos heroico que los demás pero que le resultaba insoportable. Resolvió dejar el convento.

Reconoció, desolado, que era preciso. En cuanto a las objeciones, no las tenía. Cinco años de estancia entre aquellas cuatro paredes y de desaparición, necesariamente habían destruido o dispersado los elementos de temor. Podía moverse entre los hombres tranquilamente. Había envejecido, y todo había cambiado. ¿Quién iba a reconocerle ahora? Y luego, examinando lo peor, no había peligro más que para él mismo, y no tenía derecho a condenar a Cosette al claustro por la razón de que él hubiera sido condenado a prisión. Por otra parte, ¿qué importa el peligro ante el deber? Finalmente, nada le impedía ser prudente y tomar sus precauciones.

En cuanto a la educación de Cosette, estaba poco más o menos terminada y completada.

Una vez tomada su determinación, esperó la ocasión propicia. No tardó en

presentarse. Fauchelevent murió.

Jean Valjean pidió audiencia a la reverenda priora y le comunicó que habiendo recibido a la muerte de su hermano una pequeña herencia que le permitía vivir en adelante sin trabajar, dejaba el servicio del convento y se llevaba a su hija; pero que como no era justo que Cosette, no pronunciando sus votos, hubiera sido educada gratuitamente, suplicaba con humildad a la reverenda priora que aceptara como ofrenda a la comunidad, como indemnización de los cinco años que Cosette había permanecido allí, una suma de cinco mil francos.

Así fue cómo Jean Valjean salió del convento de la Adoración Perpetua.

Al abandonar el convento, tomó él mismo bajo su brazo, sin confiársela a nadie, la pequeña maleta cuya llave llevaba siempre encima. Esta maletita intrigaba a Cosette, a causa del olor de embalsamamiento que de ella se desprendía.

Digamos enseguida que, en adelante, no abandonó nunca tal maleta. La tenía siempre en su habitación. Era la primera y, algunas veces, la única cosa que se llevaba cuando se mudaban. Cosette se reía de ello, y llamaba a aquella maleta la «inseparable», diciendo: «Estoy celosa de ella».

Jean Valjean, por lo demás, no se reintegró al mundo sin una profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle Plumet y se escondió en ella. En adelante, adoptó el nombre de Ultime Fauchelevent.

Al mismo tiempo, alquiló otros dos apartamentos en París, con el fin de atraer menos la atención que si hubiera vivido siempre en el mismo barrio, de poder ausentarse si se sentía inquieto; y, en fin, de no encontrarse desprotegido, como la noche en que había escapado a Javert tan milagrosamente. Estos dos apartamentos eran dos alojamientos muy mezquinos y de pobre apariencia, en dos barrios muy alejados uno de otro, el primero en la calle Ouest, y el otro en la calle L’Homme-Armé[27].

De vez en cuando iba a la calle L’Homme-Armé y en ocasiones a la calle Ouest a pasar un mes o seis semanas con Cosette, sin llevarse a Toussaint. Se hacía servir por los porteros y se hacía pasar por rentista de los alrededores, teniendo un apeadero en la ciudad. Tenía tres domicilios en París, con objeto de escapar a la policía.

II

Jean Valjean guardia nacional

Por lo demás, propiamente hablando, vivía en la calle Plumet y había organizado su existencia del siguiente modo:

Cosette, con su sirvienta, ocupaba el pabellón; tenía la gran habitación de los entrepaños pintados, el tocador de molduras doradas, el salón del presidente amueblado con tapices y amplios sillones; tenía el jardín. Jean Valjean había hecho poner en la habitación de Cosette un lecho con baldaquín de damasco antiguo de tres colores y un antiguo y hermoso tapiz de Persia, comprado en la calle Figuier-Saint-Paul[28], en casa de la Gaucher, y para atenuar la severidad de estas magníficas antigüedades, juntó con esta mezcla todos los pequeños muebles alegres y graciosos de las jóvenes: la estantería, la biblioteca, los libros dorados, una escribanía, la carpeta, la mesita de trabajo incrustada de nácar, el estuche de tocador de granate y porcelana del Japón. Largos cortinajes de damasco de fondo rojo en tres colores, semejante al de la cama, colgaban de las ventanas del primer piso. En la planta baja había cortinas de tapicería. Durante todo el invierno, la casita de Cosette estaba caliente. Él vivía en una especie de vivienda de portero, que se hallaba en el patio del fondo, con un colchón sobre un lecho de tijera, una mesa de madera blanca, dos sillas de paja, un jarro de porcelana para el agua, algunos libros sobre una tabla, su querida maleta en un rincón, siempre sin calefacción. Comía con Cosette, y tenía un pan moreno para él en la mesa. Había dicho a Toussaint, al entrar ésta:

—Es la señorita quien es la dueña de la casa.

—¿Y usted, señor? —había replicado Toussaint.

—Yo, más que el dueño, soy el padre.

Cosette, en el convento, había sido instruida en los trabajos de la casa, y organizaba los gastos, que eran muy modestos. Todos los días, Jean Valjean tomaba del brazo a Cosette y la llevaba a pasear. La acompañaba al Luxemburgo, por el paseo menos frecuentado, y todos los domingos a misa, siempre a Saint-Jacques-du-Haut-Pas, porque estaba muy lejos. Como es un barrio muy pobre, hacía muchas limosnas, y los desgraciados le rodeaban en la iglesia, lo que le había valido el epíteto de los Thénardier: «El señor benefactor de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas». Llevaba a Cosette a visitar a los indigentes y a los enfermos. Ningún extraño entraba en la casa de

la calle Plumet. Toussaint traía las provisiones, y Jean Valjean iba él mismo a buscar el agua a un grifo que había muy cerca, en el bulevar. Ponían la leña y el vino en una especie de hondonada tapizada de rocas, cercana a la calle Babylone, y que antiguamente había servido de gruta al señor presidente; pues en el tiempo de las Folies y de las Petites-Maisons no había amor sin gruta.

Había en la puerta de la calle Babylone una de esas cajas destinadas a las cartas y a los periódicos; pero los tres habitantes del pabellón de la calle Plumet no recibían ni periódicos ni cartas, y toda la utilidad de la caja, antiguamente destinada a cartas amorosas y confidente de un leguleyo lechuguino, estaba ahora limitada a las notas del cobrador de contribuciones y a las de la guardia. Pues el señor Fauchelevent, rentista, era de la guardia nacional; no había podido escapar a las estrechas mallas del nuevo censo de 1831. Los informes municipales tomados en esa época se habían remontado hasta el convento del Petit-Picpus, especie de nube impenetrable y santa, de la que Jean Valjean había salido venerable para los de su alcaldía, y, por consiguiente, digno de la guardia.

Tres o cuatro veces por año, Jean Valjean se endosaba su uniforme y realizaba su servicio; de muy buena gana, por cierto; constituía para él un correcto disfraz que le mezclaba con todo el mundo, dejándole solitario. Jean Valjean acababa de cumplir sesenta años, edad de la exención legal, pero no aparentaba más de cincuenta; por lo demás, no experimentaba ningún deseo de sustraerse a su sargento mayor y de fastidiar al conde Lobau; no tenía estado civil; ocultaba su nombre, ocultaba su identidad, ocultaba su edad, lo ocultaba todo; y, acabamos de decirlo, era un guardia nacional de buena voluntad. Parecerse al primer llegado que paga sus contribuciones, ésta era toda su ambición. Este hombre tenía por ideal, por dentro, el ángel, por fuera, el burgués.

Observemos, no obstante, un detalle. Cuando Jean Valjean salía con Cosette, se vestía como se ha visto, y adoptaba la actitud de un antiguo oficial. Cuando salía solo, y habitualmente era al anochecer, iba siempre vestido con una chaqueta y un pantalón de obrero, y tocado con un casquete que le ocultaba el rostro. ¿Era precaución o humildad? Las dos cosas a la vez. Cosette estaba acostumbrada al lado enigmático de su vida, y apenas reparaba en las singularidades de su padre. En cuanto a Toussaint, veneraba a Jean Valjean, y encontraba bien todo lo que éste hacía. Un día, el carnicero, que había visto a Jean Valjean, le dijo:

—Es un tipo gracioso.

—Es un santo —respondió Toussaint.

Ni Jean Valjean ni Cosette ni Toussaint entraban y salían por otra parte que por la calle Babylone. A menos que se los viera a través de la verja del jardín, era difícil adivinar que vivían en la calle Plumet. La verja permanecía siempre cerrada. Jean Valjean mantenía el jardín en estado inculto, con el fin de que no llamara la atención.

En esto, tal vez se equivocaba.

III

Foliis ac frondibus[29]

Este jardín, abandonado a sí mismo desde hacía más de medio siglo, se había convertido en algo extraordinario y encantador. Los paseantes de hace cuarenta años se detenían en aquella calle para contemplarlo, sin sospechar los secretos que se ocultaban tras sus frescas y verdes espesuras. En aquella época, más de un soñador dejó muchas veces penetrar sus ojos y su pensamiento indiscretamente a través de los barrotes de la antigua verja encadenada, unida a dos pilares verdeados y musgosos, coronada extrañamente con un frontis de arabescos indescifrables.

Había un banco de piedra en un rincón, una o dos estatuas enmohecidas, y algunos enrejados desprendidos por el tiempo se enmohecían sobre el muro; por lo demás, no quedaban paseos ni césped, había grama por todas partes. La jardinería le había abandonado, y la naturaleza había regresado. Abundaban las malas hierbas, aventura admirable para un pobre rincón de tierra. La fiesta de los girasoles era espléndida. Nada en aquel jardín contrariaba el esfuerzo sagrado de las cosas hacia la vida; el crecimiento venerable se encontraba en su casa. Los árboles se habían inclinado hacia los espinos, y los espinos habían trepado por los árboles, la planta había trepado, la rama se había doblado, lo que se arrastra por el suelo había ido a encontrar lo que se abre en el aire, lo que flota al viento se había inclinado hacia lo que crece entre el musgo; troncos, ramas, hojas, fibras, matas, sarmientos y espinas se habían mezclado, atravesado, unido, confundido; la vegetación, en un abrazo estrecho y profundo, había celebrado y cumplido allí, bajo la satisfecha mirada del Creador, en este cercado de trescientos pies cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la fraternidad humana. Aquel jardín ya no era un jardín, era una espesura colosal, es decir, algo impenetrable como una selva, poblada como una ciudad, temblorosa como un nido, oscura como una catedral, olorosa como un ramillete, solitaria como una tumba, viva como una multitud.

El floreal, esa enorme mata, libre detrás de su verja y de sus cuatro muros, entraba en celo en el sordo trabajo de la germinación universal, se estremecía al sol naciente casi como una bestia que aspira los efluvios del amor cósmico, y que siente la savia de abril subir y burbujear en sus venas, y sacudiendo al viento su prodigiosa cabellera verde, sembraba sobre la tierra húmeda, sobre las estatuas borradas, sobre la desplomada escalinata del pabellón, y hasta el

empedrado de la calle desierta, las flores en estrellas, el rocío en perlas, la fecundidad, la belleza, la vida, la alegría, los perfumes. A mediodía, mil mariposas blancas se refugiaban allí, y era un espectáculo divino ver arremolinarse en copos, en la sombra, aquella nieve viva de verano. Allí, en aquellas alegres tinieblas de verdor, una multitud de voces inocentes hablaba dulcemente al alma, y lo que los susurros habían olvidado decir, los zumbidos lo completaban. Al atardecer, un vapor de ensueño se desprendía del jardín y lo envolvía; un sudario de bruma, una tristeza celeste y tranquila lo cubría; el embriagador aroma de las madreselvas y de las campanillas flotaba por doquier, como un veneno exquisito y sutil; se oían las últimas llamadas de los pájaros trepadores y de las pezpitas adormeciéndose bajo las enramadas; sentíase esa intimidad sagrada del pájaro y el árbol; durante el día, las alas alegran a las hojas, por la noche, las hojas protegen a las alas.

En invierno, la maleza era negra, mojada, erizada, temblorosa, y permitía ver un poco la casa. Se observaban, en lugar de flores en las ramas, y de rocío en las flores, las largas cintas de plata de las babosas, sobre el frío y espeso tapiz de las hojas amarillas; pero de todos modos, bajo cualquier aspecto, y en cualquier estación, primavera, verano, otoño, invierno, aquel pequeño cercado respiraba melancolía, contemplación, soledad, libertad, ausencia del hombre, presencia de Dios; y la vieja verja enmohecida parecía decir: «Este jardín es mío».

El empedrado de París estaba allí, alrededor, los hoteles clásicos y espléndidos de la calle Varenne hallábanse a dos pasos, la cúpula de los Inválidos muy cerca, la Cámara de los diputados, no demasiado lejos; las carrozas de la calle de la Bourgogne y de la calle Saint-Dominique circulaban majestuosamente por el vecindario, los ómnibus amarillos, blancos, rojos, se cruzaban en la esquina cercana, pero el desierto estaba en la calle Plumet; y la muerte de los antiguos propietarios, una revolución pasada, la caída de las antiguas fortunas, la ausencia, el olvido, cuarenta años de abandono y de viudez habían bastado para llevar a aquel lugar privilegiado los helechos, los gordolobos, las cicutas, las aquileas, las dedaleras, las altas hierbas, las grandes plantas estampadas de las anchas hojas de paño verde pálido, los lagartos, los escarabajos, los insectos inquietos y rápidos; para hacer salir de las profundidades de la tierra, y reaparecer entre aquellos cuatro muros, no sé qué grandeza salvaje y feroz; y para que la naturaleza, que desconcierta las mezquinas organizaciones del hombre y que se derrama siempre entera allí donde se derrama, tanto en la hormiga como en el águila, vino a derramarse en un pequeño jardín parisiense con tanta rudeza y majestad como en una

selva virgen del Nuevo Mundo.

Nada es pequeño, en efecto; cualquiera que esté sujeto a las penetraciones profundas de la naturaleza lo sabe. Aunque no sea dada satisfacción alguna a la filosofía, no más que circunscribir la causa y limitar el efecto, el contemplador cae en éxtasis en razón de que todas estas descomposiciones de fuerza terminan en la unidad. Todo trabaja en pro de todo.

El álgebra se aplica a las nubes; la irradiación del astro aprovecha a la rosa; ningún pensador se atrevería a decir que el perfume del espino blanco resulta inútil a las constelaciones. ¿Quién puede calcular el trayecto de una molécula? ¿Qué sabemos nosotros si las creaciones de los mundos no están determinadas por las caídas de granos de arena? ¿Quién conoce los flujos y reflujos de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, el resonar de las causas en los principios del ser, y los aludes de la Creación? Un insecto importa; lo pequeño es grande, lo grande es pequeño; todo está en equilibrio en la necesidad; terrible visión para el espíritu. Hay entre los seres y las cosas relaciones de prodigio; en este inagotable conjunto, de sol a pulgón, no hay desprecio; tienen necesidad unos de otros. La luz no se lleva al firmamento los perfumes terrestres sin saber lo que hace de ellos; la noche hace distribuciones de esencia estelar entre las flores dormidas. Todos los pájaros que vuelan tienen en la pata el hilo del infinito. La germinación se complica con la aparición de un meteoro y con el picotazo de la golondrina rompiendo el huevo, y se ocupa simultáneamente del nacimiento de un gusano y de advenimiento de Sócrates. Donde termina el telescopio, empieza el microscopio. ¿Cuál de los dos tiene mejor vista? Escoged. Un moho es una pléyade de flores; una nebulosa es un hormiguero de estrellas. Igual promiscuidad, y más inaudita aún, de las cosas de la inteligencia y de los hechos de la sustancia. Los elementos y los principios se mezclan, se combinan, se unen, se multiplican unos por otros, hasta el punto de llevar el mundo material y el mundo moral a la misma claridad. El fenómeno está perpetuamente en repliegue sobre sí mismo. En los vastos cambios cósmicos la vida universal va y viene en cantidades desconocidas, rodando en el invisible misterio de los efluvios, empleándolo todo, no perdiendo ni un ensueño, ni un sueño, sembrando un animalillo aquí, desmenuzando un astro allí, oscilando y serpenteando, haciendo de la luz una fuerza, y del pensamiento un elemento, diseminado e indivisible, disolviéndolo todo, excepto ese punto geométrico, el yo; llevándolo todo al alma átomo; desarrollándolo todo en Dios; enredando, desde la más alta a la más baja, todas las actividades en la oscuridad de un mecanismo vertiginoso, sujetando

el vuelo de un insecto al movimiento de la tierra, subordinando, ¿quién sabe?, aunque no fuera más que por la identidad de la ley, la evolución del cometa en el firmamento al girar del infusorio en la gota de agua. Máquina hecha espíritu. Engranaje enorme, cuyo primer motor es el insecto y cuya última rueda es el zodíaco.

IV

Cambio de verja

Parecía que ese jardín, creado antiguamente para ocultar los misterios libertinos, se hubiera transformado para abrigar los misterios castos. Ya no había ni glorietas, ni cuadros de césped, ni cenadores, ni grutas, había una magnífica oscuridad desmelenada, cayendo como un velo de todas partes. Pafos[30] había vuelto a ser Edén. Un no sé qué de arrepentimiento se había apoderado de aquel retiro. Esta florista ofrecía ahora sus flores al alma. Este coquetón jardín, antiguamente muy comprometido, había recobrado la virginidad y el pudor. Un presidente asistido por un jardinero, un buen hombre que se creía continuador de Lamoignon[31], y otro buen hombre que creía serlo de Le Nôtre, lo habían rodeado, cortado, emperifollado, adornado para la galantería; la naturaleza lo había recobrado, lo había llenado de sombra y lo había adornado para el amor.

Había también en aquella soledad un corazón que estaba dispuesto. El amor no tenía más que mostrarse; había allí un templo compuesto de verdura, de hierba, de musgo, de suspiros, de pájaros, de blandas tinieblas, de ramas agitadas, y un alma hecha de dulzura, de fe, de candor, de esperanza, de aspiración y de ilusión.

Cosette había salido del convento siendo una niña casi; tenía algo más de catorce años, y estaba en la «edad ingrata»; ya lo hemos dicho, aparte los ojos, parecía más bien fea que bonita; sin embargo, ninguno de sus rasgos estaba desprovisto de gracia, pero era torpe, flaca, tímida y atrevida a la vez, una niña grande, en una palabra.

Su educación estaba terminada; es decir, le habían enseñado religión, y también y especialmente la devoción; luego «historia», esto es, la cosa que se llama así en el convento, geografía, gramática, los participios, los reyes de Francia, un poco de música, etcétera, pero del resto lo ignoraba todo, lo cual es un encanto y un peligro. El alma de una joven no debe permanecer a oscuras; más tarde aparecen en ella espejismos demasiado bruscos y vivos como en una habitación oscura. Debe ser instruida dulce y discretamente, más bien con el reflejo de las realidades que con su luz directa y dura. Media luz útil y graciosamente austera que disipa los miedos pueriles e impide las caídas. No hay más que el instinto maternal, intuición admirable en la que entran los recuerdos de la virgen y las experiencias de la mujer, que sepa

cómo y de qué debe estar hecha esta media luz. Nada suple a este instinto. Para formar el alma de una joven, todas las religiones del mundo no valen lo que una madre.

Cosette no había tenido madre. Había tenido madres, en plural.

En cuanto a Jean Valjean, en él se juntaban todas las ternuras y todas las solicitudes; pero no era sino un viejo que no sabía nada de nada.

Así, en esta obra de la educación, en este grave aspecto de la preparación de una mujer para la vida, ¡cuánta ciencia hace falta para luchar contra esa gran ignorancia que se llama inocencia!

Nada prepara a una joven para las pasiones como un convento. El convento vuelve el pensamiento del lado de lo desconocido. El corazón, replegado sobre sí mismo, se hunde, no pudiendo esparcirse, y se profundiza, no pudiendo desarrollarse. De ahí las visiones, las suposiciones, las conjeturas, las novelas esbozadas, las aventuras deseadas, las construcciones fantásticas, los edificios enteros construidos en la oscuridad interior del espíritu, sombrías y secretas mansiones donde las pasiones encuentran inmediatamente sitio donde alojarse cuando la verja abierta les permite entrar. El convento es una compresión que para triunfar sobre el corazón humano debe durar toda la vida.

Al abandonar el convento, Cosette no podía encontrar nada tan dulce y tan peligroso como la casa de la calle Plumet. Era la continuación de la soledad con el principio de la libertad; un jardín cerrado, pero una naturaleza acre, rica, voluptuosa y perfumada; los mismos sueños que en el convento, pero con jóvenes vislumbrados; una verja, pero abierta a la calle.

No obstante, lo repetimos, cuando llegó allí no era aún más que una niña. Jean Valjean le entregó aquel jardín oculto. «Haz todo lo que quieras», le decía. Esto divertía a Cosette; removía todas las matas y todas las piedras, buscaba «animalitos»; jugaba en él, mientras esperaba el momento de soñar en él; amaba aquel jardín por los insectos que encontraba bajo sus pies y a través de la hierba, mientras esperaba el momento de amarlo por las estrellas que vislumbraría entre las ramas, por encima de su cabeza.

Y luego, amaba a su padre, es decir, a Jean Valjean, con toda su alma, con una ingenua pasión filial que convertía al buen hombre en un compañero deseado y encantador. Recordaremos que el señor Madeleine leía mucho, Jean Valjean continuó haciéndolo; había llegado a hablar bien; tenía la riqueza secreta y la elocuencia de una inteligencia humilde y verdadera,

espontáneamente cultivada. Le había quedado justo la suficiente aspereza para sazonar su bondad; era un espíritu rudo y un corazón dulce. En el Luxemburgo, en sus conversaciones, daba largas explicaciones de todo, basándose en lo que había leído, y basándose asimismo en lo que había sufrido. Mientras le escuchaba, los ojos de Cosette andaban vagamente errantes.

Aquel hombre sencillo bastaba al pensamiento de Cosette, igual que aquel salvaje jardín a sus juegos. Cuando acababa de perseguir las mariposas, llegaba a su lado jadeante y exclamaba: «¡Ah, cuánto he corrido!»; él la besaba en la frente.

Cosette adoraba al buen hombre. Iba siempre pegada a sus talones. Allí donde estaba Jean Valjean, estaba el bienestar. Como Jean Valjean no habitaba ni el pabellón ni el jardín, ella se encontraba mejor en el patio empedrado que en el cercado lleno de flores, y en la pequeña vivienda amueblada con sillas de paja que en el gran salón cubierto de tapices, donde se adosaban sillones acolchados. Jean Valjean le decía algunas veces, sonriendo por la felicidad de ser importunado: «¡Pero vete a tu casa! ¡Déjame solo un poco!».

Ella le hacía esas cariñosas y tiernas carantoñas que tienen tanta gracia, viniendo de la hija.

—Padre, tengo mucho frío en vuestra casa; ¿por qué no ponéis aquí una alfombra y una estufa?

—Querida niña, ¡hay tanta gente que vale más que yo, y que no tiene ni siquiera un techo sobre sus cabezas…!

—Entonces, ¿por qué yo tengo tanto fuego en mi casa, y todo cuanto necesito?

—Porque eres una mujer y una niña.

—¡Bah! ¿Es que los hombres deben tener frío y estar mal?

—Algunos sí.

—Está bien, vendré aquí muy a menudo, y os veréis obligado a encender el fuego.

Y le decía aún:

—Padre, ¿por qué coméis pan tan malo como éste?

—Porque sí, hija mía.

—Conforme, si vos lo coméis, yo también lo comeré.

Entonces, para que Cosette no comiera pan negro, Jean Valjean comía pan blanco.

Cosette se acordaba confusamente de su infancia. Rezaba mañana y noche por su madre, a la que no había conocido. Los Thénardier se le habían quedado grabados como dos figuras temibles, en estado de sueño. Recordaba que una vez había ido de noche a buscar agua a un bosque. Creía que era muy lejos de París. Le parecía que había empezado a vivir en un abismo, y que Jean Valjean la había sacado de él. Su infancia le hacía el efecto de un tiempo en el que no había a su alrededor más que ciempiés, arañas y serpientes. Cuando por la noche, antes de dormirse, pensaba, como no tenía una idea muy clara de ser la hija de Jean Valjean y que él fuera su padre, se imaginaba que el alma de su madre había pasado a aquel buen hombre, y había ido a vivir a su lado.

Cuando él estaba sentado, ella apoyaba su mejilla contra sus blancos cabellos, y dejaba silenciosamente caer una lágrima en ellos, diciéndose: «¡Tal vez este hombre es mi madre!».

Cosette, aunque esto resulte extraño, en la profunda ignorancia de la joven educada en el convento, siendo la maternidad absolutamente incompatible con la virginidad, había terminado por figurarse que ella había tenido tan poca madre como era posible. Ni siquiera sabía el nombre de esa madre. Todas las veces que se lo preguntaba a Jean Valjean, éste se callaba. Si repetía su pregunta, él respondía con una sonrisa. Una vez ella insistió; la sonrisa terminó con una lágrima.

Este silencio de Jean Valjean cubría la noche de Fantine.

¿Era prudencia? ¿Era respeto? ¿Era temor de confiar al azar de otra memoria ese nombre?

Mientras Cosette fue pequeña, Jean Valjean le había hablado de su madre voluntariamente; cuando fue joven, esto le resultó imposible. Le parecía que ya no se atrevía. ¿Era a causa de Cosette? ¿Era a causa de Fantine? Experimentaba una especie de horror religioso a hacer entrar aquella sombra en el pensamiento de Cosette, y a poner a la muerta en terceros, en sus vidas. Cuanto más sagrada le resultaba aquella sombra, más temible le parecía. Pensaba en Fantine y se sentía abrumado de silencio. Veía vagamente en las tinieblas algo que le parecía un dedo posado sobre una boca. Todo aquel pudor que había residido en Fantine, y que durante su vida había salido

violentamente de ella, ¿había vuelto después de su muerte a posarse sobre ella, velando indignado por la paz de aquella muerta y, feroz, guardando su tumba? Jean Valjean, sin saberlo, ¿se veía sometido a su presión? Nosotros, que creemos en la muerte, no somos de los que rechazaríamos esta misteriosa explicación. De ahí la imposibilidad de pronunciar ese nombre, incluso para Cosette.

Un día Cosette le dijo:

—Padre, esta noche he visto a mi madre en sueños. Llevaba dos grandes alas. Mi madre, en la vida, debió de haber estado cerca de la santidad.

—Por el martirio —repuso Jean Valjean.

Por lo demás, Jean Valjean era feliz.

Cuando Cosette salía con él, ella se apoyaba sobre su brazo orgullosa, feliz, con el corazón rebosante. Jean Valjean, ante estas señales de una ternura tan exclusiva y satisfecha por él solo, sentía que su pensamiento se fundía en delicias. El pobre hombre se estremecía inundado de una alegría angélica; se afirmaba a sí mismo con transporte que aquello duraría toda la vida; se decía que verdaderamente no había sufrido lo bastante como para merecer una felicidad tan radiante, y agradecía a Dios, en las profundidades de su alma, por haber permitido que llegara a ser amado así, él, un miserable, por aquel ser inocente.

V

La rosa descubre que es una máquina de guerra

Un día, Cosette se miró por casualidad en su espejo y se dijo: «¡Vaya!». Casi le parecía que era hermosa. Esto la sumió en una turbación singular. Hasta aquel instante, nunca había pensado en su rostro. Se veía en su espejo, pero no se miraba en él. Y, además, a menudo le habían dicho que era fea; únicamente Jean Valjean decía: «¡No! ¡No!». Fuera como fuese, Cosette se había creído siempre fea, y había crecido con esta idea, con la resignación fácil de la infancia. Y he aquí que de repente su espejo le decía como Jean Valjean: «¡No!». No durmió en toda la noche. «¿Y si fuera bonita? —pensaba—. ¡Qué gracioso sería que fuera bonita!». Recordaba a aquellas compañeras cuya belleza hacía efecto en el convento y se decía: «¡Cómo! ¡Seré como la señorita tal!».

Al día siguiente se miró, pero no por casualidad, y dudó: «¿Dónde tenía la cabeza? —se dijo—. No, soy fea». Simplemente había dormido mal, tenía ojeras y estaba pálida. No se había sentido contenta la víspera al creer en su belleza, pero se sintió triste por dejar de creer en ella. No volvió a mirarse, y durante más de quince días trató de peinarse de espaldas al espejo.

Por la noche, después de cenar, acostumbraba a bordar en el salón, o hacer algún trabajo de convento, y Jean Valjean leía a su lado. Una vez levantó los ojos de su labor y se quedó sorprendida por la forma inquieta con que la miraba su padre.

En otra ocasión iba por la calle y le pareció que alguien, a quien no vio, decía: «¡Hermosa mujer!, pero mal vestida». «¡Bah! —pensó—, no se trata de mí. Yo voy bien vestida, y soy fea». Llevaba entonces su sombrero de peluche y su vestido de lana de merino.

Un día, al fin, estando en el jardín, oyó a la pobre vieja Toussaint que decía: «Señor, ved cómo la señorita se vuelve hermosa». Cosette no oyó lo que su padre respondió, pues las palabras de Toussaint le produjeron una especie de conmoción. Corrió por el jardín, subió a su habitación, acercose al espejo —hacía tres meses que no se había mirado— y lanzó un grito. Acababa de deslumbrarse a sí misma.

Era hermosa y encantadora; no podía evitar ser de la opinión de Toussaint y de su espejo. Su cintura se había formado, su piel se había vuelto más blanca, sus cabellos brillaban, y un esplendor desconocido se había encendido

en sus pupilas azules. La convicción de su belleza la invadió por completo, en un minuto, igual que el amanecer de un día luminoso; además, los demás lo observaban también; Toussaint lo decía, evidentemente era de ella de quien hablaban al pasar, no cabía la menor duda; bajó de nuevo al jardín, creyéndose reina, oyendo cantar a los pájaros, en invierno, viendo el cielo dorado, el sol en los árboles, flores en los matorrales, desatinada, loca, en un arrebato inexpresable.

Por su parte, Jean Valjean experimentaba una profunda e indefinible opresión en el corazón.

Y es que, en efecto, desde hacía algún tiempo contemplaba con terror aquella belleza que aparecía de día en día más radiante en el dulce rostro de Cosette. Alba riente para todos, lúgubre para él.

Cosette había sido hermosa mucho tiempo antes de darse cuenta de ello. Pero, desde el primer día, esta inesperada luz, que se elevaba lentamente y envolvía poco a poco toda la persona de la joven, hirió la sombría pupila de Jean Valjean. Sintió que era un cambio en una vida feliz, tan feliz que él no se atrevía a moverse en ella, con el temor de estropear algo. Aquel hombre que había pasado por todas las miserias, que estaba aún ensangrentado por las heridas de su destino, que había sido casi malvado y se había convertido casi en un santo, que, después de haber arrastrado la cadena de la prisión, arrastraba ahora la cadena invisible, pero pesada, de la infamia indefinida, aquel hombre a quien la ley no había soltado, y que a cada instante podía ser capturado y conducido de nuevo de la oscuridad de su virtud a la violenta luz del oprobio público, aquel hombre lo aceptaba todo, lo excusaba todo, lo perdonaba todo y lo bendecía todo, no pedía a la Providencia, a los hombres, a las leyes, a la sociedad, a la naturaleza, al mundo, sino una cosa, ¡que Cosette le amara!

¡Que Cosette continuara amándole! ¡Que Dios no impidiera al corazón de aquella niña que se acercara a él y que permaneciera con él! Amado por Cosette, se sentía curado, descansado, tranquilizado, colmado, recompensado, coronado. Amado por Cosette, ¡se sentía bien! No pedía otra cosa. Si le hubieran dicho: «¿Quieres estar mejor?», hubiera dicho: «No». Si Dios le hubiera dicho: «¿Quieres el cielo?», hubiera respondido: «Perdería».

Todo lo que podía rozar esta situación, aunque no fuera más que la superficie, le hacía estremecerse como el principio de otra cosa. No había sabido nunca lo que era la belleza de una mujer; pero, por instinto,

comprendía que era algo terrible.

Aquella belleza que se abría cada vez más triunfante y soberbia a su lado, ante sus ojos, bajo la frente ingenua y temible de la niña, desde el fondo de su fealdad, de su vejez, de su miseria, de su reprobación, de su abatimiento, la miraba asustado.

Se decía: «¡Qué hermosa es! ¿Qué va a ser de mí?».

Ésta, por lo demás, era la diferencia entre su ternura y la ternura de una madre. Lo que él veía con angustia, una madre lo hubiera visto con alegría.

Los primeros síntomas no tardaron en manifestarse.

Desde el día siguiente a aquel en que se había dicho, «¡Decididamente, soy hermosa!», Cosette prestó más atención al arreglo de su persona. Recordó las palabras del paseante: «Bonita, pero mal vestida», soplo de oráculo que había pasado por su lado y se había desvanecido tras haber dejado en su corazón uno de los dos gérmenes que llenan más tarde toda la vida de la mujer: la coquetería. El amor es el otro.

Con la fe en su belleza, el alma femenina se dilata en ella. Tuvo horror del vestido de lana de merino, y sintió vergüenza por el sombrero de peluche. Su padre no le había negado nunca nada. Asimiló inmediatamente toda la ciencia del sombrero, del vestido, del chal, del zapato, de la manga, de la tela que conviene, del color que armoniza, esa ciencia que hace de la mujer parisiense algo tan encantador, tan profundo y tan peligroso. La frase «mujer espirituosa» ha sido creada para la parisiense.

En menos de un mes, la pequeña Cosette fue en esta tebaida de la calle Babylone una de las mujeres, no solamente más bonitas, que ya es algo, sino «mejor vestida» de París, lo cual es mucho más. Hubiera querido encontrar a «su viandante» para ver lo que diría, y para «¡que se enterara!». El hecho es que estaba deliciosa y que distinguía a maravilla un sombrero de Gérard de un sombrero de Herbaut.

Jean Valjean consideraba eso con ansiedad. Él, que sentía que nunca podría hacer más que arrastrarse, andar como máximo, veía alas en Cosette.

Por lo demás, sólo con la simple inspección del arreglo de Cosette, una mujer se hubiera dado cuenta de que ésta no tenía madre. Ciertos pequeños decoros, ciertas convenciones especiales, no eran observadas por Cosette. Una madre, por ejemplo, le hubiera dicho que una joven no se viste nunca con damasco.

El primer día que Cosette salió con su vestido y su esclavina de damasco negro, y su sombrero de crepé blanco, fue a tomar del brazo a Jean Valjean, alegre, radiante, rosada, orgullosa, resplandeciente. «Padre —dijo—, ¿cómo me encontráis?». Jean Valjean respondió con una voz que parecía la amarga voz de un envidioso: «¡Encantadora!».

En su paseo, fue el de siempre. Al regresar, preguntó a Cosette:

—¿Es que no volverás a ponerte tu vestido y tu sombrero?

Esto sucedía en la habitación de Cosette. Cosette se volvió hacia la puerta del armario en donde estaban colgadas sus ropas de pensionista.

—¡Ese disfraz…! —exclamó—. Padre, ¿qué queréis que haga de ellos? ¡Oh, nunca volveré a ponerme esos horrores! Con ese cachivache en la cabeza, tengo el aspecto de la señora Perroloco.

Jean Valjean suspiró profundamente.

A partir de aquel instante observó que Cosette, que antes siempre le pedía quedarse, diciendo: «Padre, me divierto más aquí con vos». Ahora siempre solicitaba salir. En efecto. ¿De qué sirve tener una bonita figura y un traje delicioso si no se muestra?

Observó también que Cosette no tenía ya la misma afición por el patio trasero. Ahora, prefería estar en el jardín, y se paseaba sin desagrado ante la verja. Jean Valjean, huraño, no ponía los pies en el jardín. Se quedaba en el patio trasero, como el perro.

Cosette, al saberse hermosa, perdió la gracia de ignorarlo; gracia exquisita, pues la belleza realzada con la ingenuidad es inefable, y nada es tan adorable como una inocente deslumbradora que anda llevando de la mano, sin saberlo, la llave de un paraíso. Pero lo que perdió en gracia ingenua, lo ganó en encanto pensativo y serio. Toda su persona, penetrada de las alegrías de la juventud, de la inocencia y de la belleza, respiraba una melancolía espléndida.

Fue en esta época cuando Marius, después de transcurridos seis meses, volvió a verla en el Luxemburgo.

VI

Empieza la batalla

Cosette estaba en su sombra, como Marius en la suya, dispuesta para el amor. El destino, con su paciencia misteriosa y fatal, acercaba lentamente uno a otro a estos dos seres cargados y languidecentes de las tempestuosas electricidades de la pasión, a estas dos almas que llevaban el amor, igual que dos nubes llevan el rayo, y que debían abordarse y mezclarse en una mirada como las nubes en un relámpago.

Se ha abusado tanto de la mirada en las novelas de amor que se ha terminado por menospreciarla. Ahora pocos se atreven a decir que dos seres se han amado porque se han mirado. No obstante, es así como se ama, y únicamente así. El resto no es más que el resto y viene después. Nada es tan real como las grandes sacudidas que se dan dos almas al intercambiar esta chispa.

En aquella hora en que Cosette lanzó, sin saberlo, aquella mirada que turbó a Marius, Marius no sospechó que él también lanzó una mirada que turbó a Cosette.

Le produjo idéntico mal e idéntico bien.

Desde hacía ya largo tiempo, le veía y le examinaba, como las jóvenes examinan y ven, mirando a otra parte. Marius encontraba aún fea a Cosette, cuando ya Cosette encontraba hermoso a Marius. Pero como él no le prestaba atención, aquel joven le resultaba indiferente.

Sin embargo, no podía dejar de decirse que él tenía hermosos cabellos, hermosos ojos, hermosos dientes, un tono de voz encantador cuando le oía charlar con sus camaradas, que caminaba mal, si se quiere, pero con gracia propia, que no parecía en absoluto estúpido, que toda su persona era noble, dulce, sencilla y orgullosa, y, por último, que tenía el aspecto pobre, pero bueno.

El día en que sus ojos se encontraron, y se dijeron al fin, bruscamente, esas primeras cosas oscuras e inenarrables que la mirada balbucea, Cosette al principio no comprendió. Regresó pensativa a la casa de la calle Ouest, donde Jean Valjean, según su costumbre, había ido a pasar seis semanas. Al día siguiente, al despertarse, pensó en aquel joven desconocido, indiferente y frío durante tanto tiempo, que ahora parecía prestarle atención, y le pareció que tal

atención no le resultaba agradable. Más bien sentía un poco de cólera hacia aquel guapo desdeñoso. Un fondo belicoso se agitó en ella. Le pareció, y con ello experimentaba una alegría muy infantil, que por fin iba a vengarse.

Sabiéndose hermosa, sentía, aunque de un modo indistinto, que poseía un arma. Las mujeres juegan con su belleza como los niños con su cuchillo. Y se hieren con ella.

Se recordarán las dudas de Marius, sus palpitaciones, sus terrores. Permanecía en su banco, sin intentar acercarse. Esto despechaba a Cosette. Un día dijo a Jean Valjean: «Padre, paseémonos un poco por aquel lado». Viendo que Marius no iba a ella, ella se acercó a él. En semejantes casos, toda mujer se parece a Mahoma. Y luego, cosa extraña, el primer síntoma de amor en un joven es la timidez, en una joven es el atrevimiento. Esto sorprende, y sin embargo nada es tan natural. Son los dos sexos que tienden a acercarse y que adquieren las cualidades uno del otro.

Aquel día, la mirada de Cosette volvió loco a Marius, y la mirada de Marius hizo temblar a Cosette. Marius se fue confiado y Cosette inquieta. A partir de aquel día se adoraron.

La primera cosa que Cosette experimentó fue una tristeza confusa y profunda. Le parecía que de la noche a la mañana su alma se había vuelto negra. Ya no la reconocía. La blancura del alma de las jóvenes, que se compone de frialdad y de alegría, se parece a la nieve. Se funde con el amor, que es su sol.

Cosette ignoraba lo que era el amor. No había oído nunca pronunciar esta palabra en el sentido terrestre. En los libros de música profana que entraban en el convento, «amor» estaba reemplazado por «tambor» o «clamor». Ello daba lugar a enigmas que adiestraban la imaginación de las mayores, quienes exclamaban: «¡Ah, qué hermoso es el tambor!», o bien: «¡La piedad no es un clamor!». Pero Cosette había salido del convento demasiado niña para preocuparse del «tambor». No supo, pues, qué nombre dar a lo que experimentaba ahora. ¿Se está menos enfermo si se ignora el nombre de la enfermedad?

Amaba con una pasión tanto mayor cuanto que amaba con ignorancia. No sabía si aquello era bueno o era malo, útil o peligroso, necesario o mortal, eterno o pasajero, permitido o prohibido; amaba. La habrían sorprendido si le hubiesen dicho: «¿No dormís?, ¡pero si está prohibido! ¿No coméis?, ¡pero si está muy mal! ¿Sentís opresiones y latidos en el corazón?, ¡pero si eso no se

hace! ¿Os ruborizáis y palidecéis si cierto joven aparece al extremo del paseo?, ¡pero esto es abominable!». No habría comprendido, y hubiese respondido: «¿Cómo es posible que sea culpa mía una cosa contra la que nada puedo, y de la que nada sé?».

Sucedió que el amor que se presentó era precisamente el que más convenía a su estado de alma. Era una especie de adoración a distancia, una contemplación muda, la deificación de un desconocido. Era la aparición de la adolescencia a la adolescencia, el sueño de las noches convertido en novela, y, siendo aún sueño, el fantasma deseado, realizado por fin, y hecho carne, pero no teniendo aún nombre, ni falta, ni mancha, ni exigencia, ni defecto; en una palabra: el amante lejano, que permanece en el ideal, una quimera que tiene forma. Todo encuentro más palpable y más cercano hubiera espantado a Cosette en aquella época, sumergida aún como estaba en la bruma creciente del claustro. Tenía todos los temores de los niños y los de las religiosas mezclados. El espíritu del convento, del cual se había empapado durante cinco años, se evaporaba todavía lentamente, y hacía temblar todo a su alrededor. En esta situación, no era un amante lo que necesitaba, no era tampoco un enamorado, era una visión. Empezó a adorar a Marius como algo encantador, luminoso e imposible.

Como la extrema ingenuidad roza la extrema coquetería, le sonreía francamente.

Esperaba todos los días la hora de su paseo con gran impaciencia, encontraba a Marius, sentíase indeciblemente feliz, y creía con sinceridad que expresaba todo su pensamiento al decir a Jean Valjean: «¡Qué delicioso jardín es este Luxemburgo!».

Marius y Cosette yacían en la oscuridad el uno para el otro. No se hablaban, no se saludaban, no se conocían; se veían; y como los astros en el cielo, separados por millones de leguas, vivían sólo de mirarse.

De esta manera, Cosette se convertía poco a poco en una mujer y se desarrollaba, bella y enamorada, con la conciencia de su belleza y la ignorancia de su amor. Coqueta por añadidura, por inocencia.

VII

A tristeza, tristeza y media

Todas las situaciones tienen sus instintos. La vieja y eterna Madre Naturaleza advertía sordamente a Jean Valjean de la presencia de Marius. Jean Valjean se estremecía en lo más oscuro de su pensamiento. Jean Valjean no veía nada, no sabía nada y consideraba, no obstante, con una atención obstinada las tinieblas en que se hallaba, como si sintiera por un lado alguna cosa que se construía, y por otro alguna cosa que se desplomase. Marius, advertido también, y, lo que es la profunda ley del buen Dios, por esto mismo hacía cuanto podía para sustraerse al padre. Sucedía, empero, que Jean Valjean le veía algunas veces. Las trazas de Marius no resultaban del todo naturales. Tenía prudencias sospechosas, y temeridades torpes. Ya no se acercaba, como antes; se sentaba lejos, y permanecía en éxtasis; tenía un libro, y aparentaba leer; ¿por qué lo aparentaba? Antes, iba con su traje viejo, y ahora se ponía todos los días su traje nuevo; no estaba muy seguro de que no se hiciera rizar el pelo, ponía ojos muy graciosos y usaba guantes; en una palabra: Jean Valjean detestaba cordialmente a aquel joven.

Cosette no dejaba adivinar nada. Sin saber exactamente lo que le sucedía, experimentaba la sensación de que era algo, y era preciso ocultarlo.

Había entre el gusto en adornarse que se había despertado en Cosette y la costumbre de usar el traje nuevo del desconocido un paralelismo que molestaba a Jean Valjean. Era una casualidad tal vez, sin duda, pero una casualidad amenazadora.

Nunca abría la boca para hablar a Cosette de aquel desconocido. Un día, no obstante, no pudo impedirlo, y con el vago desespero que arroja bruscamente la sonda en su desgracia, le dijo: «¡Ahí tienes a un joven de aspecto pedante!».

Un año antes, Cosette, jovencita indiferente, hubiera respondido: «Pero si es encantador». Diez años más tarde, con el amor de Marius en el corazón, hubiera respondido: «¡Pedante e insoportable! ¡Tenéis razón!». En el momento de la vida y del corazón en que se hallaba, se limitó a responder con una tranquilidad suprema: «¿Aquel joven?», como si lo mirara por primera vez en su vida.

«¡Qué estúpido soy! —pensó Jean Valjean—. Ella aún no le había visto, y yo mismo se lo he descubierto».

¡Oh, simplicidad de los viejos! ¡Profundidad de los niños!

Es todavía una ley de estos frescos años de sufrimiento y preocupación, de estas vivas luchas del primer amor contra los primeros obstáculos: la joven no se deja atrapar en ninguna trampa y el joven cae en todas. Jean Valjean había iniciado contra Marius una sorda guerra, que Marius, con la estupidez suprema de la pasión y de la edad, no adivinó. Jean Valjean le tendió una multitud de emboscadas; cambió de hora, cambió de banco, olvidó su pañuelo, fue solo al Luxemburgo; Marius cayó de cabeza en todas las trampas; y a todos los puntos de interrogación plantados en su camino por Jean Valjean él respondió ingenuamente: «Sí». Empero, Cosette se encerró en su aparente despreocupación y en su imperturbable tranquilidad, pero Jean Valjean llegó a esta conclusión: «Ese bobo está locamente enamorado de Cosette, pero Cosette ni siquiera sabe que existe».

No por ello tenía menos temblores dolorosos en el corazón. La hora en que Cosette amara podía sonar de un instante a otro. ¿No empieza todo con la indiferencia?

Una sola vez, Cosette cometió una falta que la aterró. Él se levantó del banco para marcharse, después de tres horas de estancia, y ella dijo:

—¿Ya?

Jean Valjean no había interrumpido los paseos por el Luxemburgo, pues no quería hacer nada singular, y por encima de todo temía dar la alerta a Cosette; pero durante aquellas horas tan dulces para los dos enamorados, mientras Cosette enviaba su sonrisa a Marius, ebrio, que no observaba más que esto, y en el mundo no veía sino un radiante rostro dorado, Jean Valjean fijaba en Marius unos ojos centelleantes y terribles. Él, que había llegado a la conclusión de no creerse capaz de un sentimiento malévolo, había momentos en los que, cuando Marius estaba allí, creía volver a ser salvaje y feroz, y sentía que contra aquel joven se abrían y se levantaban las viejas profundidades de su alma, en las que había habido tanta cólera. Casi le parecía que en él volvían a formarse cráteres desconocidos.

¡Cómo! ¡Allí estaba aquel ser! ¿Qué venía a hacer? ¡Acababa de volver, mirar, examinar, probar! Acababa de decir: ¿Y por qué no? ¡Venía a merodear alrededor de su vida, en torno a él, a Jean Valjean! ¡A merodear alrededor de su felicidad, para cogerla y llevársela!

Jean Valjean añadía: «¡Sí, es esto! ¿Qué viene a buscar, una aventura? ¿Qué quiere, un amorío? ¡Un amorío! ¿Y yo? ¡Qué! Habré sido primero el

más abominable de los hombres, y luego el más desgraciado, habré sufrido todo lo que se puede sufrir, habré envejecido sin haber sido joven, habré vivido sin familia, sin parientes, sin amigos, sin mujer, sin hijos, bajo todos los espinos, contra todos los límites, a lo largo de todos los muros, habré sido dulce aunque hayan sido duros para mí; y bueno, aunque hayan sido malos, me habré convertido en un hombre honesto a pesar de todo, me habré arrepentido del mal que he hecho y habré perdonado el mal que me han hecho, y en el momento en que soy recompensado, en el momento final, en el momento en que alcanzo mi fin, en el momento en que tengo todo lo que quiero, que he pagado, que he ganado, todo se irá, todo esto se desvanecerá y perderé a Cosette, y perderé mi vida, mi alegría, mi alma, porque a un bobo se le ha antojado venir a deambular por el Luxemburgo».

Entonces, sus pupilas se llenaban de una claridad lúgubre y extraordinaria. No era ya un hombre que mira a un hombre; no era un enemigo que mira a un enemigo. Era un dogo que contempla a un ladrón.

Conocemos ya el resto. Marius continuó siendo insensato. Un día siguió a Cosette hasta la calle Ouest. Otro día habló con el portero. El portero habló, a su vez, y dijo a Jean Valjean:

—Señor, un hombre curioso ha preguntado por vos.

Al día siguiente, Jean Valjean lanzó a Marius la mirada que éste advirtió al fin. Ocho días más tarde, Jean Valjean se había mudado. Se juró que no volvería a poner los pies ni en el Luxemburgo ni en la calle Ouest. Regresó a la calle Plumet.

Cosette no se quejó, no dijo nada, no hizo preguntas, no trató de saber nada; se hallaba ya en el periodo en que se teme ser descubierto y traicionarse. Jean Valjean no tenía ninguna experiencia de estas miserias, las únicas que son encantadoras, y las únicas que él no había conocido; aquello hizo que no comprendiera el grave significado del silencio de Cosette. Únicamente observó que se había entristecido, y él se ensombreció. Por una y otra parte, se trataba de inexperiencias en disputa.

Una vez, hizo una prueba. Preguntó a Cosette:

—¿Quieres venir al Luxemburgo?

Un rayo iluminó el pálido rostro de Cosette.

—Sí —dijo.

Y allí fueron. Habían transcurrido tres meses. Marius ya no iba allí. Marius no estaba allí.

Al día siguiente, Jean Valjean preguntó a Cosette:

—¿Quieres venir al Luxemburgo?

Ella respondió dulce y tristemente:

—No.

Jean Valjean quedó sorprendido por aquella tristeza, y afligido por aquella dulzura.

¿Qué sucedía en aquel espíritu tan joven y ya tan impenetrable? ¿Qué estaba produciéndose en él? ¿Qué pasaba en el alma de Cosette? Algunas veces, en lugar de acostarse, Jean Valjean se quedaba sentado cerca de su camastro con la cabeza entre las manos, y pasaba noches enteras preguntándose: «¿Qué hay en el pensamiento de Cosette?». Y reflexionando en las cosas en las cuales ella podía pensar.

¡Oh! En aquellos momentos qué miradas dolorosas dirigía hacia el claustro, aquel pináculo casto, aquel lugar de ángeles, aquel inaccesible glaciar de la virtud. ¡Cómo contemplaba con un arrebato desesperado aquel jardín del convento, lleno de flores ignoradas y de vírgenes encerradas, en donde todos los perfumes y todas las almas suben directas al cielo! ¡Cuánto adoraba aquel edén cerrado para siempre, del que había salido voluntariamente! ¡Cómo se arrepentía de su abnegación y su demencia por haber llevado a Cosette al mundo, pobre héroe del sacrificio, cogido y abatido por su mismo sacrificio! Y se preguntaba: «¿Qué he hecho?».

Por lo demás, nada de esto influía en Cosette. Ni humor ni brusquedad. Siempre la misma apariencia serena y buena. Las maneras de Jean Valjean eran más tiernas y más paternales que nunca. Si alguna cosa hubiera podido dejar adivinar menos alegría, era una mayor mansedumbre.

Por su lado, Cosette languidecía. Sufría por la ausencia de Marius, de idéntica manera que había gozado con su presencia, singularmente, sin saberlo. Cuando Jean Valjean dejó de llevarla a los paseos habituales, un instinto de mujer le había murmurado confusamente en el fondo del corazón que era preciso aparentar no tener apego al Luxemburgo, y que si aquello le resultaba indiferente, su padre volvería a llevarla. Pero se sucedieron los días, las semanas y los meses. Jean Valjean había aceptado tácitamente el consentimiento tácito de Cosette. Ella lo lamentó. Era demasiado tarde. El día

en que regresó al Luxemburgo, Marius ya no estaba. Marius había desaparecido; todo había terminado, ¿qué hacer? ¿Volvería a encontrarle alguna vez? Sintió una opresión en su corazón, que nada aliviaba, y que aumentaba día a día; no supo si era invierno o verano, si hacía sol o llovía, si los pájaros cantaban, si estaba junto a las dalias o junto a las margaritas, si el Luxemburgo era más encantador que las Tullerías, si la ropa que traía la lavandera estaba poco o demasiado almidonada, si Toussaint había hecho la compra bien o mal, y quedó abatida, absorta, atenta a un solo pensamiento, la mirada vaga y fija, como cuando se mira en la oscuridad el lugar negro y profundo por donde se ha desvanecido una aparición.

Por lo demás, tampoco dejó ver a Jean Valjean otra cosa que su palidez. Continuó teniendo su dulce rostro.

Aquella palidez bastaba para preocupar a Jean Valjean. Algunas veces le preguntaba:

—¿Qué tienes?

Ella respondía:

—Nada.

Y después de un silencio, cuando ella también le adivinaba triste, decía:

—¿Y vos, padre, acaso os sucede algo?

—¿A mí?, nada —respondía él.

Aquellos dos seres que se habían amado tan exclusivamente y con un amor tan conmovedor, que habían vivido durante tanto tiempo el uno para el otro, sufrían uno al lado del otro, uno por causa del otro, sin decírselo, sin reprochárselo, y sonriendo.

VIII

La cadena

El más desgraciado de los dos era Jean Valjean. La juventud, incluso en sus penas, tiene siempre una claridad propia.

En algunos momentos, Jean Valjean sufría tanto que llegaba a ser pueril. Es propio del dolor hacer aparecer el lado infantil del hombre. Sentía invenciblemente que Cosette se le escapaba. Hubiera querido luchar, retenerla, entusiasmarla con algo exterior y resplandeciente. Estas ideas, pueriles, acabamos de decirlo, y al mismo tiempo seniles, le dieron, por su misma infantilidad, una noción bastante justa de la influencia de los galones sobre la imaginación de las jóvenes. Una vez le sucedió que vio pasar por la calle a un general a caballo, con un espléndido uniforme, el conde Coutard, comandante de París. Envidió a aquel hombre dorado, y se dijo que sería una dicha poder ponerse aquel traje, y que si Cosette le veía así quedaría deslumbrada; que cuando diera el brazo a Cosette y pasara ante la verja de las Tullerías, le presentarían armas, y esto bastaría a Cosette y le quitaría la idea de mirar a los jóvenes.

Una sacudida inesperada fue a mezclarse con estos tristes pensamientos.

En la vida aislada que llevaban, y desde que habían ido a vivir a la calle Plumet, tenían una costumbre. Algunas veces iban a contemplar la salida del sol, género de alegría dulce que conviene tanto a los que entran en la vida como a los que salen de ella.

Pasearse muy de mañana, para quien ama la soledad, equivale a pasearse de noche, con la alegría de la naturaleza añadida. Las calles están desiertas y los pájaros cantan. Cosette, ella misma pájaro, se despertaba muy gustosa de mañana. Tales excursiones se preparaban la víspera. Él proponía, ella aceptaba. Aquello se organizaba como un complot, pues salían antes del amanecer, y eran otras tantas pequeñas alegrías para Cosette. Estas inocentes excentricidades gustan a la juventud.

Jean Valjean se inclinaba a ir, como ya sabemos, a los lugares poco frecuentados, a los rincones solitarios, a los lugares propicios al olvido. Había entonces en los alrededores de las barreras de París unos campos pobres, casi unidos a la ciudad, en los que crecía en verano un trigo flaco, y que en otoño, después de la recolección, no tenían aspecto de segados, sino de pelados. Jean Valjean los frecuentaba con predilección. Cosette no se aburría.

Representaban la soledad para él, la libertad para ella. Allí, volvía a ser niña y podía correr y casi jugar; se quitaba el sombrero, lo dejaba sobre las rodillas de Jean Valjean y cogía ramilletes. Contemplaba las mariposas en las flores, pero no las perseguía; las mansedumbres y las ternuras nacen con el amor, y la joven que lleva en sí un ideal tembloroso y frágil siente piedad por el ala de la mariposa. Trenzaba guirnaldas de amapolas que ponía en su cabeza, y que atravesadas y penetradas de sol, enrojecidas hasta semejar un resplandor, formaban en torno a aquel fresco y rosado rostro una corona de brasas.

Incluso después de entristecerse su vida, habían conservado la costumbre de los paseos matinales.

Así, pues, una mañana de octubre, tentados por la serenidad perfecta del otoño de 1831, salieron y se encontraron al amanecer cerca de la barrera del Maine[32]. No era la aurora, era el alba; minuto arrebatador y feroz. Algunas constelaciones aquí y allá, en el azul pálido y profundo, la tierra negra, el cielo blanco, un temblor en las briznas de hierba, por todas partes el misterioso sobrecogimiento del crepúsculo. Una alondra que parecía mezclada con las estrellas cantaba a una altura prodigiosa, y hubiérase dicho que este himno de la pequeñez al infinito calmaba la inmensidad. A oriente el Val-de-Grâce recortaba, sobre el horizonte claro, de una claridad de acero, su masa oscura; Venus resplandeciente se elevaba por detrás de la cúpula y parecía un alma que se evade de un edificio tenebroso.

Todo era paz y silencio; no había nadie en la calzada; en los alrededores, algunos obreros, entrevistos apenas, dirigiéndose a su trabajo.

Jean Valjean se había sentado sobre unas maderas abandonadas junto a la puerta de una obra. Tenía el rostro vuelto hacia la carretera, y la espalda vuelta hacia la luz; olvidaba el sol que iba a aparecer; se había sumido en uno de esos ensimismamientos profundos en los que se concentra todo el espíritu, que aprisionan incluso la mirada y que equivalen a cuatro paredes. Hay meditaciones que podrían llamarse verticales; cuando se está en el fondo, se requiere un tiempo para volver a la superficie. Jean Valjean había caído en una de esas meditaciones. Pensaba en Cosette, en la posible felicidad, si nada se interponía entre los dos, en aquella luz con que ella llenaba su vida, luz que era la respiración de su alma. Era casi feliz con aquel sueño. Cosette, en pie cerca de él, contemplaba las nubes que iban tornándose de color de rosa.

De repente, Cosette exclamó:

—Padre, se diría que por allí viene alguien.

Jean Valjean alzó los ojos.

Cosette tenía razón.

La calzada que lleva a la antigua barrera del Maine prolonga, como se sabe, la calle Sèvres, y está cortada en ángulo recto por el paseo interior. En la esquina de la calzada con el bulevar, en el lugar donde se forma la encrucijada, se oía un rumor difícil de explicar a semejante hora, y aparecía una especie de movimiento confuso. Algo informe, que procedía del bulevar, entraba en la calzada.

Crecía, parecía moverse con orden; no obstante era erizado y estremecido; parecía un coche, pero no podía distinguirse. Había caballos, ruedas, gritos; restallaban látigos. Poco a poco, fueron determinándose los trazos, aunque ahogados por las tinieblas. Era un carro, en efecto, que acababa de volver la esquina del bulevar, y se dirigía hacia la barrera cerca de la cual se hallaba Jean Valjean; un segundo, de idéntico aspecto, siguió al primero, luego un tercero, y un cuarto; siete carros aparecieron sucesivamente, con la cabeza de los caballos rozando la parte posterior del carruaje que iba delante. Unas siluetas se agitaban en los carros, se veían chispas en el crepúsculo, como si allí hubiera sables desnudos, oíase un tintineo que parecía de cadenas; aquella masa avanzaba, las voces aumentaban, era algo formidable, como salido de la caverna de los sueños.

Al acercarse, tomó forma, y se esbozó detrás de los árboles, con la palidez de la aparición; la masa se aclaró; el día que se levantaba poco a poco fijaba una pálida luz sobre aquel hormigueo a la vez sepulcral y viviente, las cabezas de las siluetas se convirtieron en rostros de cadáveres.

Siete carros marchaban en fila por el camino. Los seis primeros tenían una estructura singular. Parecían carretones de toneleros; eran como unas largas escalas colocadas sobre dos ruedas y formando parihuelas en su extremidad anterior. Cada carretón, digámoslo mejor, cada escala, estaba uncida a cuatro caballos. Sobre ellas se hallaban extraños racimos de hombres. A la escasa luz del amanecer, aquellos hombres no se veían, se adivinaban. Veinticuatro sobre cada coche, doce por cada lado, adosados unos a otros, de cara a los transeúntes, con las piernas en el vacío, y detrás de la espalda llevaban algo que sonaba, y que era una cadena, y en el cuello algo que brillaba, y era un collar. Cada uno tenía su collar, pero la cadena era para todos; de manera que aquellos veinticuatro hombres, si tenían que bajar del carretón y andar, estaban cogidos por una especie de unidad inexorable y debían serpentear

sobre el suelo con la cadena por vértebra, igual que un ciempiés. En la parte delantera y trasera de cada carro, dos hombres armados con fusiles estaban de pie, teniendo cada uno uno de los extremos de la cadena bajo los pies. Los collares eran cuadrados. El séptimo carro, vasto furgón de adrales, pero sin capota, tenía cuatro ruedas y era arrastrado por seis caballos, y llevaba un sonoro montón de calderas de hierro, de marmitas de fundición, de hogares y de cadenas, y algunos hombres sujetos y tendidos cuan largos eran, que parecían enfermos. Aquel furgón, todo enrejado, llevaba zarzos gastados, que parecían haber sido empleados para antiguos suplicios.

Los carros ocupaban la mitad del empedrado. A ambos lados marchaban en doble hilera unos guardianes de aspecto infame, tocados con tricornios como los soldados del Directorio, llenos de manchas, de agujeros, sórdidos, vestidos ridículamente con uniformes de inválidos y pantalones de enterradores, mitad grises y mitad azules, casi en harapos, con charreteras rojas, bandoleras amarillas, fusiles y bastones; como soldados bribones. Aquellos esbirros parecían compuestos de la abyección del mendigo y de la autoridad del verdugo. El que parecía su jefe llevaba en la mano un látigo. Todos estos detalles, difuminados por el crepúsculo, se dibujaban cada vez con mayor claridad en el día naciente. A la cabeza y a la cola del convoy marchaban gendarmes a caballo, graves, con el sable en la mano.

Aquel cortejo era tan largo que en el instante en que el primer carro llegaba a la barrera, el último desembocaba del bulevar.

Una multitud salida no se sabe de dónde, y formada en un abrir y cerrar de ojos, como es frecuente en París, se apretaba a los lados de la calzada y miraba. En las callejuelas vecinas oíanse gritos de gentes que se llamaban, y los zuecos de los hortelanos que acudían también para mirar.

Los hombres amontonados en los carretones permanecían en silencio. Estaban lívidos por el estremecimiento matinal. Llevaban todos pantalones de tela, y los pies desnudos metidos en zuecos. El resto de sus vestidos pertenecía a la fantasía de la miseria. Sus vestimentas eran terriblemente disparatadas; nada es tan fúnebre como el arlequín vestido de harapos. Fieltros destrozados, casquetes embreados, horribles gorros de lana y chaquetas negras agujereadas en los codos; varios de ellos llevaban sombreros de mujer; otros iban tocados con un cesto; se veían pechos velludos y a través de los rasgados vestidos se descubrían tatuajes, templos de amor, corazones inflamados, cupidos. Se observaban también herpes y rojeces malsanas. Dos o tres tenían una cuerda de paja fijada a las traviesas del carretón, y suspendida

por debajo de ellos como un estribo, que les sostenía los pies. Uno de ellos se llevaba a la boca algo que tenía el aspecto de una piedra negra, y que parecía morder; era un pedazo de pan. Allí no había otra cosa que ojos secos, apagados o iluminados con un resplandor malvado. La tropa de escolta refunfuñaba; los encadenados no respiraban; de vez en cuando se oía el ruido de un bastonazo sobre los omóplatos o sobre las cabezas; algunos de aquellos hombres bostezaban; los harapos eran terribles; los pies colgaban, los hombros oscilaban; las cabezas se entrechocaban, los hierros tintineaban, las pupilas brillaban ferozmente, los puños se crispaban o se abrían inertes como manos de muertos; detrás del convoy, un grupo de niños estallaba en carcajadas.

Aquella hilera de carros, fuera lo que fuese, resultaba lúgubre. Era evidente que en cualquier momento podía caer un aguacero, que iría seguido de otro, y de otro, y que aquellas vestiduras deterioradas quedarían empapadas, que una vez mojados, aquellos hombres no se secarían ya, que una vez helados, ya no se calentarían, que sus pantalones de tela quedarían pegados a sus huesos, que el agua llenaría sus zuecos, que los latigazos no podrían impedir el crujido de las mandíbulas, que la cadena continuaría sujetándolos por el cuello, que sus pies continuarían colgando; y resultaba imposible dejar de estremecerse al ver a aquellas criaturas humanas atadas de aquel modo, y pasivas bajo los fríos nubarrones de otoño, entregadas a la lluvia, al cierzo, a todas las furias del aire, como árboles y como piedras.

Los bastonazos no perdonaban a los enfermos, que yacían atados con cuerdas y privados de movimiento sobre el séptimo carruaje, y que parecían haber sido arrojados allí como sacos llenos de miseria.

Bruscamente el sol apareció; el inmenso rayo de oriente brotó, y hubiérase dicho que incendiaba todas aquellas cabezas salvajes. Las lenguas se desataron; un incendio de burlas, de juramentos y de canciones hizo explosión. La ancha luz horizontal cortó en dos toda la hilera, iluminando las cabezas y los torsos, y dejando los pies y las ruedas en la oscuridad. Los pensamientos se reflejaron sobre los rostros; aquel momento fue espantoso; demonios visibles, con las máscaras caídas, almas feroces, desnudas. Aun iluminada, aquella multitud siguió siendo tenebrosa. Algunos de ellos, alegres, llevaban en la boca tubos de pluma, con los que escupían sobre la multitud, escogiendo a las mujeres; la aurora acentuaba con la negrura de las sombras aquellos perfiles lamentables; no había ni uno de aquellos seres que no hubiera sido deformado a fuerza de miseria; y era tan monstruoso que

hubiérase dicho que cambiaba la claridad del sol en resplandor de relámpago. El carruaje que abría el cortejo había entonado y salmodiaba a gritos, con una jovialidad hosca, un popurrí de Desaugiers entonces famoso, *La vestal*; los árboles se estremecían lúgubremente; en las calles laterales, rostros de burgueses escuchaban con una beatitud idiota aquellas chocarrerías cantadas por espectros.

Todas las miserias se encontraban reunidas en aquel cortejo, como un caos; había allí el ángulo facial de todas las bestias, ancianos, adolescentes, cráneos desnudos, barbas grises, monstruosidades cínicas, resignaciones hurañas, rictus salvajes, actitudes insensatas, especies de cabezas de jovencitas con tirabuzones en las sienes, rostros infantiles, y por esta misma causa horribles, flacos rostros de esqueletos, a los que sólo les faltaba la muerte. En el primer coche veíase a un negro, que había sido tal vez esclavo y que podía comparar las cadenas. El espantoso nivel inferior, la vergüenza, habían pasado sobre aquellas frentes; en ese grado de bajeza, las últimas transformaciones habían sido sufridas por todos en las últimas profundidades; y la ignorancia transformada en embrutecimiento era el igual de la inteligencia, transformada en desesperación. No había elección posible entre aquellos hombres que aparecían a las miradas como lo más escogido del barro. Resultaba obvio que el organizador de aquella procesión inmunda no los había clasificado. Aquellos seres habían sido atados y acoplados probablemente en el desorden alfabético, y cargados al azar sobre aquellos carretones. No obstante, los errores agrupados terminan siempre por dar un resultado; toda suma de desgraciados da un total; de cada cadena se desprendía un alma común, y cada carreta tenía su fisonomía. Al lado de la que cantaba había una que aullaba; una tercera mendigaba; una de ellas rechinaba los dientes; otra amenazaba a los transeúntes; otra blasfemaba; la última permanecía callada como una tumba. Dante hubiera creído ver los siete círculos del infierno en marcha.

Marcha de las condenaciones hacia los suplicios, hecha siniestramente, no sobre el formidable carro fulgurante del Apocalipsis, sino, cosa más sombría aún, sobre la carreta de las gemonías.

Uno de los guardianes, que llevaba un gancho al extremo de su bastón, parecía remover de vez en cuando aquel montón de basura humana. Una vieja, desde la multitud, los señalaba con el dedo a un niño de cinco años, y le decía: «¡Canalla, así aprenderás!».

Como los cantos y las blasfemias aumentaban, el que parecía capitán de la

escolta hizo restallar su látigo, y a esta señal, una terrible paliza, sorda y ciega, que hacía ruido de granizo, cayó sobre los siete carretones; muchos rugieron y echaron espuma; esto redobló la alegría de los pilluelos que habían acudido como moscas a las llagas.

La mirada de Jean Valjean se había vuelto terrible. Ya no era un ojo, era el vidrio profundo que reemplaza a la mirada en algunos infortunados, que parece inconsciente de la realidad, y en el que llamea el reverbero de los terrores y de las catástrofes. No miraba un espectáculo, sufría una visión. Quiso levantarse, huir, escapar; no pudo mover ni un pie. Algunas veces, las cosas que se ven sujetan y sostienen. Permaneció clavado, petrificado, atontado, preguntándose, a través de una confusa angustia imposible de expresar, lo que significaba aquella persecución sepulcral, y de dónde salía aquel pandemónium que le perseguía. De repente, llevose la mano a la frente, gesto habitual de aquellos a quienes la memoria les vuelve súbitamente; recordó que aquél era, en efecto, el itinerario; que aquél era el rodeo acostumbrado para evitar los encuentros reales siempre posibles en el camino de Fontainebleau, y que treinta y cinco años antes él había pasado por aquella barrera.

Cosette, aterrada de otro modo, no lo estaba menos. No comprendía; le faltaba la respiración; lo que veía no le parecía posible; por fin exclamó:

—¡Padre! ¿Qué hay en esos carros?

Jean Valjean respondió:

—Presidiarios.

—¿Adónde van?

—A las galeras.

En aquel momento, la paliza, multiplicada por cien manos, mostró su celo, los sablazos se mezclaron, y fue como una lluvia de látigos y de bastones; los galeotes se doblaron, una obediencia repugnante se desprendió del suplicio, y todos se callaron mirando como lobos encadenados. Cosette temblaba de pies a cabeza, pero siguió preguntando:

—Padre, ¿es que son aún hombres?

—Algunas veces —repuso el miserable.

En efecto, era la cadena que, salida antes del amanecer de Bicêtre, tomaba el camino de Mans para evitar Fontainebleau, donde entonces se hallaba el

rey. Aquel rodeo hacía durar el terrible viaje tres o cuatro días más, aunque para evitar a cualquier miembro real la visión de un suplicio, bien está prolongarlo.

Jean Valjean regresó abatido. Tales encuentros son como choques, y el recuerdo que dejan es semejante a una conmoción.

Empero, Jean Valjean, al volver con Cosette a la calle Babylone, no reparó en que ella le hizo otras preguntas referentes a lo que acababan de ver; tal vez estaba demasiado absorto en su abatimiento para darse cuenta de las preguntas y responder a ellas. Sólo por la noche, cuando Cosette le dejaba para ir a acostarse, oyó que decía a media voz, como hablándose a sí misma:

—¡Creo que si encontrara en mi camino a uno de aquellos hombres, oh, Dios mío, moriría con sólo verle de cerca!

Felizmente la casualidad hizo que al día siguiente de aquella mañana trágica hubiese en París, a propósito de no sé qué solemnidad oficial, grandes fiestas, revista en el Campo de Marte, torneos en el Sena, teatro en los Campos Elíseos, fuegos de artificio en la plaza de l'Étoile e iluminaciones por todas partes. Jean Valjean, en contra de su costumbre, acompañó a Cosette a aquellas diversiones, con el fin de distraerla del recuerdo de la víspera y de borrar con el riente tumulto el abominable cortejo que había pasado ante ella. La revista que sazonaba la fiesta hacía que fuese natural la circulación de los uniformes; Jean Valjean se puso su traje de guardia nacional con el vago sentimiento interior de un hombre que se refugia. Por lo demás, el objeto de aquel paseo pareció alcanzado. Cosette, para quien era una ley complacer a su padre, y para la que todo espectáculo resultaba nuevo, aceptó la distracción con la gracia fácil y ligera de la adolescencia, y no hizo mueca alguna demasiado desdeñosa ante esa mezcla de alegría que constituye una fiesta pública; Jean Valjean creyó que ya no quedaba rastro de la horrible visión.

Algunos días más tarde, una mañana que hacía muy buen tiempo y estaban los dos sentados sobre la escalinata del jardín, una infracción a las reglas que Jean Valjean parecía haberse impuesto, y a la costumbre de Cosette de quedarse en su habitación, que la tristeza le había hecho adquirir, Cosette, en peinador, estaba en pie, en el abandono de la primera hora que envuelve adorablemente a las jóvenes, y que tiene el aire de una nube sobre el astro; y, con la cabeza en la luz, rosada por haber dormido bien, contemplada dulcemente por el buen hombre, enternecido, deshojaba una margarita. Cosette ignoraba la encantadora pregunta: «¿Me quiere, no me quiere?».

¿Quién hubiera podido enseñársela? Manejaba aquella flor por instinto, inocentemente, sin sospechar que deshojar una margarita es deshojar un corazón. Si hubiera una cuarta Gracia llamada la Melancolía, y sonriente, ella habría tenido el aspecto de esa Gracia. Jean Valjean estaba fascinado en la contemplación de aquellos deditos sobre la flor, olvidándolo todo en el resplandor que desprendía aquella niña. Un petirrojo cantaba en un matorral cercano. Unas nubecillas blancas atravesaban el cielo tan alegremente que hubiérase dicho que acababan de ser puestas en libertad. Cosette continuaba deshojando la flor atentamente; parecía pensar en algo; en algo que debía de ser encantador; de repente volvió la cabeza sobre su hombro, con la lentitud delicada del cisne, y preguntó a Jean Valjean:

—Padre, ¿qué son las galeras?

LIBRO CUARTO

Socorros de abajo que pueden ser socorros de arriba

I

Herida por fuera, curación por dentro

La vida de ambos se iba oscureciendo así por grados.

No les quedaba ya más que una distracción, que en otro tiempo había constituido su felicidad; era llevar pan a los que tenían hambre, y vestidos a los que tenían frío. En sus visitas a los pobres, en las que Cosette acompañaba a menudo a Jean Valjean, hallaban algún resto de su antigua expansión; y, a veces, cuando el día había sido bueno, cuando habían socorrido muchas miserias y reanimado y vuelto al calor a muchos pequeños, Cosette estaba un poco alegre por la noche. Fue en aquella época cuando visitaron la zahúrda de Jondrette.

Al día siguiente de la citada visita, Jean Valjean apareció en el pabellón, tranquilo como siempre, pero con una gran herida en el brazo izquierdo, muy inflamada, muy misteriosa, que parecía una quemadura, y que justificó de cualquier manera. Esa herida hizo que estuviera sin salir de casa durante más de un mes; no quiso ver a ningún médico, y cuando Cosette le instaba le decía: «Llama al veterinario».

Cosette le hacía la cura por la mañana y por la tarde, con un aire tan celestial y una felicidad tan angélica por serle útil que Jean Valjean sentía renacer toda su antigua alegría y disiparse sus temores y ansiedades, y contemplaba a Cosette, pensando: «¡Oh, bendita herida! ¡Oh, bendito mal!».

Cosette, viendo a su padre enfermo, había abandonado el pabellón y le había vuelto a tomar gusto a la casita y al patio trasero. Pasaba casi todo el día al lado de Jean Valjean y le leía los libros que él quería. Generalmente, eran libros de viajes. Jean Valjean renacía; su felicidad revivía con rayos inefables; el Luxemburgo, el joven merodeador desconocido, la frialdad de Cosette, todas estas nubes de su alma se disipaban. Concluía por decirse: «Todo es ilusión mía. Soy un viejo loco».

Su felicidad era tal que el terrible encuentro con los Thénardier, en la zahúrda de Jondrette, tan inesperado, había pasado por él como un soplo. Había conseguido escapar; su pista estaba perdida, ¡qué le importaba lo demás!; no pensaba en ello más que para compadecer a aquellos miserables. Estaban ya en prisión, y por lo tanto imposibilitados de hacer daño, pensaba, pero ¡qué lástima de familia en la desgracia!

En cuanto a la repugnante visión de la barrera del Maine, Cosette no volvió a hablar de ella.

En el convento, sor Santa Matilde había enseñado música a Cosette. Cosette tenía la voz de una avecilla con alma, y algunas veces por la noche, en la humilde morada del herido, cantaba melancólicas canciones que alegraban a Jean Valjean.

Llegaba la primavera; el jardín estaba tan admirable en esa estación que Jean Valjean dijo a Cosette: «No vas nunca; quiero que te pasees por él». «Como queráis, padre», contestó Cosette.

Y para obedecer a su padre, reemprendió sus paseos por el jardín, casi siempre sola, pues, como hemos indicado, Jean Valjean, que probablemente temía ser descubierto a través de la verja, no paseaba casi nunca por él.

La herida de Jean Valjean había constituido un entretenimiento.

Cuando Cosette vio que su padre sufría menos, que se iba curando y que parecía feliz, sintió una alegría de la que apenas se dio cuenta, tan dulce y naturalmente se presentó. Era el mes de marzo, los días crecían, desaparecía el invierno, que siempre se lleva consigo algo de nuestras tristezas; luego llegó abril, esa aurora de estío, fresca como todas las auroras, alegre como todas las infancias; llorosa alguna vez, como un niño recién nacido. La naturaleza en este mes tiene resplandores llenos de atractivo, que pasan del cielo, de las nubes, de los árboles, de los prados y de las flores al corazón del hombre.

Cosette era aún muy joven para que esta alegría de abril, semejante a ella, no la inundase. Insensiblemente, y sin que ella lo sospechara, la noche fue desapareciendo de su espíritu. En primavera hay claridad en las almas tristes, así como a mediodía hay claridad en los sótanos. Cosette no estaba ya triste. Por la mañana, hacia las diez, después de desayunarse, cuando había conseguido llevar a su padre un cuarto de hora al jardín, y le paseaba al sol por delante de la escalera, sosteniéndole el brazo enfermo, no se daba cuenta de que reía a cada instante y de que era feliz.

Jean Valjean, satisfecho, la veía volverse sonrosada y fresca.

«¡Oh, bendita herida!», repetía en su interior.

Y estaba agradecido a los Thénardier.

Una vez curada su herida, reemprendió sus paseos solitarios y

crepusculares.

Sería un error creer que se puede pasear de este modo por las zonas menos habitadas de París sin tropezar con alguna aventura.

II

La señora Plutarco no encuentra dificultad en explicar un fenómeno

Una noche, el pequeño Gavroche no comió, y recordó que la noche anterior tampoco había cenado, lo cual resultaba ya muy enojoso. Tomó la resolución de buscar algún medio de cenar. Se fue a dar vueltas más allá de la Salpêtrière, por los sitios desiertos, donde se encuentran las gangas, donde no hay nadie y se encuentra siempre algo; y así llegó hasta unas casuchas que le parecieron ser el barrio Austerlitz.

En una de sus anteriores excursiones había visto allí un viejo jardín, frecuentado por un anciano y una anciana, y en aquel jardín un manzano regular. Al lado del manzano había una especie de frutera mal cerrada, en la que se podía coger una manzana. Una manzana es una cena, una manzana es la vida. Lo que perdió a Adán podía salvar a Gavroche. El jardín daba a una callejuela solitaria sin pavimentar, bordeada de malezas, que esperaban las casas; un seto lo separaba de la calle.

Gavroche se dirigió hacia el jardín; encontró la callejuela, reconoció el manzano, identificó a la frutera y examinó el seto; un seto no es más que un salto. Iba declinando el día; la callejuela estaba desierta, la hora era buena. Gavroche se dispuso a saltar, y luego se detuvo de repente. Alguien hablaba en el jardín. Gavroche miró a través de un agujero del seto.

A dos pasos de donde se hallaba, al pie del seto, al otro lado, precisamente en el punto en que le hubiese hecho caer el salto que proyectaba, había una piedra tendida que servía de banco, y sobre tal banco estaba sentado el anciano del jardín, y delante, de pie, la vieja. Ésta refunfuñaba. Gavroche, poco discreto, escuchó.

—¡Señor Mabeuf! —decía la vieja.

«¡Mabeuf! —pensó Gavroche—; ¡vaya nombre!».

El anciano interpelado no se movía. La vieja repitió:

—¡Señor Mabeuf!

El anciano, sin levantar la vista del suelo, se decidió a responder:

—¿Qué, señora Plutarco?

«¡Plutarco! —pensó Gavroche—; otro nombre raro».

La señora Plutarco volvió a hablar, y el viejo tuvo que aceptar la conversación.

—El propietario no está contento.

—¿Por qué?

—Se le deben tres plazos.

—Dentro de tres meses se le deberán cuatro.

—Dice que os echará a la calle.

—Y me iré.

—La tendera quiere que se le pague; ya no fía leña. ¿Con qué os calentaréis este invierno? No tendremos lumbre.

—Hay sol.

—El carnicero se niega a vender a crédito y no quiere darnos carne.

—Está bien. Digiero mal la carne; es muy pesada.

—¿Y qué comeremos?

—Pan.

—El panadero exige que se le dé algo a cuenta, y dice que si no hay dinero no hay pan.

—Está bien.

—¿Y qué comeremos?

—Tenemos las manzanas del manzano.

—Pero, señor, no se puede vivir de este modo, sin dinero.

—¡No lo tengo!

La vieja se marchó, y el anciano se quedó solo. Se puso a meditar. Gavroche meditaba por el otro lado. Era ya casi de noche.

El primer resultado de la meditación de Gavroche fue que en lugar de escalar el seto se acurrucó debajo de él. Las ramas se separaban un poco en la parte baja de la maleza.

«¡Vaya! —exclamó interiormente Gavroche—, ¡una alcoba!», y se acurrucó en ella. Estaba casi pegado al banco de Mabeuf. Oía respirar al

octogenario.

Y entonces, para cenar, trató de dormir.

Sueño de gato, sueño de un solo ojo. Mientras se adormecía, Gavroche vigilaba.

La blancura del cielo crepuscular blanqueaba la tierra, y la callejuela formaba una lívida línea entre las dos hileras de matorrales oscuros.

De repente, sobre aquella banda blanquecina, aparecieron dos siluetas. Una iba delante, la otra detrás, a alguna distancia.

—¡Dos personas! —murmuró Gavroche.

La primera silueta parecía la de un viejo burgués encorvado y pensativo, vestido más que sencillamente, andando con lentitud a causa de la edad, y paseando de noche a la luz de las estrellas.

La segunda era erguida, firme, delgada. Acomodaba su paso al de la primera; pero en la lentitud voluntaria de la marcha, se percibía la flexibilidad y la agilidad. Esta silueta tenía algo de huraña y de inquietante, y el aspecto de lo que entonces se llamaba un elegante; el sombrero era de buena forma, la levita, negra, bien cortada, y probablemente de buen paño, y de talle ceñido. La cabeza se erguía con una especie de gracia robusta, y bajo el sombrero se entreveía en el crepúsculo un pálido perfil de adolescente. Tal perfil tenía una rosa en la boca. Esta segunda silueta era bien conocida de Gavroche; se trataba de Montparnasse.

En cuanto al otro, nada hubiera podido decir, sino que era un anciano.

Gavroche observó atentamente.

Uno de aquellos dos paseantes tenía, evidentemente, sus proyectos con respecto al otro. Gavroche se hallaba bien situado para ver el resultado. La alcoba se había convertido en un escondrijo.

Montparnasse de caza, a aquella hora, y en semejante lugar, era algo amenazador. Gavroche sentía que su corazón de pilluelo se conmovía de lástima por el viejo.

¿Qué hacer? ¿Intervenir? ¡Una debilidad socorriendo a otra! Aquello sería dar motivo para que Montparnasse se riese. Gavroche no dejaba de reconocer que, para aquel temible bandido de dieciocho años, el viejo y él eran dos gangas.

Mientras Gavroche deliberaba se produjo el brusco y repugnante ataque. Ataque del tigre contra el asno, ataque de la araña a la mosca. De improviso, Montparnasse tiró la rosa, saltó sobre el viejo y le agarró por el cuello. Gavroche apenas pudo contener un grito. Un momento después, uno de aquellos hombres yacía bajo el otro, rendido, jadeante, forcejeando, con una rodilla de mármol sobre el pecho. Sólo que no había sucedido lo que Gavroche esperaba. El que estaba en el suelo era Montparnasse y el que estaba encima era el anciano.

Toda la escena se desarrollaba a algunos pasos de Gavroche.

El anciano había recibido el golpe, y lo había devuelto de una forma tan terrible que en un abrir y cerrar de ojos se habían cambiado los papeles.

«¡Vaya un viejo fuerte!», pensó Gavroche.

Y no pudo menos que palmotear. Pero fue un palmoteo perdido. No llegó hasta los dos combatientes que mezclaban sus alientos en la lucha.

Se hizo el silencio. Montparnasse cesó de debatirse. Gavroche tuvo este pensamiento: «¿Estará muerto?».

El anciano no había pronunciado una palabra, ni lanzado un solo grito. Se incorporó, y Gavroche oyó que le decía a Montparnasse:

—Levántate.

Montparnasse se levantó, pero el otro le tenía sujeto. Montparnasse ofrecía la actitud humillada y furiosa de un lobo robado por un cordero.

Gavroche miraba y escuchaba, haciendo esfuerzos para aguzar sus sentidos. Se divertía extraordinariamente.

Pero fue recompensado por su concienzuda ansiedad de espectador. Pudo cazar al vuelo este diálogo al que la oscuridad imprimía cierto sabor trágico. El viejo preguntaba. Montparnasse respondía.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve años.

—Eres fuerte y de buena figura. ¿Por qué no trabajas?

—Porque me fastidia.

—¿Qué eres?

—Holgazán.

—Habla en serio. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Qué quieres ser?

—Ladrón.

Hubo un silencio. El anciano parecía profundamente pensativo. Estaba inmóvil y no soltaba a Montparnasse.

De vez en cuando, el joven ladrón, vigoroso y ágil, experimentaba los sobresaltos de la bestia cogida en la trampa. Daba una sacudida, intentaba la zancadilla, retorcía sus miembros, trataba de escapar. El anciano no parecía darse cuenta de ello y le sujetaba los dos brazos con una sola mano, con la soberana indiferencia de una fuerza absoluta.

La meditación del anciano duró algún tiempo; después, mirando fijamente a Montparnasse, alzó con suavidad la voz. Y le dirigió en aquella sombra en la que se hallaban una especie de alocución solemne, de la que Gavroche no perdió una sola sílaba:

—Hijo mío, entras por pereza en la más laboriosa de las existencias. ¡Ah, te declaras holgazán!, pues prepárate a trabajar. ¿Has visto, por casualidad, esa máquina terrible que se llama laminador? Es preciso tener mucho cuidado, porque es una cosa feroz; si te coge el faldón de la levita, te lleva todo el cuerpo. Esa máquina es la ociosidad. ¡Detente, ahora que aún es tiempo, y sálvate! De otra manera, todo se acabó; dentro de poco estarás entre las ruedas; y una vez cogido, no esperes nada. ¿Eres perezoso?, no descansarás. La mano de hierro del trabajo implacable te ha cogido. Ganar tu vida, tener una tarea, cumplir con tu deber, ¿no quieres eso?, ¿te fastidia ser como los demás? ¡Pues bien, serás distinto! El trabajo es la ley; quien lo efectúa fastidiado, lo tiene por suplicio; no quieres ser obrero, serás esclavo. El trabajo sólo nos deja por un lado para cogernos por otro; no quieres ser su amigo, serás su negro. ¡Ah!, no has querido experimentar el honrado cansancio de los hombres, y tendrás el sudor de los condenados. Donde los demás cantan, tú gruñirás. Verás de lejos trabajar a los demás hombres y te parecerá que descansan. El labrador, el segador, el marino y el herrero se te aparecerán en la luz como los bienaventurados de un paraíso. ¡Qué radiación vista desde el yunque! Guiar una carreta, atar las mieses, es un placer. La barca en libertad al viento, ¡qué alegría!, y tú, perezoso, ¡cava, arrastra, rueda, anda! Tira tu cabestro, bestia de carga, en el tiro del infierno. ¡Ah!, ¿no hacer nada es tu único objeto? Pues bien: no pasarás una semana, ni un día, ni una hora sin humillación. No podrás hacer nada si no con angustia. Todos los minutos que pasen harán crujir tus músculos. Lo que para los demás es una

pluma, será para ti una roca. Las cosas más sencillas serán escarpadas para ti. La vida será un monstruo a tu alrededor. Ir, venir, respirar, otros tantos trabajos horribles. Tu pulmón te hará el efecto de un peso de cien libras. Ir allá o acullá te resultará un problema difícil de resolver. Todo el que quiere salir de su casa no tiene sino que empujar la puerta y ya está fuera. Tú, si quieres salir, tendrás que taladrar una pared. Para ir a la calle, ¿qué hace todo el mundo? Baja la escalera; pero tú, tú rasgarás tus sábanas, harás una cuerda brizna a brizna, luego, pasarás a través de la ventana y te colgarás de ese hilo, sobre un abismo, de noche, en medio de la tempestad, en medio de la lluvia, en medio del huracán, y si la cuerda es corta, sólo encontrarás un medio para bajar: caer. Caer al azar, en el precipicio, en lo desconocido; o bien te subirás por un cañón de chimenea, con peligro de quemarte, o te deslizarás por el conducto de una letrina, con peligro de ahogarte. No te hablo de los agujeros que hay que tapar, de las piedras que es preciso quitar y poner de nuevo, veinte veces al día, ni de los pedazos de yeso que tienes que ocultar bajo el jergón. Se encuentra una cerradura; el hombre honrado lleva en el bolsillo una llave fabricada por un cerrajero; tú, si quieres seguir adelante, estás condenado a hacer una obra maestra; tomarás un sueldo, lo cortarás en dos láminas; ¿con qué herramientas?; las inventarás. Eso te corresponde. Luego ahondarás el interior de esas dos láminas, cuidando de no tocar la superficie exterior, y practicarás a su alrededor la muesca de un tornillo, de modo que ambas láminas se ajusten perfectamente una a otra, como un fondo y una tapa. Atornilladas, no se sospechará nada. Para los vigilantes, porque estarás vigilado, eso será sólo un sueldo; para ti será una caja. ¿Qué pondrás en esa caja? Un pedacito de acero. Un resorte de reloj al cual habrás hecho unos dientes, y que será una sierra… Con esa sierra, larga como una aguja y escondida en un sueldo, deberás cortar el pestillo de la cerradura, la barra del cerrojo, el asa del candado, el hierro de la ventana y el grillete de la pierna. Una vez realizada esa obra maestra, una vez cumplido ese prodigio, una vez ejecutados esos milagros de arte, de pericia, de habilidad, de paciencia, si se llega a saber que eres tú el autor, ¿cuál será tu recompensa? El calabozo. Ése es tu porvenir. La pereza, el placer, ¡qué precipicios! No hacer nada es tomar un partido muy lúgubre, ¿lo sabes bien? ¡Vivir ocioso de la sustancia social! ¡Ser inútil, es decir, ser perjudicial! Eso conduce directamente al fondo de la miseria. ¡Desgraciado el que quiere ser parásito! No tienes más que un pensamiento: beber bien, comer bien, dormir bien. Pues beberás agua, comerás pan negro, dormirás encima de una tabla, con una cadena rodeando tus miembros, y cuyo frío sentirás por la noche sobre tus carnes. Romperás

esa cadena y huirás. Bien, pero te arrastrarás entre las matas y comerás hierba como los animales del monte. Y te prenderán; y entonces pasarás los años en un profundo patio, cercado por una muralla, buscando a tientas el jarro para beber, mordiendo un horrible pan negro que ni los perros querrían, y comiendo habas que los gusanos habrán roído antes que tú. Serás una corredera en una cueva. ¡Ah, ten piedad de ti mismo, muchacho, joven que mamabas hace diecisiete años y que sin duda tienes aún madre! Te lo suplico, escúchame. Quieres gastar paño fino, zapatos lustrosos, pelo rizado, usar perfumes en la cabeza, agradar a las jóvenes, ser elegante; pues bien, te cortarán el pelo al rape, te pondrán una chaqueta roja y unos zuecos. Quieres llevar sortijas en los dedos y tendrás una argolla en el cuello. Y si miras a una mujer, te apalearán. ¡Entrarás allí a los veinte años y saldrás a los cincuenta! ¡Entrarás joven, sonrosado, fresco, con ojos brillantes y dientes blancos, hermosa cabellera, y saldrás cascado, encorvado, arrugado, sin dientes, horrible y con los cabellos blancos! ¡Ah, pobre muchacho!, te equivocas; la holgazanería te aconseja mal; el trabajo más rudo es el robo. Créeme, no emprendas esa terrible tarea de ser un perezoso. Volverse ratero no resulta cómodo. Menos malo es ser hombre honrado. Anda ahora, y piensa en lo que te he dicho. ¿Pero qué querías?, ¿mi bolsa? Aquí la tienes.

El anciano, soltando a Montparnasse, le puso su bolsa en la mano, bolsa que Montparnasse sostuvo un momento, sopesándola, después de lo cual, con la misma precaución maquinal que si la hubiera robado, la dejó caer suavemente en el bolsillo de atrás de su levita.

El viejo le volvió la espalda y prosiguió su camino.

—¡Estúpido! —murmuró Montparnasse.

¿Quién era aquel viejo? El lector lo habrá adivinado sin duda.

Estupefacto, Montparnasse miró cómo desaparecía en el crepúsculo. Tal contemplación le resultó fatal.

Gavroche, con una mirada de reojo, se había asegurado de que Mabeuf, dormido tal vez, seguía en el banco, y después salió del seto y se arrastró en la sombra por detrás de Montparnasse, que continuaba inmóvil. De esta manera llegó hasta él sin ser visto ni oído, metió suavemente la mano en el bolsillo de atrás de la levita de fino paño negro, cogió la bolsa, retiró la mano y a rastras, se deslizó en la oscuridad como una culebra. Montparnasse, que no tenía razón alguna para estar en guardia, y que se hallaba meditando por primera vez en su vida, no se dio cuenta de nada. Gavroche, cuando llegó de nuevo al

sitio en que se encontraba Mabeuf, arrojó la bolsa por encima del seto y huyó a todo correr.

La bolsa cayó a los pies de Mabeuf. El ruido le despertó. Se inclinó y recogió la bolsa. No comprendió nada, y la abrió. Era una bolsa con dos compartimientos; en uno había algunas monedas; en el otro, había seis napoleones.

El señor Mabeuf, muy asustado, la llevó a su ama.

—Esto nos viene del cielo —dijo la señora Plutarco.

LIBRO QUINTO

Cuyo fin no se parece al principio

I

La soledad y el cuartel combinados

El dolor de Cosette, tan punzante y vivo aún cuatro o cinco meses antes, había entrado en la convalecencia. La naturaleza, la primavera, la juventud, el amor por su padre, la alegría de los pájaros y de las flores hacían filtrar poco a poco, día a día, gota a gota, en aquella alma tan virgen y tan joven una cosa muy semejante al olvido. ¿Es que se apagaba completamente el fuego?, ¿o es que solamente se iban formando capas de ceniza? El hecho es que no sentía ya apenas nada doloroso y abrasador.

Un día pensó de repente en Marius: «¡Vaya! —se dijo—, ya no pienso en él».

En la misma semana, al pasar por delante de la verja del jardín, se fijó en un guapo oficial de lanceros, con talle de avispa, bonito uniforme, mejillas de niña, sable bajo el brazo, bigotes retorcidos y chascás charolado. Por lo demás, cabellos rubios, ojos azules; cara redonda, fatua, insolente y linda; lo contrario de Marius. Un cigarro en la boca. Cosette pensó en que aquel oficial era sin duda del regimiento acuartelado en la calle Babylone[33].

Al día siguiente le vio pasar otra vez, y observó la hora.

A partir de aquel instante, ¿sería casualidad?, le vio pasar todos los días.

Los compañeros del oficial observaron que en aquel jardín «mal vestido», detrás de aquella fea verja había una bonita criatura que estaba casi siempre allí cuando pasaba el bizarro teniente, que no es desconocido del lector, puesto que se llamaba Théodule Gillenormand.

—¡Vaya! —le decían—. Hay una joven que te mira, fíjate bien.

—¿Acaso tengo tiempo de mirar —repuso el lancero— a todas las jóvenes que me miran?

Esto sucedía precisamente en el momento en que Marius descendía a la agonía y se decía: «¡Si pudiese solamente verla antes de morir!». Si se hubiera realizado su deseo, si hubiese visto en aquel momento a Cosette mirando a un lancero, no habría podido pronunciar una palabra y habría expirado de dolor.

¿De quién habría sido la culpa? De nadie.

Marius tenía uno de esos temperamentos que se sumergen en la tristeza y

moran en ella; Cosette, por el contrario, se sumergía, pero volvía a salir.

Además, Cosette atravesaba ese momento peligroso, fase fatal del ensueño infantil, abandonado a sí mismo, en que el corazón de una joven aislada se asemeja a esos sarmientos de vid que se enganchan por casualidad al capitel de una columna de mármol o al poste de una taberna. Momento rápido y decisivo, crítico para toda huérfana, ya sea pobre o rica, porque la riqueza no impide una mala elección. Se realizan casamientos muy desiguales; la verdadera desigualdad de casamientos es la de las almas; y así como más de un joven desconocido, sin nombre, sin familia, sin fortuna, es un capitel de mármol que sostiene un templo de grandes sentimientos y de grandes ideas, de igual modo, algún hombre de mundo, satisfecho y opulento, que lleva botas finas y emplea palabras almibaradas, si se le mira no el exterior, sino el interior, es decir, lo que reserva a la mujer, no es otra cosa que una viga estúpida, oscuramente movida por pasiones violentas, inmundas y embriagadas, el poste de una taberna. ¿Qué tenía Cosette en el alma? Una pasión calmada o adormecida; amor en estado flotante; algo que era límpido, brillante; turbio a cierta profundidad; oscuro más abajo. La imagen del guapo oficial se reflejaba en la superficie. ¿Había algún recuerdo en el fondo? Muy en el fondo tal vez; mas Cosette no lo sabía.

Pero se produjo un incidente singular.

II

Miedos de Cosette

En la primera quincena de abril, Jean Valjean efectuó un viaje. Esto sucedía, como sabe el lector, algunas veces, a largos intervalos, y estaba ausente uno o dos días a lo sumo. ¿Adónde iba? Nadie lo sabía, ni siquiera Cosette. Sólo una vez, en uno de sus viajes, le había acompañado ésta en coche, hasta la esquina de un callejón sin salida, en cuyo ángulo había leído: «Callejón de la Planchette». Allí había bajado, y el coche había llevado a Cosette a la calle Babylone. Generalmente, Jean Valjean realizaba estos viajes cuando faltaba dinero en casa.

Jean Valjean estaba, pues, ausente. Había dicho: «Regresaré dentro de tres días».

Por la noche, Cosette se hallaba sola en el salón. Para matar el fastidio, había abierto el piano y empezado a cantar, acompañándose ella misma, el coro de *Euriante*[34]: «*¡Cazadores perdidos en los bosques!*», que es acaso lo más bello de toda la música. Cuando hubo terminado, se quedó pensativa.

De repente le pareció oír pasos en el jardín.

No podía ser su padre, ya que estaba ausente; no podía ser Toussaint, porque estaba acostada. Eran las diez de la noche.

Se dirigió a la ventana de la sala, que estaba cerrada, y aplicó el oído.

Le pareció que eran los pasos de un hombre y que caminaba muy suavemente.

Subió rápidamente al primer piso, a su habitación, abrió un ventanillo que había en el postigo, y miró hacia el jardín. Había luna llena y se veía como si fuese de día.

No había nadie.

Abrió la ventana. El jardín estaba completamente tranquilo, y todo lo que se veía de la calle apareció desierto como siempre.

Cosette pensó que se había engañado; había creído oír aquel ruido, y todo era una alucinación producida por aquel sombrío y prodigioso coro de Weber, que abre ante el espíritu abismos insondables, que tiembla ante la mirada como un bosque vertiginoso, y en el que se oyen crujir las ramas muertas bajo el inquieto paso de los cazadores envueltos en el crepúsculo.

Y no volvió a pensar en ello.

Además, Cosette no era asustadiza. Había en sus venas sangre de la bohemia y de la aventurera que anda con los pies desnudos. Recuérdese que era más bien alondra que paloma, y tenía un fondo de valor y energía.

Al día siguiente, más temprano, a la caída de la noche, se paseaba por el jardín. En medio de los pensamientos confusos en que se hallaba sumergida, creyó oír, a intervalos, un ruido semejante al ruido de la víspera, como de alguien que anduviese en la oscuridad bajo los árboles, no lejos de ella, pero se decía que nada se asemeja tanto a un paso en la hierba como el roce de dos ramas que se separan, y no hizo caso. Además, no veía nada.

Salió de la maleza; tenía que atravesar un espacio de césped para llegar a la escalera. La luna, que acababa de levantarse a su espalda proyectó su sombra delante de ella, sobre el césped.

Cosette se detuvo aterrorizada.

Al lado de su sombra, la luna recortaba distintamente sobre el césped otra sombra, singularmente espantosa y terrible, una sombra que llevaba un sombrero redondo.

Parecía la de un hombre que estuviese en pie al borde del macizo, a algunos pasos detrás de Cosette.

Permaneció un minuto sin poder hablar, ni gritar, ni moverse, ni volver la cabeza. Pero al fin, reuniendo todo su valor, se volvió resueltamente.

No había nadie.

Miró el suelo: la sombra había desaparecido.

Regresó a la maleza, registró audazmente los rincones, llegó hasta la verja y no encontró a nadie.

Quedose helada. ¿Había sido aquello también una alucinación? ¡Cómo! ¿Dos días seguidos? Una alucinación, pase pero ¿dos? Lo que resultaba inquietante es que la sombra no era seguramente un fantasma, porque los fantasmas no llevan sombreros redondos.

Al día siguiente regresó Jean Valjean. Cosette le refirió lo que había creído oír y ver. Esperaba que su padre la tranquilizaría y que, encogiéndose de hombros, le diría: «Eres una locuela».

Jean Valjean se alarmó.

—Tal vez no sea nada —dijo.

La dejó con cualquier pretexto y fue al jardín, y Cosette observó que examinaba la verja con mucha atención.

Por la noche se despertó; esta vez estaba segura de oír pasos cerca de la escalinata, al pie de su ventana. Corrió a su mirilla y la abrió. En efecto, había un hombre en el jardín, el cual llevaba un grueso bastón en la mano. En el instante en que iba a gritar, la luna iluminó el perfil de aquel hombre. Era su padre.

Volvió a acostarse, diciéndose: «¡Está muy alarmado!».

Jean Valjean pasó aquella noche y las dos siguientes en el jardín, y Cosette le observó por el ventanillo.

La tercera noche había luna menguante, y salía más tarde; sería la una de la madrugada cuando Cosette oyó una carcajada y la voz de su padre que la llamaba.

—¡Cosette!

Saltó de la cama, se puso una bata y abrió la ventana.

Su padre se hallaba abajo, sobre el césped.

—Te despierto para tranquilizarte —dijo—. Mira. Aquí tienes a tu sombra con sombrero redondo.

Y le mostraba sobre el césped una sombra que producía la luna, y que, en realidad, parecía el espectro de un hombre con sombrero redondo. Era la silueta producida por el tubo de una chimenea de palastro con capitel, que se elevaba por encima de un tejado vecino.

Cosette se echó a reír también; se borraron todas sus lúgubres suposiciones, y al día siguiente, cuando se desayunaba con su padre, se burló del siniestro jardín visitado por las sombras de los tubos de chimeneas.

Jean Valjean se tranquilizó por completo; en cuanto a Cosette, no se detuvo a examinar si el tubo de la chimenea estaba en la dirección de la sombra que había visto o creído ver, y si la luna se encontraba en el mismo punto del cielo. No reparó en la singularidad de un cañón de chimenea que teme ser sorprendido en flagrante delito y se retira cuando se descubre su sombra, pues la sombra se había borrado cuando Cosette se había vuelto, y Cosette creía estar segura de ello. La joven se tranquilizó por completo. La demostración le pareció evidente, y creyó que era un efecto de la

imaginación, lo mismo que los pasos de alguien que caminase por el jardín, por la tarde o por la noche.

Pero algunos días después hubo un nuevo incidente.

III

Enriquecido con comentarios de Toussaint

En el jardín, cerca de la verja que daba a la calle, había un banco de piedra, defendido de las miradas de los curiosos por un enrejado de cañas, pero hasta el cual podía llegar el brazo de un transeúnte a través de la verja y de la enramada.

Una tarde de ese mismo mes de abril, Jean Valjean había salido, y Cosette, después de puesto el sol, se había sentado en dicho banco. El viento penetraba a través de los árboles; Cosette meditaba; una tristeza sin objeto iba apoderándose poco a poco de ella; esa tristeza invencible que produce la tarde, y que proviene tal vez del misterio de la tumba entreabierta a esa hora.

Fantine se encontraba tal vez en aquella sombra.

Cosette se levantó, dio lentamente una vuelta al jardín, andando sobre la hierba inundada de rocío, y diciéndose a través de la especie de sonambulismo melancólico en que se hallaba sumergida: «Realmente, necesitaría zuecos para andar por el jardín a esta hora. Podría constiparme».

Después volvió al banco.

En el momento en que iba a sentarse observó en el sitio que había ocupado una gran piedra que no estaba antes.

Cosette contempló aquella piedra, preguntándose qué significaría.

De repente, la idea de que aquella piedra no había ido sola al banco, de que alguien la había puesto allí, de que un brazo había pasado a través de la verja, esta idea, decimos, se le ocurrió y le dio miedo; un miedo verdadero esta vez. No había duda posible: la piedra estaba allí; no la tocó, escapó sin atreverse a mirar detrás de sí, se refugió en la casa, cerró enseguida con barras y cerrojos la puerta ventana de la escalinata, y preguntó a Toussaint:

—¿Ha vuelto mi padre?

—Aún no, señorita.

(Hemos dicho ya que Toussaint era tartamuda. Permítasenos no indicarlo en todas sus palabras, porque nos repugna la notación musical de una enfermedad).

Jean Valjean, hombre pensativo y paseante nocturno, solía retirarse

bastante tarde por la noche.

—Toussaint —preguntó Cosette—, ¿tendréis cuidado de cerrar bien por la noche las ventanas que dan al jardín, al menos con barras, y poner los candados en los anillos?

—¡Oh!, estad tranquila, señorita.

Toussaint no dejaba de hacerlo, y Cosette lo sabía muy bien, pero no pudo menos que añadir:

—¡Es que es tan desierto este sitio!

—Eso sí que es verdad —convino Toussaint—. La asesinarían a una sin tener tiempo de decir ¡uf! Con esto de que el señor no duerme en casa… Pero no temáis nada, señorita, cierro las ventanas como si fueran una fortaleza. ¡Ah! ¡Mujeres solas! ¡Esto hace temblar! Figuraos ver que entran hombres en vuestra habitación por la noche y os dicen: «¡Cállate!», y empiezan a cortaros el cuello. No es lo más temible la muerte, porque al fin se muere una, y sabe demasiado que se ha de morir; pero es una cosa horrible sentir que os toca esa gente. ¡Y luego, sus cuchillos! ¡Oh, qué mal deben de cortar! ¡Ah, Dios mío!

—¡Callaos! —dijo Cosette—. Cerradlo todo bien.

Cosette, aterrorizada por el melodrama improvisado por Toussaint, y acaso también por el recuerdo de las apariciones de la semana anterior, no se atrevió a decirle: «¡Id a ver la piedra que han puesto sobre el banco!», por miedo a volver a abrir la puerta del jardín y de que entrasen «los hombres». Hizo cerrar cuidadosamente todas las puertas y ventanas, hizo que Toussaint registrase la casa entera, desde el sótano al granero; se encerró en su habitación, echó los cerrojos, miró bajo su cama, se acostó y durmió mal. Toda la noche vio la piedra, grande como una montaña, y llena de cavernas.

Cuando salió el sol —lo propio del sol naciente es hacernos reír de todos nuestros terrores de la noche, y la risa que nos produce es siempre proporcionada al miedo que se ha tenido—, Cosette se despertó, pensó en su espanto como una pesadilla, y se dijo: «¿Qué he estado soñando? Es como los pasos que creí oír la semana pasada por la noche, en el jardín. ¡Es como la sombra del cañón de la chimenea! ¿Voy a convertirme en una cobarde ahora?». El sol, que rutilaba a través de las rendijas de los postigos, coloreando de púrpura las cortinas de damasco, la tranquilizó de tal manera que todo se borró de su imaginación; hasta la piedra.

—No había piedra alguna en el banco, como no había ningún hombre con

sombrero en el jardín; he soñado lo de la piedra, como lo demás.

Se vistió, bajó al jardín, corrió al banco y sintió un sudor frío. La piedra estaba allí.

Pero no fue más que un momento. Lo que es terror de noche es curiosidad de día.

—¡Bah! —se dijo—, veamos.

Levantó aquella piedra, que era bastante grande. Debajo había algo que parecía una carta.

Era un sobre de papel blanco. Cosette lo cogió y vio que no tenía ni dirección ni sello. Sin embargo, el sobre, aunque abierto, no estaba vacío. En su interior veíanse algunos papeles.

Cosette buscó en su interior; ya no experimentaba miedo ni curiosidad, sino un principio de impaciencia.

Sacó del sobre lo que éste contenía: un pequeño cuaderno de papel, de hojas numeradas, en cada una de las cuales había escritas unas líneas, con una escritura bastante bonita, pensó Cosette, y muy fina.

Cosette buscó un nombre, no lo había; una firma, tampoco. ¿A quién iba dirigido aquello? A ella probablemente, puesto que una mano había colocado el paquete encima de su banco. ¿De quién venía aquello? Una fascinación irresistible se apoderó de ella, trató de apartar los ojos de aquellas hojas que temblaban en su mano, miró el cielo, la calle, las acacias inundadas de luz, las palomas que volaban sobre un tejado próximo, y luego su mirada se posó rápidamente sobre el manuscrito, y se dijo que debía leer lo que contenía.

He aquí lo que ella leyó.

IV

Un corazón bajo una piedra

La reducción del universo a un solo ser, la dilatación de un solo ser hasta Dios, esto es el amor.

El amor es la salutación de los ángeles a los astros.

¡Qué triste está el alma cuando está triste por el amor! ¡Qué vacío tan inmenso es la ausencia del ser que llena él solo el mundo! ¡Oh! Cuán verdad es que el ser amado se convierte en Dios. Se comprendería que Dios estuviera celoso si el Padre de todo no hubiese hecho evidentemente la creación para el alma, y el alma para el amor.

Basta una sonrisa vislumbrada bajo un sombrero de crespón blanco con adornos de lilas para que el alma entre en el palacio de los sueños.

Dios está detrás de todo; pero todo oculta a Dios. Las cosas son negras, las criaturas son opacas. Amar a un ser es hacerlo transparente.

Ciertos pensamientos son oraciones. Hay momentos en que sea cual sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

Los amantes separados engañan la ausencia con mil cosas quiméricas, que tienen, no obstante, su realidad. Se les impide verse, no pueden escribirse; encuentran una multitud de medios misteriosos para comunicarse. Se envían el canto de los pájaros, el perfume de las flores, las risas de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, los rayos de las estrellas, toda la creación. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios están hechas para servir al amor. El amor es lo bastante poderoso como para dar sus mensajes a la naturaleza entera.

¡Oh, primavera, eres una carta que yo le escribo!

El porvenir pertenece aún más a los corazones que a la inteligencia. Amar, he aquí la única cosa que puede ocupar y llenar la eternidad. El infinito necesita lo inagotable.

El amor participa del alma misma. Es de la misma naturaleza que ella. Como ella, es chispa divina; como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es un punto de fuego que está en nosotros, que es inmortal e infinito, que nada puede limitar, ni nada puede apagar. Se le siente arder hasta en la médula de los huesos y se le ve irradiar hasta el fondo del cielo.

¡Oh, amor!, ¡adoraciones!, voluptuosidades de dos espíritus que se

comprenden y de dos miradas que se penetran. ¡Vendréis a mí!, ¿no es verdad, felicidades? ¡Paseos de dos solos en la soledad! ¡Días benditos y resplandecientes! Algunas veces he soñado que de vez en cuando se desprendían algunas horas de la vida de los ángeles, y venían aquí abajo a penetrar en el destino de los hombres.

Dios no puede añadir nada a la felicidad de los que se aman, más que la duración sin fin. Después de una vida de amor, una eternidad de amor es un aumento, en efecto; pero acrecentar en su intensidad misma la felicidad inefable que el amor da al alma desde este mundo resulta imposible aun a Dios. Dios es la plenitud del cielo; el amor es la plenitud del hombre.

Miráis una estrella por dos motivos: porque es luminosa y porque es impenetrable; pues a vuestro lado tenéis una radiación más suave, y un misterio más grande: la mujer.

Todos, sin excepción, tenemos nuestros seres respirables. Si nos faltan, nos falta el aire y nos ahogamos. Entonces morimos. Morir por falta de amor es terrible. ¡La asfixia del alma!

Cuando el amor ha fundido y mezclado a dos seres en una unidad angélica y sagrada, estos seres han hallado el secreto de la vida; no son más que los dos términos de un mismo destino; no son más que las dos alas de un mismo espíritu. ¡Amad, elevaos!

El día en que una mujer que pasa delante de ti desprende luz al andar, estás perdido, amas. Ya no tienes que hacer más que una cosa: pensar en ella tan fijamente que ella tenga que pensar en ti.

Lo que el amor empieza no puede ser terminado más que por Dios.

El amor verdadero se desespera y se encanta por un guante perdido o por un pañuelo encontrado, y necesita la eternidad para su desinterés y para sus esperanzas. Se compone a la vez de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño.

Si eres piedra, sé imán; si eres planta, sé sensitiva; si eres hombre, sé amor.

Nada basta al amor. Si se tiene felicidad, se desea el paraíso; si se tiene el paraíso, se desea el cielo.

¡Oh, tú que amas, todo esto está en el amor! Aprende a encontrarlo. El amor tiene, lo mismo que el cielo, la contemplación, y además el deleite.

«¿Viene aún al Luxemburgo?». «No, señor». «En esta iglesia es donde oye misa, ¿no es verdad?». «No viene ya». «¿Vive todavía en esta casa?». «Se ha mudado». «¿Adónde ha ido a vivir?». «No lo ha dicho».

¡Qué cosa tan sombría es no saber las señas de su alma!

El amor tienes cosas de niño, las otras pasiones tienen pequeñeces. ¡Despreciemos las pasiones que empequeñecen al hombre! ¡Honremos las que le hacen niño!

Me sucede una cosa extraña. ¿Sabéis cuál? Estoy en la noche. Hay un ser que, al irse, se ha llevado el cielo.

¡Oh! Estar echados juntos en la misma tumba, mano con mano, y de vez en cuando, en las tinieblas, acariciarnos suavemente un dedo; esto bastaría a mi eternidad.

Vosotros que sufrís porque amáis, amad más aún. Morir de amor es vivir.

Amad. Una sombría transfiguración estrellada está mezclada con este suplicio. Hay éxtasis en la agonía.

¡Oh, alegría de los pájaros! Tenéis el canto porque tenéis nido.

El amor es una respiración celeste del aire del paraíso.

Corazones profundos, espíritus sabios, tomad la vida como Dios la ha hecho; la vida es una larga prueba, una preparación ininteligible al destino desconocido. Este destino, el verdadero, empieza para el hombre en el primer peldaño del interior de la tumba. Entonces se le aparece algo, y empieza a distinguir el definitivo. El definitivo, pensad en esta palabra. Los vivos ven el infinito; lo definitivo no se deja ver más que por los muertos. Mientras tanto, amad y sufrid, esperad y contemplad. Desgraciado, ¡ay!, el que no haya amado más que los cuerpos, las formas, las apariencias. La muerte se lo arrebatará todo. Amad a las almas, y las volveréis a encontrar.

He encontrado en la calle a un joven muy pobre que amaba. Su sombrero era viejo, su traje gastado; tenía los codos agujereados; el agua pasaba a través de sus zapatos y los astros a través de su alma.

¡Qué gran cosa es ser amado! ¡Y qué cosa más grande aún es amar! El corazón se hace heroico a fuerza de pasión. Sólo se compone de lo más puro, sólo se apoya en lo más grande y elevado. Un pensamiento indigno no puede germinar en él, como una ortiga no puede germinar en un ventisquero. El alma elevada y serena, inaccesible a las pasiones y a las locuras, las mentiras,

los odios, las vanidades, las miserias, habita en el azul del cielo y no siente ya sino las conmociones profundas y subterráneas del destino, como las cimas de las montañas sienten los temblores de tierra.

Si no hubiera quien amase, el sol se apagaría.

V

Cosette después de la carta

Durante esta lectura, Cosette iba cayendo poco a poco en la ensoñación. En el momento en que levantó los ojos de la última línea del cuaderno, el guapo oficial pasó triunfante ante la verja. Cosette le encontró horrible.

Volvió a contemplar el cuaderno. Estaba escrito con una letra encantadora, pensaba Cosette; y con distintas tintas, ya muy negras, ya blanquecinas, como cuando se echa agua en el tintero, y, por consiguiente, en días diferentes. Era, pues, un pensamiento que se había derramado allí, suspiro a suspiro, irregularmente, sin orden, sin elección, sin objeto, al azar. Cosette no había leído jamás nada parecido. Aquel manuscrito, en el que veía más claridad que oscuridad, le causaba el mismo efecto que un santuario entreabierto. Cada una de aquellas líneas misteriosas resplandecía ante sus ojos y le inundaba el corazón con una luz extraña. La educación que recibiera le había hablado siempre del alma y jamás del amor; como si se hablase de la brasa sin hablar de la llama. Aquel manuscrito de quince páginas le revelaba brusca y suavemente todo el amor, el dolor, el destino, la vida, la eternidad, el principio, el fin. Era como una mano que se hubiera abierto y le hubiese lanzado súbitamente un puñado de rayos. Percibía en aquellas líneas una naturaleza apasionada, ardiente, generosa, honesta, una voluntad sagrada, un inmenso dolor y una esperanza inmensa, un corazón oprimido, un éxtasis manifestado. ¿Qué era aquel manuscrito? Una carta. Una carta sin señas, sin nombre, sin fecha, sin firma, apremiante y desinteresada, enigma compuesto de verdades; mensaje de amor escrito para ser llevado por un ángel y leído por una virgen, cita dada fuera de la tierra; billete amoroso de un fantasma a una sombra. Era un alma ausente, tranquila y oprimida, que parecía dispuesta a refugiarse en la muerte y que enviaba a otra alma ausente el secreto del destino, la llave de la vida, el amor. Aquello había sido escrito con los pies en la tumba y el dedo en el cielo. Aquellas líneas habían caído una a una sobre el papel, y eran lo que podría llamarse gotas del alma.

Pero ¿de quién podrían ser aquellas páginas? ¿Quién las había escrito?

Cosette no dudó ni un minuto. Un solo hombre.

¡Él!

La luz se había hecho en su espíritu. Todo había vuelto a aparecer. Experimentaba una alegría inaudita y una angustia profunda. ¡Era él! ¡Él, que

estaba allí! ¡Él, cuyo brazo había pasado a través de la verja! ¡Mientras que ella le olvidaba, él la había encontrado! ¿Pero acaso ella le había olvidado? ¡No!, ¡nunca! Estaba loca por haber creído aquello un solo instante. Ella le había amado siempre, y adorado. El fuego había estado oculto durante algún tiempo, pero no había hecho más que arder más hondamente, y ahora brillaba de nuevo, y la abrasaba entera. Aquel cuaderno era como una chispa caída del alma del otro en la suya. Sentía reavivarse de nuevo el fuego; se penetraba de cada palabra del manuscrito. «¡Oh, sí! —decía—. ¡Cómo conozco todo esto! Es lo que he leído en sus ojos».

Cuando acababa de leerla por tercera vez, el teniente Théodule volvió a pasar delante de la verja, haciendo sonar sus espuelas sobre el empedrado. Cosette se vio obligada a levantar los ojos. Le encontró soso, necio, tonto, presumido, desagradable, impertinente y muy feo. El oficial creyó que debía dirigirle una sonrisa; Cosette se volvió avergonzada e irritada. De buena gana le hubiera tirado algo a la cabeza.

Se marchó, entró en la casa y se encerró en su habitación para releer el manuscrito, para aprendérselo de memoria y para soñar. Cuando lo leyó, lo besó y lo ocultó en su corsé.

Cosette había caído en el profundo amor seráfico. El abismo Edén acababa de abrirse de nuevo.

Durante todo el día Cosette permaneció en una especie de aturdimiento. Pensaba apenas, y sus ideas estaban en el estado de un ovillo enredado en su cerebro; no conseguía reflexionar; esperaba a través del temblor, ¿qué?, cosas vagas. No se atrevía a prometerse nada y no quería negarse nada. Cruzaban por su rostro palideces, y escalofríos por su cuerpo. En algunos momentos le parecía que penetraba en lo quimérico, y se decía: «¿Esto es real?»; entonces tocaba el papel bienamado, por sobre sus ropas, lo apretaba contra su corazón y sentía los dobleces sobre su carne; y si Jean Valjean la hubiera visto en aquel instante se habría estremecido ante aquella alegría luminosa y desconocida que brotaba de sus ojos. «¡Oh, sí! —pensaba—. ¡Es él! ¡Esto es de él para mí!».

Y no dudaba de que una intervención de los ángeles, una casualidad celestial, se lo había devuelto.

¡Oh, transfiguración del amor!, ¡oh, sueños!, esa casualidad celestial, esa intervención de los ángeles era aquella bola de pan lanzada por un ladrón a otro ladrón desde el patio Charlemagne hasta la fosa de los leones, por encima

de los tejados de la Force.

VI

Los ancianos salen en el momento indicado

Cuando llegó la noche, Jean Valjean salió; Cosette se vistió. Arregló sus cabellos del modo que le sentaba mejor, se puso un vestido cuyo cuerpo había recibido una tijeretada de más, y dejaba ver por esta escotadura el nacimiento del cuello; era, como dicen las jóvenes, «un poco indecente». No era de ninguna manera indecente, pero sí más bonito que otro. Se vistió de este modo sin saber por qué.

¿Quería salir? No.

¿Esperaba una visita? No.

Al anochecer bajó al jardín. Toussaint estaba ocupada en la cocina, que daba al patio trasero.

Se puso a andar bajo las ramas, apartándolas de vez en cuando con la mano, porque las había muy bajas.

Llegó al banco.

La piedra yacía allí todavía.

Se sentó, y posó su suave y blanca mano sobre aquella piedra como si quisiera acariciarla y darle gracias.

De repente, tuvo la impresión indefinible que se experimenta, aun sin ver, cuando hay alguien detrás de uno.

Volvió la cabeza y se levantó.

Era él.

Llevaba la cabeza descubierta. Parecía pálido y enflaquecido. Apenas se distinguía su traje negro. El crepúsculo blanqueaba su hermosa frente y cubría sus ojos de tinieblas. Tenía, bajo un velo de incomparable dulzura, algo de la muerte y de la noche. Su rostro estaba iluminado por la claridad del día que muere y por el pensamiento de un alma que se va.

Parecía que no era todavía un fantasma, pero que no era ya un hombre. Su sombrero yacía caído a algunos pasos, entre la maleza.

Cosette, a punto de desfallecer, no lanzó ni un grito. Retrocedía lentamente, pues se sentía atraída. Él no se movía. Ante aquel inefable y triste velo que le rodeaba, ella sentía la mirada de sus ojos, que no veía.

Al retroceder, Cosette encontró un árbol y se apoyó en él. Sin aquel árbol, se hubiera caído.

Entonces oyó su voz, aquella voz que nunca había oído, que apenas se elevaba por encima del estremecimiento de las hojas, y que murmuraba:

—Perdonadme, estoy aquí. Tengo el corazón lleno, no podía vivir como estaba, y he venido. ¿Habéis leído lo que dejé allí, sobre el banco? ¿Me reconocéis? No tengáis miedo de mí. ¿Os acordáis de aquel día, hace ya mucho tiempo, en que me mirasteis? Era en el Luxemburgo, cerca del Gladiador. ¿Y del día en que pasasteis cerca de mí? Fueron el 16 de junio y el 2 de julio. Pronto hará un año. Desde hace mucho tiempo no os he visto. He preguntado a la alquiladora de las sillas y me ha dicho que ya no os veía. Vivíais en la calle Ouest, en el tercer piso, en una casa nueva; ya veis lo que sé. Yo os seguía. ¿Qué tenía que hacer? Después habéis desaparecido. Creí veros pasar una vez, cuando estaba yo leyendo los periódicos bajo los arcos del Odéon, y corrí; pero no. Era una persona que llevaba un sombrero como el vuestro. Por la noche, vengo aquí. No temáis, nadie me ve. Vengo a mirar de cerca vuestras ventanas. Ando muy suavemente para que no me oigáis, pues tal vez tendríais miedo. La otra noche estaba detrás de vos, os volvisteis y huí. Una vez os oí cantar. Me sentí feliz. ¿Os hace daño que os oiga cantar a través de las persianas? Esto no os molesta, ¿no es verdad? ¡Si supieseis…!, ¡os adoro! Perdonadme; os hablo y no sé lo que digo; os molesto tal vez, ¿os molesto?

—¡Oh, madre mía! —exclamó Cosette.

Se dobló sobre sí misma, como si fuese a morir.

Él la cogió; Cosette se desmayaba; la tomó en sus brazos, la apretó estrechamente sin tener conciencia de lo que hacía, y la sostuvo temblando. Estaba como si tuviese la cabeza llena de humo; veía relámpagos ante sus ojos; sus ideas se desvanecían; le parecía que realizaba un acto religioso, y que cometía una profanación. Por lo demás, no experimentaba deseo alguno hacia aquella mujer encantadora, cuya forma sentía contra su pecho. Estaba perdido de amor. Ella le tomó una mano, y se la puso sobre su corazón. Sintió el papel que tenía allí, y balbuceó:

—¿Me amáis, pues?

Ella respondió con una voz tan débil que no era más que un soplo apenas audible:

—¡Cállate! ¡Ya lo sabes!

Y escondió su rostro lleno de rubor en el pecho del joven orgulloso y embriagado. Cayó él sobre el banco, y ella a su lado. No tenían ya palabras. Las estrellas empezaban a brillar. ¿Cómo fue que sus labios se encontraron? ¿Por qué el pájaro canta, la nieve se funde, la rosa se abre, mayo extiende su fragancia y el alba blanquea detrás de los árboles negros en la cumbre temblorosa de las colinas?

Un beso, y eso fue todo.

Ambos jóvenes se estremecieron y se miraron en la sombra con ojos brillantes. No sentían ni la noche fresca, ni la piedra fría, ni la tierra húmeda, ni la hierba mojada; se miraban, y tenían el corazón lleno de pensamientos. Se habían cogido las manos sin saberlo.

Ella no le preguntaba nada; no pensaba siquiera por dónde había entrado y cómo había penetrado en el jardín. ¡Le parecía ya tan sencillo que estuviera allí! De vez en cuando, la rodilla de Marius rozaba la rodilla de Cosette y ambos se estremecían.

A intervalos, Cosette tartamudeaba una palabra. Su alma temblaba en sus labios como una gota de rocío sobre una flor.

Poco a poco se hablaron. La expansión sucedió al silencio, que es la plenitud. La noche era serena y espléndida por encima de sus cabezas. Aquellos dos seres puros como espíritus se lo dijeron todo, sus sueños, sus felicidades, sus éxtasis, sus quimeras, sus debilidades; cómo se habían adorado desde lejos, cómo se habían anhelado, y su desesperación cuando cesaron de verse. Se entregaron a una intimidad ideal, que nada podía aumentar, descubriendo lo que tenían más oculto y misterioso. Se contaron con una fe cándida en sus ilusiones todo lo que el amor, la juventud y el resto de infancia que tenían les hacían pensar. Aquellos dos corazones se vertieron uno en el otro, de modo que al cabo de una hora él tenía el alma de ella y ella el alma de él. Se penetraron, se encantaron, se deslumbraron.

Cuando hubieron terminado, cuando se lo hubieron dicho todo, ella posó su cabeza en el hombro de él y le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo Marius —dijo—. ¿Y vos?

—Yo me llamo Cosette.

LIBRO SEXTO

El pequeño Gavroche

I

Travesuras del viento

Después de 1823, mientras la taberna de Montfermeil languidecía y desaparecía poco a poco, no en el abismo de una bancarrota, sino en la cloaca de las pequeñas deudas, los esposos Thénardier habían tenido otros dos hijos, varones los dos. Con éstos sumaban cinco; dos hembras y tres varones. Era mucho.

La Thénardier se había desembarazado de los dos últimos, cuando aún eran muy pequeños, con una fortuna singular.

Desembarazado es la palabra. En aquella mujer no había más que un fragmento de naturaleza, fenómeno del que hay más de un ejemplo. Como la mariscala de La Mothe-Houdancourt, la Thénardier sólo era madre para sus hijas. Su maternidad terminaba allí. Su odio al género humano empezaba en sus hijos. Por el lado de sus hijos, su maldad estaba cortada a pico, y su corazón tenía en este punto una lúgubre escarpadura. Como se ha visto ya, detestaba al mayor y execraba a los otros dos. ¿Por qué? Porque sí. El más terrible de los motivos y la más indiscutible de las respuestas: porque sí. «No necesito una manada de hijos», decía aquella madre.

Expliquemos cómo los Thénardier habían llegado a librarse de sus dos últimos hijos, e incluso a sacar provecho de ellos.

Aquella Magnon, de quien hemos hablado en otro lugar, era la misma que había conseguido sacar una pensión al infeliz Gillenormand para los dos hijos que tenía. Vivía en el muelle de los Célestins, en la esquina de la antigua calle Petit-Musc, que ha hecho lo posible por cambiar por buen olor su mala fama[35]. Recordaremos la gran epidemia de garrotillo[36] que devastó hace treinta y cinco años los barrios ribereños del Sena, en París, y que la ciencia aprovechó para experimentar en gran escala la eficacia de las insuflaciones de alumbre, tan útilmente reemplazadas hoy por la tintura externa de yodo. En esta epidemia, la Magnon perdió el mismo día, uno por la mañana y otro por la noche, a sus dos hijos, aún muy pequeños. Fue un gran golpe. Aquellos niños eran preciosos para su madre; representaban ochenta francos por mes. Aquellos ochenta francos eran pagados exactamente en nombre del señor Gillenormand, por su contador, el señor Barge, ujier retirado, calle Roi-de-Sicile. Muertos los niños, la pensión quedaba sin efecto. La Magnon buscó un recurso. En la tenebrosa masonería del mal, de la que formaba parte, se sabe

todo, se guardan los secretos y se prestan auxilio mutuamente. La Magnon necesitaba dos hijos; la Thénardier los tenía. Del mismo sexo y la misma edad. Buen arreglo para una y buena colocación para otra. Los hijos de Thénardier se convirtieron en los hijos de la Magnon. La Magnon abandonó el muelle de los Célestins y fue a vivir a la calle Clocheperce. En París, la identidad que liga a un individuo consigo mismo se rompe de una calle a otra.

El estado civil, al que no se le declaró el hecho, no reclamó, y la sustitución se hizo del modo más fácil del mundo. La Thénardier exigió por el préstamo de sus hijos diez francos al mes, que la Magnon prometió y, desde luego, pagó. Huelga decir que el señor Gillenormand continuó pagando. Iba cada seis meses a visitar a los pequeños, y no se dio cuenta del cambio.

—Señor —le decía la Magnon—, ¡cómo se parecen a vos!

Thénardier, a quien resultaban fáciles los avatares, aprovechó esta ocasión para convertirse en Jondrette. Sus dos hijas y Gavroche apenas habían tenido tiempo para reparar en que tenían hermanos. En cierto grado de miseria, se apodera del alma una especie de indiferencia y se ven a los seres como espectros. Las personas más allegadas no son sino vagas sombras apenas discernibles sobre el fondo nebuloso de la vida, y, fácilmente, se confunden con lo invisible.

La noche del día en que hizo entrega de sus dos hijos a la Magnon, con la voluntad expresa de renunciar a ellos para siempre, la Thénardier tuvo, o aparentó tener, un escrúpulo. Había dicho a su marido:

—¡Pero esto es abandonar a los hijos!

Thénardier, magistral y flemático, cauterizó el escrúpulo con esta sentencia:

—¡Jean-Jacques Rousseau hizo más!

Del escrúpulo, la madre había pasado a la inquietud:

—¿Y si la policía nos persiguiese? ¿Está permitido esto que hemos hecho? Dime, Thénardier.

Thénardier respondió:

—Todo está permitido. Nadie verá en esto más que una cosa clara como el agua. Por otra parte, no hay interés ninguno en cuidarse de niños que no tienen ni un sueldo.

La Magnon era una especie de elegante del crimen. Se cuidaba del aseo

personal. Compartía su alojamiento, amueblado de un modo extraño y miserable, con una astuta ladrona inglesa afrancesada. Aquella inglesa, naturalizada parisiense, recomendable por sus ricas relaciones, íntimamente ligada a las medallas de la biblioteca y los diamantes de la señorita Mars, fue más tarde célebre en los sumarios judiciales. La llamaban la señorita Miss.

Los dos niños caídos en suerte a la Magnon no tuvieron de qué quejarse. Recomendados por los ochenta francos, estaban cuidados, como todo lo que es explotado; no iban mal vestidos, ni se les alimentaba mal; estaban tratados casi como «unos señoritos», mejor con su falsa madre que con la verdadera. La Magnon se hacía la señora; y no hablaba argot delante de ellos.

Así transcurrieron algunos años. Thénardier auguraba fortuna. Un día se le ocurrió decir a la Magnon, cuando ésta le entregaba los diez francos mensuales:

—Será preciso que el «padre» les dé educación.

De repente, aquellos dos pobres niños, bastante protegidos hasta entonces, aun por la mala suerte, fueron lanzados bruscamente a la vida y se vieron obligados a empezar a recorrerla.

Un arresto en masa de malhechores como el del tabuco de Jondrette, complicado necesariamente con pesquisas y requisitorias ulteriores, es un verdadero desastre para esta repugnante contrasociedad oculta, que vive bajo la sociedad pública; una aventura de este género arrastra tras de sí toda clase de derrumbamientos en este mundo sombrío. La catástrofe de los Thénardier produjo la catástrofe de la Magnon.

Un día, poco tiempo después de que la Magnon entregara a Éponine la nota relativa a la calle Plumet, la calle Clocheperce recibió la repentina visita de la policía; la Magnon fue detenida, lo mismo que la señorita Miss, y toda la vecindad, que era sospechosa, tuvo que pasar por la red de la justicia. Los dos niños se hallaban jugando en aquel momento en un patio y no vieron nada de la redada. Cuando volvieron, hallaron la puerta cerrada y la casa vacía. Un zapatero de un portal de enfrente los llamó y les entregó un papel que «su madre» había dejado para ellos. En el papel había unas señas: «Señor Barge, contador, calle Roi-de-Sicile, número 8». El hombre del portal les dijo:

—Ya no vivís aquí. Id allí. Esa casa está cerca. La primera calle a la izquierda. Preguntad el camino con este papel.

Los dos niños se fueron, llevando el mayor al menor, y sosteniendo en la

mano el papel que debía guiarlos. Tenía frío; sus deditos hinchados se cerraban mal y apenas sujetaban el papel. Al llegar a la esquina de la calle Clocheperce, una ráfaga de viento se lo llevó, y como caía la noche, el niño no pudo encontrarlo.

Pusiéronse, pues, a vagar por las calles.

II

Donde el pequeño Gavroche saca partido de Napoleón el Grande

La primavera en París suele verse interrumpida por brisas ásperas y duras que dejan a uno, no helado precisamente, pero sí aterido de frío; estas brisas entristecen los más hermosos días y causan el mismo efecto que esos soplos de aire frío que en un cuarto templado penetran por los huecos de las ventanas o de las puertas mal cerradas. Parece que la sombría puerta del invierno hubiera quedado entreabierta y que el viento se colase por ahí. En la primavera de 1832, época en que estalló la primera gran epidemia de ese siglo en Europa, tales brisas eran más ásperas y punzantes que nunca. Una puerta más glacial aún que la del invierno se había entreabierto. Era la puerta del sepulcro. En aquellas brisas se olía el aliento del cólera.

Desde el punto de vista meteorológico, aquellos vientos fríos tenían la particularidad de que no excluían una fuerte tensión eléctrica. Frecuentes tormentas, acompañadas de relámpagos y truenos, estallaron en aquella época.

Una noche en que dichas brisas soplaban duramente, hasta el punto de que parecía haber vuelto el mes de enero, y los parisienses se habían vuelto a poner el abrigo, el pequeño Gavroche, temblando alegremente de frío bajo sus harapos, permanecía de pie y como en éxtasis delante de la tienda de un peluquero de los alrededores de Orme-Saint-Gervais. Llevaba un pañuelo de lana, de mujer, cogido no sabemos dónde, con el cual se había hecho un tapaboca. El pequeño Gavroche parecía que estaba admirando profundamente una figura de novia de cera, escotada y tocada con flores de naranjo, que giraba detrás del escaparate, mostrando su sonrisa a los transeúntes entre dos quinqués; pero, en realidad, observaba la tienda, con objeto de ver si podía «birlar» del escaparate una pastilla de jabón para ir a venderla enseguida por un sueldo a un «peluquero» de las afueras. Muchos días almorzaba con el producto de una de esas pastillas. A este género de trabajo, para el que tenía talento, le llamaba «hacer la barba a los barberos».

Mientras contemplaba la figurilla de cera, mirando la pastilla, decía entre dientes: «Martes. No es martes. ¿Es martes? Tal vez es martes. Sí, es martes».

Nunca se ha sabido a qué se refería con este monólogo.

Si por casualidad se refería a la última vez que había comido, hacía ya tres días, porque era viernes.

El barbero, en su tienda templada con una buena estufa, afeitaba a un parroquiano, y lanzaba de vez en cuando una mirada de reojo a aquel enemigo, a aquel pilluelo helado y descarado que tenía las dos manos metidas en los bolsillos, pero el espíritu evidentemente fuera del cuerpo.

Mientras Gavroche examinaba la muñeca, el escaparate y el *Windsor-soaps*, dos niños de estatura desigual, vestidos con limpieza y menores que él, uno como de unos siete años y el otro de cinco, hicieron girar tímidamente el picaporte y entraron en la tienda pidiendo algo, una limosna tal vez, con un murmullo lastimero, que parecía más bien un gemido que una súplica. Hablaban ambos a la vez, y sus palabras resultaban ininteligibles, porque los sollozos ahogaban la voz del menor y el frío hacía castañetear los dientes al mayor. El barbero se volvió con rostro airado, y sin abandonar la navaja, empujando al mayor con la mano izquierda y al menor con la rodilla, los llevó hasta la calle y cerró la puerta diciendo:

—¡Venir a enfriarnos para nada!

Los dos niños echaron a andar llorando. A todo esto había aparecido una nube; empezaba a llover. El pequeño Gavroche corrió tras ellos y los abordó:

—¿Qué tenéis, chiquillos?

—No sabemos dónde dormir —respondió el mayor.

—¿Y eso es todo? —dijo Gavroche—. ¡Vaya qué gran cosa! ¿Se llora acaso por tan poca cosa? ¡Sois unos necios!

Y tomando, en su superioridad algo chocarrera, un acento de autoridad y de dulce protección, añadió:

—Criaturas, venid conmigo.

—Sí, señor —dijo el mayor.

Y ambos niños le siguieron, igual que hubieran seguido a un arzobispo, y cesaron de llorar.

Gavroche los hizo subir por la calle Saint-Antoine en dirección a la Bastilla.

Gavroche, mientras se alejaba, dirigió una mirada indignada y retrospectiva a la peluquería.

—No tiene corazón ese bacalao —gruñó—; parece un inglés.

Una mozuela, al ver andar a los tres chicos en fila, soltó una sonora carcajada. Esa risa era una falta de respeto al grupo.

—Buenos días, señorita Omnibus[37] —le dijo Gavroche.

Y un instante después, acordándose del peluquero, añadió:

—Me he engañado: no es un bacalao, es una serpiente. Peluquero, ya buscaré un herrero y te pondré un cascabel en la cola.

El peluquero le había vuelto agresivo, y apostrofó, saltando un arroyo, a una portera barbuda y digna de encontrar a Fausto en el Brocken, que llevaba su escoba en la mano.

—Señora —le dijo—, ¿salís con vuestro caballo?

Y al mismo tiempo salpicó de lodo las botas barnizadas de un transeúnte.

—¡Bribón! —exclamó el transeúnte, furioso.

Gavroche sacó la nariz del tapabocas.

—¿Se queja el señor?

—¡De ti! —replicó el transeúnte.

—Se ha cerrado el despacho —dijo Gavroche—, ya no admito reclamaciones.

Mientras tanto seguían subiendo la calle, y descubrió en una puerta cochera a una pobrecita de trece o catorce años, helada y con un vestido tan corto que apenas le llegaba a la rodilla. La niña empezaba a ser ya demasiado alta para llevar aquel vestido. El desarrollo suele jugar estas malas pasadas. La falda se hace corta precisamente en el momento en que la desnudez se torna indecente.

—¡Pobre niña! —dijo Gavroche—. No tiene ni siquiera bragas. Toma esto al menos.

Se quitó el pañuelo de lana que llevaba alrededor del cuello y lo arrojó sobre los hombros delgados y amoratados de la mendiga, donde el tapabocas se convirtió en chal.

La pequeña le contempló con asombro, y recibió el chal en silencio. En cierto grado de miseria, el pobre, en su estupor, no llora ya su mal, y no agradece ya el bien.

—¡Brrr! —dijo Gavroche tras su acción, temblando más que San Martín, quien, al menos, había conservado la mitad de su capa.

Después de este «¡Brrr!», la lluvia redobló su fuerza. Esos malos cielos castigan las buenas acciones.

—¡Ah! —exclamó Gavroche—. ¿Qué significa esto? ¡Llueve otra vez! Dios mío, si esto sigue así, retiro mi abono.

Y prosiguió su camino.

—Es igual —dijo después, echando una mirada a la pobre que se arrebujaba en el chal—; ahí tenéis una magnífica manteleta.

Y, mirando la nube, gritó:

—¡Te has fastidiado!

Los dos niños acomodaban su paso al de Gavroche.

Al pasar por delante de uno de esos estrechos enrejados de alambre que indicaban la tienda de un panadero, porque el pan se pone como el oro detrás de rejas de hierro, Gavroche se volvió y dijo:

—¡Eh, gorriones! ¿Habéis comido?

—Señor —respondió el mayor—, no hemos comido nada desde esta mañana.

—¿No tenéis, pues, ni padre ni madre? —preguntó majestuosamente Gavroche.

—Perdonad, señor, tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

—A veces, eso es mejor que saberlo —comentó Gavroche, que era todo un pensador.

—Ya hace dos horas —continuó el mayor— que estamos andando; hemos buscado algo que comer por los rincones y no hemos encontrado nada.

—Lo sé —dijo Gavroche—. Los perros se lo comen todo.

Y continuó tras un silencio:

—¡Ah! Hemos perdido a los autores de nuestros días. No sabemos lo que hemos hecho de ellos. Eso no está bien, pilluelos. Es muy tonto perderse como personas de edad. ¡Ah! Sin embargo, es preciso lamer.

Por lo demás, no les hizo pregunta alguna. ¿No era algo muy natural no

tener domicilio?

El mayor de los dos chicuelos, entregado ya casi por completo a la pronta indiferencia, hizo este comentario:

—No obstante, es gracioso. Mamá había dicho que nos llevaría a buscar romero bendito el Domingo de Ramos.

—¡Inocentes! —respondió Gavroche.

—Mamá —prosiguió el mayor— es una dama que vive con la señorita Miss.

—Necio —dijo Gavroche.

Entretanto, se había detenido, y desde hacía algunos instantes tanteaba y registraba todos los rincones que tenía en sus harapos.

Por fin alzó la cabeza con un aire que no quería ser más que satisfecho, pero que, en realidad, era triunfante.

—Calmémonos, monigotillos. Ya tenemos con qué cenar los tres.

Y de uno de sus bolsillos sacó un sueldo.

Sin dar a los dos pequeños tiempo para alegrarse, los empujó delante de sí hacia la tienda de un panadero, y puso el sueldo encima del mostrador, gritando:

—¡Mozo! Cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el dueño, cogió un pan y un cuchillo.

—¡En tres pedazos, mozo! —continuó Gavroche, y añadió con dignidad —: Somos tres.

Al ver que el panadero, después de haber examinado a los tres comensales, había tomado un pan negro, hundió profundamente un dedo en la nariz, con una aspiración tan imperiosa como si se tratase de un polvo de tabaco de Federico el Grande, y dirigió al panadero este indignado apóstrofe:

—¿Quésseso?

Los lectores que crean ver en esta interpelación de Gavroche al panadero una palabra rusa o polaca, o uno de esos gritos salvajes que los yoways y los bocotudos se dirigen de una orilla a otra del río, a través de las soledades, deben saber que no es más que una frase que dicen todos los días (los lectores), y que quiere decir: ¿qué es eso?

El panadero comprendió perfectamente y respondió:

—¡Pues pan! Es pan bueno de segunda calidad.

—Querréis decir pan de munición —continuó Gavroche tranquila y fríamente desdeñoso—: ¡Pan blanco, mozo! Pan de Flor; yo convido.

El panadero no pudo menos que sonreír, y mientras cortaba el pan blanco los contemplaba de una manera compasiva, que chocó a Gavroche.

—¡Ah, galopín! ¿Qué os pasa que nos miráis de esa manera?

Puestos los tres uno encima de otro, apenas medirían una toesa.

Cuando el pan estuvo cortado, el panadero se guardó el sueldo, y Gavroche dijo a los dos niños:

—Jamad.

Los niños se miraron sorprendidos.

Gavroche se echó a reír.

—¡Ah, es verdad, no entienden aún, son tan pequeños…! —Y añadió—: Comed.

Y al mismo tiempo les entregó a cada uno un pedazo de pan.

Y pensando que el mayor, a quien consideraba más digno de su conversación, merecía alguna distinción especial y debía perder todo temor para satisfacer su apetito, añadió dándole el pedazo más grande:

—Echa esto en el fusil.

Había un pedazo más pequeño que los otros dos; se quedó con él.

Los pobres niños estaban hambrientos, comprendió Gavroche.

Volvieron a la calle y siguieron en la dirección de la Bastilla.

De vez en cuando, al pasar por delante de las tiendas iluminadas, el más pequeño se detenía para mirar la hora en un reloj de plomo que llevaba colgado al cuello por medio de un cordel.

—Es verdaderamente un canario —decía Gavroche.

Luego, pensativo, gruñía entre dientes:

—Es igual. Si yo tuviera monigotes, los educaría mejor.

Cuando ya estaban dando fin a su pedazo de pan, llegaban a la esquina de

aquella lúgubre calle de los Ballets[38], al fondo de la cual se descubre el postigo bajo y hostil de la Force.

—¡Vaya! Gavroche —dijo alguien.

—¡Vaya! ¡Montparnasse! —replicó Gavroche.

El hombre que acababa de abordar al pilluelo no era otro que Montparnasse, disfrazado con anteojos azules, aunque no irreconocible para Gavroche.

—¡Diablo! —prosiguió Gavroche—, tienes una manteleta de color de cataplasma de harina de linaza, y anteojos azules como un médico. Tienes estilo, palabra de honor.

—¡Chist! —dijo Montparnasse—. No hables tan alto.

Y arrastró vivamente a Gavroche fuera de la luz de las tiendas.

Los dos pequeños seguían maquinalmente cogidos de la mano.

Cuando se hallaron bajo la oscura archivolta de una puerta cochera, al abrigo de las miradas y de la lluvia, Montparnasse le preguntó:

—¿Sabes adónde voy?

—A la Abadía de Sube-a-Regañadientes[39] —dijo Gavroche.

—¡Farsante! —Y Montparnasse continuó—: Voy a buscar a Babet.

—¡Ah! —dijo Gavroche—, ahora se llama Babet.

Montparnasse bajó la voz:

—No ella, sino él.

—¡Ah! ¡Babet!

—Sí, Babet.

—Yo le creía a la sombra.

—Se ha escapado —respondió Montparnasse.

Y contó rápidamente al pilluelo que aquella misma mañana Babet había sido trasladado a la Conserjería, y se había escapado tomando a la izquierda en lugar de tomar a la derecha en el «corredor de instrucción».

Gavroche admiró tal habilidad.

—¡Qué sacamuelas! —exclamó.

Montparnasse añadió algunos detalles sobre la evasión de Babet, y terminó con un admirativo:

—¡Oh, esto no es todo!

Gavroche, que mientras escuchaba había agarrado un bastón que Montparnasse llevaba en la mano, tiró maquinalmente de la parte superior, y apareció entonces la hoja de un puñal.

—¡Ah! —dijo rechazando violentamente el puñal—. Has traído tu gendarme disfrazado de ciudadano.

Montparnasse guiñó el ojo.

—¡Caramba! —añadió Gavroche—. ¿Vas a agarrarte con los corchetes?

—No lo sé —respondió Montparnasse con indiferencia—. Bueno es siempre llevar un alfiler.

Gavroche insistió:

—¿Qué vas a hacer esta noche?

Montparnasse adquirió de nuevo un tono grave y dijo, mascando las palabras:

—Negocios. ¡A propósito!

—¿Qué?

—Algo que me sucedió el otro día. Figúrate que me encuentro a un hombre. Me regala un sermón y su bolsa, la cual meto en el bolsillo. Un minuto después busco en mi bolsillo y ya no tenía nada.

—Sólo el sermón —añadió Gavroche.

—Pero y tú —dijo Montparnasse—, ¿adónde vas ahora?

Gavroche señaló a sus protegidos y dijo:

—A acostar a estos niños.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¿Dónde está tu casa?

—En mi casa.

—¿Tienes, pues, casa?

—Sí, tengo casa.

—¿Y dónde vives?

—En el elefante —dijo Gavroche.

Montparnasse, aunque de naturaleza poco asustadiza, no pudo contener una exclamación:

—¡En el elefante!

—Pues bien, sí, ¡en el elefante! —afirmó Gavroche—. ¿Quétieso?

Ésta es otra palabra del idioma que nadie escribe y que todo el mundo dice. ¿Quétieso? significa: ¿qué tiene eso?

La profunda observación del pilluelo volvió a Montparnasse a la calma y el juicio. Pareció experimentar mejores sentimientos respecto al alojamiento de Gavroche.

—¿De veras? —dijo—. En el elefante, ¿y se está bien allí?

—Muy bien —aseguró Gavroche—. Allí, verdaderamente, no hay vientos encallejonados como bajo los puentes.

—¿Y cómo entras?

—Entrando.

—¿Hay algún agujero? —preguntó Montparnasse.

—¡Pardiez! Pero no se debe decir. Entre las patas delanteras. Los esbirros no lo han visto.

—¿Y tú escalas? Ya lo comprendo.

—Un giro de mano, cric, crac, y ya está, nadie lo ve.

Tras un silencio, Gavroche añadió:

—Para estos pequeños buscaré una escalera.

Montparnasse se echó a reír.

—¿De dónde diablos has sacado a estos mochuelos?

Gavroche respondió con sencillez:

—Son unos monigotes que me ha regalado un peluquero.

Entretanto, Montparnasse se había quedado pensativo.

—Me has reconocido fácilmente —murmuró.

Sacó del bolsillo dos objetos pequeños, que no eran sino dos cañones de pluma envueltos en algodón, y se introdujo uno en cada fosa de la nariz, lo cual se la transformaba.

—Eso te cambia —dijo Gavroche—. Así estás menos feo. Deberías llevarlos siempre.

Montparnasse era un guapo joven, pero Gavroche era un burlón.

—Sin reírte, ¿cómo me encuentras?

Había variado también el timbre de la voz. En un abrir y cerrar de ojos, Montparnasse se había hecho irreconocible.

—¡Oh! ¡Haznos el polichinela! —exclamó Gavroche.

Los dos pequeños, que hasta entonces nada habían oído, y que estaban ocupados en meterse los dedos en la nariz, se aproximaron al oír aquel nombre, y miraron a Montparnasse con un principio de alegría y admiración.

Desgraciadamente, Montparnasse estaba pensativo.

Puso las manos en el hombro de Gavroche y le dijo, subrayando las palabras:

—Escucha lo que voy a decirte, muchacho; si me encontrase en la plaza con mi degaña, mi daga y mi dogo, y me prodigasen, digamos diez sueldos, me dignaría trabajar; pero no estamos en martes de carnaval.

Tan extraña frase produjo en el pilluelo un efecto singular. Se volvió vivamente, paseó con profunda atención sus pequeños ojos brillantes alrededor suyo y descubrió a algunos pasos a un agente de policía que les daba la espalda. Gavroche dejó escapar un:

—¡Ah, ya entiendo! —que reprimió enseguida, y dijo, sacudiendo la mano de Montparnasse—: ¡Bien, buenas noches! Me voy a mi elefante con mis gorriones. Si por casualidad alguna noche me necesitas, ve a buscarme allí. Vivo en el entresuelo; no hay portero. Preguntarás por el señor Gavroche.

—Está bien —asintió Montparnasse.

Y se separaron. Montparnasse se dirigió hacia la Grève, y Gavroche hacia la Bastilla. El pequeño de cinco años, arrastrado por su hermano, que a su vez era arrastrado por Gavroche, volvió varias veces la cabeza hacia atrás para ver al «polichinela».

La enigmática frase con que Montparnasse había avisado a Gavroche de la presencia del agente de policía no contenía más secreto que una asonancia repetida varias veces de diverso modo. Esta sílaba, «d… g» no pronunciada aisladamente, sino mezclada artísticamente en las palabras de una frase, significa: «Tengamos cuidado, porque no se puede hablar con libertad». Había además en las palabras de Montparnasse una belleza literaria que escapó a la observación de Gavroche: la frase «mi degaña, mi daga y mi dogo», locución del argot del Temple, que significa: «Mi mujer, mi cuchillo y mi perro», muy usada entre los saltimbanquis y los colas-rojas[40] del gran siglo en que escribía Molière y dibujaba Callot.

Hace veinte años veíase aún en la esquina sudoeste de la plaza de la Bastilla, cerca del remanso del canal formado en el antiguo foso de la ciudadela, un extraño monumento, que se ha borrado ya de la memoria de los parisienses, y que merecía haber dejado alguna huella, pues era una idea del «miembro del Instituto, general en jefe del ejército de Egipto».

Decimos monumento, aunque no era más que una maqueta. Pero aun siendo una maqueta, era un pensamiento prodigioso, cadáver grandioso de una idea de Napoleón, al que dos o tres golpes de viento sucesivos habían empujado y llevado cada vez más lejos, que se había hecho ya histórico y había tomado un carácter definitivo que contrastaba con su aspecto provisional. Era un elefante de cuarenta pies de altura, construido de madera y mampostería, y que llevaba sobre su lomo una torre que parecía una casa, pintada primitivamente de verde por un pintor de brocha gorda cualquiera, y ahora pintado de negro por el cielo, la lluvia y el tiempo. En aquella esquina desierta y descubierta de la plaza, la ancha frente del coloso, su trompa, sus defensas, su torre, su grupa enorme, sus cuatro patas, semejantes a columnas, formaban en la noche, bajo el cielo estrellado, una sorprendente y terrible silueta. No se sabía lo que significaba. Era una especie de símbolo de la fuerza popular. Era sombrío, enigmático e inmenso. Era no sé qué fantasma poderoso, visible y en pie, al lado del espectro invisible de la Bastilla.

Pocos extraños visitaban ese edificio; ningún transeúnte le miraba. Estaba ya ruinoso; en cada estación, los pedazos de yeso que le caían de los flancos le causaban llagas repugnantes. Los «ediles», como se dice en patuá elegante, lo habían olvidado desde 1814. Estaba allí en su rincón, triste, enfermo, rodeado de una empalizada podrida y manchada a cada instante por cocheros ebrios. Muchas grietas serpenteaban por el vientre, de la cola le salía un madero y entre sus piernas crecían altas hierbas; y como el nivel de la plaza se

elevaba hacía alrededor de treinta años por ese movimiento lento y continuo que levanta insensiblemente el suelo de las grandes ciudades, estaba en un hoyo, y parecía que la tierra se hundía bajo su peso. Era inmundo, despreciable, repugnante y soberbio; feo a los ojos del ciudadano, melancólico a los ojos del pensador. Tenía algo de la basura que se barre y algo de la majestad que se va a decapitar.

Como ya hemos dicho, por la noche cambiaba de aspecto. La noche es el verdadero medio de todo lo que es sombra. Cuando caía el crepúsculo, el viejo elefante se transfiguraba; adoptaba un aspecto tranquilo y temible en la formidable serenidad de las tinieblas. Como pertenecía al pasado, le convenía la noche; la oscuridad sentaba bien a su grandeza.

Este monumento rudo, pesado, áspero, austero, casi deforme, pero seguramente majestuoso y lleno de una especie de gravedad magnífica y salvaje, ha desaparecido para dejar reinar en paz la especie de chimenea gigantesca, adornada con su cañón, que ha reemplazado a la sombría fortaleza de nueve torres, así como la clase media reemplaza al feudalismo. Es una cosa muy sencilla que una chimenea sea el símbolo de una época, cuyo poder está contenido en una marmita. Esta época pasará; va pasando ya; se empieza a comprender que si puede haber fuerza en una caldera, no puede haber poder más que en un cerebro; en otros términos: lo que mueve y arrastra al mundo no son las locomotoras, son las ideas. Uncid las locomotoras a las ideas, está bien, pero no toméis al caballo por el jinete.

Sea lo que fuese, volviendo a la plaza de la Bastilla, el arquitecto del elefante había hecho con yeso una cosa grande; el arquitecto del cañón de chimenea ha conseguido hacer con bronce una cosa pequeña.

Este cañón de chimenea, que ha sido bautizado con el sonoro nombre de Columna de Julio, este monumento, hijo de una revolución abortada, estaba aún rodeado en 1832 por una inmensa camisa de madera, que echamos de menos, y por una vasta empalizada de tablas, que acaba de aislar al elefante.

Hacia ese rincón de la plaza, iluminada apenas por el reflejo de un lejano farol, se dirigió el pilluelo con los dos «gorriones».

Permítasenos interrumpirnos aquí y recordar que estamos en la realidad, que hace veinte años los tribunales correccionales juzgaron, por delito de vagancia y de daños a un monumento público, a un muchacho que había sido sorprendido durmiendo en el interior mismo del elefante de la Bastilla.

Una vez consignado esto, continuemos.

Al llegar cerca del coloso, Gavroche comprendió el efecto que lo infinitamente grande podía producir en lo infinitamente pequeño, y dijo:

—¡Cominos! No tengáis miedo.

Luego entró por un hueco de la empalizada en el recinto del elefante y ayudó a los pequeños a saltar la brecha. Los dos niños, un poco asustados, seguían a Gavroche sin pronunciar palabra, y se confiaban a aquella pequeña providencia vestida de harapos que les había dado pan y les había prometido un abrigo.

Había en el suelo una escalera de mano, que durante el día era usada por los obreros de un taller vecino. Gavroche la levantó con un vigor singular y la aplicó contra una de las patas delanteras del elefante. Hacia el punto en que terminaba la escalera se distinguía una especie de agujero negro en el vientre del coloso.

Gavroche mostró la escalera y el agujero a sus huéspedes y les dijo:

—Subid y entrad.

Los niños se miraron aterrorizados.

—¡Tenéis miedo, pequeños! —exclamó Gavroche.

Y añadió:

—Vais a ver.

Se agarró al pie rugoso del elefante, y en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse emplear la escalera, llegó a la grieta. Entró por ella, como una culebra que se desliza por una hendidura, desapareció, y un momento después los dos niños vieron aparecer vagamente una forma blanquecina y pálida; era su cabeza que asomaba por el borde del agujero lleno de tinieblas.

—¡Eh! —gritó—, subid ahora, cominejos. ¡Ya veréis qué bien se está aquí! Sube —añadió, dirigiéndose al mayor—, te tiendo la mano.

Los pequeños se encogieron de hombros; el pilluelo les inspiraba miedo y confianza al mismo tiempo y, además, llovía muy fuerte. El mayor se aventuró. El pequeño, al ver subir a su hermano y quedarse él solo entre las patas de aquel grueso animal, estuvo a punto de llorar, pero no se atrevió.

El mayor subía tambaleándose por los peldaños de la escalera; Gavroche, mientras tanto, le animaba con las exclamaciones de un maestro de armas a sus discípulos o de un mulero a sus mulas:

—¡No tengas miedo!

—¡Eso es!

—¡Adelante!

—¡Pon ahí el pie!

—¡Allí la mano!

—¡Valiente!

Y cuando estuvo a su alcance, lo cogió brusca y vigorosamente por el brazo y tiró de él.

—¡Colado! —dijo.

El niño había pasado el agujero.

—Ahora —dijo Gavroche—, espérame. Caballero, tened la bondad de sentaros.

Y saliendo del agujero como había entrado, se dejó deslizar con la agilidad de un tití por la pata del elefante y cayó de pie sobre la hierba, cogió al pequeñuelo de cinco años por medio del cuerpo y lo plantó en medio de la escalera. Después, empezó a subir detrás de él, gritando al mayor:

—Yo le empujo, tú le cogerás.

En un instante, el niño fue subido, empujado, arrastrado, metido por el agujero, sin que tuviese tiempo de ver nada; Gavroche, que entró detrás de él, dio una patada a la escalera, la cual cayó sobre la hierba. Dio una palmada y gritó:

—¡Ya estamos aquí! ¡Viva el general Lafayette!

Pasada esta explosión, añadió:

—Párvulos, estáis en mi casa.

Gavroche, en efecto, estaba en su casa.

¡Oh, utilidad increíble de lo inútil! ¡Caridad de las cosas grandes! ¡Bondad de los gigantes! Aquel desmesurado monumento que había contenido un pensamiento del emperador se había convertido en la jaula de un pilluelo. El niño había sido adoptado y abrigado por el coloso.

Los ciudadanos endomingados que pasaban delante del elefante de la Bastilla decían, mirándolo con desprecio:

—¿Para qué sirve esto?

Pues servía para salvar del frío, de la escarcha, del granizo, de la lluvia, para librar del aire del invierno, para preservar del sueño sobre el lodo que produce la fiebre y del sueño en la nieve que produce la muerte, a un pequeño ser sin padre ni madre, sin pan, sin vestido y sin asilo. Aquello servía para disminuir la culpa pública. Era una cueva abierta para el que encontraba cerradas todas las puertas. Parecía que el viejo y miserable mastodonte, invadido por la carcoma y por el olvido, cubierto de verrugas, de putrefacción y de úlceras, tambaleándose, abandonado, condenado, especie de mendigo colosal que pedía en vano la limosna de una mirada compasiva en medio de aquella encrucijada, había tenido piedad de aquel otro mendigo, del pobre pigmeo que andaba sin zapatos en los pies, sin techo sobre su cabeza, soplándose los dedos, vestido de harapos, alimentado con desperdicios. He aquí de qué servía el elefante de la Bastilla. Aquella idea de Napoleón, desdeñada por los hombres, había sido acogida por Dios. Lo que no hubiera sido más que ilustre se había convertido en augusto. El emperador hubiera necesitado para realizar lo que meditaba el pórfido, el bronce, el hierro, el oro, el mármol; a Dios le bastaba aquel viejo amontonamiento de tablas, vigas y yeso. El emperador había tenido un pensamiento digno de un genio; en aquel elefante titánico, armado, prodigioso, alzando su trompa, llevando su torre, y haciendo brotar de todas partes en derredor suyo surtidores alegres y vivificantes, quería encarnar al pueblo; Dios había hecho de él una cosa más grande: alojaba allí a un niño.

El agujero por donde Gavroche había entrado era una brecha apenas visible desde el exterior, porque estaba oculta, como hemos dicho, bajo el vientre del elefante, y tan estrecha que sólo los gatos o aquellos niños podían pasar a través de ella.

—Empecemos —dijo Gavroche— por decir al portero que no estamos en casa.

Y penetrando en la oscuridad, con la seguridad del que conoce su casa, tomó una tabla y tapó el agujero.

Gavroche volvió a la oscuridad. Los niños oyeron el chirrido de la cerilla sumergida en la botella fosfórica. La cerilla química no existía todavía; la piedra Fumade[41] representaba en aquella época el progreso.

Una súbita claridad les hizo cerrar los ojos; Gavroche acababa de encender una de esas sogas impregnadas en resina que se llaman hachas. El

hacha, que despedía más humo que luz, hacía confusamente visible el interior del elefante.

Los dos huéspedes de Gavroche miraron a su alrededor y experimentaron una cosa semejante a lo que experimentaría quien se viese encerrado en el gran tonel de Heildelberg, o más bien lo que debió experimentar Jonás en el vientre bíblico de la ballena. Un esqueleto gigantesco se les ofrecía a la vista, rodeándolos. En lo alto, una gruesa viga oscura, de la que partían de trecho en trecho macizas viguetas en cintra, figuraba la columna vertebral con las costillas; estalactitas de yeso colgaban como vísceras, y a uno y otro lado, grandes telas de araña hacían el efecto de polvorientos diafragmas. Aquí y allá veíanse en los rincones grandes manchas negruzcas que parecían dotadas de vida y que se movían rápidamente con movimiento brusco y asustadizo.

Los pedazos caídos del dorso del elefante sobre su vientre habían llenado la concavidad, de modo que se podía andar por ellos como por un entablado.

El menor de los niños se arrimó a su hermano, y dijo a media voz:

—¡Qué oscuro está!

Esta exclamación llamó la atención de Gavroche. El aspecto petrificado de los dos pequeñuelos hacía necesaria una sacudida.

—¿Qué decís? —exclamó—. ¿Nos quejamos? ¿Nos hacemos los descontentos? ¿Necesitáis, acaso, las Tullerías? ¿Seréis unos asnos? Decídmelo. Os prevengo que no soy del batallón de los tontos. ¡Qué! ¿Sois por ventura los cominos de la despensa de papá?

Para el miedo, es muy buena alguna aspereza, porque tranquiliza. Los dos niños se acercaron a Gavroche.

Gavroche, enternecido paternalmente con tal confianza, pasó «de lo grave a lo suave», y se dirigió al más pequeño:

—Tonto —le dijo, acentuando la injuria con un matiz acariciador—, la calle sí que está oscura. Fuera llueve, y aquí no; fuera hace frío, y aquí no hay un soplo de viento; en la calle hay gente, y aquí no hay nadie; fuera no hay ni tan siquiera luna, y aquí hay una luz.

Los dos chiquillos empezaron a mirar aquella habitación con menos espanto; pero Gavroche no les dejó tiempo para gozar de la contemplación.

—Rápido —ordenó.

Y los empujó hacia lo que podemos llamar el fondo de la habitación.

Allí estaba su cama.

La cama de Gavroche estaba completa. Es decir, que tenía un colchón, una manta y una alcoba con cortinas.

El colchón era una trenza de paja; la manta, un pedazo de vasto paño gris muy caliente y casi nuevo. Ahora veamos lo que era la alcoba.

Tres rodrigones bastante largos, metidos sólidamente entre el cascote del suelo, es decir, del vientre del elefante, dos delante y uno detrás, estaban unidos por una cuerda en su vértice, de modo que formaban una pirámide. Esta pirámide soportaba un enrejado de hilo metálico que se hallaba colocado encima, pero artísticamente aplicado y sostenido por ataduras de alambre, de modo que rodeaba enteramente los tres rodrigones. Un cordón de gruesas piedras, colocadas alrededor de este enrejado, sujetándolo, de tal manera que nada podía pasar por allí. Aquel enrejado no era sino un trozo de esos enrejados de cobre con que se cubren las pajareras de los corrales. La cama de Gavroche estaba colocada bajo el enrejado, como en una jaula. El conjunto parecía la tienda de un esquimal.

El enrejado hacía las veces de cortinaje.

Gavroche apartó un poco las piedras que sujetaban el enrejado por delante, y se produjo una abertura.

—¡Chiquillos, a cuatro patas! —dijo Gavroche.

Hizo entrar con precaución a sus huéspedes en la jaula, y luego entró tras ellos arrastrándose, volvió a colocar las piedras y cerró herméticamente la abertura.

Los tres se echaron sobre la estera.

Aunque eran muy pequeños, ninguno de los tres podía permanecer de pie en la alcoba. Gavroche seguía con la luz en la mano.

—Ahora —dijo—, ¡a dormir! Voy a suprimir el candelabro.

—Señor —preguntó el mayor de los dos hermanos a Gavroche señalándole el enrejado—, ¿qué es esto?

—¿Esto? —dijo Gavroche gravemente—. Es para las ratas. ¡Dormir!

No obstante, se creyó obligado a añadir algunas palabras para instruir a aquellos niños:

—Éstas son cosas del Jardín Botánico. Sirve para los animales feroces.

Allay [allí hay] un almacén lleno. Nay [no hay] más que subir una pared, saltar por una ventana y pasar por una puerta, y se tiene todo lo que se quiere.

Y mientras hablaba, arropaba con una punta de la manta al más pequeño, que murmuraba:

—¡Oh, qué bueno es esto! ¡Qué caliente!

Gavroche posó una mirada satisfecha sobre la manta.

—También es del Jardín Botánico —les dijo—. Se la he cogido a los monos.

Y mostrando al mayor la estera sobre la que yacía tendido, estera muy gruesa y admirablemente trabajada, añadió:

—Esto era de la jirafa.

Después de una pausa, prosiguió:

—Los animales tenían todo esto; y yo se lo he cogido. Y no se han enfadado. Les he dicho: «Es para el elefante».

Tuvo un momento de silencio, y volvió a decir:

—Se salta la tapia y se burla uno del Gobierno. Eso es.

Ambos niños contemplaban con un respeto temeroso y estupefacto a aquel ser intrépido e inventivo, vagabundo como ellos, aislado como ellos, miserable como ellos, que tenía algo admirable y poderoso, que les parecía sobrenatural, y cuya fisonomía se componía de todas las muecas de un viejo saltimbanqui mezcladas con la más ingenua y encantadora sonrisa.

—Señor —dijo tímidamente el mayor—, ¿no tenéis miedo de los agentes de policía?

Gavroche se limitó a responder:

—¡Párvulo! No se dice agentes de policía, se dice ganchos.

El más pequeño tenía los ojos abiertos, pero no decía nada. Como estaba en el borde de la estera, y el mayor en medio, Gavroche los arropó con la manta como lo hubiera hecho una madre, y alzó la estera bajo sus cabezas con unos harapos, con objeto de hacerles una almohada. Después se volvió hacia el mayor:

—¡Eh! ¡Se está muy bien aquí!

—¡Ah, sí! —respondió el mayor, mirando a Gavroche con la expresión de

un ángel salvado.

Los dos pobres niños, que estaban muy mojados, empezaban a calentarse.

—¡Ah! —continuó Gavroche—. ¿Por qué llorabais? —Y señalando al pequeño, añadió, dirigiéndose al mayor—: Un pequeñajo como éste, no digo que no, pero llorar uno grande como tú es una cosa fea; pareces un becerro.

—¡Caramba —replicó el niño—, no teníamos ningún sitio adónde ir!

—¡Comino! —le respondió Gavroche—. No se dice sitio, se dice chiscón.

—Y, además, teníamos miedo de estar solos así por la noche.

—No se dice la noche, sino la oscura.

—Gracias, señor —dijo el chiquillo.

—Escuchad —continuó Gavroche—, no debéis incomodaros por nada. Yo cuidaré de vosotros. Ya verás cómo nos divertimos. En verano, iremos a la Glacière con Navet, un camarada mío, nos bañaremos en el estanque, correremos desnudos sobre los trenes delante del puente de Austerlitz. Esto hace rabiar a las lavanderas, que gritan y vocean. ¡Si supierais qué malas son! Iremos a ver al hombre esqueleto, que todavía vive. A los Campos Elíseos; es muy flaco ese parroquiano. Y luego os llevaré al teatro a ver Frédérick-Lemaître. Tengo billetes; conozco a los actores, incluso una vez he representado una obra. Éramos todos pipiolos como éste y corríamos bajo una tela que era el mar. Os contrataré en mi teatro. Iremos a ver a los salvajes; no es verdad que sean salvajes. Tienen unos mantos rosas que forman pliegues, y se les ven los codos zurcidos con hilo blanco. Después iremos a la Ópera; entraremos con los de la claque. La claque en la Ópera está muy bien compuesta, pero no iría con ellos por el bulevar. Figúrate que en la Ópera hay quien paga veinte sueldos, pero son estúpidos. Se los llama paganos. Y luego iremos a ver guillotinar. Os haré ver al verdugo. Vive en la calle Marais. Se llama señor Sanson. Tiene un buzón para las cartas en la puerta. ¡Ah, nos divertiremos en grande!

En aquel momento cayó una gota de cera sobre el dedo de Gavroche y le recordó las realidades de la vida.

—¡Caramba! —exclamó—. Se está gastando la mecha. ¡Atención! No puedo gastar más de un sueldo por mes para alumbrarme. Cuando uno se acuesta tiene que dormir. No tenemos tiempo para leer las novelas del señor Paul de Kock. Además de que la luz podría pasar por las rendijas de la puerta-

cochera, y los ganchos no tendrían que hacer más que mirar.

—Además —observó tímidamente el mayor, el único que se atrevía a conversar con Gavroche, y darle la réplica—, podría caer una chispa en la paja; hay que cuidar de no prender fuego a la casa.

—No se dice prender fuego a la casa —corrigió Gavroche—, se dice achicharrar los trapos.

La tormenta arreciaba. Oíase a través del redoble del trueno el turbión que azotaba el lomo del coloso.

—Aquí metidos, ¡que llueva! —exclamó Gavroche—. Es divertido ver correr el agua por las patas de la casa. El invierno es un animal; pierde sus mercancías; pierde su trabajo porque no puede mojarnos, y esto hace gruñir al viejo aguador.

Esta alusión a la tormenta, cuyas consecuencias aceptaba Gavroche, en su calidad de filósofo del siglo XIX, fue seguida de un gran relámpago, tan deslumbrador que entró por las hendiduras del vientre del elefante. Casi al mismo tiempo resonó terriblemente el trueno. Los dos pequeños lanzaron un grito y se incorporaron tan vivamente que casi separaron el enrejado, pero Gavroche volvió hacia ellos su rostro atrevido, y se aprovechó del trueno para soltar una carcajada.

—Calma, niños. No conmovamos el edificio. Éste es un hermoso trueno; enhorabuena. Un relámpago no es un coco. ¡Bravo por el buen Dios! Esto es casi tan bueno como el Ambigú.

Dicho esto, arregló el enrejado, empujó suavemente a ambos niños hacia la cabecera de la cama, apretó sus rodillas para que se estiraran bien y exclamó:

—Pues que Dios encienda su vela, yo puedo apagar la mía. Niños, es preciso dormir. Es muy malo no dormir. ¡Envolveos bien en la manta! Voy a apagar. ¿Estáis ya?

—Sí —murmuró el mayor—, estoy bien. Tengo la cabeza como sobre plumas.

—No se dice la cabeza; se dice el chichi —corrigió Gavroche.

Los dos chiquillos se apretaron uno contra otro. Gavroche acabó de arroparlos sobre la estera, les subió la manta hasta las orejas y después les replicó por tercera vez en su lengua hierática:

—¡Dormid!

Y apagó la luz.

Apenas la luz se hubo apagado, un temblor extraño empezó a conmover el enrejado que cubría a los tres chicos. Era una multitud de rozamientos sordos que producían un sonido metálico como si garras o dientes arañasen los hilos de cobre. Ese ruido iba acompañado de agudos chillidos.

El niño de cinco años, al oír aquel ruido por encima de su cabeza y helado de espanto, empujó con el codo a su hermano mayor, pero éste dormía ya, tal como Gavroche le había ordenado. Entonces el pequeño, no pudiendo con el miedo, se atrevió a interpelar a Gavroche, pero en voz muy baja, y conteniendo el aliento:

—Señor.

—¿Eh? —dijo Gavroche, que acababa de cerrar los párpados.

—¿Qué es eso?

—Las ratas —respondió Gavroche.

Y volvió a echar la cabeza sobre la estera.

Las ratas, en efecto, que pululaban a millares en el esqueleto del elefante, y que eran aquellas manchas negras vivas de las que hemos hablado, se habían estado quietas mientras estuvo encendida la luz, pero cuando aquella caverna, que era como su ciudad, tornó a la noche oliendo lo que el buen narrador Perrault llama «carne fresca», se arrojaron sobre la tienda de Gavroche, treparon hasta el techo y mordieron las mallas como si tratasen de agujerear aquella armadura de nuevo género.

El niño no podía dormir:

—Señor —repitió.

—¿Qué?

—¿Qué son las ratas?

—Son ratones.

Esta explicación tranquilizó un poco al niño. Había visto algunas veces ratones blancos y no les tenía miedo. No obstante, volvió a decir:

—Señor.

—¿Eh?

—¿Por qué no tenéis un gato?

—He tenido uno —respondió Gavroche—; traje uno, pero se lo comieron.

Esta segunda explicación destruyó el efecto de la primera, y el pequeño empezó a temblar de nuevo. El diálogo entre él y Gavroche se inició por cuarta vez.

—Señor. ¿A quién comieron?

—Al gato.

—¿Y quién se comió al gato?

—Las ratas.

—¿Los ratones?

—Sí, las ratas.

El niño, consternado al enterarse de que aquellos ratones se comían a los gatos, prosiguió:

—Señor, ¿nos comerán a nosotros estos ratones?

—¡Pardiez! —exclamó Gavroche.

El terror del chiquillo llegaba a su colmo. Pero Gavroche añadió:

—¡No tengas miedo! No pueden entrar. Además, estoy yo aquí. Toma, coge mi mano. ¡Cállate y duerme!

Gavroche al mismo tiempo cogió la mano del pequeño por encima de su hermano. El niño apretó aquella mano y se tranquilizó. El valor y la fuerza tienen comunicaciones misteriosas. El silencio se había hecho a su alrededor, y el ruido de las voces había atemorizado y ahuyentado a las ratas; y aunque poco después volvieron a roer el enrejado, los tres chicuelos, sumergidos en el sueño, no oyeron nada.

Pasaron las horas de la noche. La sombra cubría la inmensa plaza de la Bastilla; un viento de invierno, mezclado con la lluvia, soplaba con fuertes ráfagas; las patrullas registraban las puertas, las avenidas, los cercados, los rincones oscuros, buscaban a los vagabundos nocturnos y pasaban delante del elefante; el monstruo, de pie, inmóvil, con los ojos abiertos en las tinieblas, como si pensara, satisfecho, en su buena acción: protegía del cielo y los hombres a los tres pobres niños dormidos.

Para comprender lo que sigue, es preciso recordar que en esa época el

cuerpo de guardia de la Bastilla estaba situado al otro extremo de la plaza, y lo que sucedía cerca del elefante no podía ser visto ni oído por el centinela.

Hacia el final de esa hora que precede inmediatamente al alba, salió un hombre corriendo de la calle Saint-Antonie, atravesó la plaza, dio la vuelta al gran cercado de la Columna de Julio y se deslizó entre las empalizadas hasta colocarse bajo el vientre del elefante. Si una luz cualquiera hubiera alumbrado a aquel hombre, por el modo que estaba mojado se habría adivinado que había pasado la noche bajo la lluvia. Al llegar bajo el elefante, lanzó un grito extraño que no pertenece a ninguna lengua humana, que sólo podría reproducir un papagayo. Repitió dos veces aquel grito, cuya ortografía reproducimos con objeto de dar poco más o menos una idea:

—¡Quiriquiquiu!

Al segundo grito, una voz clara, alegre y joven, respondió desde el interior del elefante:

—¡Sí!

Casi inmediatamente, la tabla que cerraba el agujero se separó y dejó paso a un niño que bajó a lo largo de la pata del elefante y fue a caer cerca del hombre. Era Gavroche. El hombre era Montparnasse.

En cuanto a aquel grito, significaba sin duda lo que el niño había querido decir con «Preguntarás por el señor Gavroche».

Al oírlo, se despertó sobresaltado, se arrastró fuera de su «alcoba», separando un poco el enrejado, que acto seguido cerró de nuevo cuidadosamente, y luego abrió la trampa y bajó.

El hombre y el niño se reconocieron silenciosamente en la noche; Montparnasse se limitó a decir:

—Tenemos necesidad de ti. Ven a echarnos una mano.

El pilluelo no pidió otra aclaración.

—Aquí me tienes —dijo.

Y los dos se dirigieron hacia la calle Saint-Antoine, por la cual había aparecido Montparnasse, serpenteando rápidamente a través de la larga fila de carretas de los hortelanos que bajan al mercado a aquella hora.

Los hortelanos, acurrucados en sus carros entre las lechugas y las legumbres, medio dormidos, hundidos hasta los ojos en sus mantas a causa de

la lluvia que los azotaba, ni siquiera vieron a aquellos extraños transeúntes.

III

Las peripecias de la evasión

Veamos ahora lo que había pasado aquella misma noche en la Force. Habíase concertado una evasión entre Babet, Brujon, Gueulemer y Thénardier, aunque Thénardier estaba incomunicado. Babet había dirigido el asunto, como se ha visto por las palabras de Montparnasse a Gavroche. Montparnasse debía ayudarlos desde fuera.

Brujon, como había pasado un mes en el cuarto de corrección, tuvo tiempo primeramente de tejer una cuerda y luego de madurar un plan. En otros tiempos, esos lugares severos en que la disciplina de la prisión entrega el criminal a sí mismo, se componían de cuatro paredes de piedra, de un techo de piedra, de un suelo adoquinado, de un lecho de campaña, de un tragaluz enrejado y de una puerta forrada de hierro, y se llamaban calabozos; pero el calabozo ha sido juzgado como una cosa horrible; ahora se compone de una puerta de hierro, de un tragaluz enrejado, de un lecho de campaña, de un suelo adoquinado, de un techo de piedra y de cuatro muros de piedra, y se llama cuarto de corrección. Hacia mediodía, hay un poco de luz en él. El inconveniente de estos cuartos, que, como se ve, no son calabozos, es dejar pensar a los seres a quienes se debería hacer trabajar.

Brujon, pues, había meditado y salido del cuarto de corrección con una cuerda. Como se le creía muy peligroso en el patio Charlemagne, se le trasladó al Edificio Nuevo, y lo primero que encontró allí fue a Gueulemer, y lo segundo, un clavo; Gueulemer, es decir, el crimen; un clavo, es decir, la libertad.

Brujon, de cuyo carácter es el momento de dar una idea completa, era, bajo la apariencia de una complexión delicada y de una laxitud profunda, un criminal inteligente y un ladrón que tenía la mirada acariciadora y la sonrisa atroz. Su mirada resultaba de su voluntad, y su sonrisa resultaba de su naturaleza. Sus primeros estudios en el arte se habían dirigido hacia los tejados; había realizado grandes progresos en la industria de los ladrones de plomo, que levantan los emplomados y abren las gateras por el procedimiento llamado entre ellos de doblegrasa.

Lo que en aquel momento hacía más favorable una tentativa de evasión es que los plomeros repasaban y componían parte del empizarrado de la cárcel. El patio Saint-Bernard ya no estaba absolutamente aislado del patio

Charlemagne y del patio Saint-Louis. Había por la parte más alta andamios y escalas o, en otros términos, puentes y escaleras del lado de la libertad.

El Edificio Nuevo, que estaba de lo más agrietado y decrépito que pueda imaginarse, era el punto débil de la cárcel. Las paredes estaban tan roídas por el salitre que había sido necesario cubrir con un entablado las bóvedas de los dormitorios, porque solían desprenderse de ellos piedras que caían sobre los presos en la cama. A pesar de esta decrepitud, se cometía la falta de tener en el Edificio Nuevo a los acusados más peligrosos; de encerrar allí las «causas graves», como se dice en lenguaje carcelario.

El Edificio Nuevo tenía cuatro dormitorios superpuestos, y una mole encima que se llamaba Bel-Air. Un ancho tubo de chimenea, probablemente de alguna antigua cocina de los duques de la Force, partía de la planta baja, atravesaba los cuatro pisos, cortaba en dos todos los dormitorios, donde había una especie de pilar aplanado que pasaba al otro lado del techo.

Gueulemer y Brujon estaban en el mismo dormitorio. Por precaución habían sido encerrados en el piso bajo. La casualidad hacía que la cabecera de sus camas estuviera apoyada sobre el tubo de la chimenea.

Thénardier se encontraba precisamente por encima de sus cabezas, en la mole llamada Bel-Air.

El transeúnte que se detiene en la calle Culture-Sainte-Catherine[42], más allá del cuartel de los bomberos, delante de la puerta cochera de la casa de Baños, descubre un patio lleno de flores y de arbustos en cajas, al fondo del cual se eleva entre dos alas una pequeña rotonda blanca, adornada con postigos verdes; el sueño bucólico de Jean-Jacques. No hace aún diez años, por encima de esa rotonda se alzaba un muro negro, enorme, terrible, desnudo, al cual estaba adosada. Era el muro del camino de ronda de la Force.

Aquel muro de detrás de la rotonda era Milton, visto por detrás de Berquin.

Por más alto que fuese el muro, aún le excedía un tejado más negro aún, y situado por detrás. Era el tejado del Edificio Nuevo. Descubríanse cuatro buhardillas con reja; eran las ventanas del Bel-Air. Una chimenea atravesaba ese tejado; era la chimenea que atravesaba también los dormitorios.

El Bel-Air, aquel gran tejado del Edificio Nuevo, era una especie de patio abuhardillado, cerrado con triples rejas y puertas forradas de plancha, cubiertas de clavos desmesurados. Cuando se entraba en él por la parte del

norte, quedaban a la izquierda las cuatro buhardillas, y a la derecha, haciendo frente a las buhardillas, cuatro espacios cuadrados, bastante grandes, espaciados, separados por estrechos corredores de mampostería, y desde allí hasta el techo de barras de hierro.

Thénardier se hallaba incomunicado en uno de estos calabozos desde la noche del 3 de febrero. Nunca se ha podido descubrir de qué modo consiguió procurarse y esconder una botella de ese vino, inventado según se dice por Desrues[43], en el cual va disuelto un narcótico, y que la banda de los Adormecedores ha hecho tan célebre.

Hay en muchas cárceles empleados traidores, medio carceleros y medio ladrones, que ayudan en las evasiones.

Aquella misma noche, pues, en que el pequeño Gavroche había recogido a los dos niños perdidos, Brujon y Gueulemer, que sabían que Babet, evadido por la mañana, los esperaba en la calle con Montparnasse, se levantaron silenciosamente y se pusieron a agujerear con el clavo encontrado por Brujon el tubo de chimenea que estaba tocando a su cama. Los yesones caían sobre el lecho de Brujon, de modo que no producían ruido alguno. El turbión y el trueno conmovían las puertas y hacían en la prisión un estrépito horrible y útil. Algunos presos que se despertaron, aparentaron volverse a dormir y dejaron trabajar a Gueulemer y Brujon. Brujon era diestro; Gueulemer era vigoroso. Antes de que el menor ruido llegara a oídos del vigilante, acostado en la celda enrejada que daba al dormitorio, la pared estaba agujereada, la chimenea escalada, la reja de hierro que cerraba el orificio superior del conducto forzada, y los dos temibles bandidos en el tejado. La lluvia y el viento redoblaban, y el tejado estaba resbaladizo.

—¡Qué buena racha para una grapa![44] —dijo Brujon.

Un abismo de seis pies de ancho y de ochenta pies de profundidad los separaba de la pared de ronda. Al fondo de este abismo veían brillar en la oscuridad el fusil de un centinela. Ataron a los pedazos de las barras de la chimenea que acababan de retorcer la cuerda que Brujon había tejido en su calabozo, lanzaron el otro extremo por encima del muro de ronda, atravesaron de un salto el abismo, se agarraron al jabalón de la pared, lo saltaron, se deslizaron uno detrás de otro a lo largo de la cuerda, sobre un tejadillo que llegaba a la casa de Baños, lo atravesaron, empujaron el postigo del portero, a cuyo lado colgaba el cordón, tiraron de éste, abrieron la puerta cochera y se encontraron en la calle.

No hacía aún tres cuartos de hora que se habían puesto de pie sobre sus camas en las tinieblas, con el clavo en la mano y el proyecto en la mente.

Algunos momentos más tarde se unieron a Babet y a Montparnasse, los cuales vagaban por los alrededores.

Al tirar de la cuerda la rompieron, y quedó un pedazo atado a la chimenea, sobre el tejado. No habían tenido más contratiempo que el de haberse despellejado casi enteramente las manos. Aquella noche, Thénardier estaba prevenido, sin que nadie pudiese decir de qué modo, y no dormía.

Hacia la una de la madrugada, en medio de la profunda oscuridad de la noche, vio pasar dos sombras por el tejado bajo la lluvia y el viento, y por delante del tragaluz que daba frente a su calabozo. Una de esas sombras se detuvo en el tragaluz el tiempo suficiente para dirigir una mirada. Era Brujon. Thénardier le reconoció, y comprendió. Aquello le bastó.

Thénardier, señalado como peligroso, y detenido bajo acusación de emboscada nocturna a mano armada, estaba vigilado por un centinela, que era relevado cada dos horas, y se paseaba con el fusil cargado por delante del calabozo. El Bel-Air estaba iluminado por una lámpara. El preso tenía en los pies unos grilletes de cincuenta libras de peso. Todos los días, a las cuatro de la tarde, un guardián escoltado por dos perros de presa —porque esto se hacía aún en aquella época— entraba en su celda, dejaba al lado de su cama un pan negro de dos libras, un cántaro de agua y una escudilla llena de un caldo bastante claro, en el que nadaban algunas habas; reconocía los grilletes y golpeaba las rejas. Aquel hombre volvía dos veces por la noche con sus perros.

Thénardier había conseguido el permiso para conservar una especie de escarpia de hierro que usaba para clavar el pan en una hendidura de la pared, con objeto, según decía, «de preservarlo de las ratas». Como vigilaban constantemente a Thénardier, no se había hallado inconveniente alguno en dejarle la escarpia. No obstante, más tarde se recordó que un guardián había dicho:

—¡Más valdría dejarle una escarpia de madera!

A las dos de la madrugada fueron a relevar al centinela, que era un soldado viejo, y lo reemplazaron por un quinto. Algunos momentos después, el carcelero con sus perros hizo su visita, y se retiró sin observar nada, excepto la extrema juventud y el aire de «campesino» del «pistolo». Dos horas más tarde, a las cuatro, cuando fueron a relevar al quinto, le encontraron

dormido en el suelo, tirado como un madero, cerca del calabozo de Thénardier. En cuanto a Thénardier, ya no estaba allí. Sus grilletes, rotos, yacían en el suelo. Había un agujero en el techo de su calabozo, y otro más arriba, en el tejado. De la cama había sido arrancada una tabla, que había desaparecido. Encontrose también en la celda una botella medio vacía, que contenía el resto del vino con el que había sido narcotizado el soldado. La bayoneta de éste también había desaparecido.

En el momento en que fue descubierto todo esto, se creyó que Thénardier se hallaría ya fuera de alcance. La realidad era que, si bien no estaba ya en el Edificio Nuevo, se encontraba aún en gran peligro. Su evasión no estaba aún consumada.

Thénardier, al llegar al tejado del Edificio Nuevo, encontró el resto de la cuerda de Brujon, que colgaba de los barrotes de la reja superior de la chimenea, pero este pedazo roto era demasiado corto, y no había podido evadirse por encima del camino de ronda como lo habían hecho Brujon y Gueulemer.

Cuando se vuelve de la calle Ballets a la Roi-de-Sicile, se descubre casi de repente, a la derecha, una sórdida rinconada. Había allí, en el último siglo, una casa de la que no queda más que la pared del fondo, verdadera tapia de un caserón que se eleva hasta la altura de un tercer piso entre los edificios vecinos. Esta ruina se reconoce por dos grandes ventanas cuadradas todavía visibles; la del medio, la más cercana al remate angular de la derecha, está atravesada por una viga podrida, sujeta por otro madero. A través de esas ventanas se distinguía antes una alta y lúgubre pared, que era un trozo de la muralla del camino de ronda de la Force.

El vacío que la casa demolida ha dejado en la calle está cubierto a medias por una empalizada de tablas podridas apuntaladas por cinco guardacantones de piedra. En aquel recinto se oculta una pequeña barraca, apoyada a la pared ruinosa. La empalizada tiene una puerta que, hace algunos años, estaba cerrada solamente con un picaporte.

A la cima de dicha pared era adonde había conseguido llegar Thénardier poco después de las tres de la madrugada.

¿Cómo había llegado allí? Nunca se ha sabido, ni se ha podido explicar. Los relámpagos debían haberle auxiliado y molestado al mismo tiempo. ¿Se había servido de las escaleras y andamios de los pizarreros para pasar de un tejado a otro, de un cercado a otro, de una manzana a otra, de los edificios del

patio Charlemagne a los del patio Saint-Louis, al muro de ronda y al caserón de la calle Roi-de-Sicile? En este trayecto había soluciones de continuidad que lo hacían parecer imposible. ¿Había usado la tabla de una cama a modo de puente desde el tejado del Bel-Air a la pared del camino de ronda, y se había arrastrado como una culebra alrededor de la cárcel hasta el caserón? La tapia del camino de ronda de la Force dibujaba una línea dentada y desigual, subía y bajaba, descendía hacia el cuartel de bomberos y se elevaba hacia la casa de Baños, estaba cortada por varios edificios y no tenía la misma altura por el hotel Lamoignon que por la calle Pavée; por todas partes presentaba líneas verticales y ángulos rectos; y, además, los centinelas habrían visto en este caso la oscura silueta del fugitivo; y aun así, el camino recorrido por Thénardier resulta casi inexplicable. La fuga era, pues, imposible de ambas maneras. Thénardier sentíase iluminado por esa terrible sed de libertad que cambia los precipicios en fosos, las rejas de hierro en enrejados de mimbre, la debilidad en fuerza, a un gotoso en un gamo, la estupidez en instinto, el instinto en inteligencia y la inteligencia en genio. ¿Había inventado Thénardier un tercer medio? Nunca se ha sabido.

No siempre es posible darse cuenta de las maravillas de una evasión. El hombre que se escapa, repitámoslo, es un inspirado; hay algo de la estrella y el relámpago en la misteriosa claridad de la huida; el esfuerzo hacia la liberación no es menos sorprendente que el vuelo hacia lo sublime; y se pregunta de un ladrón evadido: «¿Cómo habrá escalado esta pared?», del mismo modo que se dice de Corneille: «¿Qué le habrá inspirado esta escena?».

Sea como fuese, goteando sudor, empapado por la lluvia, con los vestidos hechos harapos, las manos destrozadas, los codos sangrientos, las rodillas desolladas, Thénardier había conseguido llegar a lo que los niños, en lenguaje figurado, llaman el «corte» de la pared ruinosa, y allí, faltándole la fuerza, se había tendido cuan largo era. La altura de tres pisos le separaba del empedrado de la calle.

La cuerda que tenía era demasiado corta.

Allí esperaba, pálido, agotado, desesperado, cubierto por la oscuridad de la noche, pero diciéndose que pronto se haría de día; aterrorizado ante la idea de oír sonar dentro de algunos instantes las cuatro en el cercano reloj de Saint-Paul, hora en que irían a relevar al centinela, y en que le encontrarían dormido bajo el tejado agujereado; mirando con estupor aquella profundidad terrible a la luz de los faroles, el suelo mojado y negro, aquel suelo deseado y

terrible que era la muerte y la libertad.

Se preguntaba si sus tres cómplices de evasión habrían salido bien librados, si le habrían esperado y si acudirían en su auxilio. Escuchaba. Excepto una patrulla, nadie había pasado por la calle desde que permanecía allí. Casi todos los hortelanos de Montreuil, de Charonne, de Vincennes y de Bercy que iban al mercado bajaban por la calle Saint-Antoine.

Dieron las cuatro. Thénardier tembló. Pocos instantes después, el confuso rumor que sigue a una evasión descubierta estalló en la cárcel. El ruido de las puertas que se abren y que se cierran, el chirrido de las rejas sobre sus goznes, el tumulto del cuerpo de guardia, las roncas voces de los carceleros, el choque de las culatas de los fusiles en los patios que llegaban hasta él.

Algunas luces subían y bajaban en las ventanas enrejadas de los dormitorios; una antorcha corría por el último piso del Edificio Nuevo, los bomberos del cuartel próximo habían sido llamados. Sus cascos, iluminados en medio de la lluvia por las antorchas, iban y venían por los tejados. Al mismo tiempo, Thénardier veía del lado de la Bastilla una claridad pálida en la parte baja del cielo.

Él estaba, pues, en lo alto de una pared de diez pulgadas de ancho, tendido sobre su cima, con dos abismos a derecha e izquierda, sin poder moverse, presa del vértigo de una caída posible y del horror a una prisión segura; su pensamiento, como el badajo de una campana, iba de una de estas ideas a la otra: «Muerto si caigo; preso si me quedo».

En esta angustia, vio de pronto en la calle que estaba aún oscura a un hombre que se deslizaba a lo largo de la pared, y que venía del lado de la calle Pavée, quien se detuvo en la rinconada, encima de la cual se hallaba Thénardier como suspendido. Este hombre se unió a un segundo que marchaba con la misma precaución, después llegó un tercero, y después un cuarto.

Cuando aquellos hombres estuvieron reunidos, uno de ellos levantó el picaporte de la puerta de la empalizada y entraron los cuatro en el recinto en el que se halla la barraca. Se encontraban precisamente debajo de Thénardier. Aquellos hombres habían escogido evidentemente aquel rincón para hablar sin ser vistos por los transeúntes ni por el centinela que guarda el postigo de la Force a algunos pasos de allí. Es preciso decir también que el centinela, huyendo de la lluvia, se había metido en la garita. Thénardier, no pudiendo distinguir sus rostros, prestó oído a sus palabras con la desesperada atención

de un miserable que se siente perdido.

Entonces vio pasar ante sus ojos algo semejante a la esperanza: aquellos hombres hablaban argot.

El primero decía en voz baja:

—Nagémonos. ¿Qué querelamos icigo?[45]

El segundo respondió:

—Bisela hasta apagar el benguistano; los ganchos avillaran, y allí hay un jundo aplacerado a la coba. Diquel nae esgabarren margue icicaille[46].

Estas dos palabras, «icigo» e «icicaille», que pertenecen la primera al argot de las barreras y la segunda al argot del Temple, fueron dos rayos de luz para Thénardier. En la primera conoció a Brujon, que era vago de las barreras, y en la segunda a Babet, que entre sus varias profesiones era prendero en el Temple.

El antiguo argot del gran siglo no se habla ya más que en el Temple, y Babet era el único que lo hablaba en toda su pureza. Sin «icicaille», Thénardier no lo hubiera reconocido, pues había desfigurado completamente la voz.

Mientras tanto, el tercero intervenía:

—Nada nos apremia; esperemos un poco. ¿Quién nos dice que no necesita de nosotros?

En este lenguaje, que no era otra cosa que francés, Thénardier reconoció a Montparnasse, que empleaba su elegancia en comprender todos los géneros de argot y no hablar ninguno.

En cuanto al cuarto, callaba, pero sus anchas espaldas le denunciaban. Thénardier no dudó. Era Gueulemer.

Brujon replicó casi impetuosamente, pero siempre en voz baja:

—¿Qué sinas garlando? O julai n’asti najarse. Na chanela mistos de chaneleria. Quebrar a talarosa, y riquelar as sabanas somia querelar yeque guindala, querelar chirroes andre as bundales, querelar papeles calabeosos, maestras, quebrar ciseles, luanar a guindala d’abri; sonajarse; vadearse, somia ocono ha a sinelar baro choré. O batu na terelara astis querelarlo. Na chanela traginar[47].

Babet añadió, hablando siempre en el argot clásico en que hablaban

Poulailler y Cartouche, y que es al argot atrevido, nuevo y brillante que hablaba Brujon lo que la lengua de Racine es a la lengua de André Chénier:

—O julai amangue sina trincao. ¡Ha a sinelar baró choré!, y sina o yeque chavelo. Sinada jopajabado por yeque chinel, pur na por yeque chaviro vadeado de baro batu. Montparnasse, ¿junelas ocolas gritadas? ¿Diquelas ocolas urdifielas andre o estaripiel? Ocono sina sos tirela esgabarrao. ¡Bah! Sinara apeao a tullosa. Menda na terelo dal; na sio mandrial; acana chanelamos lo sos sina; na estimos pirrel por o julai, y sinaremos esgabarraos. Na niquelas, andivela sat mangue a piyar de penascaró[48].

—No se debe dejar a los amigos en peligro —dijo Montparnasse.

—Penelo sos sina trincao. A ocana o julai n'acombra yeque pasmano. Na sina astio querelar chi. Nagemonos. Pechabelo sos sinao esgabarrao por yeque chinel[49].

Montparnasse sólo resistía débilmente; el hecho es que aquellos cuatro hombres, con esa fidelidad que tienen los bandidos para no abandonarse nunca entre ellos, habían estado rondando toda la noche alrededor de la Force, a pesar del peligro, con la esperanza de ver surgir por algún lado a Thénardier. Pero la noche, que para ellos resultaba muy hermosa, era un turbión que tenía todas las calles desiertas; el frío que los entumecía, sus ropas mojadas, su calzado roto, el ruido inquieto que había estallado en la cárcel, las horas que habían pasado, las patrullas que habían visto, la esperanza que iban perdiendo, el miedo que se iba apoderando de ellos, todo esto los impulsaba a retirarse. El mismo Montparnasse, que era un poco yerno de Thénardier, cedía ya. Un momento más, y se hubieran ido. Thénardier estaba anhelante sobre la tapia, como los náufragos de la *Méduse* en su balsa viendo pasar el buque y desaparecer en el horizonte.

No se atrevía a llamarlos; un grito que se oyese podía perderlo todo; se le ocurrió una idea desesperada, un relámpago. Sacó del bolsillo el cabo de cuerda de Brujon, que había desatado de la chimenea del Edificio Nuevo, y lo arrojó al recinto de la empalizada.

La cuerda cayó a los pies de los ladrones.

—¡Una viuda![50] —gritó Babet.

—¡Mi guindala![51] —exclamó Brujon.

—Ahí está el posadero —dijo Montparnasse.

Alzaron los ojos. Thénardier adelantó un poco la cabeza.

—¡Rápido! —dijo Montparnasse—; ¿tienes el otro pedazo de cuerda, Brujon?

—Sí.

—Ata los dos cabos, le echaremos la cuerda; la sujetará a la pared y tendrá suficiente para bajar.

Thénardier se aventuró a alzar la voz:

—Estoy transido.

—Ya te calentaremos.

—No puedo moverme.

—Te deslizarás, y nosotros te recogeremos.

—Tengo las manos hinchadas.

—Ata solamente la cuerda a la pared.

—¡No podré!

—Es preciso que uno de nosotros suba —dijo Montparnasse.

—¡Tres pisos! —exclamó Brujon.

Un viejo conducto de yeso, que había servido para una chimenea que antiguamente se encendía en la barraca, subía por la pared y llegaba casi hasta el lugar donde se encontraba Thénardier. Este conducto, todo lleno de grietas y agujereado, cayó más tarde, pero todavía se ven sus restos. Era muy estrecho.

—Podría subirse por ahí —dijo Montparnasse.

—¿Por ese tubo? —exclamó Babet—; ¡un manú![52], ¡es imposible! Sólo podría hacerlo un chaval.

—Sólo un chaval —repitió Brujon.

—¿Dónde encontrarlo? —preguntó Gueulemer.

—Esperad —dijo Montparnasse—. Ya lo tengo.

Entreabrió suavemente la puerta de la empalizada, se aseguró de que ningún transeúnte atravesaba la calle, salió con precaución, cerró la puerta tras de sí y marchó corriendo en dirección a la Bastilla.

Transcurrieron siete u ocho minutos, ocho mil siglos para Thénardier. Babet, Brujon y Gueulemer no despegaban los labios; la puerta volvió a abrirse al fin, y apareció Montparnasse, sofocado, acompañado de Gavroche. La lluvia continuaba manteniendo aún la calle desierta.

El pequeño Gavroche entró en el recinto y miró los rostros de los bandidos con aire tranquilo. El agua le chorreaba por los cabellos. Gueulemer le dirigió la palabra:

—Chaval, ¿eres un hombre?

Gavroche se encogió de hombros y respondió:

—Un chaval sasta mande sina un manú, y manuces sasta sangue sinan chavales[53].

—Baró parla el chaval[54] —dijo Babet.

—¿Qué queréis que haga? —preguntó Gavroche.

Montparnasse respondió:

—Trepar por este tubo.

—Con esta viuda[55] —dijo Babet.

—Y luar la guindala[56] —continuó Brujon.

—En lo alto de la pared —volvió a decir Babet.

—A través de la ventana —añadió Brujon.

—¿Y luego? —dijo Gavroche.

—¡Nada más! —contestó Gueulemer.

El pilluelo examinó la cuerda, la chimenea, la pared y las ventanas, e hizo ese inexplicable y desdeñoso ruido con los labios que significa: «¿Y para qué?».

—Allí arriba hay un hombre a quien salvarás.

—¿Quieres? —preguntó Brujon.

—¡Chaval! —exclamó el muchacho, como si la pregunta le pareciese inesperada; y se sacó los zapatos.

Gueulemer cogió a Gavroche por un brazo, lo colocó sobre el tejado de la barraca, cuyas tablas carcomidas se doblaban bajo el peso del niño, y le

entregó la cuerda que Brujon había atado durante la ausencia de Montparnasse.

El pilluelo se dirigió al tubo, en el que era fácil penetrar a través de una ancha abertura que tenía cerca del tejado. En el momento en que iba a subir, Thénardier, que veía la salvación y la vida que se le acercaban, se inclinó sobre el borde de la pared: la primera claridad del día blanqueaba su frente inundada de sudor, sus lívidas mejillas, su nariz afilada y salvaje, su barba gris erizada, y Gavroche le reconoció:

—¡Vaya! —exclamó—, ¡pero si es mi padre…! ¡Oh!, no importa.

Y cogiendo la cuerda entre sus dientes empezó resueltamente la subida.

Llegó a lo alto del paredón, montó en él como si fuera un caballo y ató sólidamente la cuerda en la traviesa superior de la ventana.

Un momento más tarde, Thénardier se encontraba en la calle.

Así que hubo puesto los pies sobre el empedrado, así que se vio fuera de peligro, ya no se sintió fatigado, ni transido, ni tembloroso; las cosas terribles por las que había pasado se desvanecieron como el humo; toda su extraña y feroz inteligencia se despertó, y se encontró de pie y libre, dispuesto a marchar adelante. Véanse cuáles fueron las primeras palabras de aquel hombre:

—Y ahora, ¿a quién vamos a comer?

Es inútil explicar el significado de esta palabra terriblemente transparente que significa a la vez matar, asesinar y desvalijar. Comer, es decir: devorar.

—Chivaremos bien —dijo Brujon—. Acabemos en tres palabras, y nos separaremos enseguida. Había un buen asunto de buena cara en la calle Plumet, una calle desierta, una casa aislada, una verja podrida que da a un jardín, mujeres solas.

—Y bien, ¿por qué no? —preguntó Thénardier.

—Tu dugida[57], Éponine, ha ido a verlo —respondió Babet.

—Y ha dado un bizcocho a la Magnon —añadió Gueulemer—. No hay nada que maquilar[58] allí.

—La dugida no es gili[59] —dijo Thénardier—. Sin embargo, bueno será verlo.

—Sí, sí —dijo Brujon—; lo veremos.

Mientras tanto, ninguno de estos hombres se acordaba de Gavroche, quien durante este coloquio se había sentado en uno de los guardacantones de la empalizada; esperó algunos instantes, tal vez a que su padre se volviese hacia él; después se puso los zapatos y dijo:

—¿Habéis terminado?, ¿ya no tenéis necesidad de mí, hombres? Ya os he sacado del apuro. Me voy. Tengo que ir a cuidar a mis párvulos.

Y se marchó.

Los cinco hombres salieron uno tras otro de la empalizada.

Cuando Gavroche hubo desaparecido por la esquina de la calle Ballets, Babet se llevó a Thénardier aparte.

—¿Te has fijado en el chaval? —le preguntó.

—¿Qué chaval?

—El que ha escalado la pared y te ha llevado la cuerda.

—No mucho.

—Pues bien, no sé, pero me parece que es tu hijo.

—¡Bah! —dijo Thénardier—, ¿tú crees?

Y se marchó.

LIBRO SÉPTIMO

El argot[60]

La explicación que el autor hace del argot en este libro se refiere al argot francés exclusivamente; por esta razón algunas veces no pueden aplicarse al caló español las interpretaciones y el origen que el autor atribuye a ciertas palabras.

Sin embargo, como este lenguaje es en esencia el mismo en todos los pueblos, y procede de un mismo tronco, la mayor parte de sus palabras conservan idéntica significación, habiéndose modificado solamente en las terminaciones y en la estructura que ha dado a sus variaciones gramaticales el carácter de la lengua nacional.

Por estas razones, en los diálogos traducimos completamente en caló español el argot francés; pero en la explicación del origen y raíces de algunas palabras, nos vemos obligados a dejarlas en francés, porque esta explicación no sería aplicable al español.

N. F. C., el traductor

I

Origen

Pigritia[61] es una palabra terrible.

Engendra un mundo, el *piger*, o sea el robo; y un infierno, el *pigror*, o sea el hambre.

Es decir, que la pereza es una madre.

Tiene un hijo, el robo; y una hija, el hambre.

¿En dónde estamos en este momento? En el argot.

¿Y qué es el argot? Es todo a la vez; nación e idioma; es el robo bajo dos especies: pueblo y lengua.

Cuando hace treinta y cuatro años el narrador de esta grave y sombría historia introducía en un libro, escrito con el mismo objeto que éste[62], un ladrón hablando argot, se suscitó un asombro y un clamor: «¡Qué! ¡Cómo! ¡El argot! ¡El argot es horrible! Es la lengua de la chusma, del presidio, de las cárceles, de todo lo más abominable de la sociedad», etc., etc.

Nunca hemos comprendido este género de objeciones.

Después, dos grandes novelistas, de los cuales uno es un profundo observador del corazón humano, y el otro un intrépido amigo del pueblo, Balzac y Eugenio Sue, han hecho hablar a los bandidos en su lengua natural, como lo había hecho en 1828 el autor de *El último día de un condenado a muerte*, y se han suscitado las mismas reclamaciones. Se ha repetido: «¿Qué quieren los escritores con esa repugnante jerga? ¡El argot es horrible! ¡El argot hace estremecer!».

¿Quién lo niega? Sin duda.

Cuando se trata de sondear una llaga, un abismo o una sociedad, ¿desde cuándo es una falta descender demasiado, ir al fondo? Muchas veces hemos pensado que esto era un acto de valor, y por lo menos una acción inocente y útil, digna de la atención simpática que merece el deber aceptado y cumplido. ¿Por qué no se ha de explorarlo todo, y no se ha de estudiar? ¿Por qué se ha de detener uno en el camino? El detenerse corresponde a la sonda, no al que sondea.

Ciertamente que ir a buscar en la última capa del orden social, allí donde

concluye la tierra y empieza el fango; registrar en aquellas aguas espesas; perseguir, coger y arrojar palpitante a la superficie este idioma abyecto que gotea lodo sacado a la luz, este vocabulario pustuloso, en que cada palabra parece un anillo inmundo de un monstruo del cieno y de las tinieblas, no es ni una empresa cómoda, ni seductora.

Nada es más lúgubre que contemplar así desnudo a la luz del pensamiento el hormiguero terrible del argot. En efecto: parece que es una especie de horrible fiera hecha para vivir en la noche, y que se ve arrancada de su cloaca. Se cree ver una horrible maleza viva y erizada que tiembla, se mueve, se agita, pide volver a la sombra, amenaza y mira. Tal palabra parece una garra; tal otra un ojo apagado y sangriento; tal frase parece moverse como la tenaza de una langosta. Todas viven con esa vida repugnante de las cosas que están organizadas en la desorganización.

Pero ¿desde cuándo el horror excluye el estudio? ¿Desde cuándo la enfermedad rechaza al médico? ¿Qué se diría de un naturalista que se negase a estudiar la víbora, el murciélago, el escorpión, el ciempiés, la tarántula, y que los rechazase a las tinieblas, diciendo: «¡Oh, qué fealdad!»? El pensador que se alejase del argot se parecería a un cirujano que se apartase de una úlcera o de una verruga: sería un filólogo dudando examinar un hecho de la lengua; un filósofo dudando analizar un hecho de la humanidad. Porque, y es preciso decirlo a los que lo ignoran, el argot es al mismo tiempo un fenómeno literario y un resultado social. ¿Qué es el argot propiamente dicho? El argot es la lengua de la miseria.

Aquí podría interrumpirnos alguno; puede generalizarse el hecho, lo cual muchas veces es un medio de atenuarlo; puede decírsenos que todos los oficios, todas las profesiones, y casi podría añadirse, todos los accidentes de la jerarquía social, y todas las formas de la inteligencia, tienen su argot especial: el comerciante, que dice: *Montpéllier*, disponible; *Marsella*, buena calidad; el agente de cambio, que dice: *cargo, prima, a la par*; el jugador, que dice: *tercio y todo, fallo a espadas*; el ujier de las islas normandas, que dice: *el feudatario deteniéndose en su fundo no puede reclamar el fruto de este fundo durante el embargo hereditario de los inmuebles del renunciador*; el zarzuelista, que dice: *han hecho bailar al oso*[63]; el cómico, que dice: *tengo un caballo blanco*; el filósofo, que dice: *triplicidad fenomenal*; el cazador, que dice: *la res está encamada*; el frenólogo, que dice: *amatividad, combatividad, secretividad*; el soldado de infantería, que dice: *mi tambor*; el soldado de caballería, que dice: *a media rienda*; el maestro de esgrima, que

dice: *tercera, cuarta, a fondo*, el impresor, que dice: *atanasia*; todos, impresor, maestro de esgrima, soldado de caballería o de infantería, músico, frenólogo, cazador, filósofo, cómico, zarzuelista, portero, jugador, agente de cambio y comerciante, todos hablan en argot.

El pintor, que dice: *el ambiente del cuadro*; el escribano, que dice: *he dejado el crimen*; el peluquero, que dice: *a media melena*; el zapatero, que dice: *tapas*, hablan argot. En rigor, y si se quiere, absolutamente todos esos modos de decir la derecha y la izquierda; el marinero *a babor* y *a estribor*; el maquinista, *lado del patio y lado del jardín*; el perrero, *lado de la Epístola* y *lado del Evangelio*, son argot. Hay argot de monas, como hay argot de sabidillas. El palacio de Rambouillet, es decir, la aristocracia y el lujo, confinaba con la Corte de los Milagros; es decir, con la pobreza y el vicio. Hay argot de duquesas, como demuestra la siguiente frase, escrita en un billete amoroso por una gran señora de la Restauración: «Hallaréis en esas chismerías una porción de razones para que yo me libertice».

Las cifras diplomáticas son argot. La Cancillería romana, diciendo *26* por *Roma, grkztntgzyal* por *envío*, y *abfxustgrnogrkzutu-XI* por *duque de Módena*, habla argot. Los médicos de la Edad Media, que por decir, zanahoria, rábano y nabo, decían: *opoponach, pergrosohinum, reptitalmus, dracatholicum angelorum, postmegorum*, hablaban argot. El fabricante de azúcar, que dice: *moscabada, terciada, bastarda, común, tostada, clarificada*, este honrado industrial, habla argot. Una escuela de crítica que decía hace veinte años: *La mitad de Shakespeare es un juego de palabras y retruécanos*, hablaba argot. El poeta y el artista que con profundo sentido calificaron al señor de Montmorency de «un ciudadano» si no hubiese sido muy entendido en versos y estatuas, hablaron en argot. El académico clásico que llama a las flores, *Flora*; a los frutos *Pomona*; a la mar, *Neptuno*; al amor, *los fuegos*; a la belleza, *los atractivos*; a un caballo, *un corcel*; a la escarapela blanca o tricolor, *la rosa de Belona*; al sombrero de tres picos, *el triángulo de Marte*; ese académico clásico habla argot. El álgebra, la medicina, la botánica tienen su argot. El lenguaje que se emplea a bordo, ese admirable lenguaje de la mar, tan completo y tan pintoresco, que han hablado Jean Bart, Duquesne, Suffren y Duperré, que se mezcla con el silbido de las cuerdas, con el ruido de la bocina, con el choque de las hachas de abordaje, con el vaivén, con el viento, con la ráfaga, con el cañón, es un argot heroico y brillante, que es al terrible argot de la miseria, lo que el león al chacal.

Sin duda. Pero, dígase lo que se quiera, este modo de comprender el argot

tiene una extensión que no admitirá todo el mundo. En cuanto a nosotros, conservamos a esta palabra su antigua acepción precisa, circunscrita y determinada, y limitamos el argot al argot. El argot verdadero, el argot por excelencia, si es que estas dos palabras pueden reunirse, el argot inmemorial, no es, lo repetimos, más que la lengua fea, inquieta, socarrona, traidora, venenosa, cruel, tortuosa, vil, profunda, fatal de la miseria.

Hay en el extremo del envilecimiento y del infortunio una última miseria que se rebela, y que se decide a entrar en lucha contra el conjunto de los hechos felices y de los derechos reinantes; lucha horrible, que, ora astuta, ora violenta, feroz y malsana a la vez, ataca el orden social a alfilerazos por medio del vicio, y a estocadas por medio del crimen. Para las necesidades de esta lucha, la miseria ha inventado una lengua de combate, que es el argot.

Hacer sobrenadar y conservar sobre el olvido, sobre el abismo, aunque no sea más que un fragmento de una lengua cualquiera que ha hablado el hombre, y que de otro modo se perdería; es decir, uno de los elementos, buenos o malos de que se compone o que complica la civilización, es aumentar los datos de observación social; es auxiliar a la misma civilización. Este servicio le ha hecho Plauto, queriéndolo o no, haciendo hablar el fenicio a dos soldados cartagineses; este servicio le ha hecho Molière, haciendo hablar el levantino y toda clase de *patuá* a muchos de sus personajes.

Aquí vuelven a suscitarse las objeciones; el fenicio ¡magnífico!, el levantino ¡bueno!, el *patuá* ¡pase!, son lenguas que han pertenecido a naciones o a provincias; pero el argot, ¿para qué queréis conservar el argot? ¿Para qué hacer «sobrenadar» el argot?

A esto sólo responderemos una cosa. Ciertamente; la lengua que ha hablado una nación o una provincia es digna de interés; pero es más digna aún de atención y de estudio la lengua que ha hablado la miseria.

La lengua que ha hablado en Francia, por ejemplo, por más de cuatro siglos, no solamente una miseria, sino la miseria, toda la miseria humana posible.

Y además, insistimos en ello: estudiar las enfermedades y las deformidades sociales, y designarlas para curarlas, no es una necesidad en que se permite la elección. El historiador de las costumbres y de las ideas no tiene una misión menos austera que el historiador de los sucesos. Éste tiene en la superficie de la civilización las luchas de las coronas, los nacimientos de los príncipes, los casamientos de los reyes, las batallas, las asambleas, los grandes

hombres públicos, las revoluciones a la luz del día, todo lo exterior; el otro historiador tiene el fondo, el pueblo que trabaja, que padece y que espera, la mujer oprimida, el niño que agoniza, las guerras sordas de hombre a hombre, las ferocidades oscuras, las preocupaciones, las alarmas fingidas, los efectos indirectos y subterráneos de las leyes, las evoluciones secretas de las almas, los estremecimientos indistintos de la multitud, los pobres que mueren de hambre, los que andan con los pies desnudos, los desheredados, los huérfanos, los desgraciados y los infames; todas esas larvas que andan vagando en la oscuridad. Le es necesario descender con el corazón lleno de caridad y de severidad a un mismo tiempo, como un hermano y como un juez, hasta esas casamatas impenetrables, en que se arrastran confundidos los heridos y los que hieren; los que lloran y los que maldicen; los que ayunan y los que devoran, los que sufren el mal y los que le cometen. Estos historiadores de los corazones y de las almas, ¿tienen acaso deberes menos importantes que los historiadores de los hechos estertores? ¿Se cree que Dante tiene que decir menos que Maquiavelo? ¿Acaso lo inferior de la civilización, sólo porque es más sombrío y más profundo, es menos importante que lo superior? ¿Se conoce bien la montaña cuando no se conoce la caverna?

Pero consignemos aquí, antes de ir más adelante, que a pesar de las palabras anteriores, no puede inferirse que haya entre las dos clases de historiadores una diferencia, una barrera que no existe en nuestra mente. Nadie puede ser buen historiador de la vida patente, visible, alumbrada, pública de los pueblos, si no es al mismo tiempo, y en cierta magnitud, historiador de su vida profunda y oculta; y nadie es buen historiador de lo interior, si no sabe ser, siempre que sea necesario, historiador de lo exterior.

La historia de las costumbres y de las ideas penetra la historia de los sucesos, y recíprocamente. Son dos órdenes de hechos diferentes que se corresponden, que se encadenan siempre, y se engendran mutuamente con frecuencia. Todas las líneas que la Providencia traza en la superficie de una nación tienen sus paralelas sombrías, pero claras, en el fondo, y todas las convulsiones del fondo producen levantamientos en la superficie. Como la verdadera historia se introduce en todo, el verdadero historiador tiene que introducirse en todo.

El hombre no es un círculo de un solo centro; es una elipse de dos focos; uno, le constituyen los hechos; otro, las ideas.

El argot no es más que un disfraz con que se cubre la lengua cuando va a hacer algo malo. Se reviste de palabras con máscara, y de metáforas con

harapos.

Y así se hace horrible.

Cuesta trabajo conocerla. ¿Es la lengua francesa esa gran lengua humana? Ahí está dispuesta a entrar en escena, y a dar la réplica al crimen; propia para todos los empleos del repertorio del mal. No progresa, cojea; cojea con la muleta de la Corte de los Milagros; muleta que se metamorfosea en una maza; se llama truhanería; todos los espectros que son sus camareros la han estropeado; se arrastra y se levanta, lo cual constituye el doble movimiento del reptil. Es propia para todos los papeles; la ha hecho ambigua el falsario, verde-gris el envenenador; está carbonizada por el hollín del incendiario; el asesino le presta el color rojo.

Cuando se escucha del lado de las personas honradas a la puerta de la sociedad, se sorprende el diálogo de los que están fuera. Se oyen las preguntas y las respuestas. Se percibe, sin comprenderlo, un murmullo repugnante que suena casi como la voz humana, pero que se aproxima más al aullido que a la palabra. Es el argot. Las palabras son deformes, y están impregnadas de una especie de bestialidad fantástica. Parece que se oye hablar a hidras.

Este lenguaje es lo ininteligible en lo tenebroso; rechina, y cuchichea, y completa el crepúsculo con el enigma. La noche mora en la desgracia, pero es aún más tenebrosa en el crimen. Estas dos negras sombras amalgamadas componen el argot. Oscuridad en la atmósfera, oscuridad en las acciones, oscuridad en las palabras. Espantosa lengua reptil, que va, viene, salta, se arrastra, babea y se mueve monstruosamente en esa inmensa bruma oscura, compuesta de lluvia, de noche, de hambre, de vicio, de mentira, de injusticia, de desnudez, de asfixia y de invierno; mediodía de los miserables.

¡Compadezcamos a los castigados! ¡Ah! ¿Qué somos nosotros mismos? ¿Qué soy yo que os hablo en este momento? ¿Qué sois vosotros que me escucháis? ¿De dónde venimos? ¿Estamos seguros de no haber hecho nada antes de haber nacido? La tierra no deja de tener semejanza con un presidio. ¿Quién sabe si el hombre no es más que un sentenciado de la Justicia Divina?

Mirad la vida de cerca, y veréis que es tal, que en toda ella se encuentra el castigo.

¿Sois lo que se llama un ser feliz? Estáis tristes todos los días. Cada día tiene su disgusto y su pequeño cuidado. Ayer temblabais por una salud que os es querida, hoy teméis por la vuestra; mañana tendréis una inquietud por el dinero; pasado mañana os inquietará la diatriba de un calumniador; el otro la

desgracia de un amigo; después el tiempo que hace; después cualquier cosa que se rompa o se pierda; después un placer que la conciencia o la columna vertebral os echan en cara; otra vez la marcha de los asuntos públicos. Y esto sin contar las penas del corazón, y así sucesivamente. Apenas se disipa una nube, se forma otra; apenas hay un día de sol y de alegría entre ciento. Y sin embargo, sois del pequeño número que goza de la felicidad. En cuanto a los demás hombres, la eterna noche se cierne sobre ellos.

Los ánimos reflexivos usan muy poco esta alocución: los felices y los desgraciados. En este mundo, vestíbulo de otro evidentemente, no hay seres felices.

La verdadera división humana es ésta: los luminosos y los tenebrosos.

Disminuir el número de los tenebrosos, aumentar el de los luminosos; tal es el gran objetivo. Por esto gritamos: ¡Enseñanza! ¡Ciencia! Aprender a leer es encender el fuego; toda sílaba deletreada brilla.

Pero el que dice luz, no dice necesariamente goces. También se padece en la luz, porque el exceso quema. La llama es enemiga de las alas. Arder sin cesar de volar es el prodigio del genio.

Cuando sepáis y améis, padeceréis aún. El día nace con lágrimas. Los luminosos lloran, aunque no sea más que por los tenebrosos.

II

Raíces

El argot es la lengua de los tenebrosos.

El pensamiento se conmueve en sus más sombrías profundidades: la filosofía social se sumerge en las meditaciones más dolorosas en presencia de este enigmático dialecto, a un mismo tiempo humillado y rebelde.

Allí es donde se encuentra el castigo visible. Cada sílaba tiene una significación marcada.

Las palabras de la lengua vulgar se presentan en el argot como contraídas y retorcidas por el hierro enrojecido del verdugo; y algunas parece que están humeando aún. Tal frase produce el mismo efecto que la marca de la flor de lis de un ladrón, a quien se desnuda de repente. La idea se opone siempre a dejarse expresar por esos sustantivos perseguidos por la justicia. La metáfora es algunas veces tan descarada, que se conoce que ha estado en la argolla.

Por lo demás, y a pesar de todo esto, y aun a causa de todo esto, esa jerga extraña tiene de derecho su habitación en el gran estante imparcial, en que hay un sitio para el ochavo oxidado como para la medalla de oro, y que se llama literatura. El argot, quiérase o no se quiera, tiene su sintaxis y su poesía: es una lengua; y si en la deformidad de ciertos vocablos se conoce que ha sido mascullada por Mandrin, en el esplendor de ciertas metonimias se descubre que la ha hablado Villon.

El siguiente verso, tan exquisito y tan célebre:

> *¿Do están las nieves de antaño?*[64]

es un verso de argot. «Antaño» —*ante annum*— es una palabra del argot de Túnez, que significaba el *año pasado*, y por extensión *en otro tiempo*. Hace treinta y cinco años aún podía leerse, en la época de la salida de la gran cadena de 1827, en uno de los calabozos de Bicêtre, esta máxima grabada con un clavo en la pared por un rey de Túnez, condenado a galeras: *O challt al antaño chalaban «siempre» por a bar de Coësre*. Lo que quiere decir: «Los reyes de otro tiempo iban siempre a hacerse consagrar». Para aquel rey, la consagración era el presidio.

La palabra *décarede*, que significa la partida de un carruaje pesado al galope, se atribuye a Villon, y es digna de él. Esta palabra, que echa fuego por las cuatro patas, resume en una onomatopeya magistral el admirable verso de

Lafontaine:

Tiraban de un «coche» seis fuertes caballos.

Bajo el punto de vista puramente literario, pocos estudios serán más curiosos y más fecundos que el del argot. Es una lengua dentro de la lengua común; una especie de excrecencia enfermiza; un injerto malsano que ha producido una vegetación; una parásita que tiene sus raíces en el viejo tronco-galo, y cuyo siniestro follaje se arrastra por un lado de la lengua. Esto es lo que podría llamarse el primer aspecto, el aspecto vulgar del argot. Mas para los que estudian la lengua como deben estudiarla, es decir, como los geólogos estudian la Tierra, el argot se presenta como un verdadero aluvión. Según que se ahonda más o menos, se encuentra en el argot por bajo del antiguo francés popular, el provenzal, el español, el italiano, el levantino, esa lengua de los puertos del Mediterráneo, el inglés y el alemán, el romance en sus tres variedades, el romance francés, el romance italiano, el romance romano, el latín y, en fin, el vasco y el celta. Formación extraña y oscura[65]. Edificio subterráneo construido en común por todos los miserables. Cada raza maldita ha formado una capa, cada padecimiento ha dejado caer una piedra, cada corazón ha dado un guijarro. Una multitud de almas criminales, bajas o irritadas que han atravesado la vida, y han ido a desvanecerse en la eternidad, están allí casi completas, y en cierto modo visibles, aun bajo la forma de una palabra monstruosa.

¿Se quieren voces españolas? El antiguo argot gótico las tiene en abundancia. Ahí están *boffete*, que viene de bofetón; *vantane*, después *vanterne*, que viene de ventana; *gat*, que viene de *gato*; *acite*, que viene de *aceite*. ¿Se quieren voces italianas? *Spade*, que viene de *spada*; *carvel*, barco, que viene de *caravella*. ¿Se quieren inglesas? *Bichot*, obispo, que viene de *bishop*; *raille*, espía, que viene de *rascal*, *rascalion*, pillo; *pilche*, estuche, que viene de *pilcher*, vaina. ¿Se quieren alemanas? *Caleur*, mozo, de *keller*; *hers*, amo, de *herzog*, duque. ¿Se quieren latinas? *Frangir*, romper, de *frangere*; *affurer*, robar, de *fur*; *cadene*, cadena, de *catena*. Hay una palabra que reaparece en todas las lenguas del continente con una especie de poder y autoridad misteriosa, la palabra *magnas*. Escocia ha sacado de ella *mac*, con que designa el jefe del Clan, Mac-Farlane, Mac-Callummore, el gran Farlane, el gran Callummore[66]; el argot ha sacado *meck*, y después *meg*, es decir, Dios. ¿Se quieren voces vascongadas? *Gahisto*, el diablo, que viene de *gaiztoa*, malo; *sorgabon*, buenas noches, que viene de *gabon*, buenas noches. ¿Se quieren celtas? *Blavin*, pañuelo, que viene de *blavet*, agua que corre;

menesse, mujer (en mal sentido), que viene de *meinec*, lleno de piedras; *barant*, arroyo, de *baranton*, fuente; *goffeur*, cerrajero, de *goff*, herrero; *guedouze*, muerte, de *guennu-du*, blanco negro. ¿Se quiere, en fin, la historia? El argot llama a los escudos *molieses*, en recuerdo de la moneda que corría en las galeras de Malta.

Además de los orígenes filológicos que acabamos de indicar, el argot tiene otras raíces más naturales aún, y que salen, por decirlo así, del mismo espíritu del hombre.

En primer lugar, hay que notar la creación directa de las palabras, que constituye el misterio de las lenguas. Pintar con palabras que tienen figura, aunque no se sepa cómo ni por qué, es el fondo primitivo de toda lengua humana; es lo que podría llamarse el granito de su construcción. El argot abunda en palabras de este género, palabras inmediatas, hechas de una pieza, no se sabe cómo ni por qué, sin etimología, sin analogía, sin derivados; palabras solitarias, bárbaras, repugnantes algunas veces, que tienen una singular fuerza de expresión, y que viven. El verdugo, el *taule*; el bosque, el *sabrl*; el miedo, la fuga, *taf*; el lacayo, el *carbin*; el general, el prefecto, el ministro, *pharos*; el diablo, *rabouin*. Nada es más extraño que estas palabras que disfrazan y presentan la idea. Algunas, como el *rabouin*, son al mismo tiempo grotescas y terribles, y producen el efecto de un gesto ciclópeo.

En segundo lugar, viene la metáfora; porque lo más propio de una lengua que quiere decirlo todo y ocultarlo todo es la abundancia de figuras. La metáfora es un enigma en que se refugian el ladrón que medita un golpe y el preso que combina una evasión. No hay ningún idioma más metafórico que el argot. *Trincar por el tronco*, agarrar por el cuello; la *nube*, la capa; *hacinar a uno*, juzgarle; un *ratón*, un ladrón de pan; *dardear, picar*, llover, figura antigua y asombrosa, que lleva su fecha en sí misma, y asimila tras largas líneas oblicuas de la lluvia a las picas espesas e inclinadas de los lansquenetes, y que contiene en una sola palabra la metonimia popular: «llueven chuzos». Algunas veces, a medida que el argot pasa de la primera época a la segunda, las palabras pasan del estado salvaje y primitivo al sentido metafórico.

El diablo, cesa de ser el *rabouin*, y se convierte en el *panadero*, el que anda en el horno. Esta significación es más ingeniosa, pero menos grande; es una cosa, como Racine después de Corneille; como Eurípides después de Esquilo.

Ciertas frases del argot que corresponden a las dos épocas, y tienen a la vez el carácter bárbaro y metafórico, parecen un efecto fantasmagórico. *Los muraos van a chorar queles a la luna* (los ladrones van a robar caballos por la noche). Esto pasa por la mente como un grupo de espectros: no se sabe lo que se ve.

En tercer lugar, tenemos la modificación. El argot vive de la lengua, y la usa a su capricho; la emplea al acaso, y se limita muchas veces, cuando tiene necesidad, a desnaturalizarla sumaria y gravemente. A veces con las palabras usuales así transformadas, y complicadas con palabras de argot puro, compone locuciones pintorescas, en que se descubre la mezcla de los dos elementos precedentes, la creación directa y la metáfora:

Del estaripen me sacan
a caballito en un quel,
por toda la polvorosa
zurrándome el barandel.

El forio, es un *jilí*; la foria, es *garticha*, y la dugida *juncal*; el ciudadano es tonto, la ciudadana es astuta, la hija es bonita. Muchas veces, con objeto de hacer perder la pista a los que escuchen, el argot se limita a añadir indistintamente a todas las palabras de la lengua una especie de cola innoble, una terminación o una anteposición en *cuti* o en *di*. Por ejemplo: *¿Tite tipatiretice tibien tiestecuti guitisatidoti?* (¿Te parece bueno este guisado?) frase dirigida por Cartouche a un carcelero para saber si le convenía la cantidad ofrecida por la evasión. Más recientemente se ha añadido la terminación en *mar*.

El argot, siendo el lenguaje de la corrupción, se corrompe muy pronto: además, como trata siempre de ocultarse, así que se ve comprendido, se transforma. Al contrario de que sucede en toda vegetación, en el argot, el rayo de luz mata lo que toca. Así, el argot va descomponiéndose y recomponiéndose sin cesar; trabajo rápido y oscuro que no se detiene nunca. El argot camina más en diez años, que la lengua en diez siglos. Así, el *larton* se convierte en *lartif*; el *gail* en *gaye*; la *fertanche* en *fertille*; el *momignard* en el *momacque*; los *siques* en *frusques*; la *chique* en *égrugeoir*; el *colabre* en *colas*. El diablo es primero *gahisto*, después el *rabouin*, después el *panadero*; el sacerdote es el *ratichon*, después el *jabalí*; el puñal es el *veintidós*, después el *surin*, después el *tingre*; los polizontes son *railles*, después *roussins*, después *rousses*, después *comerciantes de lazos*, después *coqueurs*, después *cognes*; el verdugo es el *taule*, después *Carlitos*, después el *buchí*, después el

cojuelo. En el siglo XVII, reñir es *darse para tabaco*; en el XIX es *darse de mojadas*. Veinte locuciones distintas han pasado entre estos dos extremos. Cartouche hablaría en griego para Lacenaire. Todas las palabras de esta lengua están perpetuamente en fuga como los hombres que las pronuncian.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, y a causa de este mismo movimiento, reaparece el antiguo argot y se hace nuevo. Tiene sus capitales donde se conserva. El Temple conservaba el argot del siglo XVII; Bicêtre, cuando era cárcel, conservaba el argot de Túnez; allí se oía la antigua terminación en *anche* de los antiguos tunecinos. *Bebeanches*, tú bebes; *creyanche*, él cree. Pero no por esto es menos ley el movimiento perpetuo.

Si el filósofo, para observarla, llega a fijar por un momento esta lengua, que se evapora sin cesar, cae en dolorosas y útiles meditaciones. Ningún estudio es más eficaz y más fecundo en enseñanzas. No hay una metáfora, ni una etimología del argot que no contenga una lección. Entre esos hombres *golpear* quiere decir *hender*; la astucia es su fuerza.

Para ellos, la idea del hombre no se separa de la idea de la sombra. La noche se dice la *sorgue*, el hombre el *orgue*. El hombre es un derivado de la noche.

Se han acostumbrado a considerar la sociedad como una atmósfera que les mata, como una fuerza fatal; y hablan de su libertad como hablarían de su salud. Un hombre preso es un *enfermo*; un hombre condenado es un *muerto*.

Lo más terrible para el encarcelado, en las cuatro paredes de piedra que le sepultan, es una especie de castidad glacial; al calabozo le llama *el casto*. En ese lugar fúnebre, la vida exterior se presenta siempre bajo el más grato aspecto; el preso tiene grilletes en los pies. ¿Creéis acaso que piensa en que se anda con los pies? No. Piensa en que se baila con los pies: así en el momento en que consigue limar los grilletes, su primera idea es que puede bailar, y llama a la lima *la bailadora*. Un *nombre* es un *centro*, profunda asimilación. El bandido tiene dos cabezas; la una que razona sus acciones, y le guía toda su vida; la otra, que tiene sobre sus hombros el día de su muerte: llama a la cabeza que le aconseja el crimen, *la sorbona*, y a la cabeza que expía, *el troncho*. Cuando un hombre no tiene más que harapos sobre el cuerpo, y vicios en el corazón; cuando ha llegado a esa doble degradación material y moral que caracteriza en sus dos acepciones la palabra *miserable*, es lo más propio para el crimen; es como un cuchillo bien afilado: tiene dos filos, su miseria y su maldad; así el argot no dice un «miserable»; dice un *choré*. ¿Qué

es el presidio? Un brasero de condenación, un infierno. El forzado se llama un *sarmiento*. En fin, ¿qué nombre dan los malhechores a la cárcel? El *colegio*.

Todo un sistema penitenciario puede salir de esta palabra.

¿Se quiere saber de dónde han salido la mayor parte de las canciones del presidio, esos estribillos, llamados en el vocabulario especial las *lirlonfas*? Pues oíd:

Había en el Châtelet de París un subterráneo muy grande, que estaba ocho pies más bajo que el nivel del Sena. No tenía, ni ventanas, ni respiraderos; la única abertura era la puerta. Los hombres podían entrar allí, el aire no. Esta cueva tenía por techo una bóveda de piedra, y por suelo diez pulgadas de fango. Había sido enlosada; pero el enlosado se había podrido y abierto con el agua rezumada. A ocho pies por encima del suelo, una larga y gruesa viga atravesaba el subterráneo de parte a parte; y de esta viga caían, de distancia en distancia, cadenas de tres pies de longitud, en cuyo extremo había una argolla. En aquella cueva se encerraba a los condenados a galeras, hasta que salían para Tolón.

Se les llevaba hasta ponerlos debajo de la viga, donde a cada uno esperaba una cadena oscilando en las tinieblas. Las caconas, es decir, los brazos colgando, y las argollas, es decir las manos abiertas, cogían a aquellos miserables por el cuello. Se remachaba el hierro, y se los dejaba allí. La cadena era demasiado corta, y no podían echarse; permanecían inmóviles en la cueva, en aquella oscuridad, bajo aquella viga, casi colgados, haciendo esfuerzos inauditos para alcanzar el pan o el cántaro, con la bóveda sobre la cabeza y el lodo hasta media pierna; corriendo sus excrementos por sus muslos, rendidos de fatiga, doblándose por las caderas y por las rodillas, agarrándose con las manos a la cadena para descansar, sin poder dormir más que de pie, despertándose a cada instante porque les ahogaba la argolla: algunos no volvían a despertar. Para comer, subían con el talón a lo largo de la pierna hasta la mano el pan que se les arrojaba en el lodo. ¿Y cuánto tiempo estaban así? Un mes, dos meses, seis meses; uno estuvo un año. Aquello era la antecámara de las galeras; y se entraba allí por haber robado una liebre al rey. ¿Y qué hacían en aquel sepulcro-infierno? Lo que se puede hacer en un sepulcro, agonizaban; y lo que se puede hacer en un infierno, cantaban; porque cuando ya no queda esperanza, queda aún el canto.

En las aguas de Malta, cuando una galera se aproximaba, oíase el canto antes que los remos. El pobre cazador furtivo Survincent, que había estado en

el subterráneo del Châtelet, decía: «Las rimas me han sostenido». Inutilidad de la poesía. ¿Para qué sirve la rima? En aquel subterráneo nacieron casi todas las canciones del argot. Del calabozo del gran Châtelet de París salió el melancólico mote de la galera de Montgomery: *Timalumisen timalumison*. La mayor parte de estas canciones son lúgubres; algunas son alegres; una es tierna:

Aquí ves el teatro

Del dios vendado.

Por más que se haga, nunca se podrá borrar del corazón del hombre el amor.

En ese mundo de acciones sombrías se guarda el secreto. El secreto es de todos; el secreto para esos miserables es la unidad que sirve de base a la unión. Romperle, es arrancar a cada miembro de esta comunidad terrible alguna cosa de sí mismo. Denunciar en el enérgico lenguaje del argot es: *Comer el pedazo*. Como si el denunciador se llevase un poco de la sustancia de todos, y se alimentase con un trozo de carne de cada uno.

¿Qué es recibir un bofetón? La metáfora responde: *Es ver las estrellas*. Aquí interviene el argot; y dice: candelillas, *humazo*; y el lenguaje usual francés da al bofetón (soufflet) por sinónimo *humazo* (camouflet). Así, por una especie de penetración de abajo arriba, la metáfora, esa trayectoria incalculable, hace subir al argot desde la caverna a la academia. Poulaillier, diciendo *Enciendo mi candela* (camouflet), hace escribir a Voltaire: *Langleviel La Beaumelle merece cien bofetones* (camouflets).

Las investigaciones sobre el argot traen un descubrimiento a cada paso. El estudio profundo de este extraño idioma nos lleva al misterioso punto de intersección de la sociedad regular con la sociedad maldita.

El ladrón tiene también su carne de cañón, la materia robable, vosotros, yo, cualquiera que pasa; el *pantre* (pan, todo el mundo).

El argot es el verbo hecho presidiario.

Y realmente asusta que el principio pensante del hombre pueda ser llevado tan abajo, y arrastrado y oprimido allí por las oscuras tiranías de la fatalidad; que pueda estar sujeto por desconocidos vínculos en ese precipicio.

¡Oh, pobre pensamiento de los miserables!

¡Ah! ¿No acudirá nadie al socorro del alma humana que yace en esa sombra? ¿Será su destino esperar en ella para siempre el espíritu, el libertador,

el inmenso jinete de los pegasos y de los hipogrifos, el soldado de color de aurora, que desciende del azul entre dos alas, el radiante caballero del porvenir? ¿Llamará siempre en vano a su auxilio la lanza de luz del ideal? ¿Está condenada a oír llegar espantosamente en el espesor del abismo al Mal, y a entrever cada vez más cerca, bajo las aguas repugnantes, esa cabeza de dragón, esa boca arrojando espuma, esa ondulación serpenteante de garras, de hinchazones y de anillos? ¿Será preciso que viva allí sin un resplandor, sin esperanza, entregada a esa aproximación formidable y vagamente sentida del monstruo, temblorosa, con el cabello suelto, retorciéndose los brazos, encadenada para siempre a la roca de la noche, sombría Andrómeda, pálida y desnuda en las tinieblas?

III

Argot que llora y argot que ríe

Como hemos dicho, el argot completo, el argot de hace cuatrocientos años, como el argot de hoy, está penetrado de ese tenebroso espíritu simbólico, que da a todas las palabras, ya un aspecto dolorido, ya un aire amenazador. Se descubre en ellas la antigua y terrible tristeza de los truhanes de la Corte de los Milagros, que jugaban a las cartas con naipes especiales, de los cuales se han conservado algunos. El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un gran árbol con ocho grandes hojas de trébol, especie de personificación fantástica del bosque. Al pie del árbol se veía una hoguera, en que tres liebres asaban a un cazador en el asador, y detrás, en otra hoguera, una marmita humeante, de donde salía la cabeza de un perro.

Nada más lúgubre que estas represalias en pintura, y en una baraja, en presencia de las hogueras que quemaban a los contrabandistas, y de la caldera en que se cocían los monederos falsos. Las diversas formas que tomaba el pensamiento en el reino del argot, hasta la canción, hasta la burla, hasta la amenaza, tenían este carácter impotente y humillado.

Todas las canciones, cuya música se ha conservado alguna vez, eran humildes y lastimeras. El *pigre* se llamaba *pobre pigre*, y siempre es la liebre que se oculta; el ratón que se escapa, el pájaro que huye. Apenas reclama; se limita a suspirar; uno de sus gemidos ha llegado hasta nosotros: *Mande na jabillo sasta Debel, o batu de manuces, asti traelar a desqueres chaboros y junelar desqueres bariches bi traelarse*[67]. El miserable, siempre que tiene tiempo de pensar, se hace pequeño ante la ley, y despreciable ante la sociedad: se echa boca abajo, suplica, se vuelve hacia la piedad; se conoce que sabe sus faltas.

Hacia mediados del último siglo se verificó un cambio. Las canciones de la cárcel, los ritornelos de los ladrones tomaron, por decirlo así, un gesto insolente y jovial. El quejumbroso *maluré* fue reemplazado por *larifla*. En el siglo XVIII vuelve a encontrarse en casi todas las canciones de las galeras y de los presidios, una alegría diabólica y enigmática. Se oye este estribillo estridente que parece iluminado por una luz fosfórica, y arrojado en un bosque por un fuego fatuo, tocando el pífano:

Mirlababi, surlababo,

Mirliton ribon ribette,

Surlababi, mirlababo,

Mirliton ribon ribo.

Esto se cantaba mientras se degollaba a un hombre en una cueva o en un escondrijo del bosque.

Síntoma grave. En el siglo XVIII, la antigua melancolía de esas tristes clases se disipa, se echan a reír, se burlan del gran *Debel* y del gran *benguistano*. Desde el tiempo de Luis XV llaman al rey de Francia «el marqués de Pantin». Ya están casi alegres. Una especie de ligera luz sale de estos miserables como si la conciencia no les pesase nada. Esas lastimeras tribus de la sombra no tienen ya solamente la audacia desesperada de las acciones, sino también la osadía negligente del ingenio. Indicio de que pierden el sentimiento de su criminalidad, y de que encuentran hasta entre los pensadores y los utopistas un apoyo, que desconocen ellos mismos; indicio de que el robo y el pillaje principian a infiltrarse hasta en las doctrinas y en los sofismas; de manera que pierden algo de su fealdad, prestando una gran parte de ella a los sofismas y a las doctrinas; indicio, en fin, si no se distrae esta corriente, de que se aproxima una explosión prodigiosa.

Detengámonos aquí un momento. ¿A quién acusamos? ¿Al siglo XVIII? ¿A su filosofía? No, ciertamente. La obra del siglo XVIII es sana y buena. Los enciclopedistas con Diderot a la cabeza; los fisiócratas con Turgot a la cabeza; los filósofos con Voltaire a la cabeza; los utopistas con Rousseau a la cabeza, son las cuatro legiones sagradas, a las cuales se debe el inmenso paso dado por la humanidad hacia la luz. Son las cuatro vanguardias del género humano, dirigiéndose a los cuatro puntos cardinales del progreso. Diderot a lo bello, Turgot a lo útil, Voltaire hacia lo verdadero, Rousseau hacia lo justo.

Pero al lado y por bajo de los filósofos estaban los sofistas, vegetación venenosa mezclada con el progreso saludable, cicuta en un bosque virgen. Mientras que el verdugo quemaba en el atrio del Palacio de Justicia los grandes libros libertadores del siglo, escritores, hoy olvidados, publicaban, con privilegio del rey, ciertos escritos extrañamente desorganizadores, ávidamente leídos por los miserables. Algunas de estas publicaciones, patrocinadas, cosa singular, por un príncipe, se encuentran en la *Biblioteca secreta*. Estos hechos profundos, pero ignorados, no eran conocidos en la superficie. Algunas veces, la oscuridad de un hecho constituye su peligro: es oscuro, porque es subterráneo. De todos los escritores, el que quizá ahondó en las masas la galería más insalubre, fue Restif de la Bretonne.

Este trabajo, común a toda Europa, hizo más estragos en Alemania que en ninguna otra parte. En Alemania, durante cierto periodo, resumido por Schiller en su famoso drama *Los Bandidos*, el robo y el pillaje se erigían en protesta contra la propiedad y el trabajo; se asimilaban ciertas ideas elementales, especiosas y falsas, justas en apariencia, absurdas en realidad; se envolvían en estas ideas, desaparecían en ellas en cierto modo: tomaban un nombre abstracto, y pasaban al estado de teoría; y de esta manera circulaban entre la multitud laboriosa, paciente y honrada, sin noticia de los mismos químicos imprudentes que habían preparado la mixtura; sin saberlo las masas que la aceptaban. Siempre que se verifica un hecho de este género es muy grave. El padecimiento engendra la cólera, y mientras que las clases prosperan, se ciegan o se adormecen, lo cual es siempre cerrar los ojos, el odio de las clases desgraciadas enciende su antorcha a la luz de algún ánimo tétrico o contrahecho, que sueña en un rincón, y con ella se pone a examinar la sociedad. ¡El examen del odio! ¡Cosa terrible!

De aquí provienen, si la desgracia de los tiempos lo quiere, esas terribles conmociones que antes se llamaban *jacquerías*, a cuyo lado las agitaciones puramente políticas son juegos de niños, que no son ya la lucha del oprimido contra el opresor, sino la rebelión del malestar contra el bienestar. Todo se derrumba entonces.

Las *jacquerías* son temblores del pueblo.

Este peligro, inminente quizá en Europa a fines del siglo XVIII, fue el que vino a detener la Revolución francesa, ese acto inmenso de probidad.

La Revolución francesa, que no es más que lo ideal armado de la espada, se levantó, y con el mismo movimiento brusco, cerró la puerta del mal, y abrió la puerta del bien.

Desprendió la cuestión de todo lo que la oscurecía, promulgó la verdad, expulsó el miasma, saneó el siglo, y coronó al pueblo.

Puede decirse de ella que ha creado al hombre por segunda vez, dándole una segunda alma: el derecho.

El siglo XIX hereda y beneficia su obra; y hoy la catástrofe social que hemos indicado hace poco, es simplemente imposible. Denunciarla es ceguedad; temerla, necedad. La revolución es la vacuna de la *jacquería*.

Gracias a la revolución, las condiciones sociales han cambiado. Las enfermedades feudales y monárquicas no están ya en nuestra sangre; ya no

hay nada de la Edad Media en nuestra constitución. No estamos ya en aquellos tiempos en que horribles palpitaciones interiores hacían una irrupción, en que se oía bajo los pies el oscuro rumor de un ruido sordo, en que aparecían en la superficie de la civilización ciertos levantamientos de galerías secretas; en que el suelo se abría; en que se abrían las bóvedas de las cavernas, y se veían salir de repente de la tierra cabezas monstruosas.

El sentido revolucionario es un sentido moral. El sentimiento del derecho desarrollado desarrolla el sentimiento del deber. La ley de todos es la libertad, que concluye donde empieza la libertad de otro, según la admirable definición de Robespierre. Desde 1789, el pueblo entero se dilata en el individuo realzado; no hay ningún pobre, que teniendo su derecho, no tenga su rayo de luz; el hambriento siente dentro de sí mismo la honradez de Francia; la dignidad del ciudadano es una armadura interior; el que es libre, es escrupuloso; el que vota, reina. De aquí proviene la incorruptibilidad; de aquí el aborto de esas ambiciones funestas; de aquí el que los ojos se bajen heroicamente ante las tentaciones.

El saneamiento revolucionario es tal, que en un día de libertad, en un 14 de julio, en un 10 de agosto, no hay populacho. El primer grito de la multitud iluminada y engrandecida es: «¡Pena de muerte al ladrón!». El progreso es honrado; lo ideal y lo absoluto no encubren nada. ¿Quién escoltó en 1848 los furgones que llevaban las riquezas de las Tullerías? Los traperos del arrabal Saint-Antoine. El harapo hizo la guardia ante el tesoro: la virtud hizo resplandecientes a estos haraposos. En aquellos furgones estaba, en cajas apenas cerradas o entreabiertas, entre cien estuches brillantes, la antigua corona de Francia, toda de diamantes, terminada por el carbunclo de la monarquía, es decir, por el regente, que vale treinta millones de francos. Con los pies descalzos guardaban aquella corona.

Acabose, pues, la *jacquería*. Lo siento por los hábiles. Con ella se va el temor que ha causado su último efecto, y que no podrá ya ser empleado en política; se ha roto el resorte del espectro rojo; todo el mundo lo sabe; el espantajo no espanta ya; los pájaros se toman familiaridades con el maniquí; los gorriones se posan en él; los ciudadanos se ríen de él.

IV

Los dos deberes: velar y esperar

Siendo esto así, ¿se ha disipado todo peligro social? No. No hay ya *jacquería*; la sociedad puede estar tranquila por este lado; no se le subirá ya la sangre a la cabeza; pero medite en el modo con que respira. La apoplejía no es de temer, pero sí la tisis. La tisis social se llama miseria.

Lo mismo se muere minado que aplastado.

No nos cansaremos de repetirlo: pensar ante todo en la multitud desheredada y dolorida, consolarla, darle aire y luz, amarla, ensanchar magníficamente su horizonte, prodigarle la educación bajo todas sus formas, ofrecerle el ejemplo del trabajo, nunca el de la ociosidad, aminorar el peso de la carga individual, aumentando la noción del fin universal, limitar la pobreza sin limitar la riqueza, crear vastos campos de actividad pública y popular, tener como Briareo cien manos que tender por todas partes a los débiles y a los oprimidos, emplear el poder colectivo en ese gran deber de abrir talleres a todos los brazos, escuelas a todas las aptitudes, y laboratorios a todas las inteligencias; aumentar el salario, disminuir el trabajo, equilibrar el deber y el haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo, y la saciedad a la necesidad; en una palabra, hacer despedir al aparato social más claridad y más bienestar en provecho de los que padecen y de los que ignoran; ésta es, que las almas simpáticas no lo olviden, la primera de las obligaciones fraternales; ésta es, que los corazones egoístas lo sepan, la primera de las necesidades políticas.

Y sin embargo, todo esto no es más que un principio. La verdadera cuestión es ésta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

No insistimos más, porque no es éste el lugar de hacerlo.

Si la naturaleza se llama Providencia, la sociedad debe llamarse Previsión.

El crecimiento intelectual y moral no es menos indispensable que el mejoramiento material. La ciencia es un viático, el pensamiento es de primera necesidad; la verdad es un alimento como el trigo. Una razón sin ciencia y sin prudencia, se enflaquece. Compadezcamos lo mismo que a los estómagos, a los ánimos que no comen. Si hay algo más doloroso que un cuerpo agonizante por falta de alimento, es un alma que muere de hambre de luz.

El progreso tiende a la solución del problema. Llegará un día en que todo el mundo se asombre. El género humano, subiendo siempre, conseguirá que

las capas más profundas salgan naturalmente de la zona de desgracia. La desaparición de la miseria se hará por una simple elevación de nivel.

Nadie puede dudar de esta gran solución.

Es verdad que lo pasado tiene mucha vida aun a la hora en que escribimos. Revive; y este rejuvenecimiento de un cadáver es una cosa sorprendente. Anda y se acerca; parece triunfante; es un muerto conquistador; llega con su legión, las supersticiones; con su espada, el despotismo; con su bandera, la ignorancia; en poco tiempo ha ganado diez batallas, avanza, amenaza, se ríe, y está a nuestras puertas. En cuanto a nosotros, no por eso desesperamos; vendamos el terreno donde está acampado Aníbal.

Nosotros, los que creemos, ¿qué podemos temer?

No hay retroceso en las ideas, como no lo hay en los ríos.

Pero reflexionen los que no quieren el porvenir; diciendo no al progreso, no es el porvenir lo que condenan, sino a sí mismos. Se crean una enfermedad sombría; se inoculan el mal de lo pasado. No hay más que una manera de negarse a ser Mañana: morir.

Pero nosotros no queremos ninguna muerte; la del cuerpo lo más tarde posible; la del alma, nunca.

Sí, el enigma dirá su palabra; la esfinge hablará; el problema se resolverá. Sí; el pueblo, bosquejado por el siglo XVIII, será perfeccionado por el siglo XIX. El que lo niegue, será un idiota. La perfección futura, el estado próximo del bienestar universal es un fenómeno divinamente fatal.

Los hechos humanos están regidos por inmensos empujes simultáneos que los llevan a todos, y en un tiempo dado, al estado lógico; es decir, al equilibrio y a la equidad. Una fuerza terrena y celestial resulta de la humanidad, y la gobierna; esta fuerza hace milagros; los desenlaces maravillosos no le son más difíciles que las peripecias extraordinarias. Auxiliada por la ciencia que viene del hombre, y por el suceso, que viene de otra parte, se asusta poco de esas contradicciones en el enunciado de los problemas, que parecen imposibilidades al vulgo. No es menos hábil para sacar una solución de la afinidad de ideas, que una enseñanza de la afinidad de hechos; y todo se puede esperar de ese misterioso poder del progreso, que el mejor día pone al Oriente frente al Occidente en el fondo de un sepulcro, y hace hablar a los imanes con Bonaparte en el interior de la gran pirámide.

Mientras tanto, no nos paremos, no vacilemos, no nos detengamos en la

grandiosa marcha de las inteligencias. La filosofía social es esencialmente la ciencia de la paz: tiene por objeto, y debe tener por resultado, disolver la cólera en el estudio del antagonismo; examina, escudriña, analiza, y después recompone; procede por vía de reducción, separando siempre el odio.

Que una sociedad desaparezca ante el viento que se desencadena sobre los hombres, lo hemos visto más de una vez; la historia está llena de naufragios de pueblos y de imperios; costumbres, leyes, religiones, todo desaparece el día menos pensado ante el huracán desconocido que pasa y lo arrastra.

Las civilizaciones de la India, de Caldea, de Persia, de Asiria, de Egipto, han desaparecido una tras otra. ¿Por qué? Lo ignoramos. ¿Cuáles fueron las causas de esos desastres? No lo sabemos. ¿Habrían podido salvarse esas sociedades? ¿Fue suya la culpa? ¿Han alimentado algún vicio fatal que las ha perdido? ¿En qué cantidad entra el suicidio en esas muertes terribles de una nación y de una raza? Estas cuestiones no tienen respuesta.

La sombra cubre las civilizaciones condenadas. Hacían agua, pues que se han ido al fondo; no tenemos más que decir. Y miramos con cierta especie de asombro, en el fondo de ese mar que se llama pasado, detrás de esas olas colosales que se llaman siglos, zozobrar esos inmensos buques Babilonia, Nínive, Tarsis, Tebas, Roma, bajo el soplo espantoso que sale de todas las bocas de tinieblas.

Pero estas tinieblas se quedan allí; aquí tenemos luz. Ignoramos los males de las civilizaciones antiguas; pero conocemos las enfermedades de la nuestra; en todas partes tenemos sobre ella el derecho de la luz; contemplamos sus bellezas, y ponemos al descubierto sus deformidades. Donde tiene un dolor, le sondeamos; y consignado el padecimiento, el estudio de la causa nos lleva al descubrimiento del remedio. Nuestra civilización, obra de veinte siglos, es a un tiempo un monstruo y un prodigio; y vale bien la pena de que la salvemos. Y será salvada. Consolarla, es ya mucho; iluminarla, es algo más. Todos los trabajos de la filosofía social moderna deben dirigirse hacia este punto. El pensador moderno tiene un gran deber: auscultar la civilización.

Lo repetimos: esta auscultación es un estímulo; y con esta insistencia en el estímulo queremos concluir estas páginas, entreacto austero de un drama doloroso. Bajo la mortalidad social se descubre la inmortalidad humana. Porque el globo tenga aquí y allí esas heridas que se llaman cráteres, y esas herpes llamadas solfataras; porque haya un volcán que se abra y arroje su pus,

el globo no muere. Los males del pueblo no matan al hombre.

Y, sin embargo, el que estudia la clínica social tiembla a cada momento. Los más fuertes, como los más sensibles, como los más lógicos, tienen sus horas de desfallecimiento.

¿Llegará el porvenir? Parece que casi es posible hacer esta pregunta cuando se descubren tantas sombras terribles, tan oscuras faces entre los egoístas y los miserables; en los egoístas, las preocupaciones, las tinieblas de una educación rica, el apetito aumentado por la embriaguez, un aturdimiento de prosperidad que asombra, el temor de padecer, que en algunos llega hasta la aversión hacia los que padecen, una satisfacción implacable, el yo tan hinchado que cierra las puertas del alma; en los miserables, la ambición, la envidia, el odio, que proviene de ver gozar a los demás, las profundas sacudidas de la fiera humana hacia la saciedad del apetito, corazones llenos de bruma, la tristeza, la fatalidad, la necesidad, la ignorancia simple e impura.

¿Debemos continuar elevando los ojos al cielo? ¿El punto luminoso que en él se distingue es de los que se apagan? Es muy terrible ver así lo ideal perdido en las profundidades, pequeño, aislado, imperceptible, brillante, pero rodeado de todas esas grandes amenazas negras, monstruosamente amontonadas en su derredor. Sin embargo, no hay más peligro que el que corre una estrella en boca de una nube.

LIBRO OCTAVO

Los encantos y las desolaciones

I

Plena luz

El lector habrá comprendido que Éponine, después de ver a través de la verja al habitante de la calle Plumet, adonde la había enviado la Magnon, había empezado por apartar a los bandidos de la calle Plumet, y luego había llevado allí a Marius, y después de varios días de éxtasis delante de esta verja, Marius, llevado por esa fuerza que arrastra al hierro hacia el imán, y al enamorado hacia las piedras de que está hecha la casa de la que ama, había acabado por entrar en el jardín de Cosette, como Romeo en el jardín de Julieta. Pero le había sido más fácil que a Romeo, porque éste tuvo que escalar una pared y Marius no tuvo más que forzar un poco los barrotes de la verja decrépita que vacilaba en su alvéolo enmohecido como los dientes de los viejos. Marius era delgado y pasó por allí fácilmente.

Como no había nunca nadie en la calle, y además Marius no penetraba en el jardín más que de noche, no corría el riesgo de ser visto.

A partir de la hora bendita y santa en que un beso unió dos almas, Marius fue allí todas las noches. Si en aquel momento de su vida Cosette se hubiera enamorado de un hombre poco escrupuloso y libertino, habría estado perdida; pues hay naturalezas generosas que se entregan, y Cosette era una de ellas. Una de las magnanimidades de la mujer es ceder. El amor, en esa altura en que es absoluto, provoca una especie de celestial ceguera del pudor. ¡Pero cuántos peligros corréis, almas nobles! A menudo, dais el corazón, pero nosotros tomamos el cuerpo. Vuestro corazón os queda, y lo miráis en la sombra temblando. El amor no tiene término medio, o pierde o salva. Todo el destino humano está encerrado en este dilema. Este dilema, pérdida o salvación, no lo plantea tan inexorablemente ninguna fatalidad como el amor. El amor es la vida, si no es la muerte. Cuna; féretro también. El mismo sentimiento dice sí y no en el corazón humano. De todas las cosas que Dios ha hecho, el corazón humano es el que desprende más luz, pero también más sombra.

Dios quiso que el amor que encontró Cosette fuese uno de esos amores que salvan.

Mientras duró el mes de mayo de aquel año de 1832, hubo todas las noches, en aquel pobre jardín silvestre, bajo el follaje cada día más embalsamado y más espeso, dos seres compuestos de todas las castidades y de

todas las inocencias, desbordando de todas las felicidades del cielo; más cercanos a los arcángeles que a los hombres, puros, honestos, embriagados, radiantes, que brillaban uno para el otro en las tinieblas. Parecíale a Cosette que Marius tenía una corona, y a Marius que Cosette tenía un nimbo. Se tocaban, se miraban, se tomaban las manos, se apretaban uno contra otro, pero había una distancia que no atravesaban; y no era que la respetasen, sino que la ignoraban. Marius tenía una barrera, la pureza de Cosette, y Cosette tenía un apoyo, la lealtad de Marius. El primer beso había sido también el último. Marius, después, no había hecho más que rozar la mano con sus labios, o el vestido, o un bucle de los cabellos de Cosette. Cosette era para él un perfume, y no una mujer. La respiraba. Ella no negaba nunca, y él nada pedía. Cosette era feliz, y Marius estaba satisfecho. Vivían en ese feliz estado que podría llamarse el deslumbramiento de un alma por otra alma. Era el inefable primer abrazo de dos virginidades en el ideal. Dos cisnes se encontraban en el Jungfrau.

En aquella hora del amor, hora en que el deleite se calla absolutamente bajo el poder del éxtasis, Marius, el puro y seráfico Marius, hubiese sido capaz de subir a la habitación de una prostituta antes que de levantar la punta del vestido de Cosette a la altura del tobillo. Una vez, a la luz de la luna, Cosette se inclinó para recoger algo del suelo, su corpiño se entreabrió y dejó al descubierto el nacimiento del cuello. Marius desvió la mirada.

¿Qué pasaba entre aquellos dos seres?

Nada. Se adoraban.

Por la noche, cuando estaban allí, el jardín parecía un lugar vivo y sagrado. Todas las flores se abrían a su alrededor y les enviaban perfumes, y ellos abrían sus almas y las derramaban sobre las flores. La vegetación, lasciva y vigorosa, se estremecía llena de savia y de alegría en torno a aquellos dos inocentes, y ellos se decían palabras de amor que hacían estremecer los árboles.

¿Qué eran esas palabras? Soplos, nada más. Esos murmullos bastaban para turbar y conmover toda aquella naturaleza. Poder mágico que apenas se podría comprender si se leyesen en un libro esas conversaciones, nacidas para ser arrastradas y disipadas como el humo por el viento bajo las hojas. Quitad a los murmullos de dos amantes la melodía que sale del alma, y que los acompaña como una lira, y lo que queda no es más que sombra. ¿No es más que eso? Sí, niñerías, repeticiones, risas por nada, inutilidades, tonterías, todo

lo que hay en el mundo de más sublime y profundo. ¡Las únicas cosas que merecen ser dichas y ser escuchadas!

El hombre que no ha escuchado ni pronunciado nunca esas tonterías, esas pequeñeces, es un imbécil, un hombre ruin.

Cosette decía a Marius:

—¿Sabes…?

(A través de esta celeste virginidad, y sin que les fuese posible ni a uno ni a otro decir cómo, se trataban de tú).

—¿Sabes? Me llamo Euphrasie.

—¿Euphrasie? No, te llamas Cosette.

—¡Oh! Cosette es un nombre muy feo que me pusieron cuando era niña. Pero mi verdadero nombre es Euphrasie. ¿No te gusta este nombre?

—Sí… Pero Cosette no es feo.

—¿Te gusta más que Euphrasie?

—Pues… Sí.

—Entonces a mí también me gusta más. Es verdad, es bonito, Cosette. Llámame Cosette.

Y la sonrisa con que acompañaba estas palabras hacía del diálogo un idilio digno de un bosque que estuviera en el cielo.

Otra vez, ella le miraba fijamente y exclamaba:

—Caballero, sois hermoso, muy guapo, tenéis talento, no sois tonto del todo, sois mucho más sabio que yo, pero os desafío con esto: ¡te amo!

Y Marius, volando por los espacios celestes, creía oír una estrofa cantada por una estrella.

O bien ella le daba un golpecito porque tosía, y le decía:

—No tosáis, caballero. No quiero que en mi casa se tosa sin mi permiso. Es muy feo eso de toser e inquietarme. Quiero que estés bien, porque si estuvieras mal, yo sería muy desgraciada. ¿Qué haría yo?

Y aquello era algo divino.

Una vez Marius dijo a Cosette:

—Figúrate que una vez creí que te llamabas Ursule.

Y esto les hizo reír toda la noche.

En medio de otra conversación, exclamó Marius:

—¡Oh! Un día en el Luxemburgo, tuve deseos de acabar de estropear a un inválido.

Pero se detuvo en seco, y no fue más allá. Hubiera sido preciso hablar a Cosette de la liga, y esto era imposible. Había entre ellos una especie de barrera desconocida, la carne, ante la cual retrocedía con cierto temor sagrado aquel amor inocente.

Marius se figuraba que esto era vivir con Cosette, y que ya no había nada más en el mundo; ir todas las noches a la calle Plumet, separar el complaciente hierro de la verja del presidente, sentarse junto a ella en aquel banco, mirar a través de los árboles el centelleo del principio de la noche, poner en contacto el pliegue de la rodilla de su pantalón con la falda de Cosette, acariciarle la uña del pulgar, decirle tú, respirar uno después de otro el perfume de la misma flor, por siempre, indefinidamente.

Pero mientras tanto las nubes pasaban sobre sus cabezas. Siempre que sopla el viento, arrastra más sueños del hombre que nubes del cielo.

Aquel casto amor, casi esquivo, no rechazaba absolutamente la galantería. «Hacer cumplidos» a la que se ama es la primera manera de hacer caricias, es un ensayo de audacia. El cumplido es como un beso a través de un velo. La voluptuosidad envuelve en él su germen, ocultándose. Delante del deleite, el corazón retrocede para amar mejor. Las zalamerías de Marius, saturadas todas de quimera, eran, por decirlo así, celestes. Los pájaros, cuando vuelan allí arriba al lado de los ángeles, deben oír muchas de esas palabras. En ellas, no obstante, ponía Marius la vida, la humanidad, toda la cantidad de positivismo de que era capaz. Eran lo que se diría en la gruta, el preludio de lo que se diría en la alcoba; una efusión lírica, la estrofa y el soneto mezclados, las gentiles hipérboles del arrullo; todos los refinamientos de la adoración colocados en un ramillete y exhalando un sutil perfume celeste, un inefable murmullo de corazón a corazón.

—¡Oh! —murmuraba Marius—. ¡Qué hermosa eres! No me atrevo a mirarte. Por eso te contemplo. Eres una gracia. No sé lo que tengo. El borde de tu vestido, cuando asomas la punta del pie, me trastorna. ¡Y qué resplandor desprendes cuando se entreabre tu pensamiento! Siempre hablas con razón. A

veces me parece que eres un sueño. Habla, te escucho, te admiro. ¡Oh, qué raro y encantador es todo esto! Sois adorable, señorita. Estudio tus pies con el microscopio, y tu alma con el telescopio.

Y Cosette respondía:

—Te amo un poquito más, por todo el tiempo que ha pasado desde esta mañana.

Preguntas y respuestas iban sucediéndose en este diálogo, cayendo siempre sobre el amor, como las figurillas de saúco sobre el clavo.

Toda la persona de Cosette era sencillez, ingenuidad, transparencia, blancura, candor, luz. Podía decirse de ella que era clara. Causaba a quien la veía una sensación como de abril y aurora. Había rocío en sus ojos. Cosette era la condensación de luz de la aurora en forma de mujer.

Era una cosa muy natural que Marius, adorándola, la admirase. Pero la verdad es que aquella pequeña pensionista, tierna flor del convento, hablaba con una penetración exquisita, y decía a veces toda clase de cosas verdaderas y delicadas. Su charla era conversación; no se engañaba en ningún asunto, y veía siempre lo justo. La mujer siente y habla con el tierno instinto del corazón, que es infalible. Nadie como una mujer sabe decir cosas a la vez dulces y profundas. La dulzura y la profundidad constituyen la mujer; ahí está todo el cielo.

En esta plena felicidad, les asomaban a cada instante lágrimas a los ojos. Un insectillo aplastado, una pluma caída, una rama de árbol rota, los estremecía, y su éxtasis, dulcemente impregnado de melancolía, parecía que no pedía más que llorar. El síntoma más grande del amor es un estremecimiento casi insoportable algunas veces.

Y además —todas estas contradicciones son el juego de los relámpagos amorosos—, se reían espontáneamente y con gran libertad, tan familiarmente que a veces parecían dos niños. Sin embargo, aun ignorándolo, en aquellos corazones que rebosaban castidad, la naturaleza inolvidable está siempre presente. Está presente con su objeto brutal y sublime, y cualquiera que sea la inocencia de las almas, siempre se siente en la conversación íntima más púdica el adorable y misterioso matiz que separa una pareja de amantes de un par de amigos.

Se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable subsisten. Los amantes se aman, se sonríen,

se ríen, se hacen pequeñas muecas con los labios, entrelazan los dedos de la mano, se tutean, y todo esto no se opone a la eternidad. Dos amantes se esconden por la noche, en el crepúsculo, en lo invisible, con los pájaros, con las rosas; se fascinan uno a otro en la sombra, con los corazones puestos en sus ojos; murmuran, cuchichean, y mientras tanto el grandioso movimiento de los astros surca el infinito.

II

El aturdimiento de la dicha completa

Existían vagamente, asombrados de felicidad. No habían observado el cólera que diezmaba París precisamente en aquel mes. Se habían hecho todas las confidencias posibles, pero no habían pasado más allá de sus nombres. Marius había dicho a Cosette que era huérfano, que se llamaba Marius Pontmercy, que era abogado, que vivía de escribir para los libreros, que su difunto padre era coronel y un héroe, y que él, Marius, estaba reñido con su abuelo rico. Le había dicho también que era barón, pero esto no había causado efecto alguno en Cosette. ¿Marius barón? No lo comprendía. No sabía lo que quería decir aquella palabra. Marius era Marius.

Ella, por su parte, le había confiado que había sido educada en el convento del Petit-Picpus, que su madre había muerto como la de él, que su padre se llamaba Fauchelevent, que era muy bueno, que daba mucha limosna a los pobres, pero que él mismo era pobre, y que se privaba de todo, no privándole a ella de nada.

Cosa extraña, en la especie de sinfonía en que vivía Marius desde que veía a Cosette, lo pasado, aun lo más reciente, se había hecho para él tan confuso y lejano que lo que Cosette le contaba le satisfizo plenamente. No pensó siquiera en hablarle de la aventura nocturna del caserón de los Thénardier, de la quemadura, ni de la extraña actitud y singular huida de su padre. Marius había olvidado momentáneamente todo aquello; no sabía por la noche ni lo que había hecho por la mañana, ni dónde había almorzado, ni quién le había hablado; tenía cánticos en los oídos, que le hacían sordo a cualquier pensamiento, no existía más que en las horas en las que veía a Cosette. Entonces, como estaba en el cielo, era natural que olvidase la tierra. Ambos llevaban con languidez el peso indefinible de los deleites inmateriales. Así viven esos sonámbulos a los que se llama enamorados.

¡Ah! ¿Quién no ha pasado por estas cosas? ¿Por qué llega una hora en que se sale de este cielo, y por qué la vida continúa después?

Amar casi reemplaza el pensar. El amor es un ardiente olvido del resto. No pidáis pues lógica a la pasión. No hay encadenamiento lógico absoluto en el corazón humano, lo mismo que no hay figura geométrica perfecta en la mecánica celeste. Para Cosette y Marius no existía nada más que Marius y Cosette. El universo, a su alrededor, había caído en un hoyo. Vivían en un

minuto de oro. No tenían nada delante ni nada detrás. Marius apenas pensaba en que Cosette tenía padre. En su cerebro había algo semejante a un deslumbramiento que todo lo borra. ¿De qué hablaban, pues, aquellos amantes? Ya lo hemos dicho: de las flores, de las golondrinas, del sol poniente, de la salida de la luna, de todas las cosas importantes. Se lo habían dicho todo, excepto todo. El todo de los enamorados, que es la nada. Pero el padre, las realidades, el chiribitil, los bandidos, aquella aventura, ¿qué importaban? ¿Estaban seguros de que había existido aquella pesadilla? Eran dos, se adoraban, y no había nada más que eso. Todo lo demás no existía. Es probable que ese desvanecimiento del infierno detrás de nosotros sea inherente a la llegada al paraíso. ¿Acaso se han visto los demonios? ¿Los ha habido? ¿Se ha tenido miedo? ¿Se ha padecido? Ya no se sabe; todo esto lo cubre una nube rosada.

Así vivían pues aquellos dos seres, en una gran altura, con toda la inverosimilitud que hay en la naturaleza; ni en el nadir, ni en el cenit, entre el hombre y el serafín, por encima del fango, debajo del éter, en la nube; apenas se descubría que eran carne y hueso; eran almas y éxtasis, de los pies a la cabeza; demasiado sublimes ya para andar por la tierra, pero aún con bastante humanidad para desaparecer en el azul, en suspensión, como átomos que esperan el precipitado; en apariencia, fuera del destino; ignorando la miseria de ayer, hoy y mañana; maravillados, pasmados, flotantes; aligerados por momentos para la desaparición en el infinito, casi dispuestos a emprender el vuelo eterno.

Dormían despiertos en aquel arrullo. ¡Oh, letargo espléndido de lo real borrado por lo ideal!

Algunas veces, aunque Cosette fuera muy hermosa, Marius cerraba los ojos delante de ella. Con los ojos cerrados es como mejor se ve el alma.

Marius y Cosette no se preguntaban adónde irían a parar. Se miraban como ya hubieran llegado. Es una extraña pretensión del hombre el querer que el amor lo lleve a alguna parte.

III

Principio de la sombra

Jean Valjean por su parte no sospechaba nada.

Cosette, un poco menos soñadora que Marius, estaba alegre, y aquello bastaba a Jean Valjean para ser feliz. Los pensamientos de Cosette, sus tiernas preocupaciones, la imagen de Marius que le llenaba el alma, no perjudicaban en nada a la pureza incomparable de su hermosa frente casta y sonriente. Se encontraba en la edad en que la virgen lleva su amor como el ángel la azucena. Jean Valjean estaba, pues, tranquilo. Y además, cuando dos amantes se entienden, todo va bien, y cualquiera que pueda turbar su amor está ciego a causa de un pequeño número de precauciones, siempre las mismas para todos los enamorados… Así, Cosette nunca hacía objeciones a Jean Valjean. ¿Quería pasear? Sí, padre mío. ¿Quería quedarse? Muy bien. ¿Deseaba pasar la velada al lado de Cosette? Ella lo celebraba. Como Jean Valjean se retiraba siempre a las diez de la noche, Marius no iba al jardín hasta después de esa hora, cuando oía desde la calle que Cosette abría la puerta-ventana de la escalinata. No hay que decir que de día Marius no aparecía por allí. Jean Valjean no se acordaba ya ni de que existía tal hombre. Sólo una vez, una mañana, le dijo a Cosette:

—¡Vaya, cómo tienes la espalda de yeso!

La noche anterior, Marius en un momento de transporte, había oprimido a Cosette contra la pared.

La vieja Toussaint, que se acostaba temprano, no pensaba más que en dormir, una vez terminadas sus tareas, y lo ignoraba todo, como Jean Valjean.

Marius no ponía nunca los pies en la casa. Cuando estaba con Cosette, se ocultaban en una rinconada, cerca de la escalinata, con el fin de no ser vistos ni oídos desde la calle, y se sentaban allí, contentándose muchas veces con apretarse las manos veinte veces por minuto, contemplando las ramas de los árboles. En aquellos instantes, aunque hubiera caído un rayo a treinta pasos de ellos, ni lo habrían sospechado, de tal modo absorbía cada uno el profundo pensamiento del otro.

¡Pureza límpida! Horas diáfanas, casi todas iguales. Esta clase de amor es un conjunto de hojas de azucena y de plumas de paloma.

Toda la anchura del jardín los separaba de la calle. Cada vez que Marius

entraba y salía, ajustaba cuidadosamente el barrote de la verja, con el fin de que no se notara nada.

Se iba habitualmente hacia medianoche, y regresaba a casa de Courfeyrac. Courfeyrac decía a Bahorel:

—¿Lo creerás? Marius se retira ahora a la una de la madrugada.

Bahorel respondía:

—¿Y qué quieres? Hay siempre un petardo en un seminarista.

Algunas veces, Courfeyrac cruzaba los brazos, y poniéndose serio, decía a Marius:

—¡Perdido estáis, joven!

Courfeyrac, hombre práctico, no veía con buenos ojos este reflejo de un paraíso invisible en Marius; conocía muy poco las pasiones inéditas, se impacientaba, y hacía frecuentes reflexiones a Marius para que volviese a lo real.

Una mañana le dirigió esta pregunta:

—Querido, creo que vives en el reino de la luna, reino de ensueño, provincia de ilusión, capital Pompa de Jabón. Veamos, sé buen chico, ¿cómo se llama ella?

Pero nada podía «hacer hablar» a Marius. Antes le hubieran arrancado las uñas que una de las tres sílabas sagradas que componían el inefable nombre de Cosette. El amor verdadero es luminoso como la aurora y silencioso como la tumba. Courfeyrac sólo había notado en Marius que tenía una taciturnidad esplendente.

Durante aquel suave mes de mayo, Marius y Cosette conocieron estas inmensas dichas: enfadarse y tratarse de vos, sólo para tratarse después de tú con más placer; hablar largamente, y con los más minuciosos detalles, de gentes que no les interesaban en absoluto; nueva prueba de que en esta seductora ópera que se llama amor el libreto no es casi nada; para Marius, oír a Cosette hablar de trapos; para Cosette, escuchar a Marius hablar de política; oír, con las rodillas juntas, el ruido de los coches que pasaban por la calle Babylone; contemplar el mismo planeta en el cielo, o el mismo gusano de luz en la tierra; callarse a un tiempo; placer mayor aún que el de hablar; etc., etc.

Sin embargo, se aproximaban diversas complicaciones.

Una noche que Marius iba a la cita por el bulevar de los Inválidos, con la cabeza inclinada, como de costumbre, al volver la esquina de la calle Plumet oyó decir a su lado:

—Buenas noches, señor Marius.

Alzó la cabeza y reconoció a Éponine.

Aquello le produjo un efecto singular. No había vuelto a pensar ni una sola vez en aquella muchacha, desde el día en que le había acompañado a la calle Plumet; no la había vuelto a ver, y se había borrado por completo de su memoria. No tenía más que motivos de agradecimiento para con ella, y le debía su felicidad presente, y sin embargo le resultaba molesto encontrarla.

Es un error creer que la pasión cuando es feliz es pura y conduce al hombre a un estado de perfección; simplemente le lleva, como hemos dicho, a un estado de olvido. En esta situación, el hombre se olvida de ser malo, pero se olvida también de ser bueno. El agradecimiento, el deber, los recuerdos esenciales e importunos se desvanecen. En cualquier otro tiempo Marius habría sido distinto con Éponine. Absorbido por Cosette ni siquiera se había hecho cargo claramente de que aquella Éponine se llamaba Éponine Thénardier, y que llevaba un nombre escrito en el testamento de su padre, el mismo nombre por el que se hubiera sacrificado generosamente algunos meses antes. Mostramos a Marius tal como era. Hasta el nombre de su padre desaparecía de su alma bajo el esplendor de su amor.

Respondió con algún embarazo:

—Ah, vos, Éponine.

—¿Por qué me tratáis de vos? ¿Os he hecho algo?

—No —respondió el joven.

Es cierto, nada tenía contra ella. Todo lo contrario. Pero sentía que no podía obrar de otro modo. Si trataba de tú a Cosette, debía tratar de vos a Éponine.

Como Marius callaba, ella exclamó:

—Decid, pues…

Y se detuvo. Parecía que le faltaban palabras a aquella criatura que había sido tan despreocupada y tan atrevida. Trató de sonreír y no pudo, y bajó los ojos.

—Buenas noches, señor Marius —dijo bruscamente, y se fue.

IV

Cab rueda en inglés y ladra en argot

El día siguiente era 3 de junio, el 3 de junio de 1832, fecha que es preciso consignar a causa de los acontecimientos graves que estaban suspendidos sobre el horizonte de París, en estado de nubes cargadas. Marius, al caer la noche, seguía el mismo camino que la víspera, con los mismos pensamientos placenteros en el corazón, cuando vio entre los árboles del bulevar a Éponine, que se dirigía hacia él. Dos días seguidos de encuentro eran demasiados. Se volvió rápidamente, salió del bulevar, cambió de camino y se fue a la calle Plumet por la calle Monsieur.

Éponine le siguió hasta la calle Plumet, cosa que hacía por primera vez. Se había contentado hasta entonces con verle al pasar por el bulevar, sin tratar de encontrarle. Solamente la víspera le había hablado.

Éponine le siguió, sin que él lo sospechara. Le vio apartar el barrote de la verja y deslizarse hacia el jardín.

«¡Vaya! —se dijo—. ¡Entra en la casa!».

Se aproximó a la verja, tanteó los hierros uno tras otro y reconoció al fin fácilmente el que Marius había apartado.

Entonces murmuró a media voz, con acento lúgubre:

—¡Nada de esto, Lisette!

Se sentó en el estribo de la verja, al lado del barrote, como si lo vigilara. Era precisamente el punto donde el extremo de la verja tocaba la pared vecina. Había allí un ángulo oscuro, en el que Éponine desaparecía enteramente.

Permaneció así más de una hora, sin moverse ni respirar, entregada a sus ideas.

Hacia las diez de la noche, una de las pocas personas que paseaban por la calle Plumet, un viejo burgués que se había retrasado, caminaba apresuradamente por aquel sitio desierto y de mala fama, costeando la verja del jardín; al llegar al ángulo que ésta formaba con la pared, oyó una voz sorda y amenazadora que decía:

—¡No me sorprende que venga todas las noches!

El transeúnte miró a su alrededor, no vio a nadie, no se atrevió a mirar a aquel oscuro rincón, y sintió miedo. Redobló el paso.

Aquel hombre hizo bien en marcharse, pues pocos momentos después, seis más que andaban separados y a corta distancia unos de otros a lo largo de la pared, y que hubieran podido confundirse con una patrulla de policía, entraron en la calle Plumet.

El primero que llegó junto a la verja del jardín se detuvo y esperó a los demás; un segundo más tarde, estaban los seis reunidos.

Aquellos hombres se pusieron a hablar en voz baja.

—Es aquí —dijo uno de ellos.

—¿Hay algún cab[68] en el jardín? —preguntó otro.

—No lo sé. En todo caso, he acabelado[69] una bolita que le haremos jamelar[70].

—¿Tienes pasta para romper la clariosa?[71]

—Sí.

—La verja es vieja —dijo el quinto, que tenía voz de ventrílocuo.

—Tanto mejor —dijo el segundo que había hablado—. No goleará[72] bajo la sorda[73], y no costará tanto ciselarla[74].

El sexto, que no había abierto aún la boca, se puso a examinar la verja como había hecho Éponine una hora antes, empuñando sucesivamente cada barra, y moviéndolas con precaución. Así llegó al hierro que Marius solía apartar. Cuando iba a cogerlo, una mano que salió bruscamente de la sombra le agarró el brazo; al mismo tiempo se sintió empujado por el pecho, y oyó una voz que decía sin gritar:

—Hay un cab.

Al mismo tiempo, vio a una joven pálida en pie delante de él.

El hombre sintió esa conmoción que produce siempre lo inesperado. Quedose horriblemente estupefacto; no hay nada más horrible que las fieras inquietas; su aspecto atemorizado es temible. Retrocedió y murmuró:

—¿Quién es esta pícara?

—Vuestra hija.

En efecto, era Éponine, que había detenido a Thénardier.

Ante la aparición de Éponine, los otros cinco, es decir, Claquesous, Gueulemer, Babet, Montparnasse y Brujon, se habían acercado sin ruido, sin precipitación, sin decir una palabra, con la lentitud propia de aquellos hombres nocturnos.

Llevaban algunos repugnantes útiles en la mano. Gueulemer tenía una de estas pinzas cortas que los vagos llaman tenaza.

—¡Ah! ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres de nosotros? ¿Estás loca? —exclamó Thénardier, gritando todo lo que se puede chillar en voz baja—. ¿Quieres impedirnos acaso trabajar?

Éponine se echó a reír, y saltó a su cuello.

—Estoy aquí, padrecito mío, porque estoy aquí. ¿No me es permitido sentarme sobre las piedras ahora? Vos sois el que no habéis de estar aquí. ¿Qué venís a hacer si esto es un bizcocho? Ya se lo dije a la Magnon. No hay nada que hacer aquí. ¡Pero abrazadme, mi querido padre! ¡Cuánto tiempo hace que no os había visto! ¿Estáis ya fuera?

Thénardier trató de librarse de los brazos de Éponine, y murmuró:

—Está bien. Tú me has abrazado ya. Sí, estoy fuera. No estoy dentro. Ahora vete.

Pero Éponine no le soltaba, y redoblaba sus caricias.

—Padrecito, ¿cómo lo habéis hecho? Es preciso que tengáis mucho ingenio para haber salido de allí. ¡Contádmelo! ¿Y mi madre? ¿Dónde está mi madre? Dadme noticias de mi mamá.

Thénardier respondió:

—Está bien, no sé, déjame, te digo que te vayas.

—No quiero irme ahora —dijo Éponine con un melindre de niña mimada—. Me despedís, cuando hace cuatro meses que no os he visto, y cuando apenas he tenido tiempo de abrazaros.

Y volvió a echar los brazos al cuello de su padre.

—¡Ah! ¡Vaya! ¡Es estúpida! —dijo Babet.

—¡Apresurémonos! —dijo Gueulemer—. Pueden pasar los corchetes.

La voz del ventrílocuo soltó estos versos:

No hay nadie que diga ya

papá ni mamá.

Éponine se volvió hacia los cinco bandidos.

—¡Vaya!, el señor Brujon. Buenos días, señor Babet. Buenos días, señor Claquesous. ¿No me reconocéis, señor Gueulemer? ¿Cómo estáis, Montparnasse?

—Sí, se acuerdan de ti —dijo Thénardier—. Pero, buenos días, buenas noches y largo. Déjanos tranquilos.

—Es la hora de los lobos, y no la de las gallinas —dijo Montparnasse.

—Ya ves que tenemos que maquilar[75] aquí —añadió Babet.

Éponine le cogió la mano a Montparnasse.

—¡Ten cuidado! —dijo éste—. Te vas a cortar; tengo un churí[76] abierto.

—Mi querido Montparnasse —respondió Éponine dulcemente—, es preciso tener confianza en las personas. Yo soy la hija de mi padre. Señor Babet, señor Gueulemer, yo me he encargado de explorar este negocio.

Es de notar que Éponine no hablaba en argot. Desde que conocía a Marius, aquella terrible lengua se le había hecho imposible.

Apretó con su pequeña mano huesuda y débil, como la mano de un esqueleto, los gruesos dedos de Gueulemer, y continuó:

—Ya sabéis que no soy tonta. Casi siempre me creéis; os he prestado servicios algunas veces. Pues bien, me he informado, y os expondréis inútilmente. Ya veis. Os juro que no hay nada que hacer en esta casa.

—Sólo hay mujeres —dijo Gueulemer.

—No. Los inquilinos se han mudado.

—¡Las luces no se han mudado! —dijo Babet.

Y señaló a Éponine, a través de la copa de los árboles, una luz que se paseaba por la buhardilla del pabellón. Era Toussaint, que no estaba en la cama porque tenía que poner la ropa blanca a secar.

Éponine apeló a un último recurso.

—Pues bien —dijo—, esta gente es muy pobre; sólo tienen una barraca donde no hay un sueldo.

—¡Vete al diablo! —exclamó Thénardier—. Cuando hayamos registrado la casa te diremos lo que hay dentro, y si son calés, lúas, o duqueles[77].

Y la empujó para entrar.

—Mi buen amigo señor Montparnasse —dijo Éponine—. Os lo ruego, vos que sois buen muchacho, no entréis.

—Ten cuidado, que te vas a cortar —replicó Montparnasse.

Thénardier continuó con su acento resuelto:

—Lárgate, mujer, y deja que los hombres hagan sus negocios.

Éponine soltó la mano de Montparnasse, que había vuelto a coger, y dijo:

—¿Así, pues, queréis entrar en esta casa?

—Algo hay de esto —dijo el ventrílocuo burlándose.

Entonces ella se apoyó en la verja, hizo frente a los seis bandidos armados hasta los dientes y a quienes la oscuridad prestaba rostro de demonios, y dijo con una voz firme y baja:

—Pues bien, yo no quiero.

Ellos se detuvieron estupefactos. El ventrílocuo, no obstante, acabó su burla. Ella continuó:

—¡Amigos, escuchadme bien! Esto no lo haréis. Ahora hablo yo. Si entráis en este jardín, si tocáis esta verja, grito, llamo a las puertas, despierto a todo el mundo, y os hago prender a los seis, llamando a los agentes de policía.

—Y lo haría —dijo Thénardier en voz baja a Brujon, y al ventrílocuo.

Ella sacudió la cabeza, y añadió:

—¡Empezando por mi padre!

Thénardier se acercó.

—¡No tan cerca, buen hombre! —dijo Éponine.

Él retrocedió, murmurando entre dientes:

—Pero ¿qué tiene? —Y añadió—: ¡Perra!

Ella se puso a reír de un modo terrible.

—Como queráis, pero no entraréis. No soy la hija de un perro, puesto que soy hija de lobo. Sois seis, ¿y qué me importa? Sois hombres. Pues bien, yo

soy una mujer. No me dais miedo. Os digo que no entraréis en esta casa, porque no quiero. Si os acercáis, ladro. Os lo he dicho, el cab soy yo. ¡Me estáis fastidiando! ¡Id adonde queráis, pero no vengáis aquí, os lo prohíbo! Vosotros a puñaladas, y yo a zapatazos, me da igual. Avanzad, pues.

Y dio un paso hacia los bandidos; estaba espantosa y se echó a reír.

—¡Pardiez! No tengo miedo. Este verano pasaré hambre, y este invierno tendré frío. ¡Serán brutos estos hombres al creer que inspiran miedo a una mujer! ¿De qué? ¿Miedo? ¡Ah, sí, vaya! ¿Porque tenéis ladronas por queridas, que se esconden debajo de la cama cuando ahuecáis la voz? ¿Por eso? ¡Yo no tengo miedo de nada! —Y mirando fijamente a Thénardier, añadió—: ¡Ni aun de vos, padre!

Luego paseó sobre los bandidos sus sangrientos ojos de espectro, y prosiguió:

—¡Qué me importa que me recojan mañana del suelo de la calle Plumet, asesinada a puñaladas por mi padre, o que me encuentren dentro de un año entre las redes de Saint-Cloud, o en la isla de los Cisnes, en medio de viejos tapones de corcho podridos y de perros ahogados!

Le fue preciso interrumpirse; la acometió una tos seca; su aliento salía como un estertor de su débil y estrecho pecho.

Luego prosiguió:

—No tengo que hacer más que gritar y vienen. Vosotros sois seis. Yo soy todo el mundo.

Thénardier hizo un movimiento hacia ella.

—¡No os acerquéis! —dijo ella.

Thénardier se detuvo, y le dijo con dulzura:

—Pues bien, no, no me acercaré, pero no hables tan alto. Hija, ¿quieres impedirnos trabajar? Es preciso que nos ganemos la vida. ¿Es que no tienes ya cariño a tu padre?

—Me fastidiáis —dijo Éponine.

—Pero es preciso que vivamos, que comamos…

—Reventad.

Y diciendo esto, se sentó en el estribo de la verja, canturreando:

Mi brazo fornido,

mi pierna bien hecha,

y el tiempo perdido[78].

Se puso el codo en la barbilla, y la barbilla en la mano, y empezó a mover el pie con indiferencia. Su vestido agujereado dejaba ver sus clavículas flacas. El farol próximo iluminaba su perfil y su actitud. No podía verse a nadie tan resuelto y tan sorprendente.

Los seis bandidos, admirados y disgustados de verse detenidos por una muchacha, se retiraron a la sombra, y celebraron consejo alzando los hombros, humillados y furiosos.

Ella mientras tanto los miraba con aire pacífico y esquivo.

—Algo le pasa —dijo Babet—. Debe haber una razón. ¿Estará enamorada del cab? Es una lástima que lo dejemos. Dos mujeres, un viejo que vive en un patio trasero, cortinas buenas en las viviendas. El viejo debe ser un guinal[79]. Creo que es un buen asunto.

—Pues bien, entrad vosotros —dijo Montparnasse—. Haced el negocio. Yo me quedaré con la muchacha, y si chista…

E hizo relucir a la luz del farol la navaja que tenía abierta en la manga.

Thénardier no decía una palabra, y parecía dispuesto a todo.

Brujon, que tenía algo de oráculo, y que como ya hemos dicho era el que había preparado «el golpe», no había hablado aún. Parecía pensativo. Pasaba por no retroceder ante nada, y se sabía que había robado, sólo por una bravata, un cuerpo de guardia de la policía. Además, hacía versos y canciones, lo que le daba una gran autoridad.

Babet le preguntó:

—¿No dices nada, Brujon?

Éste permaneció un instante silencioso, luego movió la cabeza de varios modos distintos, y por fin se decidió a alzar la voz:

—Veamos: he encontrado esta mañana dos gorriones dándose picotazos; esta noche tropiezo con una mujer que riñe. Todo esto es mal presagio. Vámonos.

Y se fueron.

Al marcharse, Montparnasse murmuró:

—Si hubiesen querido, yo le hubiera dado el golpe de gracia.

Babet le respondió:

—Yo no, porque no zurro a las señoras.

Al llegar a la esquina, se detuvieron, y cambiaron entre sí con voz sorda este diálogo enigmático:

—¿Adónde iremos a dormir esta noche?

—Bajo Pantin[80].

—¿Tienes la llave de la verja, Thénardier?

—¡Vaya!

Éponine, que no apartaba de ellos los ojos, los vio tomar el camino por donde habían venido. Se levantó y se arrastró detrás de ellos arrimada a las paredes y a las casas. Los siguió de este modo hasta el bulevar. Allí se separaron, y vio a aquellos seis hombres perderse en la oscuridad, como si se fundieran en ella.

V

Cosas de la noche

Después de la partida de los bandidos, la calle Plumet recobró su tranquilo aspecto nocturno.

Lo que acababa de suceder en esta calle no hubiera asombrado a nadie en una selva. El arbolado, los setos, los brezos, las ramas entrecruzadas ásperamente, las altas hierbas existen de una manera sombría; el hormigueo salvaje descubre allí las súbitas apariciones de lo invisible; lo que está por debajo del hombre distingue a través de la bruma lo que está por encima del hombre, y las cosas ignoradas de nosotros, los vivos, se enfrentan en la noche. La naturaleza erizada y salvaje se asusta con la aproximación de ciertas cosas, en las que cree sentir lo sobrenatural. Las fuerzas de la sombra se conocen, y tienen entre sí misteriosos equilibrios. Los dientes y las garras temen lo inasible. La bestialidad bebedora de sangre, los voraces apetitos hambrientos en busca de presa, los instintos armados de uñas y mandíbulas que tienen el vientre por principio y por fin, miran y olfatean con inquietud el impasible perfil del espectro, vagando bajo un sudario, de pie, envuelto en su tembloroso vestido, que les parece vivir con una vida muerta y terrible. Estas brutalidades, que no son más que materia, temen confusamente la inmensa oscuridad condensada en un ser desconocido. Una figura negra, que le impide el paso, detiene a una bestia feroz. Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta a lo que sale del antro; lo feroz tiene miedo de lo siniestro; los lobos retroceden ante un vampiro.

VI

Marius vuelve a la realidad hasta el punto de dar sus señas a Cosette

Mientras aquella perra con figura humana guardaba la verja, y los seis bandidos retrocedían ante una muchacha, Marius estaba al lado de Cosette.

Nunca el cielo había estado tan estrellado y tan hermoso, los árboles tan temblorosos, ni las hierbas tan embalsamadas; jamás los pájaros se habían dormido entre las hojas con más suave arrullo; nunca las armonías de la serenidad universal habían respondido mejor a las músicas interiores del amor; ni nunca Marius había estado tan prendado, tan feliz, tan extasiado. Pero había encontrado triste a Cosette. Cosette había llorado. Tenía los ojos enrojecidos.

Aquélla era la primera nube en tan admirable sueño.

Las primeras palabras de Marius habían sido:

—¿Qué tienes?

Ella respondió:

—¡Ya verás!

Después se sentó en el banco cerca de la escalinata, y mientras él se sentaba a su lado, tembloroso, continuó:

—Mi padre me ha dicho esta mañana que estuviese dispuesta, porque tiene negocios, y tal vez debamos partir.

Marius se estremeció desde los pies a la cabeza.

Al final de la vida, morir es partir; pero al principio, partir es morir.

Desde hacía seis semanas, Marius, poco a poco, lentamente, por grados, tomaba cada día posesión de Cosette. Posesión enteramente ideal, pero profunda. Como ya hemos explicado, en el primer amor se toma el alma mucho antes que el cuerpo; más tarde, se toma el cuerpo mucho antes que el alma, y algunas veces no se toma el alma en absoluto; los Faublas[81], y los Prudhomme añaden: «Porque no existe»; pero este sarcasmo es por fortuna una blasfemia. Marius, pues, poseía a Cosette, como poseen los espíritus; pero la envolvía con toda su alma y la poseía celosamente con una increíble convicción. Poseía su sonrisa, su aliento, su perfume, el brillo profundo de sus

pupilas azules, la suavidad de su piel cuando le tocaba la mano, la encantadora señal que tenía en el cuello, todos sus pensamientos. Se habían prometido no dormir nunca sin soñar cada uno con el otro, y habían mantenido su palabra. Así pues, él poseía todos los sueños de Cosette. La miraba sin cesar; movía algunas veces con su aliento los cabellos cortos que Cosette tenía en la nuca, y se decía que no había ni uno solo de aquellos cabellos que no le perteneciese. Contemplaba y adoraba todo lo que ella se ponía, su cinta de seda, sus guantes, sus manguitos, sus botitas, como objetos sagrados que eran suyos. Pensaba que era el señor de aquellos bonitos peines de concha que se ponía en la cabeza, y aun se decía, sordo y confuso murmullo del deleite que sentía, que no había ni un solo hilo de su vestido, ni un punto de sus medias, ni un pliegue de su corpiño que no fuera suyo. Al lado de Cosette, se sentía cerca de su bien, cerca de su déspota y de su esclava. Parecía que habían mezclado sus almas de tal modo que si hubiesen querido volver a tomar cada uno la suya les habría sido imposible reconocerlas. «Ésta es la mía». «No, es la mía». «Te aseguro que te equivocas. Ése soy yo». «Lo que tomas por tuyo, es mío». Marius era algo que formaba parte de Cosette, y Cosette era algo que formaba parte de Marius. Marius sentía que Cosette vivía en él. Tener a Cosette, poseerla, no era para él distinto de respirar.

Fue en medio de esta fe, de esta embriaguez, de esta posesión virginal, inaudita y absoluta, de esta soberanía, donde cayeron estas palabras: «Tal vez debamos partir». La brusca voz de la realidad le gritó: «¡Cosette no es tuya!».

Marius se despertó. Desde hacía seis semanas, Marius vivía, como hemos dicho, fuera de la vida. Esta palabra, ¡partir!, le hizo entrar en ella dolorosamente.

No halló una palabra que responder. Cosette sintió solamente que su mano estaba helada, y le dijo a su vez:

—¿Qué tienes?

Él respondió tan bajo que apenas le oyó Cosette:

—No comprendo lo que has dicho.

Ella repitió:

—Esta mañana mi padre me ha dicho que preparara todas mis cosas y estuviese dispuesta, que me daría sus ropas para ponerlas en una maleta, que se veía obligado a hacer un viaje, que íbamos a partir, que necesitábamos una

maleta grande para mí y una pequeña para él, y que lo preparase todo en una semana, porque iríamos tal vez a Inglaterra.

—¡Pero esto es monstruoso! —exclamó Marius.

Y ciertamente, en aquel momento, en el ánimo de Marius, ningún abuso de poder, ninguna violencia, ninguna abominación del más atroz tirano, ninguna acción de Busiris, de Tiberio o de Enrique VIII, habría igualado en ferocidad a ésta. El señor Fauchelevent se llevaba a su hija a Inglaterra porque tenía allí negocios.

Preguntó, pues, con voz débil:

—¿Y cuándo partirás?

—No me ha dicho cuándo.

—¿Y cuándo regresarás?

—No me ha dicho cuándo.

Marius se levantó, y dijo fríamente:

—Cosette, ¿iréis?

Cosette volvió hacia él sus hermosos ojos llenos de angustia, y respondió con acento extraviado:

—¿Adónde?

—A Inglaterra, ¿iréis?

—¿Por qué me tratas de vos?

—Os pregunto si iréis.

—¿Qué quieres que haga? —dijo, juntando las manos.

—¿Así, pues, iréis?

—¡Si mi padre se va!

—¿Así, pues, iréis?

Cosette tomó la mano de Marius, y la apretó sin responder.

—Está bien —dijo Marius—. Entonces, yo me iré a otra parte.

Cosette sintió, más bien que comprendió, el significado de esta frase; se puso pálida, de modo que su rostro apareció blanco en la oscuridad, y balbuceó:

—¿Qué quieres decir?

Marius la miró, luego alzó lentamente sus ojos hacia el cielo y respondió:

—Nada.

Cuando bajó su mirada vio que Cosette le sonreía. La sonrisa de la mujer amada tiene una claridad que disipa las tinieblas.

—¡Qué estúpidos somos! Marius, tengo una idea.

—¿Qué?

—¡Parte si nosotros partimos! ¡Te diré adónde vamos! Ven a buscarme donde esté.

Marius era entonces un hombre completamente despierto. Había vuelto a la realidad, y dijo a Cosette:

—¡Partir con vosotros! ¿Estás loca? Para eso es preciso dinero, y yo no lo tengo. ¿Ir a Inglaterra? Ahora debo más de diez luises a Courfeyrac, uno de mis amigos a quien tú no conoces. Tengo un sombrero viejo que no vale tres francos, un traje sin botones por delante, mi camisa está rota; tengo los codos agujereados, mis botas se calan; desde hace seis semanas no pienso en eso, y no te lo he dicho. Cosette, soy un miserable. Tú no me ves más que de noche, y me das tu amor; si me vieras de día, me darías limosna. ¡Ir a Inglaterra! ¡Y no tengo con qué pagar el pasaporte!

Se recostó contra un árbol que había allí, con los dos brazos por encima de la cabeza, con la frente en la corteza, sin sentir ni la aspereza que le arañaba la frente ni la fiebre que le golpeaba las sienes, inmóvil, y próximo a caer al suelo como la estatua de la desesperación.

Permaneció así largo rato. En esos abismos se podría permanecer una eternidad. Por fin se volvió, y oyó detrás de sí un ruido ahogado y triste.

Era Cosette que sollozaba.

Lloraba mientras Marius meditaba.

Marius se acercó a ella, cayó de rodillas, se prosternó lentamente, cogió la punta del pie que aparecía bajo su vestido y lo besó.

Ella le dejó hacer en silencio. Hay momentos en que la mujer acepta, como una diosa sombría y resignada, la religión del amor.

—No llores —dijo él.

Ella murmuró:

—¡Qué he de hacer, si voy a marcharme y no puedes venir!

Y él respondió:

—¿Me amas?

Cosette le contestó, sollozando, esta frase del paraíso que nunca es tan encantadora como a través de las lágrimas:

—Te adoro.

Marius continuó con una voz que era una caricia:

—No llores. ¿Quieres hacerlo por mí?

—¿Me amas tú? —dijo ella.

Él le tomó la mano.

—Cosette, nunca he dado mi palabra de honor a nadie, porque el hacerlo me da miedo. Siento que al darla, mi padre está a mi lado. Pues bien, te doy mi palabra de honor más sagrada de que, si te vas, moriré.

Había en el acento con que pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y tan tranquila que Cosette tembló. Sintió el frío que produce al pasar una cosa sombría y verdadera; la impresión le hizo cesar de llorar.

—Ahora, escucha —dijo Marius—. No me esperes mañana.

—¿Por qué?

—No me esperes hasta pasado mañana.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Ya lo verás.

—¡Un día sin verte! ¡Pero esto es imposible!

—Sacrifiquemos un día, para tener tal vez toda la vida.

Luego Marius, como hablando consigo mismo, dijo:

—Es un hombre que no cambia nunca sus hábitos, y no recibe a nadie más que por la noche.

—¿De qué hombre hablas? —preguntó Cosette.

—¿Yo? No he dicho nada.

—¿Qué esperas, pues?

—Espérame hasta pasado mañana.

—¿Lo quieres?

—Sí, Cosette.

Cosette, entonces, le cogió la cabeza entre sus manos, alzándose sobre la punta de los pies para igualar su estatura, tratando de ver en sus ojos la esperanza.

Marius continuó:

—Pienso que es preciso que sepas las señas de mi casa, por lo que pueda suceder; vivo en la casa de un amigo llamado Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16.

Metió la mano en el bolsillo, sacó de él un cuchillo y con la hoja escribió en el yeso de la pared: «Calle de la Verrerie, 16».

Cosette, entretanto, había vuelto a contemplar sus ojos.

—Dime lo que piensas, Marius; tienes una idea. Dímela. ¡Oh! ¡Dímela para que pueda pasar una buena noche!

—Mi pensamiento es éste: es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

—¿Qué voy a hacer hasta entonces? —dijo Cosette—. Tú estás libre, vas, vienes. ¡Oh, qué felices son los hombres! Yo voy a quedarme sola. ¡Oh, qué triste voy a estar! ¿Qué harás mañana por la noche, di?

—Voy a hacer una tentativa.

—Entonces rogaré a Dios, y pensaré en ti hasta entonces, para que lo consigas. No te pregunto más, puesto que no quieres. Eres mi dueño. Pasaré la noche de mañana cantando esa música de *Euriante* que te gusta, y que un día viniste a oír detrás de mi ventana. Pero pasado mañana, ¿vendrás temprano? Te esperaré a las nueve en punto, te lo advierto. ¡Dios mío! ¡Qué triste es esto de que los días sean tan largos! ¿Lo oyes? Al dar las nueve estaré en el jardín.

—Y yo también.

Y sin decirse nada, movidos por el mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas que ponen a dos amantes en comunicación continua, embriagados ambos de deleite hasta en su dolor, cayeron uno en brazos del

otro, sin darse cuenta de que sus labios se habían unido mientras que sus ojos, llenos de éxtasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando Marius salió, la calle estaba desierta. Era el momento en que Éponine seguía a los bandidos hasta el bulevar.

Mientras meditaba con la cabeza apoyada en el árbol, a Marius se le había ocurrido una idea, ¡ay!, que él mismo tenía por insensata e imposible. Había tomado una desagradable determinación.

VII

El corazón joven y el corazón viejo frente a frente

El señor Gillenormand tenía entonces noventa y un años cumplidos. Vivía, como siempre, con la señorita Gillenormand, en la calle Filles-du-Calvaire, número 6, en aquella vieja casa que era suya. Era, como se recordará, uno de esos viejos rancios que esperan la muerte con entereza, que cargan con los años sin doblegarse, y no se encorvan ni aun con los pesares.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo, su hija se decía: «Mi padre va decayendo». Ya no abofeteaba a las criadas; no golpeaba con el bastón la puerta de la escalera ni gritaba cuando Basque tardaba en abrirle. La Revolución de Julio apenas le había exasperado por espacio de seis meses. Había leído casi con tranquilidad en el *Moniteur* estas palabras: «El señor Humblot-Conté, par de Francia». El hecho es que el anciano estaba abatido. No se doblegaba, no se rendía, pues esto era imposible, así en su naturaleza física como en la moral; pero se sentía desfallecer interiormente.

Hacía cuatro años que esperaba a Marius a pie firme, ésta es la frase, con la convicción de que aquel pequeño picarón extraviado llamaría un día u otro a su puerta; ahora, en algunos momentos tristes, llegaba a decirse que por poco que Marius tardase en venir… Y no era la muerte lo que temía, era la idea de que tal vez no volvería a ver a Marius. No volver a ver a Marius era un triste y nuevo temor que no se le había presentado nunca hasta entonces; esta idea que empezaba a aparecer en su cerebro le dejaba helado.

La ausencia, como sucede siempre en los sentimientos naturales y verdaderos, sólo había conseguido aumentar su cariño de abuelo hacia el nieto ingrato que se había marchado con tanta indiferencia. En las noches de invierno, cuando el termómetro marca diez grados bajo cero, es cuando más se piensa en el sol. El señor Gillenormand era, o lo creía por lo menos, incapaz de dar un paso hacia su nieto. «Antes moriré», decía. No encontraba en sus hechos ninguna culpa, pero sólo pensaba en Marius con un enternecimiento profundo y el mudo desespero de un viejo que anda en las tinieblas.

Empezó a perder los dientes, lo cual aumentó su tristeza.

El señor Gillenormand, sin confesárselo, lo cual le hubiera enfurecido y avergonzado, no había amado a ninguna querida tanto como a Marius.

Había hecho colocar en su habitación, cerca de la cabecera de la cama, como la primera cosa que quería ver al despertar, un antiguo retrato de su otra hija, la que había muerto, la señora Pontmercy, retrato hecho cuando tenía dieciocho años. Contemplaba sin cesar aquel retrato. Un día dijo mirándolo:

—Encuentro que él se le parece.

—¿A mi hermana? —dijo la señorita Gillenormand—. Sí, se le parece.

Una vez, estando sentado con las rodillas juntas y los ojos casi cerrados, en una actitud de abatimiento, su hija se atrevió a decirle:

—Padre, ¿seguís tan enfadado con él?

Y se detuvo, no atreviéndose a seguir más lejos.

—¿Con quién? —preguntó.

—Con el pobre Marius.

El señor Gillenormand alzó su vieja cabeza, puso su puño delgado y arrugado sobre la mesa y gritó con su acento más vibrante e irritado:

—¡Pobre Marius, decís! Ese señor es un pillo, un mal pícaro, un pequeño vanidoso ingrato, sin corazón, sin alma, orgulloso; un mal hombre.

Y se volvió para que su hija no viese una lágrima que tenía en los ojos.

Tres días después, rompió un silencio que duraba desde hacía cuatro horas para decirle a su hija a quemarropa:

—Le rogué a la señorita Gillenormand que no me hablase nunca más de él.

La tía Gillenormand renunció a toda tentativa e hizo este diagnóstico profundo: «Mi padre no ha querido nunca a mi hermana después de su estupidez. Es claro que detesta a Marius».

«Desde su estupidez» significaba: desde que se había casado con el coronel.

Por lo demás, como se habrá podido conjeturar, la señorita Gillenormand había fracasado en su tentativa de sustituir a Marius con su favorito, el oficial de lanceros. El sustituto, Théodule, no había cuajado. El señor Gillenormand no había aceptado el *quid pro quo*. El vacío del corazón no se acomoda a un alma cualquiera. Théodule, a su vez, aunque deseando la herencia, detestaba la servidumbre de agradar. El viejo fastidiaba al lancero, y el lancero chocaba

al viejo. El teniente Théodule era alegre, sin duda, pero charlatán; frívolo, pero vulgar; buen vividor, pero de mala sociedad; tenía queridas, es verdad, y hablaba mucho de ellas, pero hablaba mal. Todas sus cualidades tenían un defecto.

El señor Gillenormand estaba cansado de oírle hablar de los «buenos partidos» que vivían alrededor de su cuartel de la calle Babylone. Además, el teniente Gillenormand venía alguna vez de uniforme, con la escarapela tricolor. Todo esto le hacía sencillamente imposible. El señor Gillenormand había acabado por decir a su hija:

—Ya estoy cansado de Théodule. Recíbele tú si quieres. Me gustan poco las gentes de guerra en tiempos de paz. No sé si preferir los veteranos a los que andan arrastrando el sable. El ruido de las espadas en la batalla es menos miserable que el ruido que hace la vaina en el suelo. Además, acicalarse como matasiete, apretarse el talle como una chiquilla y gastar corsé debajo de la coraza, es ser dos veces ridículo. El que es hombre verdaderamente está a igual distancia de la fanfarronada que de la puerilidad. Ni Fierabrás ni tierno corazón. Guárdate tu Théodule.

Su hija le contestó:

—Sin embargo, es vuestro sobrino.

Pero se descubrió que el señor Gillenormand, que era abuelo hasta la punta de los dedos, no era enteramente tío.

Una noche, era el 4 de junio, cosa que no impedía que el tío Gillenormand tuviera un buen fuego en la chimenea, había despedido a su hija, que cosía en la habitación próxima. Estaba solo en su habitación de pinturas pastoriles, con los pies en los morillos, medio rodeado por su ancho biombo de coromandel de nueve hojas, cerca de la mesa, sobre la cual había dos bujías con pantalla verde, sumergido en su sillón de tapicería, con un libro en la mano, pero sin leerlo. Iba vestido según la antigua moda de los pisaverdes del Directorio, y parecía un retrato de Garat. Si hubiera salido con aquel traje, le hubieran seguido en la calle, pero su hija le cubría, siempre que salía, con una gran bata episcopal que ocultaba sus ropas. En su casa, excepto para levantarse y acostarse, no usaba nunca bata. «Esto le hace a uno parecer viejo», decía.

El tío Gillenormand pensaba en Marius amargamente, y como de ordinario, dominaba su amargura. Su ternura dolorida concluía por convertirse en indignación. Se encontraba en esa situación en que se trata de tomar un partido y aceptar lo que mortifica. Estaba ya dispuesto a decirse que

no había razón para que Marius volviese, pues si hubiera tenido que volver, lo habría hecho ya, y que, por consiguiente, era preciso renunciar a verle. Trataba de habituarse a la idea de que todo había terminado, y que moriría sin ver a «aquel caballero».

Pero toda su naturaleza se rebelaba, y su vieja paternidad no podía consentirlo. «¡Qué! —decía—. ¡No vendrá!», y ésta era su muletilla. Su cabeza calva había caído sobre su pecho, y fijaba vagamente en la ceniza del hogar una mirada lamentable e irritada.

En lo más profundo de esta meditación, su antiguo criado Basque entró y preguntó:

—Señor, ¿podéis recibir al señor Marius?

El anciano se incorporó en su asiento, pálido y semejante a un cadáver que se alza bajo una sacudida galvánica. Toda su sangre había refluido a su corazón. Murmuró:

—¿Qué señor Marius?

—No lo sé —respondió Basque intimidado y desconcertado por el aspecto de su amo—. No le he visto. Nicolette es quien acaba de decírmelo. «Ahí está un joven, dice que es el señor Marius».

El tío Gillenormand balbuceó en voz baja:

—Hacedle entrar.

Permaneció en la misma actitud, con la cabeza temblorosa y la mirada fija en la puerta. Abriose ésta y entró un joven. Era Marius.

Marius se detuvo en la puerta como esperando que le dijesen que entrase.

Su traje miserable no se veía apenas en la oscuridad que formaba la pantalla. No se distinguía más que su rostro tranquilo y grave, pero extrañamente triste.

El tío Gillenormand, sobrecogido de estupor y de alegría, permaneció algunos instantes sin ver otra cosa que una claridad, como cuando se está delante de una aparición. Estaba a punto de desfallecer; veía a Marius a través de un deslumbramiento. ¡Era él, sí, era Marius!

¡Por fin! ¡Después de cuatro años! Se apoderó de él, por decirlo así, de repente, con un solo golpe de vista. Le encontró hermoso, noble, distinguido, hombre hecho, la actitud conveniente, con aire simpático. Tuvo deseos de

abrir sus brazos, de llamarle, de precipitarse; la alegría le oprimía el corazón; le ahogaban palabras afectuosas. Toda esta ternura se abrió paso y llegó a sus labios, pero en contraste con lo que era el fondo de su naturaleza, salió de ellos la dureza, y dijo bruscamente:

—¿Qué venís a hacer aquí?

Marius respondió con embarazo:

—Señor…

El señor Gillenormand hubiera querido que Marius se arrojara a sus brazos. Estuvo descontento de Marius y de sí mismo. Diose cuenta de que él era brusco, y Marius era frío. Para el buen hombre era una insoportable e irritante ansiedad sentirse tan tierno y tan conmovido en el interior y ser tan duro exteriormente. Volvió a su amargura, e interrumpió a Marius con aspereza:

—¿Entonces, a qué venís?

Este «entonces», significaba: «si no venís a abrazarme». Marius miró a su abuelo, que con su palidez parecía un busto de mármol.

—Señor…

El viejo dijo con voz severa:

—¿Venís a pedirme perdón? ¿Habéis reconocido vuestros errores?

Creía con esto poner a Marius en camino para que el «niño» le pidiese perdón. Marius tembló; le exigía que se opusiese a su padre; bajó los ojos y respondió:

—No, señor.

—¡Entonces! —exclamó, impetuosamente el anciano con un dolor punzante y lleno de cólera—. ¿Qué queréis de mí?

Marius juntó las manos, dio un paso, y dijo con una voz débil y temblorosa:

—Señor, tened compasión de mí.

Estas palabras conmovieron al señor Gillenormand. Un momento antes, le hubieran enternecido, pero era demasiado tarde. El abuelo se levantó y apoyó las dos manos en el bastón; tenía los labios pálidos, la cabeza vacilante, pero su alta estatura dominaba a Marius, que estaba inclinado.

—¡Compasión de vos, caballero! ¡Un adolescente que pide compasión a un anciano de noventa y un años! Vos entráis en la vida y yo salgo de ella; vos vais al teatro, a los bailes, al café, al billar, tenéis talento, agradáis a las mujeres, sois un buen mozo, y yo escupo en medio del verano en la lumbre; sois rico con las únicas riquezas que existen, y yo tengo todas las pobrezas que dan la vejez, la debilidad, el aislamiento. Tenéis treinta y dos dientes, un buen estómago, la vista clara, fuerza, apetito, salud, alegría, un bosque de cabellos negros, y yo no tengo siquiera cabellos blancos, he perdido mis dientes, flaquean mis piernas, pierdo la memoria; hay tres calles cuyos nombres confundo siempre: la calle Charlot, la calle Chaume y la calle Saint-Claude; así me veo. Vos tenéis delante un porvenir lleno de luz, y yo empiezo a no ver ni gota, tanto he avanzado en la oscuridad; vos estáis enamorado, por descontado, y a mí no me ama nadie en el mundo. ¡Y venís a pedirme compasión! Caramba, Molière ha olvidado esta escena. Si es así como litigáis en el tribunal los abogados, os felicito cordialmente. Sois unos pícaros. —Y el octogenario continuó con voz airada y grave—: Pero veamos, ¿qué queréis de mí?

—Señor, sé que mi presencia os enoja, pero vengo solamente a pediros una cosa; después me iré enseguida.

—¡Sois un necio! —dijo el anciano—. ¿Quién os dice que os vayáis?

Era la traducción de aquella frase tierna que tenía en el fondo del corazón: «¡Pídeme perdón! ¡Arrójate a mi cuello!». El señor Gillenormand se daba cuenta de que Marius iba a abandonarle dentro de algunos instantes, que su mala acogida le entibiaba, que su dureza le rechazaba; se decía todo esto, y su dolor aumentaba; pero como éste se cambiaba en cólera, iba aumentando su ira.

Hubiera querido que Marius le comprendiese, pero Marius no le comprendía; esto ponía furioso al buen hombre. Y continuó:

—¡Cómo! Me habéis faltado a mí, a vuestro abuelo; habéis abandonado mi casa para ir quién sabe dónde, habéis dejado desolada a vuestra tía; habéis querido, porque esto se adivina, es más cómodo, llevar la vida de joven, hacer el currucato, volver a casa a cualquier hora, divertiros; no habéis dado señales de vida; habéis contraído deudas sin decirme que las pague; habréis roto vidrios y os habréis hecho camorrista, y al cabo de cuatro años venís a mi casa… ¿y no tenéis que decirme más que esto?

Este modo violento de empujar al joven hacia la ternura sólo produjo el

silencio de Marius. El señor Gillenormand cruzó los brazos, movimiento que era en él particularmente imperioso, y apostrofó a Marius amargamente:

—Concluyamos. ¿Venís a pedirme algo? Decidlo. ¿Qué queréis? ¿Qué es? Hablad.

—Señor —dijo Marius con la mirada de un hombre que se da cuenta de que va a caer en un precipicio—. Vengo a pediros permiso para casarme.

El señor Gillenormand llamó. Basque entreabrió la puerta.

—Haced venir a mi hija.

Un segundo más tarde, la puerta volvió a abrirse y la señorita Gillenormand se dejó ver, pero no entró. Marius estaba de pie, mudo, con los brazos caídos, con el aspecto de un culpable.

El señor Gillenormand iba y venía a lo largo y a lo ancho de la habitación. Se volvió hacia su hija y le dijo:

—Nada. Es el señor Marius. Decidle buenos días. El señor quiere casarse. Eso es todo. Marchaos.

El ronco sonido de la voz del anciano anunciaba una extraña plenitud de ira. La tía contempló a Marius con aire asustado, apenas pareció reconocerle, no dejó escapar ni un gesto ni una sílaba, y desapareció con más rapidez que una paja empujada por el huracán.

Mientras tanto el señor Gillenormand se había recostado en la chimenea.

—¡Casaros! ¡A los veintiún años! ¡Lo habéis arreglado así! ¡No tenéis más que pedirme permiso! Una formalidad. Sentaos, caballero. Habéis pasado por una revolución desde que no he tenido el honor de veros, y han vencido en vos los jacobinos. Debéis estar muy contento. ¿No sois republicano desde que sois barón? Vos conciliáis esto. La república es una salsa de la baronía. ¿Tenéis acaso la condecoración de julio? ¿Habéis tenido alguna parte en la toma del Louvre? Hay aquí cerca, en la calle Saint-Antoine, frente a la calle Nonnains-d’Hyères, una bala incrustada en la pared, en el tercer piso de una casa con esta inscripción: «28 de julio de 1830». Id a verla: Produce un buen efecto. ¡Ah! ¡Vuestros amigos hacen cosas muy bonitas! Y a propósito: ¿no van a hacer una fuente donde está el monumento del duque de Berry? ¿Conque queréis casaros? ¿Con quién? ¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, con quién?

Y se detuvo; pero antes de que Marius tuviese tiempo de responder,

añadió con violencia:

—¡Ah! ¿Tenéis posición? ¿Habéis hecho fortuna? ¿Cuánto ganáis en vuestro oficio de abogado?

—Nada —dijo Marius con una especie de firmeza y resolución casi feroz.

—¿Nada? ¿No tenéis para vivir más que los mil doscientos francos que os envío?

Marius no respondió, y el señor Gillenormand continuó:

—Entonces ya comprendo. ¿Es rica la joven?

—Como yo.

—¡Qué! ¿No tiene dote?

—No.

—¿Y esperanzas?

—Creo que no.

—¡Enteramente desnuda! ¿Y qué es su padre?

—No lo sé.

—¿Y cómo se llama ella?

—Fauchelevent.

—¿Fauche… qué?

—Fauchelevent.

—Pst —dijo el viejo.

—¡Señor! —exclamó Marius.

El señor Gillenormand le interrumpió con el tono de un hombre que se habla a sí mismo:

—Eso es, veintiún años, sin posición, mil doscientos francos al año, y la señora baronesa de Pontmercy irá a comprar dos sueldos de perejil a casa de la frutera.

—Señor —repitió Marius con la angustia de la última esperanza que se desvanece—. ¡Os lo suplico! Os lo suplico en nombre del cielo, con las manos juntas, me pongo a vuestros pies; ¡permitidme que me case!

El anciano lanzó una carcajada estridente y lúgubre, a través de la cual

tosía y hablaba.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Os habéis dicho: ¡Pardiez! ¡Voy a buscar a ese viejo pelucón, a ese absurdo bodoque! ¡Qué lástima que yo no tenga veinticinco años! ¡Cómo le pasaría una respetuosa papeleta! ¡Cómo me las arreglaría sin él! Pero es lo mismo. Le diré: «Viejo cretino, eres muy dichoso en verme; tengo ganas de casarme, quiero casarme con la señorita fulana, hija del señor zutano; yo no tengo zapatos, ella no tiene camisa; pero quiero echar a un lado mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida; deseo hacer una excursión por la miseria, con una mujer al cuello; éste es mi pensamiento, y es preciso que consientas», y el viejo fósil consentirá. Anda, hijo mío, como tú quieras, átate, cásate con tu Pousselevent, tu Coupelevent… ¡Nunca, caballero, nunca!

—¡Padre mío!

—¡Nunca!

Marius perdió toda esperanza al oír el acento con que fue pronunciado este «nunca».

Atravesó el cuarto lentamente, con la cabeza inclinada, temblando, y más semejante al que se muere que al que se va. El señor Gillenormand le seguía con los ojos, y en el momento en que la puerta se abría y Marius iba a salir, dio cuatro pasos con esa vivacidad senil de los ancianos imperiosos y mimados, cogió a Marius por el cuello, le volvió a la habitación, le arrojó en un sillón y dijo:

—¡Cuéntamelo todo!

Las palabras «padre mío», que se le habían escapado a Marius, habían causado esta revolución.

Marius le miró asustado. El rostro móvil del señor Gillenormand no expresaba más que una ruda e inefable buena fe. El abuelo se había convertido en padre.

—Vamos a ver, habla, cuéntame tus amores y dímelo en secreto, dímelo todo. ¡Caramba! ¡Qué tontos son los jóvenes!

—¡Padre mío! —repitió Marius.

Todo el rostro del anciano se iluminó con un indecible resplandor.

—Sí, eso es; ¡llámame padre y verás!

Había en esta brusquedad algo tan hermoso, tan dulce, tan franco, tan

paternal que Marius pasó repentinamente del desánimo a la esperanza, y quedó como aturdido y confuso. Estaba sentado cerca de la mesa; la luz de las velas hacía muy visible la miseria de su traje, que el señor Gillenormand examinaba con asombro.

—Y bien, padre mío —dijo Marius.

—¡Ah! —dijo el señor Gillenormand—. No tienes ni un sueldo. Estás vestido como un ladrón.

Y abriendo un cajón, sacó una bolsa que puso sobre la mesa:

—Toma, aquí tienes cien luises, cómprate un sombrero.

—Padre mío —prosiguió Marius—, mi buen padre, ¡si supieseis!, la amo. No podéis figuraros. La primera vez que la vi era en el Luxemburgo, a donde ella iba a pasear; al principio no le presté atención, pero luego, no sé cómo fue y me he enamorado. ¡Oh, qué desgraciado me ha hecho esto! Pero, en fin, ahora la veo todos los días en su casa, su padre no lo sabe. Figuraos que van a partir; nos vemos en el jardín por la noche; su padre quiere irse a Inglaterra, y entonces yo me dije: Veré a mi abuelo y se lo explicaré todo. Me volveré loco, me moriré, caeré enfermo, me arrojaré al agua. Es preciso que me case con ella, pues de lo contrario me volvería loco. Ésta es toda la verdad; creo que no he olvidado nada. Ella vive en una casa con un jardín en el que hay una verja, en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

El señor Gillenormand se había sentado alegremente al lado de Marius. Mientras le escuchaba y gozaba con el sonido de su voz, saboreaba al mismo tiempo un polvo de tabaco. A esta palabra, calle Plumet, interrumpió su aspiración y dejó caer el resto del tabaco sobre las rodillas.

—¡Calle Plumet! ¿La calle Plumet, dices? ¡Veamos! ¿No hay un cuartel por allí cerca? Sí, esto es. Tu primo Théodule me ha hablado de ello. El lancero, el oficial. ¡Una jovencita, mi buen amigo, una jovencita! ¡Pardiez! Sí, en la calle Plumet, la que antes se llamaba calle Blomet. Ahora me acuerdo. He oído hablar de esa jovencita de la verja de la calle Plumet. En un jardín. Una pamela. No tienes mal gusto. Es muy aseadita. Entre nosotros, creo que ese tonto lancero le ha hecho la corte. No sé hasta dónde habrá llegado. En fin, no importa. Por otra parte, no hay que creerle. Se envanece. ¡Marius! Me parece muy bien que un joven como tú esté enamorado. Es propio de tu edad. Prefiero que estés prendado de unas faldas, ¡caramba!, de veinte faldas, antes que del señor Robespierre. Por mi parte, en materia de *sans-culottes* no me gustan más que las mujeres. ¡Las chicas bonitas son las chicas bonitas!, ¡qué

diablos!, y a esto no puede hacerse objeción alguna. En cuanto a la pequeña, te recibe a espaldas de papá. Eso está en orden. A mí me han ocurrido también historias de este género, y más de una. ¿Sabes lo que se hace? No se toma la cosa con ferocidad; no se precipita uno en lo trágico, en el casamiento, en ir a casa del alcalde a verle con su faja. Es preciso ser un muchacho de genio; es necesario tener sentido común. Tropezad, mortales, pero no os caséis. Cuando llega un caso como éste, se busca al abuelo, que es un buen hombre en el fondo, y que tiene siempre algunos cartuchos de luises en el cajón, y se le dice: «Abuelo, me pasa esto». Y el abuelo, dice: «Es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta y que la vejez se arrugue». Yo he sido joven y tú serás viejo. Anda, hijo mío, que ya dirás esto mismo a tus nietos. Aquí tienes doscientas pistolas. Diviértete. ¡Caramba! ¡Nada mejor! Así debe llevarse este negocio. No se casa uno, pero esto no impide… ¿me comprendes?

Marius, petrificado y sin poder pronunciar ni una sola palabra, hizo con la cabeza un movimiento negativo.

El buen viejo se echó a reír, guiñó el ojo, le dio un golpecito en la rodilla, le miró a los ojos con aire misterioso y le dijo, alzando amistosamente los hombros:

—¡Tonto! ¡Tómala por querida!

Marius se puso pálido. No había comprendido nada de todo lo que acababa de decir el abuelo. Aquella confusión de la calle Blomet, del cuartel, del lancero, había pasado ante Marius como algo fantasmagórico. Nada de todo aquello podía relacionarse con Cosette, que era un lirio. El buen hombre divagaba. Pero esta divagación había concluido en una palabra que Marius había comprendido, y que era una mortal injuria a Cosette. Aquel: «Tómala por querida» había entrado en su corazón como una espada.

Se levantó, recogió su sombrero que estaba en el suelo y se dirigió hacia la puerta con paso seguro y firme. Allí se volvió, se inclinó profundamente delante de su abuelo, levantó luego la cabeza y dijo:

—Hace cinco años insultasteis a mi padre, hoy insultáis a mi mujer. Ya no os pido nada, señor. Adiós.

El señor Gillenormand, estupefacto, abrió la boca, tendió los brazos, trató de levantarse, pero antes de que hubiera tenido tiempo de pronunciar ninguna palabra, la puerta se había cerrado y Marius había desaparecido.

El anciano permaneció inmóvil durante algunos instantes, sin poder hablar

ni respirar, como si un puño cerrado le apretara la garganta. Por fin, se levantó de su sillón, corrió hacia la puerta con toda la velocidad con que se puede correr a los noventa y un años, la abrió y gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Apareció su hija, y después los criados. Les dijo con angustioso aliento:

—¡Corred tras él! ¡Cogedle! ¿Qué le he hecho? ¡Está loco! ¡Se va! ¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío! ¡Esta vez no volverá!

Se dirigió a la ventana que daba a la calle, la abrió con sus viejas manos arrugadas, se inclinó sacando medio cuerpo fuera, mientras Basque y Nicolette le sujetaban por detrás, y gritó:

—¡Marius! ¡Marius! ¡Marius! ¡Marius!

Pero Marius ya no podía oírle, pues en aquel preciso instante doblaba la esquina de la calle Saint-Louis[82].

El octogenario se llevó dos o tres veces las manos a las sienes con expresión de angustia, retrocedió temblando y se recostó en un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, moviendo la cabeza y agitando los labios con expresión aturdida, sin tener en los ojos y en el corazón más que una cosa triste y profunda como la noche.

LIBRO NOVENO

¿Adónde van?

I

Jean Valjean

Aquel mismo día, hacia las cuatro de la tarde, Jean Valjean estaba sentado solo en uno de los declives más solitarios del Campo de Marte.

Ya fuese por prudencia, ya por afán de recogimiento, deseo que sigue a los cambios insensibles de costumbres que se introducen poco a poco en todas las existencias, ahora salía poco con Cosette.

Llevaba su chaqueta de obrero y un pantalón gris; la ancha visera de su gorro le ocultaba el rostro. Estaba ahora tranquilo y feliz respecto de Cosette; lo que le había asustado y turbado durante algún tiempo se había disipado; pero desde hacía una o dos semanas le perseguía una ansiedad de otra naturaleza. Un día, paseándose por el bulevar, había visto a Thénardier. Gracias a su disfraz, Thénardier no le había reconocido; pero desde entonces, Jean Valjean le había vuelto a ver varias veces, y ahora tenía la certeza de que Thénardier merodeaba por su barrio. Aquello había bastado para hacerle tomar una decisión. Estando allí Thénardier, estaban presentes todos los peligros a un tiempo.

Además, París no se hallaba tranquilo; las agitaciones políticas ofrecían el inconveniente, para todo el que tuviera que ocultar algo en su vida, que la policía andaba inquieta y recelosa, y que tratando de encontrar a Pépin o a Morey podía muy bien descubrir a Jean Valjean.

Todas estas cosas le inquietaban.

Por último, un hecho inexplicable, que acababa de sorprenderle, y que le tenía aún impresionado, había aumentado su inquietud. Aquel mismo día se había levantado temprano, y se paseaba por el jardín, antes de que Cosette hubiera abierto su ventana, y había descubierto de repente esta línea grabada en la pared, probablemente con un clavo: «Calle de la Verrerie, 16».

La escritura era muy reciente, las muescas estaban blancas en la antigua argamasa ennegrecida, y una mata de ortigas que había al pie de la pared estaba cubierta de polvillo y yeso. Aquello había sido escrito probablemente durante la noche. Pero ¿qué era? ¿Una dirección? ¿Una señal para alguien? ¿Una advertencia para él? En cualquier caso, resultaba evidente que el jardín había sido violado, y que había penetrado algún desconocido. Entonces recordó los incomprensibles incidentes que habían alarmado ya a la casa,

meditó sobre aquel letrero, y se guardó muy bien de hablar de él a Cosette, por miedo a asustarla.

Una vez considerado y medido todo aquello, se había decidido a abandonar París, e incluso Francia, y pasar a Inglaterra. Había prevenido a Cosette. Antes de ocho días quería partir. Estaba sentado en la cuestecilla del Campo de Marte, dando vueltas en su cerebro a toda clase de pensamientos, Thénardier, la policía, el viaje, la extraña línea escrita en la pared y la dificultad de procurarse un pasaporte.

En medio de estos pensamientos, se fijó en una sombra que el sol proyectaba, sin duda de alguien que acababa de detenerse sobre la cresta de la cuestecilla, inmediatamente detrás de él. Iba a volverse cuando un papel doblado en cuatro cayó sobre sus rodillas, como si una mano lo hubiese dejado caer sobre su cabeza. Cogió el papel, lo desdobló, y leyó esta palabra, escrita en gruesos caracteres con lápiz: «Mudaos».

Jean Valjean se levantó vivamente, pero no había nadie en la cuesta. Miró por todas partes, y descubrió un ser más grande que un niño, pero más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris y pantalones de pana de color polvo, que saltaba el parapeto y desaparecía en el foso del Campo de Marte.

Jean Valjean se volvió enseguida a su casa, pensativo.

II

Marius

Marius había salido desolado de casa del señor Gillenormand. Había entrado allí con una esperanza muy pequeña y salía con una inmensa desesperación.

Por lo demás, y los que han observado el corazón humano lo comprenderán, el lancero, el oficial, el bobo, el primo Théodule, no había dejado sombra alguna en su espíritu. Ni la más pequeña nube. El poeta dramático podría aparentemente esperar algunas complicaciones de esta revelación hecha a quemarropa por el abuelo al nieto. Pero lo que el drama ganaría, lo perdería la verdad. Marius se hallaba en la edad en que no se cree en nada malo; después viene la edad en que se cree todo. Las sospechas no son otra cosa que arrugas, y la primera juventud no las tiene.

Lo que trastorna a Otelo, resbala sobre Cándido. ¡Sospechar de Cosette! Antes hubiera cometido Marius mil crímenes.

Se puso a andar por las calles, recurso de todos los que sufren. No pensó en nada que pudiese acordarse. A las dos de la madrugada, regresó a casa de Courfeyrac y se echó vestido en su colchón. El sol estaba ya alto cuando se durmió con ese terrible sueño pesado que deja ir y venir las ideas en el cerebro. Cuando se despertó vio de pie, con el sombrero puesto, preparados para salir y muy afanosos, a Courfeyrac, Enjolras, Feuilly y Combeferre.

Courfeyrac le dijo:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Le pareció que Courfeyrac hablaba en chino.

Salió algún tiempo después de ellos. Puso en su bolsillo las pistolas que Javert le había confiado cuando la aventura del 3 de febrero, y que habían quedado en su poder. Esas pistolas estaban aún cargadas. Sería difícil decir qué pensamiento sombrío tenía en la mente al llevárselas.

Durante todo el día estuvo vagando sin saber por dónde iba; llovía a intervalos, pero él no se daba cuenta; para comer compró un bollo de un sueldo en un puesto de pan, lo guardó en su bolsillo y se olvidó. Parece también que se bañó en el Sena, sin saber lo que hacía. Hay momentos en que se tiene un horno bajo el cráneo, y Marius estaba en uno de esos instantes. Ya no esperaba nada, ya no temía nada. Esperaba la noche con impaciencia

febril, no tenía más que una idea clara: que a las nueve vería a Cosette. Esta última dicha era todo su porvenir; después sólo le quedaba la sombra. A intervalos, paseando por los bulevares más desiertos, le parecía oír en París ruidos extraños, y saliendo de su meditación, se decía: «¿Es que pelean?».

Al caer la noche, a las nueve en punto, tal como había prometido a Cosette, estaba en la calle Plumet. Cuando se aproximó a la verja, lo olvidó todo. Hacía cuarenta y ocho horas que no había visto a Cosette; iba a verla y todas las demás ideas se borraron, y sólo sintió una profunda alegría. Esos minutos en que se viven siglos tienen en sí una cosa soberana y admirable: llenan por completo el corazón.

Marius abrió la verja y se precipitó al jardín. Cosette no estaba en el sitio donde le esperaba siempre. Atravesó la espesura y llegó a la rinconada cerca de la escalinata. «Me espera allí», se dijo. Cosette no estaba. Alzó los ojos y vio que los postigos de la ventana estaban cerrados. Dio la vuelta al jardín y vio que estaba desierto. Entonces volvió a la casa, y loco de amor, extraviado, asustado, exasperado de dolor y de inquietud, como un amo que entra en su casa a mala hora, llamó a la ventana. Llamó y volvió a llamar, expuesto a ver abrirse la ventana y asomar por ella la sombría cabeza del padre y oír que le preguntaba: «¿Qué queréis?». Esto no era nada al lado de lo que sospechaba. Cuando hubo llamado, alzó la voz y llamó a Cosette:

—¡Cosette! —gritó—. ¡Cosette! —repitió imperiosamente.

Nadie respondió. Todo había acabado. No había nadie en el jardín, nadie en la casa.

Marius fijó sus ojos desesperados en aquella casa lúgubre, tan negra, tan silenciosa y tan vacía como una tumba. Miró el banco de piedra donde había pasado horas tan adorables cerca de Cosette. Entonces se sentó sobre los peldaños de la escalinata, con el corazón lleno de dulzura y resolución, bendijo su amor en el fondo de su pensamiento y se dijo que puesto que Cosette había partido, ya no le quedaba más que morir.

De repente, oyó una voz que parecía venir de la calle, y que gritaba entre los árboles:

—¡Señor Marius!

Se levantó.

—¿Qué? —dijo.

—¿Señor Marius, estáis ahí?

—Sí.

—Señor Marius —continuó la voz—, vuestros amigos os esperan en la calle Chanvrerie.

Aquella voz no le resultaba desconocida por completo. Se parecía a la voz tomada y ruda de Éponine. Marius corrió a la verja, apartó el barrote móvil, pasó la cabeza y vio una figura, que le pareció la de un joven, desaparecer corriendo en la oscuridad.

III

El señor Mabeuf

La bolsa de Jean Valjean había sido inútil al señor Mabeuf, porque éste, en su venerable austeridad infantil, no había aceptado el regalo de los astros; no había admitido que una estrella pudiese convertirse en luises de oro. No había adivinado que lo que le caía del cielo procedía de Gavroche. Había llevado la bolsa al comisario de policía del barrio, como objeto perdido puesto por el que lo había hallado, a disposición del que lo reclamase.

La bolsa, en efecto, se perdió. No hay que decir que nadie la reclamó, sin que socorriera al señor Mabeuf.

Por lo demás, el señor Mabeuf continuaba viniendo a menos.

Las experiencias con el añil no habían dado mejor resultado en el Jardín Botánico que en su jardín de Austerlitz. El año anterior, debía el salario a su ama, y ahora debía, como hemos visto, el alquiler de la casa. El Monte de Piedad, después de transcurridos trece meses, había vendido las planchas de su *Flora*, y algún calderero había hecho de ellas cacerolas.

Perdidas, pues, sus planchas, y no pudiendo completar los ejemplares descabalados de su *Flora* que poseía aún, había cedido a bajo precio a un librero-anticuario planchas y texto. Nada le quedó de la obra de toda su vida. Empezó a comerse el dinero de estos ejemplares. Cuando vio que aquel miserable recurso se agotaba, renunció a su jardín y lo dejó sin cultivo. Antes, mucho tiempo antes, había renunciado a los dos huevos y al pedazo de buey que comía de vez en cuando. Cenaba con pan y patatas. Había vendido sus últimos muebles, luego todo lo que tenía de repuesto en materia de ropa de cama, vestidos, mantas, después sus herbarios y sus estampas; pero tenía sus libros más preciosos, entre los cuales había varios muy raros, como los *Cuadros históricos de la Biblia*, edición de 1560; *La concordancia de las Biblias*, de Pierre de Besse, *Las Margaritas de la Margarita*, de Jean de la Haye, con dedicatoria a la reina de Navarra; el libro de *El cargo y la dignidad de embajador*, por el señor de Villiers-Hotman; un *Florilegium rabbinicum* de 1644, un Tíbulo del año 1657, con esta espléndida inscripción: «*Venetiis, in aedibus Manutianis*»; y un Diógenes Laercio, impreso en Lyon en 1644, en el que se encontraban las famosas variantes del manuscrito 411, siglo XIII, del Vaticano, y las de los dos manuscritos de Venecia, 393 y 394, tan fructuosamente consultados por Henri Estienne, y todos los pasajes en

dialecto dórico que no se encuentran más que en el célebre manuscrito del siglo XII de la Biblioteca de Nápoles. El señor Mabeuf no encendía nunca fuego en la habitación, y se acostaba con el día para no encender la luz. Parecía que no tuviese vecinos, porque evitaban su encuentro cuando salían; él se daba cuenta. La miseria de un niño interesa a una madre; la miseria de un joven interesa a una joven, la miseria de un anciano no le importa a nadie. De todas las miserias es la más fría. Sin embargo, Mabeuf no había perdido por completo su serenidad de niño. Sus ojos adquirían cierta vivacidad cuando se fijaban en los libros, y sonreía cuando contemplaba el Diógenes Laercio, que era un ejemplar único. Su armario de vidriera era el único mueble que había conservado, aparte de lo indispensable.

Un día, la señora Plutarco le dijo:

—No tengo con qué comprar la cena.

Lo que ella llamaba cena era un pan y cuatro o cinco patatas.

—Fiado —dijo el señor Mabeuf.

—Ya sabéis bien que me lo niegan.

El señor Mabeuf abrió su biblioteca, contempló largo tiempo sus libros, uno tras otro, como un padre obligado a diezmar a sus hijos los contemplaría antes de escoger, luego tomó vivamente uno de ellos, lo puso bajo el brazo y salió. Regresó al cabo de dos horas, sin nada debajo del brazo, y dejó treinta sueldos encima de la mesa, diciendo:

—Traeréis para comer.

A partir de aquel instante, la señora Plutarco vio cubrirse el cándido semblante del señor Mabeuf con un velo sombrío.

El día siguiente, el otro, y todos los demás días, fue preciso hacer lo mismo. El señor Mabeuf salía con un libro y regresaba con una moneda de plata. Como los libreros chalanes le veían obligado a vender, le compraban por veinte sueldos los libros que le habían costado veinte francos. Algunas veces comprados a los mismos libreros. Tomo a tomo, desaparecía su biblioteca. En algunos instantes se decía: «Sin embargo, tengo ochenta años», como si tuviese alguna esperanza de llegar antes al fin de sus días que al fin de sus libros. Su tristeza iba en aumento; pero una vez tuvo una alegría. Salió con un Robert Estienne, que vendió en treinta y cinco sueldos en el muelle Malaquais, y regresó con un Alde, que había comprado por cuarenta sueldos en la calle Grès.

—Debo cinco sueldos —decía radiante a la señora Plutarco.

Aquel día no comieron.

Era de la Sociedad de Horticultura, donde se sabía de su pobreza. El presidente de esta sociedad le fue a ver, le prometió hablar de él al ministro de Agricultura y Comercio, y lo hizo.

—¿Cómo? —exclamó el ministro—. ¡Ya lo creo! ¡Un docto anciano! ¡Un botánico! ¡Un hombre inofensivo! ¡Es preciso hacer algo por él!

Al día siguiente, el señor Mabeuf recibió una invitación para comer en casa del señor ministro. Enseñó la carta, temblando de alegría, a la señora Plutarco.

—¡Estamos salvados! —exclamó.

El día fijado, fue a casa del ministro. Observó que su corbata arrugada, su vieja chaqueta y sus zapatos abrillantados con huevo asombraban a los ujieres. Nadie le habló, ni tan siquiera el ministro. Hacia las diez de la noche, como estaba todavía esperando que le dijeran una palabra, oyó a la mujer del ministro, hermosa dama descotada a quien él no se había atrevido a acercarse, que preguntaba:

—¿Quién es ese caballero anciano?

Volvió a su casa a pie, a medianoche, con una fuerte lluvia. Había vendido un Elzévir para pagar el coche al ir.

Todas las noches, antes de acostarse, tenía la costumbre de leer algunas páginas de su Diógenes Laercio. Sabía bastante griego para gozar de las particularidades del texto que poseía. Ya no tenía otra alegría. Transcurrieron algunas semanas. De repente la señora Plutarco cayó enferma. Es algo muy triste no tener con qué comprar pan en casa del panadero, ni tener con qué comprar drogas en casa del boticario. Una noche, el médico había recetado una poción muy cara. Además, la enferma se agravaba, y necesitaba una persona que la cuidara. El señor Mabeuf abrió la biblioteca, pero ya no había nada en ella. El último volumen había sido vendido. No le quedaba más que el Diógenes Laercio.

Puso el ejemplar único bajo su brazo y salió; era el 4 de junio de 1832; fue a la puerta Saint-Jacques, a casa del sucesor de Royol, y volvió con cien francos. Dejó la pila de napoleones sobre la mesita de noche de la vieja sirvienta y volvió a su habitación sin decir una palabra.

Al día siguiente, desde que amaneció, se sentó en el guardacantón que había en el jardín, y pudo vérsele por encima del seto toda la mañana inmóvil, con la frente baja, la mirada fija en los parterres marchitos. Llovía a intervalos, pero el viejo no lo notaba. A mediodía estalló en París un ruido extraordinario; parecían tiros de fusil y clamores populares.

Mabeuf levantó la cabeza. Observó un jardinero que pasaba y le preguntó:

—¿Qué sucede?

El jardinero, con su azadón al hombro, respondió con el acento más tranquilo:

—Una revuelta.

—¡Cómo! ¿Una revuelta?

—Sí, están combatiendo.

—¿Por qué combaten?

—¡Ah! ¡Diablo! —exclamó el jardinero.

—¿Dónde? —preguntó el señor Mabeuf.

—En el Arsenal.

Mabeuf regresó a su casa, cogió su sombrero, buscó maquinalmente un libro para ponérselo debajo del brazo, y al no encontrarlo, se dijo: «¡Ah! ¡Es verdad!», y se marchó con aire extraviado.

LIBRO DÉCIMO

El 5 de junio de 1832

I

La superficie de la cuestión

¿De qué se compone un motín? De todo y de nada. De una electricidad que se desarrolla poco a poco, de una llama que se forma súbitamente, de una fuerza vaga, de un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que piensan, cerebros que sueñan, almas que sufren, pasiones que arden, miserias que se lamentan, y las arrastra.

¿Adónde?

A la ventura. A través del Estado, a través de las leyes, a través de la prosperidad y la insolencia de los demás.

Las convicciones irritadas, los entusiasmos frustrados, las indignaciones conmovidas, los instintos de guerra comprimidos, los jóvenes valores exaltados, las cegueras generosas, la curiosidad, el placer de la variación, la sed de lo inesperado, el sentimiento que hace experimentar placer al leer el cartel de un nuevo espectáculo, y el oír en el teatro el silbido del maquinista; los odios vagos, los rencores, las contrariedades, todo cuanto hace creer que el destino ha fracasado; el malestar, los pensamientos profundos, las ambiciones rodeadas de abismos; todo el que espera de un derrumbamiento una salida; y, en fin, en lo más bajo, en la turba, ese lodo que se convierte en fuego; tales son los elementos del motín.

Lo más grande y lo más ínfimo; los seres que vagan separados de todo esperando una ocasión, bohemios, gente sin profesión, vagabundos de las encrucijadas, los que duermen de noche en un desierto de casas sin otro techo que las frías nubes del cielo; los que piden cada día su pan al azar y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y de la nada, los brazos desnudos, los pies descalzos, pertenecen al motín.

Todo el que tiene en el alma una rebelión secreta contra un hecho cualquiera del Estado, de la vida o de la suerte, tiene afinidad con el motín, y desde que se presenta, empieza a temblar y a sentirse conmovido por el torbellino.

El motín es una especie de tromba de la atmósfera social, que se forma de repente en ciertas condiciones de temperatura, y que en sus remolinos sube, corre, truena, arranca, corta, rompe, demuele, desarraiga, arrastrando consigo a los espíritus grandes y los pequeños, el hombre fuerte y el espíritu débil, el

tronco de árbol y la brizna de paja.

¡Desgraciado aquel a quien arrastra, lo mismo que aquel con quien choca! Los estrella uno contra otro.

Comunica a los que coge un poder extraordinario. Arrastra al primero que encuentra con la fuerza de los sucesos; y hace de todo proyectiles. Convierte una piedra en bala, y un ganapán en un general.

Si se ha de creer a ciertos oráculos de la política recelosa, desde el punto de vista del poder, un motín es una cosa deseable. Para ellos es un axioma que el motín afirma a los gobiernos si no los destruye, porque pone a prueba al ejército, concentra a la burguesía, estira los músculos de la policía, constata la fuerza del esqueleto social. Es una gimnasia, casi una higiene. El poder se siente mejor después de un motín, como el hombre después de una fricción.

El motín, hace treinta años, se consideraba además desde otros puntos de vista.

Hay para todo una teoría que se llama a sí misma «del sentido común»; Filinto contra Alcestes; mediación ofrecida entre lo verdadero y lo falso; explicación, admonición, atenuación un poco altiva que, porque tiene cierta mezcla de culpa y de excusa, se cree la sabiduría, y no es más que la pedantería. Toda una escuela política, llamada del justo medio, ha salido de aquí. Entre el agua fría y el agua caliente, hay el partido del agua tibia. Esta escuela, con su falsa profundidad enteramente superficial, que diseca los efectos sin remontarse a las causas, censura desde lo alto de una semiciencia las agitaciones de la plaza pública.

Según esta escuela, «los motines que complicaron la Revolución de 1830 quitaron a este gran acontecimiento una parte de su pureza. La Revolución de Julio había sido un hermoso huracán popular, bruscamente seguido de la calma; pero los motines volvieron a nublar el cielo. Hicieron degenerar en querella esta revolución que en principio fue notable por su unanimidad. En la Revolución de Julio, como en todo progreso que se realiza a sacudidas, había habido fracturas secretas; el motín las hizo insensibles. Pudo decirse: ¡Ah, esto está roto! Después de la Revolución de Julio, sólo se sentía la libertad; después de los motines, se conoció la catástrofe.

»Todo motín cierra las tiendas, hace bajar los fondos, consterna a la Bolsa, suspende el comercio, entorpece los negocios, precipita las quiebras; se retira el dinero, las fortunas privadas están inquietas, el crédito público perdido, la industria desconcertada, los capitales retroceden, el trabajo se paga menos, y

en todas partes reina el miedo, la reacción se produce en todas las ciudades. De aquí salen los precipicios. Se ha calculado que el primer día de motín cuesta a Francia veinte millones, el segundo cuarenta, el tercero sesenta. Un motín de tres días cuesta ciento veinte millones, es decir, viendo sólo el resultado financiero, equivale a un desastre, naufragio o batalla perdida, que aniquilaría a una flota de sesenta navíos de línea.

»Históricamente, los motines tienen sin duda su belleza; la guerra de las calles no es menos grandiosa ni menos poética que la guerra en los bosques; en una está el alma de los bosques, y en la otra el corazón de las ciudades; la una tiene a Jean Chouan, y la otra a Jeanne[83]. Los motines iluminaron de rojo, pero espléndidamente, los rasgos más originales del carácter parisiense, la generosidad, el desinterés, la alegría tempestuosa; probando los estudiantes que la bravura es parte de la inteligencia, la guardia nacional inquebrantable, los vivacs de los tenderos, las fortalezas de los pilluelos, el desprecio de la muerte en los transeúntes. Escuelas y legiones se encuentran. Después de todo, entre los combatientes no había más que una diferencia: la edad; es la misma raza, son los mismos hombres estoicos que mueren a los veinte años por sus ideas, y a los cuarenta por sus familias. El ejército, siempre triste en las guerras civiles, oponía la prudencia a la audacia. Los motines, al mismo tiempo que manifestaron la intrepidez popular, educaron el valor del ciudadano.

»Pero ¿vale todo esto la sangre que se ha derramado? Y añádase a la sangre derramada el porvenir ensombrecido, el progreso comprometido, la inquietud entre los mejores, los liberales honrados desesperando ya, el absolutismo extranjero viendo con placer estas heridas que la revolución se inflige a sí misma, los vencidos de 1830 triunfando y diciendo: “¡Ya lo habíamos dicho!”. Añádase a esto que París tal vez puede engrandecerse con un motín, pero que Francia se empequeñece; y, por último, pues todo debe decirse, los asesinatos que deshonran con frecuencia la victoria del orden feroz sobre la libertad enloquecida. En suma, todos los motines han sido funestos».

Así habla esta casi sabiduría con que la burguesía se contenta gustosa.

En cuanto a nosotros, rechazamos esta palabra tan amplia y por tanto tan cómoda: motín. Entre un movimiento popular y otro movimiento popular, hacemos una distinción. No nos preguntamos si un motín cuesta tanto como una batalla. ¿Y por qué como una batalla? Aquí se presenta la cuestión de la guerra. ¿Acaso la guerra es un azote menos sensible que la calamidad de un

motín? Además, ¿es que son calamidades todos los motines? ¿Y qué, aunque el 14 de julio costase ciento veinte millones? La instalación de Felipe V en España ha costado a Francia dos mil millones. Incluso por el mismo precio preferimos el 14 de julio. Por otra parte, rechazamos estas cifras que parecen razones y que no son otra cosa que palabras. Dado un motín, lo examinamos en sí mismo. En todo lo que dice la objeción doctrinaria expuesta más arriba, sólo se trata del efecto; nosotros buscamos la causa.

II

El fondo de la cuestión

Hay motines y hay insurrecciones, son dos clases de cólera; una equivocada, otra con derecho. En los Estados democráticos, los únicos que están fundados sobre la justicia, sucede algunas veces que una fracción usurpa; entonces el todo se alza, y la necesaria reivindicación de su derecho puede llegar hasta tomar las armas. En todas las cuestiones que atañen a la soberanía colectiva, la guerra del todo contra la fracción es la insurrección; el ataque de la fracción contra el todo es el motín; según que las Tullerías estén habitadas por el rey o por la Convención, son justa o injustamente atacadas.

El mismo cañón dirigido contra la multitud no tiene razón el 10 de agosto y la tiene el 14 de Vendimiario. Apariencia semejante y fondo diferente; los suizos defienden lo falso, Bonaparte defiende lo verdadero. Lo que el sufragio universal ha hecho por su libertad y en su soberanía, no puede ser deshecho por las calles.

Lo mismo sucede en las cosas de pura civilización; el instinto de las masas, ayer previsor, puede mañana estar turbado. La misma furia es legítima contra Terray y absurda contra Turgot[84]. La destrucción de máquinas, el pillaje de los almacenes, la ruptura de los raíles, las demoliciones de los *docks*, los falsos caminos de la multitud, el desafío de la justicia del pueblo al progreso, Ramus[85] asesinado por escolares, Rousseau expulsado de Suiza a pedradas, son motines. Israel contra Moisés, Atenas contra Foción, Roma contra Escipión, son motines; París contra la Bastilla es una insurrección. Los soldados contra Alejandro, los marineros contra Cristóbal Colón, es la misma rebelión; rebelión impía. Y ¿por qué? Porque Alejandro hace por Asia con la espada lo que Colón por América con la brújula; Alejandro, como Colón, encuentra un mundo. Estos dones de un mundo a la civilización son tales aumentos de luz que toda resistencia es criminal. Algunas veces el pueblo se traiciona a sí mismo. La multitud es traidora al pueblo. ¿Hay, por ejemplo, nada tan extraño como esa larga y sangrienta protesta de los falsos *saulniers*, legítima rebelión crónica, que en el momento decisivo, en el día de la salvación, en la hora de la victoria popular, se alía con el trono, con Vandea, y de insurrección en contra se vuelve motín en favor? ¡Obra sombría de la ignorancia! El falso *saulniers* huye de los poderes reales y, con un resto de cuerda al cuello, enarbola la escarapela blanca. La ¡muerte a las gabelas! se convierte en ¡viva el rey! Asesinos de la noche de San Bartolomé,

degolladores de septiembre, verdugos de Aviñón, asesinos de Coligny, asesinos de la señora de Lamballe, asesinos de Brune, *miquelets, verdets, cadenettes*, compañeros de Jéhu, caballeros del brazalete[86]; ése es el motín. Vandea es un gran motín católico.

El ruido del derecho en movimiento se conoce, y no sale siempre del temblor de las masas turbulentas; hay furores locos, como hay campanas rajadas; no todos los somatenes suenan a bronce. El estremecimiento de la pasión y de la ignorancia es otra sacudida del progreso. Levantaos, sí, pero para engrandeceros, decidme hacia qué lado vais. No hay insurrección más que hacia delante. Cualquier otro levantamiento es malo. Cualquier paso violento hacia atrás es motín; retroceder es una vía de hecho contra el género humano. La insurrección es el acceso de furor de la verdad; los adoquines que mueve la insurrección echan la chispa del derecho. Estos adoquines sólo dejan su lodo al motín. Danton contra Luis XVI es la insurrección; Hébert contra Danton es el motín[87].

De aquí proviene que si la insurrección, en los casos dados, puede ser, como ha dicho Lafayette, el más santo de los deberes, el motín puede ser el más fatal de los atentados.

Hay también alguna diferencia en la intensidad colérica; la insurrección es a menudo volcán, el motín es con frecuencia fuego de paja.

La rebelión, según hemos dicho, parte algunas veces del poder. Polignac es un amotinador; Camille Desmoulins es un gobernante.

La solución de todo por el sufragio universal es un hecho absolutamente moderno, y siendo toda la historia anterior a este hecho, desde hace cuatro mil años, la violación del derecho y el sufrimiento de los pueblos, cada época de la historia trae consigo la protesta que le es posible. Bajo los césares, no había insurrección, pero había un Juvenal.

El *facit indignatio* reemplaza a los Gracos.

En tiempo de los césares hay un desterrado en Egipto, pero hay también un autor de los *Anales*.

Y no hablemos del gran desterrado de Patmos[88], que también condena el mundo real en una protesta en nombre del mundo ideal, hace de la visión una sátira enorme y arroja sobre Roma-Nínive, sobre Roma-Babilonia, sobre Roma-Sodoma, la resplandeciente reverberación del Apocalipsis.

Juan sobre su roca es la esfinge sobre su pedestal; no es posible

comprenderla; es un judío, es el pueblo hebreo; pero el hombre que escribe los *Anales* es un latino; digamos mejor: es un romano.

Como los Nerones reinan a la manera negra, deben ser pintados del mismo modo. El trabajo del buril sólo sería pálido; es preciso verter en las incisiones una prosa concentrada y mordiente.

Los déspotas entran para algo en la mente de los pensadores; palabra encadenada, palabra terrible. El escritor duplica y triplica su estilo cuando un señor impone silencio al pueblo. De este silencio nace cierta plenitud misteriosa que se filtra y se solidifica duramente en el pensamiento. La compresión en la historia produce la concisión en el historiador. La solidez granítica de algunas prosas célebres no es más que una condensación hecha por el tirano.

La tiranía obliga al escritor a contracciones de diámetro que son acrecentamientos de fuerza. El periodo ciceroniano, apenas suficiente para Verrès, se embotaría en tiempo de Calígula. Cuanto menor sea la extensión de la frase, mayor es la intensidad del golpe. Tácito piensa con inmensa fuerza.

La honradez de un gran corazón condensada en justicia y en verdad fulmina. Digamos de paso que es muy notable que Tácito no esté superpuesto, históricamente hablando, a César: a aquél están reservados los Tiberios.

César y Tácito son dos fenómenos sucesivos, cuyo encuentro parece misteriosamente evitado por el que, al sacar los siglos a escena, arregla las entradas y las salidas. César es grande; Tácito es grande; Dios dirige estas dos grandezas para que no choquen una contra otra. El justiciero hiriendo a César podría herir demasiado y ser injusto, lo que Dios no quiere. Las grandes guerras de África y de España, los piratas de Cilicia destruidos, la civilización introducida en la Galia, en Bretaña, en Germania; toda esta gloria cubre el Rubicón. Hay en esto una especie de delicadeza de la justicia divina, dudando en dejar caer sobre el usurpador ilustre al ilustre historiador formidable, dispensando a César de Tácito, y concediendo circunstancias atenuantes al genio.

Cierto que el despotismo es siempre despotismo, aun bajo el déspota genial. Hay corrupción bajo los tiranos ilustres; pero la pérdida moral es más repugnante aún bajo los tiranos infames. En estos reinados, nada vela la vergüenza, y los hacedores de ejemplos, Tácito como Juvenal, abofetean más útilmente, en presencia del género humano, a esa ignominia sin réplica.

Roma despide peores miasmas bajo Vitelio que en la época de Sila. Con

Claudio y Domiciano, hay una deformidad de bajeza correspondiente a la fealdad del tirano; la miseria de los esclavos es un producto directo del déspota; estas conciencias encogidas exhalan miasmas en que se refleja el amo; los poderes públicos son inmundos; los corazones pequeños, las conciencias planas, las almas son repugnantes como un chinche; así sucede con Caracalla, así con Cómodo, así con Heliogábalo; mientras que del Senado romano, en tiempo de César, no sale más que el olor de estiércol propio de los nidos de águila.

De aquí proviene la aparición tardía, sólo en apariencia, de los Tácitos y Juvenales; el demostrador sólo aparece en la hora de la evidencia.

Pero Juvenal y Tácito, lo mismo que Isaías en los tiempos bíblicos, lo mismo que Dante en la Edad Media, son el hombre; el motín y la insurrección es siempre un fenómeno moral. El motín es Masaniello; la insurrección es Espartaco. La insurrección confina con la inteligencia; el motín con el estómago. Gaster se irrita; pero Gaster no siempre tiene razón. En las cuestiones de hambre, el motín, Buzançais[89], por ejemplo, tiene un punto de partida verdadero, patético y justo. Y, sin embargo, es un motín. ¿Por qué? Porque teniendo razón en el fondo, no la tiene en la forma. Terrible, aun teniendo derecho; violento aunque fuerte, hiere al acaso; marcha como el elefante ciego, rompiéndolo todo; deja detrás de sí cadáveres de ancianos, de mujeres y de niños; vierte sin saber por qué la sangre de los seres inofensivos e inocentes. Alimentar al pueblo es un buen fin, pero matarlo es un mal medio.

Todas las protestas armadas, incluso la más legítimas, incluso el 10 de agosto, incluso el 14 de julio, empiezan por la misma agitación. Antes que el derecho se desprenda, hay tumulto y espuma. Al principio, la insurrección es motín, así como el río es torrente. Ordinariamente desemboca en el océano de la revolución. Algunas veces, no obstante, viniendo de las altas montañas que dominan el horizonte moral, la justicia, la prudencia, la razón, el derecho, con la más pura nieve de lo ideal, después de una larga caída de roca en roca, después de haber reflejado el cielo en su transparencia, y de haber crecido con cien afluentes en el majestuoso camino del triunfo, la insurrección se pierde de repente en alguna hendidura popular, como el Rin en un pantano.

Todo esto se refiere al pasado; en el futuro será otra cosa. El sufragio universal tiene de admirable que disuelve el motín en su principio, y dando el voto a la insurrección le quita las armas. La desaparición de las guerras, de la guerra de las calles, como de la guerra de las fronteras, es el progreso

inevitable. La paz, cualquier cosa que sea hoy, es el mañana.

Por lo demás, insurrección, motín, diferencia entre una y otro, todo esto apenas existe para el ciudadano. Para él, todo es sedición, rebelión pura y simple, rebelión del perro contra el amo; especie de mordedura que se venga de la cadena y el bozal; ladrido, hasta el día en que la cabeza del perro, que va creciendo, se bosqueja vagamente en la sombra como una cabeza de león.

Entonces el ciudadano grita: «¡Viva el pueblo!».

Dada esta explicación; ¿qué es para la historia el movimiento del 5 de julio de 1832? ¿Es un motín? ¿Es una insurrección? Es una insurrección.

Podrá sucedernos, al traer a escena un acontecimiento terrible, que le llamemos alguna vez motín, pero sólo para calificar los hechos de la superficie, haciendo siempre la distinción necesaria entre la forma o motín y el fondo o insurrección.

Este movimiento de 1832 ha tenido, en su explosión rápida y en su extinción lúgubre, tanta grandeza que aun aquellos que no ven en él más que un motín hablan de él con respeto. Para éstos es como un resto de 1830. Las imaginaciones conmovidas, dicen, no se tranquilizan en un día. Una revolución no está cortada a pico. Tiene siempre necesariamente algunas ondulaciones antes de regresar al estado de paz, como una montaña que baja hacia la llanura. No hay Alpes sin Jura, ni Pirineos sin Asturias.

Esta crisis patética de la historia contemporánea, que la memoria de los parisienses llama «la época de los motines», es seguramente una hora característica entre las horas tempestuosas de este siglo.

Una última palabra antes de continuar el relato.

Los hechos que van a relatarse pertenecen a esa realidad dramática y viva que el historiador desprecia muchas veces por falta de tiempo y de espacio. En ella, sin embargo, insistimos, en ella está la vida, la palpitación, el estremecimiento humano. Los pequeños detalles, creemos que lo hemos dicho, son, por así decirlo, el follaje de los grandes sucesos y se pierden en la lejanía de la historia. La época llamada de los motines abunda en detalles de este género. Las instrucciones judiciales, por otras razones distintas de la historia, no lo han revelado todo, ni tal vez han profundizado mucho. Vamos, pues, a sacar a la luz, entre las particularidades conocidas y publicadas, cosas que no se han sabido, hechos sobre los cuales ha pasado el olvido de unos y la muerte de otros.

La mayor parte de los actores de estas escenas gigantescas han desaparecido; desde el día siguiente se han callado; pero podemos decir de lo que contamos: lo hemos visto. Cambiaremos algunos nombres, porque la historia refiere y no denuncia, pero pintaremos cosas verdaderas. En este libro no mostraremos más que un solo lado y un solo episodio, y, seguramente, el menos conocido, de las jornadas de los días 5 y 6 de junio de 1832; pero lo haremos de modo que el lector descubra, bajo el sombrío velo que vamos a levantar, la figura real de esa terrible aventura pública.

III

Un entierro: ocasión de renacer

En la primavera de 1832, aunque hacía tres meses que el cólera tenía helados los espíritus, y había echado sobre la agitación una lúgubre tranquilidad, París estaba hacía tiempo dispuesta para una conmoción. Lo hemos dicho ya, la gran ciudad parece un cañón; cuando está cargado, basta una chispa y el disparo sale. En junio del año 1832, la chispa fue la muerte del general Lamarque.

Lamarque era un hombre de renombre y de acción[90]. Había tenido sucesivamente las dos clases de valor necesarias en las dos épocas: el valor de los campos de batalla y el valor de las tribunas. Era tan elocuente, como bravo; su palabra parecía una espada. Como Foy, su antecesor, después de haber mantenido a gran altura el mando militar, mantuvo a gran altura la libertad.

Se sentaba entre la izquierda y la extrema izquierda; era querido por el pueblo, porque aceptaba el porvenir, y amado por la multitud, porque había servido bien al emperador. Era, con el conde Gérard, uno de los mariscales en ciernes de Napoleón.

Los traidores de 1815 le miraban como una ofensa personal. Odiaba a Wellington con un odio directo que agradaba a la multitud, y hacía diecisiete años que guardaba majestuosamente la tristeza de Waterloo, atento apenas a los sucesos intermedios. En su agonía, en su última hora, había apretado contra su pecho una espada que le habían dedicado los oficiales de los Cien Días. Napoleón murió pronunciando la palabra «ejército», Lamarque pronunciando la palabra «patria».

Su muerte, prevista, era considerada por el pueblo como una pérdida, y por el Gobierno como una ocasión[91]. Aquella muerte fue un duelo que, como todo lo que es amargo, puede cambiarse en una revuelta. Esto fue lo que sucedió. La víspera y la mañana del 5 de junio, día fijado para el entierro del general Lamarque, el arrabal Saint-Antoine, por el cual debía pasar el cortejo fúnebre, ofrecía un aspecto temible. Aquella tumultuosa red de calles se llenó de rumores. Armábanse como podían. Los carpinteros llevaban las tablas de sus establecimientos para «echar abajo las puertas». Uno de ellos se había hecho un puñal con unos ganchos de zapatero, rompiendo el gancho y aguzando la espiga. Otro, en la fiebre de «atacar», dormía vestido desde hacía

tres días. Un carpintero, llamado Lombier, encontró a un compañero que le preguntó:

—¿Adónde vas?

—Pst. No tengo armas.

—¿Y entonces?

—Me voy a mi taller a coger un compás.

—¿Para qué?

—No lo sé —decía Lombier.

Otro, llamado Jacqueline, hombre de recursos, se acercaba a los obreros que pasaban y les decía:

—¡Ven!

Les pagaba un cuartillo de vino y les preguntaba:

—¿Tienes trabajo?

—No.

—Ve a casa de Filspierre, entre la barrera de Montreuil y la de Charonne, y hallarás trabajo.

En casa de Filspierre había cartuchos y armas. Ciertos jefes conocidos corrían la posta, es decir, iban de una a otra parte para reunir a la gente. En casa de Barthélemy, cerca de la barrera del Trono, en casa de Capel, en el Petit-Chapeau, los bebedores se acercaban con aire sombrío, y se les oía decir:

—¿Dónde tienes tu pistola?

—Debajo de la camisa. ¿Y tú?

—Debajo de la camisa.

En la calle Traversière, delante del taller Roland, y en la plaza de la Maison-Brûlée, delante del taller del instrumentista Bernier, cuchicheaban algunos grupos. Distinguíanse entre ellos a un tal Mavot, que nunca estaba una semana en un taller, pues los maestros le despedían «porque tenían disputas con él todos los días». Mavot murió al día siguiente en la barricada de la calle Ménilmontant. Pretot, que murió también en la lucha, secundaba a Mavot, y a esta pregunta: «¿Cuál es tu objeto?», respondía: «La insurrección». Algunos obreros reunidos en la esquina de la calle Bercy

esperaban a un tal Lemarin, agente revolucionario del arrabal Saint-Marceau. Las órdenes se transmitían poco menos que a la luz del día.

El 5 de junio, pues, un día en que se mezclaban la lluvia y el sol, el entierro del general Lamarque atravesó las calles de París con la pompa militar oficial, aumentada un poco por las precauciones. Dos batallones con los tambores enlutados y los fusiles a la funerala, diez mil guardias nacionales y las baterías de artillería de la guardia nacional escoltaban el féretro. El carro fúnebre era llevado por jóvenes. Los oficiales de inválidos lo seguían inmediatamente, llevando ramos de laurel. Después venía una multitud innumerable, agitada, extraña, los seccionarios de los Amigos del Pueblo, la Escuela de Derecho, la de Medicina, los proscritos de todas las naciones, banderas españolas, italianas, alemanas, polacas, tricolores horizontales, toda clase de enseñas, niños agitando ramas verdes, picapedreros y carpinteros, impresores que se distinguían por sus gorros de papel, marchando de dos en dos, de tres en tres, dando gritos, agitando palos casi todos, algunos sables, sin orden, y a pesar de esto, con un solo pensamiento, semejantes ya a una confusión, ya a una columna.

Algunos pelotones habían elegido un jefe; un hombre armado con un par de pistolas, perfectamente visible, parecía pasar revista a otros, cuyas filas se abrían para dejarle paso. En los paseos, en los bulevares, en las ramas de los árboles, en los balcones, en las ventanas, en los tejados, hormigueaban cabezas, hombres, mujeres, niños, con la ansiedad en los ojos. Pasaba una multitud armada; otra multitud asustada miraba.

El Gobierno, por su parte, miraba; observaba con la mano en el pomo de la espada. Podían verse dispuestos a marchar, cartucheras llenas, fusiles y carabinas cargados, en la plaza Luis XV, cuatro escuadrones de carabineros, montados y con los clarines a la cabeza; en el barrio Latino y en el Jardín Botánico, la guardia municipal, escalonada de calle en calle; en el Mercado de los vinos, un escuadrón de dragones; en la plaza de Grève, una mitad del 12.º ligero, y la otra mitad en la Bastilla; el 6.º de dragones en los Célestins; y la artillería llenaba el patio del Louvre. El resto de las tropas estaba en los cuarteles, sin contar los regimientos de los alrededores de París. El poder, inquieto, tenía suspendidos sobre la multitud amenazadora veinticuatro mil soldados en la ciudad y treinta mil hombres en las afueras.

En el acompañamiento circulaban diversos rumores. Se hablaba de intenciones legitimistas; se hablaba del duque de Reichstadt, a quien Dios señalaba para la muerte[92] en el momento mismo en que la multitud le

designaba para el imperio. Una persona desconocida anunciaba que a una hora fijada capataces ganados para la causa abrirían al pueblo las puertas de una fábrica de armas. En la mayor parte de los asistentes dominaba un entusiasmo mezclado con abatimiento. Veíanse también aquí y allá, en aquella multitud, presa de tantas emociones violentas pero nobles, verdaderos rostros de malhechores, y bocas innobles que decían: «¡Robemos!». Hay ciertas agitaciones que remueven el fondo de los pantanos, y que hacen subir a la superficie nubes de cieno. Fenómeno que no extraña a la policía «bien montada».

El cortejo fue con lentitud febril desde la casa mortuoria, por los bulevares, hasta la Bastilla. Llovía de vez en cuando; pero la lluvia no incomodaba a aquella multitud. En el trayecto habían ocurrido varios incidentes: el ataúd había sido paseado alrededor de la columna Vendôme; había sido apedreado el duque de Fitz-James[93], que estaba en un balcón con el sombrero puesto; el gallo de los galos[94] había sido arrancado de una bandera popular y arrastrado por el lodo; un agente de policía había sido herido de un sablazo en la puerta Saint-Martin; un oficial del 12.º ligero decía en voz alta: «Soy republicano»; la escuela politécnica había lanzado, después de su consigna forzada, los gritos: «¡Viva la escuela politécnica! ¡Viva la república!». Todos estos hechos marcaron el paso del convoy fúnebre. En la Bastilla, las grandes filas de curiosos que descendían del arrabal Saint-Antoine se unieron al acompañamiento, y empezó a levantarse cierto murmullo terrible. Oyose a un hombre que decía a otro:

—¿Ves bien a aquel de la perilla roja? Pues él dirá cuándo hemos de tirar.

Parece que aquella misma perilla roja se encontró después haciendo lo mismo en otro motín: el de Quénisset.

El féretro pasó por la Bastilla, siguió por el canal, atravesó el puente pequeño y llegó hasta la explanada del puente de Austerlitz. Allí se detuvo. En aquel momento, la multitud, vista a vuelo de pájaro, ofrecía el aspecto de un cometa, cuya cabeza estuviese en la explanada y cuya cola desplegada por el muelle Bourdon cubriera la Bastilla y se prolongara por el bulevar hasta la puerta Saint-Martin. Trazose un círculo alrededor del carro fúnebre; el acompañamiento guardó silencio. Lafayette habló y dijo adiós a Lamarque. Fue un instante conmovedor y augusto, todas las cabezas se descubrieron, todos los corazones latían. De repente, un hombre a caballo, vestido de negro, apareció en medio del grupo con una bandera roja, y según otros, con una pica terminada en un gorro frigio. Lafayette volvió la cabeza. Exelmans[95]

abandonó el cortejo.

Aquella bandera roja levantó una tempestad y desapareció. Uno de esos terribles rumores que parecen una marejada corrió desde el bulevar de Bourdon hasta el puente de Austerlitz; oyéronse gritos prodigiosos: «¡Lamarque al Panteón! ¡Lafayette al Ayuntamiento de París!». Al oír estas exclamaciones de la multitud, algunos jóvenes arrastraron el carro fúnebre de Lamarque por el puente de Austerlitz, y a Lafayette en un coche por el muelle Morland.

En la multitud que rodeaba y aclamaba a Lafayette se distinguía y era señalado un alemán llamado Ludwig Snyder —que murió centenario—, que había hecho la guerra de 1776 y había peleado en Trenton a las órdenes de Washington, y en Brandywine a las de Lafayette.

Mientras tanto, por la orilla izquierda, la caballería municipal se ponía en movimiento y venía a ocupar el puente; por la orilla derecha, los dragones salían de los Célestins y se desplegaban a lo largo del muelle Morland. El pueblo que arrastraba a Lafayette los vio repentinamente en la esquina del muelle y gritó: «¡Los dragones!, ¡los dragones!».

Los dragones avanzaban al paso, en silencio, con las pistolas en las pistoleras, los sables envainados, las carabinas en su funda, con un aire sombrío de espera.

A doscientos pasos del puente, hicieron alto. El coche en que iba Lafayette llegó hasta ellos; abrieron sus filas, lo dejaron pasar y volvieron a cerrarse. En aquel momento se tocaban los dragones y la multitud; las mujeres huyeron con terror.

¿Qué sucedió en este minuto fatal? Nadie sabría decirlo. Fue el momento tenebroso en que chocan dos nubes. Unos dicen que por el lado del Arsenal se oyó una trompeta que tocaba a ataque, otros que un muchacho dio una puñalada a un dragón. El hecho es que se oyeron tres tiros; el primero mató al jefe del escuadrón, Cholet; el segundo mató a una vieja sorda que estaba cerrando una ventana en la calle Contrescape; el tercero quemó la charretera de un oficial. Una mujer gritó: «¡Empezamos demasiado pronto!», y de repente se vio por el lado del muelle Morland un escuadrón de dragones, que se había quedado en el cuartel, desembocar al galope, con el sable desnudo, por la calle Bassompierre y el bulevar Bourdon, y barrer todo lo que se le ponía delante.

Entonces se desencadena la tempestad, llueven las piedras, estalla el

fuego; unos se precipitan por los ribazos y pasan el estrecho brazo del Sena, hoy cegado; las canteras de la isla Louviers, vasta ciudadela natural, se erizan de combatientes, se arrancan las estacas, se disparan pistoletazos, se bosqueja una barricada; los jóvenes rechazados pasan el puente de Austerlitz con el féretro a paso de carga y atacan a la guardia municipal; acuden los carabineros, los dragones acuchillan, la multitud se dispersa en todas direcciones, un rumor de guerra sale de los cuatro extremos de París. Se grita: «¡A las armas!», corren, tropiezan, huyen, resisten. La cólera impulsa el motín como el viento aumenta las llamas.

IV

El fervor de otro tiempo

Nada es tan extraordinario como las primeras agitaciones de un motín. Todo estalla en todas partes a un tiempo. ¿Estaba previsto? Sí. ¿Estaba preparado? No. ¿De dónde sale todo esto? De las nubes. ¿De dónde cae todo esto? De las nubes. La insurrección tiene aquí el carácter de un complot, allí el de una improvisación.

El primero que llega se apodera de la corriente de la multitud y la lleva donde quiere. Principio lleno de espanto con el que se mezcla una alegría formidable. Empieza por los clamores, se cierran las tiendas, desaparecen los escaparates de los almacenes; después se oyen algunos tiros aislados, huye la gente, se oyen los culatazos en las puertas cocheras; las criadas ríen en los patios de las casas, y dicen: «¡Va a haber jarana!».

No había pasado un cuarto de hora cuando en veinte puntos de París pasaba lo que vamos a referir.

En la calle Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie, una veintena de jóvenes con barba y cabellos largos entraban en una taberna y salían un momento después llevando una bandera tricolor horizontal, cubierta con un crespón; a la cabeza iban tres hombres armados, uno con un sable, otro con un fusil y el tercero con una pica.

En la calle Nonnains-d'Hyères, un burgués bien vestido, que tenía barriga, con voz sonora, calvo, frente elevada, barba negra y uno de esos bigotes rudos que no pueden bajarse, ofrecía públicamente cartuchos a los que pasaban.

En la calle Saint-Pierre-Montmartre, hombres con los brazos desnudos paseaban una bandera negra en la que se leían estas palabras en letras blancas: «República o muerte». En la calle de los Jeûneurs, en la calle Cadran, en la calle Montorgueil, en la calle Mandar, aparecían grupos agitando banderas en las cuales se distinguía en letras de oro la palabra «sección», con un número. Una de estas banderas era roja y azul, con un imperceptible entredós blanco.

En el bulevar Saint-Martin se saqueaba una fábrica de armas y tres tiendas de armeros, la primera en la calle Beaubourg, la segunda en la calle Michel-le-Comte, y la otra en la calle del Temple. En algunos minutos, las mil manos de la multitud se apoderaban de doscientas treinta escopetas, casi todas de dos cañones, de sesenta y cuatro sables, de ochenta y seis pistolas. Para armarse

más pronto, uno cogía el fusil y el otro la bayoneta.

Enfrente del muelle de la Grève, algunos jóvenes armados con mosquetes se instalaban en la casa de las mujeres para tirar. Uno de ellos tenía un mosquete de rueda. Llamaban, entraban y se ponían a hacer cartuchos. Una de estas mujeres ha dicho: «Yo no sabía lo que eran cartuchos; mi marido me lo ha dicho».

Un grupo entraba en una tienda de la calle Vieilles-Haudriettes[96], y allí cogía yataganes y armas turcas. El cadáver de un albañil, muerto de un tiro, yacía en la calle de la Perle.

Además, en la orilla izquierda, en la derecha, en los muelles, en los bulevares, en el Barrio Latino, en el cuartel de los mercados, hombres jadeantes, obreros, estudiantes, seccionarios, leían proclamas y gritaban: «¡A las armas!». Rompían los faroles, desenganchaban los coches, desempedraban las calles, echaban abajo las puertas de las casas, desarraigaban los árboles, registraban los sótanos, hacían rodar toneles, amontonaban piedras, adoquines, muebles, tablas; hacían barricadas.

Obligaban a los ciudadanos a ayudarlos; entraban en casa de las mujeres y les hacían entregar el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribían con tiza en la puerta: «Están entregadas las armas».

Algunos firmaban «con sus nombres» recibos de fusil y de sable, y decían: «Enviad por ellos mañana, a la alcaldía». Desarmaban en la calle a los centinelas aislados; y a los guardias nacionales que se dirigían a su punto de reunión. Se arrancaban las charreteras a los oficiales.

En la calle Cimitière-Saint-Nicolas, un oficial de la guardia nacional, perseguido por una tropa armada con bastones y floretes, se refugió con gran dificultad en una casa, de donde no pudo salir hasta la noche, y disfrazado. En el barrio Saint-Jacques, los estudiantes salían en grupos de sus casas y subían por la calle Saint-Hyacinthe al Café del Progreso o bajaban al Café des Sept-Billards, en la calle de los Mathurins. Allí, delante de las puertas, algunos jóvenes subidos en guardacantones distribuían armas.

La carpintería de la calle Transnonain fue saqueada para hacer barricadas. En un solo punto resistían los habitantes, en la esquina de las calles Sainte-Avoye y Simon-le-Franc, donde destruían ellos mismos la barricada. En un solo punto se replegaban los insurgentes. Abandonaban una barricada empezada en la calle del Temple, después de haber hecho fuego contra un

destacamento de la guardia nacional, y huían por la calle de la Corderie. El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas de pistola. Los guardias nacionales desgarraron la bandera y llevaron los pedazos en la punta de las bayonetas. Todo lo que referimos aquí, lenta y sucesivamente, se verificaba a un tiempo en todos los puntos de la ciudad, en medio de un inmenso tumulto, como una multitud de relámpagos en un solo trueno.

En menos de una hora, veintisiete barricadas se levantaron, solamente en el barrio de los mercados. En el centro estaba aquella famosa casa n.º 50, que fue la fortaleza de Jeanne[97] y sus ciento seis compañeros, y que, flanqueada por un lado por la barricada de Saint-Merry, y por el otro por una barricada en la calle Maubuée, domina tres calles, la calle Arcis, la calle Saint-Martin y la Aubry-le-Boucher, frente a ella.

Dos barricadas en ángulo recto, la una por la calle Montorgueil, sobre la Grande-Truanderie, y la otra por la calle Geoffroy-Langevin, sobre la calle Sainte-Avoye. Sin contar las innumerables barricadas en otros veinte barrios de París, en el Marais, en la montaña de Sainte-Geneviève; una en la calle Ménilmontant, donde se veía una puerta cochera arrancada de cuajo; otra cerca del puentecillo del Hôtel-Dieu, hecha con una diligencia desenganchada y tumbada a trescientos pasos de la prefectura de policía.

En la barricada de la calle Ménétriers, un hombre bien vestido distribuía dinero a los trabajadores. En la calle Grenéta, un jinete se presentó y entregó al que hacía de jefe de la barricada un papel que parecía un cartucho de dinero. «Toma —le dijo—, para pagar los gastos, el vino, etc.». Un joven rubio, sin corbata, iba de una barricada a otra comunicando órdenes. Otro, con un sable en la mano y una gorra azul de polizonte, ponía centinelas. En el interior, más allá de las barricadas, las tabernas y las porterías estaban convertidas en cuerpos de guardia. Por lo demás, el motín estaba dirigido según la más ingeniosa táctica militar: Las calles estrechas, desiguales, torcidas, llenas de ángulos y recodos, habían sido elegidas con acierto, y los alrededores de los mercados, en particular, laberinto de calles más embrollado que un bosque. La sociedad de los Amigos del Pueblo había tomado la dirección, se decía, del barrio Sainte-Avoye. A un hombre muerto, en la calle Ponceau, que había sido registrado, se le había encontrado un plano de París.

La dirección del motín, en realidad, pertenecía a una especie de impetuosidad desconocida que reinaba en la atmósfera. La insurrección había constituido las barricadas con una mano y con la otra se había apoderado de

todos los cuerpos de guardia. En menos de tres horas, como un reguero de pólvora que se inflama, los insurgentes habían invadido y ocupado la orilla derecha del Sena, el Arsenal, la alcaldía de la plaza Royale, todo el Marais, la fábrica de armas de Popincourt, la Galiote, el Château-d'Eau, todas las calles cercanas a los mercados; en la orilla izquierda, el cuartel de Vétérans, Sainte-Pélagie, la plaza Maubert, el polvorín de Deux-Moulins y todas las barreras. A las cinco de la tarde se habían apoderado de la Bastilla, de la Lingerie, de Blancs-Manteaux; sus balas llegaban a la plaza de las Victoires, y amenazaban el banco, el cuartel de Petits-Pères y la casa de Postas. Una tercera parte de París estaba ocupada por los amotinados. La lucha se había empeñado gigantescamente en todos los puntos; y como consecuencia de los desarmamientos, de las visitas domiciliarias, de las tiendas de armeros saqueadas, la lucha, que había empezado a pedradas, continuaba a tiros.

Hacia las seis de la tarde, el pasaje de Saumon se convertía en campo de batalla. El motín estaba en un extremo y la tropa en el extremo opuesto. Se tiroteaban de una verja a otra. Un observador, un soñador, el autor de este libro, que había ido a ver de cerca, se encontró en el pasaje, entre dos fuegos. Para guarecerse de las balas no tenía más que el hueco de las medias columnas que separan las tiendas; y estuvo en esta peligrosa situación más de media hora.

Mientras tanto el tambor tocaba llamada, los guardias nacionales se vestían y armaban apresuradamente, las legiones salían de las alcaldías, los regimientos salían de los cuarteles. Enfrente del pasaje de Ancre, un tambor recibía una puñalada. En la calle Cygne, otro era asaltado por un grupo de jóvenes que rompían la caja y le quitaban el sable. Otro yacía muerto en la calle Grenier-Saint-Lazare. En la calle Michel-le-Comte, tres oficiales caían muertos, uno detrás de otro. Varios guardias, heridos en la calle Lombards, retrocedían.

Delante de la Cour-Batave, un destacamento de guardias nacionales encontraba una bandera roja con esta inscripción: «Revolución republicana, n.º 127». ¿Era aquélla una revolución en efecto?

La insurrección había hecho del centro de París una especie de ciudadela inextricable y tortuosa, colosal. Allí estaba el foco; allí estaba la cuestión. Lo demás eran sólo escaramuzas. La prueba de que todo había de decidirse allí era que aún no había empezado la lucha.

En algunos regimientos, los soldados estaban dudosos, lo cual aumentaba

la confusión terrible de la crisis. Recordaban la ovación popular que había acogido en julio de 1830 la neutralidad del regimiento 33.º de línea. Dos hombres intrépidos, probados en las grandes guerras, el mariscal Lobau y el general Bugeaud, mandaban las tropas; Bugeaud a las órdenes de Lobau. Grandes patrullas, compuestas de batallones de línea, rodeadas completamente de compañías enteras de guardias nacionales, y precedidas de un comisario de policía con banda, iban reconociendo las calles sublevadas. Los insurgentes ponían vigías en las esquinas de las encrucijadas y enviaban audazmente patrullas fuera de las barricadas. Observábanse por ambos lados. El Gobierno, con un ejército en la mano, dudaba; iba a llegar la noche y se empezaba a oír el toque de rebato en Saint-Merry. El ministro de la Guerra, que era el mariscal Soult, el que había estado en Austerlitz, miraba el motín con aire sombrío.

Aquellos viejos marinos, acostumbrados a las maniobras correctas, sin más recurso ni más guía que la táctica, que es la brújula de las batallas, estaban desorientados en presencia de esta inmensa espuma que se llama cólera pública. El viento de las revoluciones no es manejable.

Los guardias nacionales de los alrededores acudían apresuradamente y en desorden. Un batallón del 12.º ligero venía a paso de carga desde Saint-Denis; el 14.º de línea llegaba a Courbevoie; las baterías de la Escuela Militar habían tomado posiciones en el Carrousel; la artillería pesada bajaba de Vincennes.

En las Tullerías, reinaba la soledad. Luis Felipe estaba muy sereno.

V

Originalidad de París

Desde hacía dos años, según hemos dicho, París había visto más de una insurrección. Fuera de los barrios sublevados, nada es de ordinario más extrañamente tranquilo que la fisonomía de París durante un motín. París se acostumbra muy deprisa a todo —un motín no es más que un motín— y París tiene tantos asuntos que no se ocupa de una cosa tan pequeña. Sólo estas ciudades colosales pueden ofrecer tales espectáculos; sólo estos inmensos centros de población pueden contener en su recinto a un mismo tiempo la guerra civil y una extraña tranquilidad.

Por costumbre, cuando empieza la insurrección, cuando se oye el tambor, el toque de llamada, la generala, el tendero se limita a decir:

—Parece que hay jarana en la calle Saint-Martin.

O:

—En el arrabal Saint-Antoine.

Y algunas veces, añade con indiferencia:

—Por ahí, en alguna parte.

Después, cuando se oye el estrépito horrible y lúgubre de la fusilería y de las descargas por pelotones, el tendero dice:

—¡Se va calentando! ¡Calla! ¡Se va calentando la cosa!

Un momento después, si se aproxima el motín, cierra apresuradamente su tienda y se pone enseguida el uniforme; es decir, pone a buen recaudo sus mercancías y en peligro su persona.

Mientras se dispara en una encrucijada, en un pasaje, en un callejón, mientras se toman y se pierden barricadas, y corre la sangre, y la metralla acribilla todas las fachadas de las casas, las balas matan a los vecinos en sus dormitorios y los cadáveres se amontonan en las calles, también se oye el choque de las bolas de un billar a algunos pasos.

Los teatros abren sus puertas y representan vodeviles; los curiosos hablan y ríen a dos pasos de esas calles en las que reina la guerra; los coches hacen sus viajes normales; los vecinos se van a comer; y algunas veces, esto sucede en el mismo barrio en que se lucha. En 1831, se detuvo una descarga para

dejar pasar una boda.

Cuando la insurrección de mayo de 1839, en la calle Saint-Martin un viejo achacoso que llevaba un carretón con un trapo tricolor y lleno de garrafas de un líquido cualquiera, iba y venía de una barricada a la tropa, y de la tropa a la barricada, ofreciendo indistintamente refrescos a la anarquía y al Gobierno.

No hay nada más extraño; pero esto es el carácter propio de los motines de París, que no se encuentra en ninguna otra capital. Porque para eso son precisas dos cosas: la grandeza y la alegría de París. Es necesario que sea la ciudad de Voltaire y de Napoleón.

Esta vez, sin embargo, en la alarma del 5 de junio de 1832, la gran urbe sintió algo que era tal vez más fuerte que ella. Tuvo miedo. Viose en todas partes, en los barrios más alejados y en los más indiferentes, que las puertas y ventanas permanecían cerradas en pleno día. Los valientes se armaron y los cobardes se ocultaron. El transeúnte indiferente u ocupado desapareció; muchas calles estaban desiertas como a las cuatro de la madrugada. Referíanse en todas partes rumores alarmantes, noticias fatales. Que «ellos» se habían apoderado del banco; que sólo en el claustro de Saint-Merry había seiscientos, retirados y parapetados en la iglesia; que la tropa de línea no inspiraba confianza; que Armand Carrel había ido a ver al mariscal Clauzel[98], y que el mariscal le había dicho: «Contad primero con un regimiento»; que Lafayette estaba enfermo, pero que sin embargo les había dicho: «Estoy con vosotros. Os seguiré a todas partes, mientras haya sitio para una silla»; que era necesario estar apercibido, porque por la noche habría gente que saquearía las casas aisladas en los lugares desiertos de París (en esto se descubría la imaginación de la policía, esa Anne Radcliffe mezclada con el Gobierno); que se había establecido una batería en la calle Aubry-le-Boucher; que Lobau y Bugeaud estaban de acuerdo, y que a medianoche o al rayar el día, lo más tarde, marcharían a un tiempo cuatro columnas contra el centro del motín, la primera desde la Bastilla, la segunda desde la puerta Saint-Martin, la tercera desde la plaza de la Grève y la cuarta desde los mercados; que quizá también las tropas evacuarían París, y se retirarían al Campo de Marte; que no se sabía lo que sucedería, pero que sería algo muy grave. Discurrían mucho sobre las vacilaciones del mariscal Soult. ¿Por qué no atacaba enseguida? Era evidente que estaba muy pensativo. El viejo león parecía olfatear en aquella sombra un monstruo desconocido.

Llegó la noche; los teatros no se abrieron; las patrullas circulaban con aire irritado; se registraba a los transeúntes; se detenía a los sospechosos. A las

ocho, había más de ochocientas personas presas; la prefectura estaba llena; la Conciergerie atestada; la Force rebosante. En la Conciergerie en particular, el gran subterráneo, que se llama la calle de París, estaba cubierto de sacos de paja, sobre los cuales yacían un montón de prisioneros a quienes el hombre de Lyon, Lagrange[99], arengaba con valor. Aquella paja, movida por los presos, hacía el ruido de un aguacero. En otras partes los presos estaban en los patios, unos sobre otros. En otros sitios, reinaba la ansiedad y el temor del día de mañana.

Se fortificaban las casas; las mujeres y las madres estaban inquietas; no se oía más que esto: «¡Dios mío, aún no ha vuelto!». Sólo a lo lejos se oía rodar algún coche. Se oían, al pasar por las puertas, rumores, gritos, tumultos, ruidos sordos y confusos, palabras sueltas: «Debe ser la caballería»; o bien: «Son los furgones que galopan»; los clarines, los tambores, la fusilería, y sobre todo el toque a rebato de Saint-Merry. Oíase el cañón. Los hombres salían por detrás de una esquina y desaparecían gritando: «¡Meteos en casa!». Y todos se apresuraban a echar los cerrojos en las puertas. Algunos preguntaban: «¿En qué acabará todo esto?». Por momentos, a medida que la noche iba cayendo, París parecía colorearse más lúgubremente con el formidable fulgor del motín.

LIBRO UNDÉCIMO

El átomo fraterniza con el huracán

I

Algunas aclaraciones sobre los orígenes de la poesía de Gavroche. Influencia de un académico sobre esta poesía

En el momento en que la insurrección, surgiendo del choque del pueblo y de la tropa delante del Arsenal, determinó un movimiento de retroceso en la multitud que seguía al féretro y que en toda la longitud de los bulevares pesaba, por decirlo así, sobre la cabeza del convoy, hubo un terrible reflujo. La columna se deshizo, las filas se rompieron, todos echaron a correr, huyeron, unos dando gritos de ataque, otros con la palidez del miedo. El gran gentío que cubría los bulevares se dividió en un abrir y cerrar de ojos, se desbordó a derecha e izquierda, y se derramó en torrentes en doscientas calles a la vez, con la impetuosidad de una esclusa abierta.

En aquel momento un niño harapiento que bajaba por la calle Ménilmontant, llevando en la mano una rama de codeso en flor, que acababa de coger en las alturas de Belleville, descubrió en el escaparate de una prendería una vieja pistola de arzón. Arrojó la rama florida sobre el empedrado y exclamó:

—Tía Fulana, os tomo prestada esta máquina.

Y echó a correr con la pistola.

Diez minutos más tarde, una ola de ciudadanos asustados que huían por la calle Amelot y la calle Basse encontró al muchacho que blandía su pistola y cantaba:

Nada se ve de noche,

y se anda a troche y moche.

De día se ve claro,

y el tropezar es raro.

Era Gavroche que se iba a la guerra.

En el bulevar, se dio cuenta de que la pistola no tenía perrillo.

¿De quién era la estrofa que le servía para marcar el paso, y todas las demás canciones que cantaba? Lo ignoramos. ¿Quién sabe? Tal vez eran suyas. Gavroche, por otra parte, estaba al corriente de todos los cantares populares en circulación, y en ellos mezclaba su propia inspiración. Duende y

galopín, hacía un popurrí de las voces de la naturaleza y de las voces de París. Combinaba el canto de los pájaros con el repertorio de los talleres. Conocía a los aprendices, tribu contigua a la suya. Según parece, había sido durante tres meses aprendiz de impresor. Un día, había hecho una comisión para el señor Baour-Lormian, de la Academia. Gavroche era un pilluelo letrado.

Por lo demás, Gavroche no sospechaba que en aquella mala noche lluviosa en que había ofrecido hospitalidad en su elefante a dos niños, había representado el papel de la Providencia para sus dos hermanos. La noche había sido, primero para sus hermanos, y la madrugada para su padre. Al dejar la calle Ballets, al amanecer, había regresado apresuradamente al elefante, había extraído de él artísticamente a los dos pequeños, había compartido con ellos un almuerzo cualquiera que había inventado y luego se había ido confiándolos a la calle, esa buena madre, que casi le había criado a él. Al dejarlos, les había dado una cita para la noche en el mismo sitio, y se había despedido con este discurso: «Rompo una caña, o de otro modo dicho, me escurro, o como se dice en la Corte, desfilo. Pipiolos, si no encontráis a papá y a mamá, volved aquí a la noche. Os daré de cenar y os acostaré».

Los dos niños, recogidos por algún agente de policía y llevados al depósito, o robados por algún saltimbanqui, o simplemente perdidos en el inmenso laberinto de las calles de París, no volvieron. Los bajos fondos del mundo social en la actualidad abundan en estas huellas perdidas. Gavroche no los había vuelto a ver. Habían transcurrido diez o doce semanas desde aquella noche. Más de una vez se había acordado de aquellos pobres niños, y rascándose la cabeza se había dicho: «¿Dónde diablos estarán mis niños?».

Entretanto, había llegado con su pistola en la mano a la calle Pont-aux-Choux. Observó que en aquella calle no había más que una tienda abierta, y, cosa digna de reflexión, una tienda de bollos. Era una ocasión providencial para comer un pastelillo de manzanas antes de entrar en lo desconocido. Gavroche se detuvo, se tentó los costados, registró los bolsillos, los volvió del revés, no encontró nada en ellos, ni un sueldo, y se puso a gritar: «¡Socorro, socorro!».

Es muy duro el carecer del bocado supremo.

Gavroche no por esto se detuvo en su camino.

Dos minutos más tarde había llegado a la calle Saint-Louis[100]. Al atravesar la calle Parc-Royal, sintió la necesidad de desquitarse del pastelillo de manzanas imposible, y gozó del inmenso placer de rasgar en pleno día los

carteles de los espectáculos.

Un poco más lejos, al ver pasar a un grupo de personas bien puestas que le parecieron propietarios, alzó los hombros y escupió al azar, delante de ellos, esta bocanada de bilis filosófica:

—¡Estos rentistas, qué gordos están! ¡Cómo gozan de las buenas comidas! Preguntadles lo que hacen con su dinero. No lo saben. ¡Se lo comen! ¡Y qué! Todo se lo lleva el vientre.

II

Gavroche en marcha

La agitación producida por una pistola sin perrillo que se lleva en la mano a mediodía es una función pública tal que Gavroche, sintiendo crecer su verbosidad a cada paso, iba gritando entre algunos fragmentos de la *Marsellesa* que cantaba:

—Todo va bien. Sufro mucho de la pata izquierda; me he curado mi reumatismo, estoy contento, ciudadanos. Voy a echar unos versos subversivos. Vengo del bulevar, amigos míos, y se va calentando la cosa, ya cuece un poco, ya hierve. Ya es tiempo de espumar el puchero. ¡Adelante los hombres!, ¡que la sangre impura inunde los surcos! Yo doy mi vida por la patria, y ya no volveré a ver a mi concubina, no, no, todo acabó. ¡Me es igual, viva la alegría! ¡Luchemos, caramba! Estoy cansado de este despotismo.

En aquel instante, el caballo de un guardia nacional de lanceros que pasaba a su lado cayó al suelo. Gavroche puso su pistola en tierra, levantó al hombre y después ayudó a levantar al caballo. Después recogió su pistola y continuó su camino.

En la calle Thorigny todo era paz y silencio. Esta apatía, propia del barrio del Marais, contrastaba con el vasto rumor que la rodeaba. Cuatro comadres charlaban en una puerta. Escocia tiene tercetos de brujas, pero París tiene cuartetos de comadres; y el «tú serás rey» sería tan lúgubre dicho a Bonaparte en la encrucijada Baudoyer como a Macbeth en el bosque de Armuyr. Sería, sobre poco más o menos, el mismo graznido.

Las comadres de la calle Thorigny sólo se cuidaban de sus asuntos. Eran tres porteras y una trapera con su cesto y su gancho.

De pie como estaban, parecían las cuatro esquinas de la vejez, que son: la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza.

La trapera era humilde. En este mundo al aire libre, la trapera saluda y la portera protege. Esto depende de la basura, según quieran las porteras que sea aprovechable o inútil, según la fantasía del que hace el montón. Hasta en la escoba puede haber bondad.

Esta trapera era un cesto agradecido, y sonreía, ¡con qué sonrisa!, a las tres porteras. Se decían cosas como éstas:

—¡Ah! ¿Vuestro gato sigue siendo tan malo?

—Dios mío, ya sabéis lo que son los gatos, naturalmente enemigos de los perros; y los perros son los que se quejan.

—Y el mundo también.

—Y sin embargo, las pulgas de los gatos no se pasan a las personas.

—Y además, los perros son peligrosos. Me acuerdo de un año en que había tantos perros que lo pusieron en los periódicos. Era cuando había en las Tullerías unos borregos grandes que arrastraban el cochecito del rey de Roma. ¿Os acordáis del rey de Roma?

—Yo quería más al duque de Bordeaux.

—Pues yo he conocido a Luis XVII, y le prefiero.

—Lo que está caro es la carne, tía Patagon.

—¡Ah!, no me habléis de eso; es una cosa horrible la carnicería. Un horror enorme.

En esto intervino la trapera.

—Señoras —dijo—, el comercio está paralizado. Los montones de basuras están ya siendo rebuscados. No se tira nada; todo se come.

—Los hay más pobres que vos, Vargoulême.

—Sí, esto es verdad —respondía la trapera con deferencia—, yo tengo una profesión.

Hubo una pausa, y la trapera, cediendo a esa necesidad de hablar que reside en la misma naturaleza de la persona, añadió:

—Al volver a mi casa por la mañana, arreglo la cesta, hago mi lección [elección, quería decir]. Formo unos montones en mi cuarto. Meto los trapos en una cesta, los tronchos en un barreño, los pedazos de lana en mi cómoda, los papeles viejos en el rincón de la ventana, lo que se puede comer en una cazuela, los pedazos de vidrio en mi chimenea, los zapatos detrás de la puerta y los huesos debajo de la cama.

Gavroche, que se había parado detrás, estaba escuchando.

—Viejas —dijo—, ¡tenéis que hablar de política!

El pilluelo recibió por contestación un sofión cuádruple.

—¡Vaya un malvado!

—¿Qué lleva en la mano? ¡Una pistola!

—¡Mirad qué maldito pícaro!

—Éstos no están tranquilos si no derriban la autoridad.

Gavroche, despreciándolas, se limitó por toda respuesta a levantar la punta de la nariz con el dedo pulgar, abriendo enteramente la mano.

La trapera gritó:

—¡Anda, bribón descalzo!

La que respondía al nombre de tía Patagon dio una palmada escandalizada.

—Va a haber desgracias, os lo aseguro. El galopín de al lado, que tiene perilla, sale todos los días del brazo con una joven que lleva gorro de color de rosa, hoy ha pasado llevando al brazo un fusil. La señora Bacheux dice que la semana pasada hubo una revolución en… en… en… ¡de dónde viene el becerro! En Pontoise. Y ahora veis a este horrible tunante con su pistola. Parece que hay gran cantidad de cañones en los Célestins. ¿Qué queréis que haga el Gobierno con estos tunos, que no saben qué inventar para revolver a la gente, cuando empezaba a estar un poco tranquila después de todas las desgracias que ha habido, señor Dios? ¡Yo que me acuerdo de aquella pobre reina a quien vi pasar en una carreta! ¡Y todo esto, por supuesto, va a ser la causa de que se encarezca el tabaco! ¡Es una infamia! ¡Y ciertamente, iré a verte guillotinar, galopín!

—Se te cae el moco, mi buena vieja —dijo Gavroche—. Suénate el promontorio.

Y siguió adelante.

Cuando estaba ya en la calle Pavée, se acordó de la trapera, y empezó este soliloquio:

—Te equivocas al insultar a los revolucionarios, tía Estercolera. Esta pistola te protege. Sirve para que tengas en el cesto buenas cosas que comer.

De repente, oyó un ruido detrás de sí; era la portera Patagon que le había seguido, y que, desde lejos, le mostraba el puño, gritando:

—¡No eres más que un bastardo!

—¡Bah! —dijo Gavroche—. Me río de eso a carcajadas.

Poco después pasaba delante del hotel Lamoignon. Allí, hizo este llamamiento:

—¡En marcha para la batalla!

Y fue presa de un acceso de melancolía. Contempló su pistola con un aire de reproche que parecía destinado a enternecerla, y dijo:

—Yo salgo, pero tú no sales.

Un perro puede distraer a otro. Un caniche muy flaco pasó por allí. Gavroche se apiadó de él.

—Mi pobre tutú —le dijo—, se te ven las costillas.

Luego se dirigió hacia Orme-Saint-Gervais.

III

Justa indignación de un peluquero

El digno peluquero que había arrojado de su casa a los dos pequeños a quienes Gavroche había abierto el intestino paternal del elefante, estaba en aquel momento en su tienda, ocupado en afeitar a un viejo soldado legionario que había servido en tiempos del Imperio. Charlaban. El peluquero había hablado naturalmente al soldado del motín, luego del general Lamarque, y de éste habían pasado a hablar del emperador. De esto resultó una conversación de barbero a soldado, que Prudhomme, si hubiera estado presente, habría enriquecido con arabescos, y habría titulado: «Diálogo de la navaja y el sable».

—Caballero —decía el barbero—. ¿Cómo montaba el emperador a caballo?

—Mal. No sabía caer. Así es que no se cayó nunca.

—¿Tenía buenos caballos?

—El día en que me dio la cruz, me fijé en su cabalgadura. Era una yegua corredera, enteramente blanca. Tenía las orejas muy separadas, la silla profunda, una fina cabeza señalada con una estrella negra, el cuello muy largo, las rodillas fuertemente articuladas, las costillas salientes, el lomo oblicuo, la grupa poderosa. Un poco más de quince palmos de alta.

—Hermoso caballo —dijo el peluquero.

—Era el caballo de Su Majestad.

El peluquero creyó que después de aquella frase era conveniente un poco de silencio; convino en ello, y luego continuó:

—El emperador no fue herido más que una vez, ¿no es verdad, caballero?

El viejo soldado respondió con el acento tranquilo y soberano del hombre que lo ha visto:

—En el talón, en Ratisbonne. Nunca le vi mejor puesto que aquel día; estaba reluciente como un sueldo.

—Y vos, señor veterano, ¿habéis sido herido muy a menudo?

—¿Yo? —dijo el soldado—. ¡Ah, no gran cosa! Recibí en Marengo dos sablazos en la nuca, una bala en el brazo derecho en Austerlitz, otra en la

cadera izquierda en Jena, en Friedland, un bayonetazo aquí; en Moscova siete u ocho lanzazos, no importa dónde; en Lutzen un estallido de obús, que me aplastó un dedo… ¡Ah!, y luego en Waterloo, un balazo de cañón en el muslo. Esto es todo.

—¡Qué hermoso es eso! —exclamó el peluquero con acento pindárico—, ¡eso de morir en el campo de batalla! ¡Yo, palabra de honor, antes que reventar en mi cama, de enfermedad, lentamente, un poco cada día, con las drogas, las cataplasmas, la jeringa y el médico, preferiría recibir en el vientre una bala de cañón!

—No tenéis mal gusto —dijo el soldado.

Apenas había acabado de pronunciar esta frase cuando resonó en la tienda un horrible estrépito. Un vidrio del escaparate acababa de romperse violentamente.

El peluquero se puso pálido.

—¡Ah, Dios mío! —gritó—, ¡aquí tenemos una!

—¿El qué?

—Una bala de cañón.

—Hela aquí —agregó el soldado.

Recogió una cosa que rodaba por el suelo. Era un guijarro.

El peluquero corrió hacia el vidrio roto y vio a Gavroche que huía a todo trapo hacia el mercado Saint-Jean. Al pasar delante de la tienda del peluquero, Gavroche, que llevaba en la memoria a los dos niños, no había podido resistir el deseo de saludarle, y había arrojado una piedra al escaparate.

—¡Pero veis! —dijo el peluquero, que de pálido había pasado a azul—. Éste hace mal sólo por hacer mal. ¿Qué le he hecho yo a este pilluelo?

IV

El niño se admira del viejo

Entretanto, Gavroche en el mercado Saint-Jean[101], cuyo cuerpo de guardia había sido ya desarmado, acababa de hacer su incorporación a un grupo guiado por Enjolras, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly. Todos iban poco más o menos armados. Bahorel y Jean Prouvaire los habían encontrado, y aumentaban el grupo. Enjolras tenía un fusil de caza de dos cañones; Combeferre un fusil de la guardia nacional con el número de la legión, y en su cinturón dos pistolas que se le veían bajo su levita desabotonada; Jean Prouvaire un viejo mosquetón de caballería; Bahorel una carabina y Courfeyrac agitaba un estoque. Feuilly, con un sable desnudo, marchaba delante gritando: «¡Viva Polonia!».

Venían del muelle Morland, sin corbata, sin sombrero, jadeantes, mojados por la lluvia y con el fuego en los ojos. Gavroche los abordó con calma:

—¿Adónde vamos?

—Ven —dijo Courfeyrac.

Detrás de Feuilly marchaba, o mejor dicho saltaba, Bahorel, pez en el agua del motín. Llevaba un chaleco carmesí, y decía palabras de esas que lo destruyen todo. Su chaleco trastornó a un transeúnte, que exclamó asustado:

—¡Ya están aquí los rojos!

—¡El rojo, los rojos! —replicó Bahorel—. Pícaro miedo, ciudadano. En cuanto a mí, no tiemblo delante de una amapola; Caperucita Roja no me inspira temor alguno. Ciudadanos, creedme, dejemos el miedo al rojo a los animales cornudos.

Descubrió un rincón donde estaba pegada la hoja de papel más pacífica del mundo, un permiso para comer huevos, un mandamiento de Cuaresma dirigido por el arzobispo de París a sus feligreses.

Bahorel arrancó el mandamiento del muro. Esto conquistó a Gavroche. A partir de aquel instante, Gavroche se puso a estudiar a Bahorel.

—Bahorel —observó Enjolras—, te equivocas. Hubieras debido dejar tranquilo ese mandamiento, no tenemos que habérnoslas con él; gastas inútilmente tu cólera. Guarda tu provisión. No se hace fuego fuera de las filas, ni con el alma ni con el fusil.

—A cada uno su gusto —repuso Bahorel—. Esta prosa de obispo me choca, yo quiero comer huevos sin que me lo permitan. Tú eres del género frío ardiente; yo me divierto. Además, no me gasto, tomo aliento, y si he rasgado ese mandamiento es para que me entre el apetito, ¡Hercle!

Esta palabra, Hercle[102], chocó a Gavroche. Buscaba cualquier ocasión para instruirse, y aquel destrozón de carteles tenía su estima. Le preguntó:

—¿Qué quiere decir Hercle?

—Quiere decir maldito nombre de perro, en latín.

Bahorel vio entonces, en una ventana, a un joven pálido con barba negra que los miraba pasar, probablemente un amigo del A B C. Le gritó:

—Pronto, cartuchos, *para bellum*[103].

—¡Guapo hombre!, es verdad —dijo Gavroche, que ahora entendía el latín[104].

Un cortejo tumultuoso los acompañaba; estudiantes, artistas, jóvenes afiliados a la Cougourde de Aix, obreros, gentes del puerto armadas con palos y bayonetas, algunos como Combeferre, con pistolas metidas en sus pantalones. Un anciano que parecía muy viejo iba también en aquel grupo. No llevaba armas, y se apresuraba para no quedarse atrás, aunque tenía un aire pensativo. Gavroche le observó:

—¿Queseso? —le preguntó a Courfeyrac.

—Un viejo.

Era el señor Mabeuf.

V

El anciano

Digamos ahora lo que había pasado.

Enjolras y sus amigos estaban en el bulevar Bourdon, cerca de los graneros, en el momento en que los dragones cargaron. Enjolras, Courfeyrac y Combeferre eran de los que habían tomado la calle Bassompierre exclamando: «¡A las barricadas!». En la calle Lesdiguières, habían encontrado a un anciano.

Lo que había llamado su atención era que el buen hombre andaba en zigzag, como si estuviera ebrio. Además llevaba su sombrero en la mano, aunque llovía con bastante fuerza en aquel mismo instante.

Courfeyrac le había reconocido, porque había acompañado muchas veces a Marius hasta su puerta. Conociendo las costumbres apacibles y más que tímidas del viejo mayordomo librero, y extrañado de verle en medio de aquel tumulto, a dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio de un tiroteo, con la cabeza descubierta bajo la lluvia, y paseando por entre las balas, se había acercado a él, y el amotinado de veinticinco años y el octogenario habían tenido este diálogo:

—Señor Mabeuf, volveos a casa.

—¿Por qué?

—Va a haber jarana.

—Eso es bueno.

—Sablazos, tiros, señor Mabeuf.

—Eso es bueno.

—Cañonazos.

—Eso es bueno. ¿Adónde vais vosotros?

—Vamos a echar abajo el Gobierno.

—Eso es bueno.

Y los había seguido, sin volver a pronunciar una palabra. Su paso se había ido fortaleciendo de repente, unos obreros le habían ofrecido el brazo, y él se había negado con un movimiento de cabeza. Avanzaba casi en primera fila de

la columna, con el movimiento de un hombre que marcha y el rostro de un hombre que duerme.

—¡Qué hombre tan templado! —murmuraban los estudiantes. En el grupo corría el rumor de que era un anciano convencional, un viejo regicida.

El grupo avanzaba por la calle de la Verrerie. Gavroche iba delante cantando a grito pelado, y haciendo las veces de clarín:

Pues ya ha salido la luna,
¿cuándo nos vamos de tuna?,
dijo Carloto a Carlota.
Tú, tú, tú.
Vamos a Chatou.
No tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.
Por comer dos cañamones
se embriagaron dos gorriones,
al pie de una encina rota.
Sí, sí, sí.
Vamos a Passy.
No tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.
Un tigre que vio a estos lobos,
convertidos en dos bobos,
dijo con cara devota:
Don, don, don.
Vamos a Meudon.
No tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.
Y pues que sale la luna,
¿cuándo nos vamos de tuna?,
dijo Carloto a Carlota.
Tin, tin, tin.
Vamos a Pantin.
No tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.

Y se dirigieron a Saint-Merry.

VI

Reclutas

El grupo aumentaba a cada instante. En la calle Billettes, un hombre de elevada estatura, que empezaba a encanecer, y cuyo rostro rudo y atrevido observaron Courfeyrac, Combeferre y Enjolras, pero a quien nadie conocía, se unió al grupo. Gavroche, ocupado en cantar, silbar, zumbar, ir el primero y en llamar en las tiendas con la culata de su pistola sin perrillo, no se fijó en aquel hombre.

Cuando avanzaban por la calle de la Verrerie, pasaron delante de la puerta de la casa de Courfeyrac.

—Me alegro, porque me he olvidado el dinero, y he perdido el sombrero —dijo Courfeyrac.

Abandonó la tropa, y subió las escaleras de cuatro en cuatro; cogió un viejo sombrero y su bolsa. Tomó también un gran cofre cuadrado de las dimensiones de una maleta grande que estaba oculto en la ropa sucia. Al bajar las escaleras le gritó la portera:

—¡Señor Courfeyrac!

—Portera, ¿cómo os llamáis? —respondió Courfeyrac.

La portera quedó sorprendida.

—Ya lo sabéis, soy la portera, y me llamo Veuvain.

—Pues bien, si seguís llamándome señor Courfeyrac, yo os llamaré señora Veuvain. Ahora hablad, ¿qué hay?, ¿qué queréis?

—Hay alguien que quiere hablaros.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Dónde está?

—En mi cuarto.

—¡Al diablo! —dijo Courfeyrac.

—¡Pero es que está esperando desde hace más de una hora a que volváis! —dijo la portera.

Y en ese momento un jovencito vestido de obrero, pálido, delgado, pequeño, con manchas rojizas en la piel, vestido con una blusa agujereada y un pantalón de terciopelo remendado, que tenía más bien facha de muchacha que de hombre, salió de la portería y dijo a Courfeyrac, con una voz que no era por cierto de mujer:

—¿El señor Marius, por favor?

—No está.

—¿Volverá esta noche?

—No sé nada. —Y Courfeyrac añadió—: En cuanto a mí, no regresaré.

El joven le miró fijamente, y le preguntó:

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Adónde vais?

—¿Y qué te importa?

—¿Queréis que os lleve vuestro cofre?

—Voy a las barricadas.

—¿Queréis que vaya con vos?

—¡Si quieres! —respondió Courfeyrac—. La calle es libre, el empedrado es de todo el mundo.

Y se escapó corriendo para reunirse con sus amigos. Cuando los hubo alcanzado, dio el cofre a uno de ellos. Fue un cuarto de hora después cuando descubrió que el joven, efectivamente, los había seguido.

Un grupo de ese género no va precisamente a donde quiere. Hemos explicado ya que el viento lo arrastra. Dejaron atrás Saint-Merry, y se encontraron sin saber cómo en la calle Saint-Denis.

LIBRO DUODÉCIMO

Corinto

I

Historia de Corinto desde su fundación

Los parisienses que hoy, al entrar en la calle Rambuteau por el lado de los mercados, observan a su derecha, enfrente de la calle Mondétour, una tienda de cestería, que por enseña tiene un canastillo con forma de Napoleón el Grande, con esta inscripción: «Napoleón hecho de mimbres», no sospecharán quizá las escenas terribles que se verificaron en aquel lugar hace treinta años.

Allí estaba la calle de la Chanvrerie[105], que en las antiguas lápidas se escribía Chanverrerie, y la célebre taberna Corinto.

El lector recordará todo lo que hemos dicho sobre la barricada construida en ese sitio, y eclipsada después por la de Saint-Merry. A aquella famosa barricada de la Chanvrerie, sumergida hoy en una noche profunda, es a la que vamos a dar un poco de luz.

Permítasenos antes recurrir, para mayor claridad del relato, al medio sencillo que empleamos ya al hablar de Waterloo. Las personas que quieran representarse de una manera bastante exacta las manzanas de casas que se elevaban en esa época cerca de la punta Saint-Eustache, en el ángulo nordeste de los mercados de París, donde se halla hoy la embocadura de la calle Rambuteau, no tienen más que figurarse, tocando a la calle Saint-Denis por el vértice y a los mercados por la base, una N, cuyos dos palos serían la calle de la Grande-Truanderie y la calle de la Chanvrerie y cuya unión transversal sería la calle de la Petite-Truanderie. La vieja calle Mondétour cortaba los tres trazos, formando los ángulos más tortuosos. El entrecruzamiento laberíntico de estas cuatro calles formaba, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre los mercados y la calle Saint-Denis, por una parte, y la calle Cygne y la calle Prêcheurs por otra, siete manzanas de casas caprichosamente cortadas, de distinta magnitud, colocadas al sesgo, como al azar, y apenas separadas, como los trozos de piedra de una cantera, por estrechas hendiduras.

Decimos estrechas hendiduras, y no podemos dar una idea más justa de aquellas callejuelas oscuras, apretadas, angulosas, flanqueadas de caserones de ocho pisos. Estos caserones estaban tan decrépitos que en las calles de la Chanvrerie y de la Petite-Truanderie las fachadas se apuntalaban con vigas que iban de una casa a otra. La calle era estrecha, y el arroyo ancho, de modo que el transeúnte andaba siempre sobre un suelo mojado, costeando tiendas semejantes a cuevas, gruesos guardacantones rodeados de un círculo de

hierro, montones gigantescos de basuras, puertas armadas de enormes verjas seculares. La calle Rambuteau devastó todo esto.

Este nombre, Mondétour, pinta a maravilla las sinuosidades de aquellas calles. Un poco más lejos, estaban aún mejor expresadas por la calle Pirouette, que se perdía en la calle Mondétour[106].

El transeúnte que desde la calle Saint-Denis pasaba a la calle de la Chanvrerie la veía estrecharse poco a poco delante de sí, como si hubiese entrado en un gran embudo alargado. Al extremo de la calle, que era muy corta, encontraba el paso cortado, del lado de los mercados, por una alta hilera de casas, y creería hallarse en un callejón sin salida si no descubriera a derecha e izquierda dos bocas oscuras por donde podía salir. Era la calle Mondétour, la cual iba a encontrar, por un lado, la calle Prêcheurs, y por el otro, la Cygne y la Petite-Truanderie. Al fondo de esta especie de callejón sin salida, en la esquina de la boca de la derecha, se observaba una casa menos alta que las demás, y formando una especie de cabo sobre la calle.

En esta casa, de dos pisos solamente, estaba alegremente instalada, desde hacía trescientos años, una taberna ilustre. De esta taberna surgía un ruido alegre, en el lugar mismo que el viejo Théophile señaló en estos dos versos:

Allí se mece el esqueleto horrible

de un pobre amante que se ahorcó[107].

El sitio era bueno, y los taberneros se sucedían de padres a hijos.

En tiempos de Mathurin Régnier, la taberna se llamaba Pot-aux-Roses, y como los jeroglíficos estaban de moda, tenía por muestra un poste pintado de color rosa[108]. En el último siglo, el digno Natoire, uno de los maestros caprichosos despreciados hoy por la escuela rígida, que se había achispado varias veces en esta taberna, en la misma mesa en que se había también embriagado Régnier, había pintado en señal de agradecimiento un racimo de uvas de Corinto sobre el poste rosa. El tabernero, lleno de alegría, había cambiado su enseña, y había hecho pintar en letras doradas, debajo del racimo de uvas, estas palabras: «A las uvas de Corinto». De ahí el nombre de la taberna. Nada es más propio de los borrachos como las elipsis. La elipsis es el zigzag de las frases. Corinto había destronado poco a poco a Pot-aux-Roses. El último tabernero de la dinastía, Hucheloup, ignorante de la tradición, había hecho pintar el poste de azul.

Una sala en la planta baja, donde estaba el mostrador; otra sala en el primer piso, donde estaba el billar; una escalera de madera en espiral que

atravesaba el techo, vino en las mesas, humo en las paredes, velas en pleno día, esto era la taberna. En la sala baja había una escalera de trampa, que bajaba a la bodega. En el segundo piso estaba la vivienda de los Hucheloup. Se subía a ella por una escalera, o más bien escala, y tenía por toda entrada una puerta oculta en la sala grande del primer piso. Debajo del tejado había dos graneros abuhardillados, que eran los nidos de las criadas. La cocina dividía la planta baja con la sala del mostrador.

Hucheloup había nacido quizá químico; el hecho es que era cocinero, en su taberna no sólo se bebía, se comía también. Hucheloup había inventado una cosa excelente, que sólo se comía en su casa, y eran las carpas rellenas, que él llamaba «carpes au gras». Se comían a la luz de una vela de sebo, o de un quinqué de tiempos de Luis XVI, en unas mesas que tenían, a guisa de mantel, un hule clavado. Desde muy lejos acudían allí. Hucheloup, una mañana, había creído conveniente advertir a los transeúntes de su «especialidad»; había mojado un pincel en un bote de pintura negra, y como tenía una ortografía propia, igual que una cocina propia, había improvisado sobre la pared esta notable inscripción:

CARPES HO GRAS

Un invierno, la lluvia y los chaparrones habían tenido el capricho de borrar la S de la primera palabra y la G de la segunda y había quedado esto:

CARPE HO RAS[109]

Con la colaboración del tiempo y la lluvia, un humilde anuncio gastronómico se había convertido en un consejo profundo.

De tal modo, Hucheloup se había encontrado que, no sabiendo francés, sabía latín; que había hecho salir de la cocina la filosofía, y que, queriendo simplemente eclipsar a Carême, había igualado a Horacio. Y lo más notable era que también esto quería decir: «Entrad en mi taberna».

Nada de todo esto existe hoy. El dédalo Mondétour fue despanzurrado en 1847, y probablemente no existe ya en este momento; la calle de la Chanvrerie y Corinto han desaparecido bajo el empedrado de la calle Rambuteau.

Como hemos dicho, Corinto era uno de los lugares de reunión, ya que no el cuartel general, de Courfeyrac y sus amigos. Fue Grantaire el que había descubierto Corinto. Había entrado en la taberna a causa del «Carpe horas» y había regresado debido a las «carpes au gras». Allí se bebía, se comía, se gritaba, se pagaba poco, se pagaba mal, o no se pagaba, y siempre se

encontraba buen recibimiento. Hucheloup era un buen hombre.

Hucheloup, un buen hombre, como acabamos de decir, era una figura con bigotes, variedad divertida. Parecía siempre aspecto de malhumorado, parecía querer intimidar a sus parroquianos, refunfuñaba a los que entraban en su casa, y tenía el aspecto más indicado para buscar camorra con ellos que para servirles la sopa. Y sin embargo, repetimos, todos eran bien recibidos. Su singularidad había acreditado su establecimiento, y acudían a él los jóvenes, diciendo: «Ven, vamos a oír gruñir a Hucheloup». Había sido maestro de armas; se reía a carcajadas y de repente; tenía voz gruesa; era un buen diablo. Tenía un fondo cómico y apariencia trágica; no quería más que causar miedo, como esas cajas de rapé que tienen la forma de una pistola. La detonación es el estornudo.

Su mujer era un ser barbudo y muy feo.

Hacia 1830, murió Hucheloup. Con él desapareció el secreto de las «carpes au gras». Su viuda, poco consolable, continuó con la taberna. Pero la cocina degeneró y llegó a ser execrable; el vino, que siempre había sido malo, llegó a ser pésimo. Courfeyrac y sus amigos, continuaron, no obstante, yendo a Corinto «por piedad», como decía Bossuet.

La viuda de Hucheloup era una mujer colorada y deforme, con recuerdos campestres, cuya única gracia consistía en la pronunciación de las palabras con que los evocaba. Tenía un modo de decir las cosas que sazonaba sus reminiscencias primaverales y de aldea. Decía que, en otro tiempo, había sido su gran placer oír «cantar al ruin-señor en la serva».

La sala del primer piso donde estaba «el comedor» era una pieza grande y larga, llena de taburetes, de escabeles, de sillas, de bancos y de mesas, y con un viejo billar cojo. Se llegaba a él por la escalera de caracol que daba al ángulo de la sala, por un agujero cuadrado, semejante a la escotilla de un navío.

Aquella sala, iluminada por una única ventana estrecha y un solo quinqué encendido, parecía una buhardilla. Todos los muebles de cuatro patas se comportaban como si sólo tuvieran tres. Las paredes blanqueadas con cal no tenían otro adorno que este cuarteto en honor de la tía Hucheloup:

A diez pasos, sorprende, a dos, espanta,

una verruga habita en su nariz de giganta,

esa nariz que veis desmesurada,

hará, cuando se suene, una que sea sonada.

Estos versos estaban escritos con carbón en la pared.

La señora Hucheloup estaba yendo y viniendo por delante de este cuarteto todo el día, con una perfecta tranquilidad. Dos sirvientas, llamadas Matelote y Gibelotte, sin que nunca se haya sabido que tuvieran otros nombres, ayudaban a la Hucheloup a poner en las mesas los jarros de vino y los platos variados, que se servían a los hambrientos en cazuelas de barro.

Matelote, gruesa, redonda, roja y vocinglera, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup, era fea, más fea que cualquier monstruo mitológico; sin embargo, como conviene que la criada sea siempre menos que el ama, era menos fea que la señora Hucheloup. Gibelotte era alta, delgada, de blancura linfática, con los ojos hundidos, los párpados caídos, siempre como fatigada y rendida, dominada por lo que podría llamarse laxitud crónica; se levantaba la primera y se acostaba la última, servía a todo el mundo, incluso a la otra criada, en silencio y con dulzura, sonriendo bajo la fatiga con una especie de vaga sonrisa adormecida.

Había un espejo encima del mostrador.

Antes de entrar en la sala-restaurante, se leía sobre la puerta este verso, escrito con tiza por Courfeyrac:

Regálate, si puedes, y come, si te atreves.

II

Alegría previa

Laigle de Meaux, como se sabe, vivía más en casa de Joly que en otra parte. Tenía una casa como el pájaro tiene una rama. Los dos amigos vivían juntos, comían juntos y dormían juntos. Todo les era común, incluso Musichetta; eran lo que los novicios llaman un «bini». La mañana del 5 de junio se fueron a almorzar a Corinto. Joly, constipado, tenía una fuerte coriza, de la cual empezaba a participar Laigle. La levita de Laigle estaba raída, pero Joly iba bien vestido.

Eran cerca de las nueve de la mañana cuando abrieron la puerta de Corinto.

Subieron al primer piso.

Matelote y Gibelotte los recibieron.

—Ostras, queso y jamón —dijo Laigle.

Y se sentaron a una mesa.

La taberna estaba vacía; estaban solos.

Gibelotte, al reconocer a Joly y Laigle, puso una botella de vino sobre la mesa.

Cuando estaban aún comiendo las primeras ostras, apareció una cabeza en la escotilla de la escalera, y una voz dijo:

—Pasaba, y desde la calle sentí un delicioso olor a queso de Brie, y he subido.

Era Grantaire.

Grantaire cogió un taburete y se sentó a la mesa.

Gibelotte, al ver a Grantaire, puso dos botellas de vino sobre la mesa.

De modo que ya eran tres.

—¿Vas a beberte estas dos botellas? —preguntó Laigle a Grantaire.

Éste respondió:

—Todos son ingeniosos, tú sólo eres ingenuo. Dos botellas no han asustado nunca a un hombre.

Los demás habían comenzado a comer; Grantaire empezó por beber. Se tragó enseguida media botella.

—¿Tienes un agujero en el estómago? —dijo Laigle.

—Tú tienes uno en el codo —respondió Grantaire.

Y tras haber vaciado su vaso, añadió:

—¡Ah! Laigle, el de las oraciones fúnebres, tu levita está muy vieja.

—Lo creo —respondió Laigle—. Esto hace que hagamos buenas migas mi levita y yo: ella ha tomado la forma de todos mis pliegues, y no me incomoda nada; se ha amoldado a mis deformidades, y se presta complaciente a todos mis movimientos; no la siento sino porque me abriga. Las levitas viejas son lo mismo que los viejos amigos.

—¡Es verdad! —exclamó Joly entrando en el diálogo.

—Sobre todo —dijo Grantaire—, en la boca de un hombre constipado.

—Grantaire —preguntó Laigle—, ¿vienes del bulevar?

—No.

—Joly y yo acabamos de ver pasar la cabeza del cortejo.

—Es un espectáculo maravilloso —dijo Joly.

—¡Qué tranquila está esta calle! —exclamó Laigle—. ¿Quién sospecharía aquí que París está tan agitado? ¡Cómo se conoce que antiguamente todo esto eran conventos! Du Breul y Sauval, y el abate Lebeuf, tienen la lista de los que había. Los había en todo los alrededores, aquí hormigueaban calzados, descalzos, tonsurados, barbudos, grises, negros, blancos, franciscanos, mínimos, capuchinos, carmelitas, agustinos, viejos agustinos… Pululaban.

—No hablemos de monjes —interrumpió Grantaire—. Me entran ganas de rascarme. —Luego exclamó—: ¡Uf! Acabo de tragarme una ostra mala. Ya me acomete de nuevo la hipocondría. Las ostras están podridas y las criadas son feas. Odio a la especie humana. He pasado hace poco por la calle Richelieu, por delante de la gran librería pública[110]; aquel montón de valvas de ostras que se llama una biblioteca me quita las ganas de pensar. ¡Cuánto papel! ¡Cuánta tinta! ¡Cuántos garabatos! ¡Todo eso se ha escrito! ¿Quién ha sido el necio que ha dicho que el hombre es un bípedo sin plumas? Después he encontrado a una joven que me conocía, bella como la primavera, digna de llamarse Floreal, y entusiasmada; alegre, feliz como un ángel, la miserable,

porque ayer, un espantoso banquero picado de viruelas se ha dignado solicitarla. ¡Ay! La mujer acecha al negociante lo mismo que al pollo; las gatas cazan lo mismo ratones que pájaros. Esta doncella, no hace aún dos meses, era honesta en su buhardilla; ajustaba circulitos de cobre a los agujeros de un corsé, ¿cómo llamáis a eso? Cosía, tenía una cama de tijera; vivía al lado de un tiesto de flores, estaba contenta. Ahora está hecha una banquera; esta transformación se ha hecho esta noche. Por la mañana he encontrado a esta víctima muy alegre. Lo que es más horrible es que esa pícara está hoy tan bonita como ayer. Su financiero no se traslucía en su rostro. Las rosas tienen esa propiedad de más o de menos comparadas con las mujeres: las huellas que les causan los insectos son visibles. ¡Ah! No hay ya moral sobre la tierra; y pongo por testigo al mirto, símbolo del amor; al laurel, símbolo de la guerra; al olivo, ese estúpido símbolo de la paz; al manzano, que supo perder a Adán con su fruto, y a la higuera, abuela de las faldas. En cuanto al derecho, ¿queréis saber lo que es el derecho? Los galos codician Cluse; Roma protege Cluse, y les pregunta: «¿Qué mal os ha hecho Cluse?». Breno responde: «El mal que os ha hecho Alba, el mal que os ha hecho Fidena, el mal que os han hecho los equos, los volscos y los sabinos, que eran vuestros vecinos. Los clusianos son los nuestros; nosotros entendemos la vecindad como vosotros. Vosotros habéis robado Alba; nosotros tomamos Cluse». Roma dice: «Pues no tomaréis Cluse». Breno tomó Roma; y después gritó: «*Vae victis*»[111]. Esto es el derecho. ¡Ah! En este mundo no hay más que aves de rapiña, ¡águilas!, ¡águilas! Yo tengo carne de gallina.

Tendió su vaso a Joly, el cual lo llenó, luego bebió y prosiguió, sin haberse interrumpido casi con aquel vaso de vino en quien nadie se fijó, ni aun él mismo:

—Breno al tomar Roma es un águila; el banquero que toma una griseta es un águila. No hay más pudor aquí que allá. No creemos, pues, en nada; no hay más que una realidad: beber. Cualquiera que sea vuestra opinión, ya estéis por el gallo flaco, como el cantón de Uri, o por el gallo gordo, como el cantón de Glaris, poco importa, bebed. Me habláis del bulevar, del cortejo, etc. ¡Qué! ¿Va a haber una revolución? Esta indigencia de medios me sorprende por parte del buen Dios. Es preciso que en todo momento siga la marcha de los acontecimientos.

»Lo que vosotros llamáis progreso marcha con dos motores: los hombres y los sucesos. Pero, ¡cosa triste!, de vez en cuando, lo excepcional es necesario. Para los sucesos, como para los hombres, la tropa ordinaria no

basta; es preciso que haya genios entre los hombres y revoluciones entre los sucesos. Los grandes accidentes son la ley, el orden de las cosas no pueden pasarse sin ellos; y al ver las apariciones de los cometas, está uno dispuesto a creer que hasta el cielo tiene necesidad de actores en representación. En el momento en que menos se espera, Dios hace aparecer un meteoro en el firmamento; se presenta alguna estrella caprichosa subrayada por una enorme cola. Y esto hace morir a César. Bruto le da una puñalada y la estrella un cometazo[112]. Crac. Ahí está una aurora boreal, una revolución, un gran hombre; 1793, escrito en gruesos caracteres; Napoleón al acecho, el cometa de 1811, en lo alto del cartel. ¡Ah! ¡Ese hermoso cartel azul, tachonado de repentinas exhalaciones! ¡Bom! ¡Bom! Espectáculo extraordinario. Alzad los ojos, papanatas; todo es descabellado, el astro lo mismo que el drama. Al ver el destino humano gastado ya, y aun el destino real que enseña la rama, como lo demuestra el príncipe de Condé ahorcado; al ver el infierno, que no es más que un rasgón en el cielo, por donde sopla el viento; al ver tantos harapos, aun en la púrpura nueva de la mañana en el vértice de una colina; al ver las gotas de rocío, esas perlas falsas; al ver la humanidad descosida y los sucesos recomendados, y tantas manchas en el sol, y tantos agujeros en la luna; al contemplar tanta miseria en todas partes, pienso que el universo no es rico. Hay apariencia de riqueza, es verdad, pero yo descubro la pequeñez. Se da una revolución como un negociante, cuya caja está vacía, da un baile, y no se debe juzgar a las cosas por las apariencias. Bajo el oro del cielo descubro un universo pobre; la creación está en quiebra; por esto estoy descontento. Mirad, hoy es el 5 de junio, y está el día como si fuera de noche; desde esta mañana estoy esperando que llegue el día y aún no ha aparecido, y apuesto a que no llegará: esto es como la inexactitud de un dependiente mal pagado. Sí, todo está mal arreglado, nada se ajusta bien; este viejo mundo está deshecho; me coloco en la oposición. Todo marcha al revés; el universo va tropezando; sucede lo que con los niños; los que los desean no los tienen; los que no los quieren los tienen. Total: esto es una pepitoria. Además, Laigle de Meaux, ese calvo, me entristece cuando le miro, me humilla al pensar que soy de la misma edad que esta rodilla. Yo critico, pero no insulto; el universo es lo que es; hablo aquí sin mala intención, según lo que me dicta mi conciencia. ¡Ah! Por todos los santos del Olimpo, y por todos los dioses del Paraíso, yo no nací para parisiense, es decir, para estar dando vueltas siempre como un volante entre dos manoplas, desde el grupo de los ociosos al montón de los revoltosos. Yo nací para ser turco, para estar mirando todo el día a las gracias orientales en los bailes de Egipto, lúbricos como los sueños de un hombre

casto; o gentilhombre veneciano, rodeado de gentiles hembras, o principillo alemán contribuyendo con media soldada a la Confederación germánica, y empleando sus ocios en secar sus calcetas en un seto; es decir, en su frontera. Para una de estas cosas he nacido yo. Sí, he dicho turco, y no me desdigo. No comprendo que se hable mal de los turcos habitualmente. Mahoma tiene cosas buenas. ¡Respeto al inventor de serrallos y huríes, y de los paraísos de odaliscas! No insultemos al mahometano, única religión que está dotada de un gallinero. Insisto sobre esto para beber. La tierra es una gran tontuna. Y parece que van a pelear todos estos imbéciles, a romperse las narices, a matarse en pleno verano; en el mes de junio, cuando podrían irse con una joven criatura del brazo a respirar en los campos la inmensa taza de té del heno segado. En verdad que se hacen muchas necedades. Una vieja linterna rota que acabo de ver en una prendería me sugiere una reflexión: ya es tiempo de iluminar al género humano. Sí, y ya estoy triste otra vez. ¡Lo que es comer una ostra y encontrarse con una revolución! Me vuelvo lúgubre. ¡Oh! ¡Horrible mundo! ¡En él todos se esfuerzan, se destituyen, se prostituyen, se matan, se acostumbran!

Y Grantaire, después de este trozo de elocuencia, tuvo otro golpe de tos merecido.

—A propósito de la revolución —dijo Joly—, parece que Marius está decididamente enamorado.

—¿Se sabe de quién? —preguntó Laigle.

—No.

—¿No?

—¡No, te digo!

—¡Los amores de Marius! —exclamó Grantaire—. Los veo desde aquí. Marius es una niebla y habrá encontrado un vapor; es de la raza de los poetas, y quien dice poeta, dice loco. *Tymbraeus Apollo*[113]. Marius y su Marie, o su María, o su Mariette, o su Marion, deben ser unos pícaros amantes. Me doy cuenta de lo que es este amor: un éxtasis en el que se olvida el beso; castos sobre la tierra, pero uniéndose en el infinito. Son almas que tienen sentidos, duermen juntos en las estrellas.

Grantaire empezaba su segunda botella, y tal vez su segunda arenga, cuando se presentó un nuevo ser en la escotilla de la escalera. Era un muchacho de menos de diez años, harapiento, muy pequeño, amarillo, boca

grande, ojos vivos, enormemente melenudo, mojado por la lluvia, con aire alegre.

Este niño, eligiendo sin duda entre los tres, aunque evidentemente no conocía a ninguno, se dirigió a Laigle de Meaux.

—¿Sois el señor Bossuet? —le preguntó.

—Ése es mi sobrenombre —respondió Laigle—. ¿Qué quieres?

—Esto. Un rubio me ha dicho en el bulevar: «¿Conoces a la tía Hucheloup?». Y yo he dicho: «Sí, en la calle de la Chanvrerie, la viuda del viejo». Y me ha dicho: «Pues ve; allí encontrarás al señor Bossuet, y le dirás de mi parte: A, B, C». Es una burla, ¿no es verdad? Me ha dado diez sueldos.

—Joly, préstame diez sueldos —dijo Laigle, y volviéndose hacia Grantaire—: Grantaire, préstame diez sueldos.

Lo cual hizo veinte sueldos, que Laigle dio al muchacho.

—Gracias, señor —dijo éste.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Laigle.

—Navet, el amigo de Gavroche.

—Quédate con nosotros —dijo Laigle.

—Almuerza con nosotros —agregó Grantaire.

El niño respondió:

—No puedo, soy del cortejo, soy yo quien grita: «¡Abajo Polignac!».

Y sacando el pie todo lo que podía por detrás de sí, que es el saludo más respetuoso, se fue.

Cuando se marchó el muchacho, Grantaire tomó la palabra:

—Éste es el pilluelo puro. Hay muchas variedades en el género pilluelo. El pilluelo escribano se llama salta-arroyos; el pilluelo cocinero se llama marmitón; el pilluelo panadero se llama mitrón, el pilluelo lacayo se llama groom; el pilluelo soldado se llama granuja; el pilluelo pintor se llama aprendiz; el pilluelo negociante se llama hortera; el pilluelo cortesano se llama menino.

Mientras tanto Laigle estaba meditando:

—A, B, C, es decir, entierro de Lamarque.

—El muy rubio —dijo Grantaire—. Es Enjolras quien te llama.

—¿Iremos? —preguntó Bossuet.

—Llueve —dijo Joly—, y yo he jurado ir al fuego y no al agua. No quiero constiparme.

—Yo me quedo aquí —aclaró Grantaire—. Prefiero un almuerzo a un entierro.

—Conclusión: que nos quedamos —añadió Laigle—. Bien, bebamos entonces; puede faltarse al entierro sin faltar al motín.

—¡Ah! ¡Al motín no faltaré yo! —exclamó Joly.

Laigle se frotó las manos.

—Vamos a retocar la Revolución de 1830. La verdad es que oprime al pueblo en las articulaciones.

—Nada me importa vuestra revolución —dijo Grantaire—. Yo no execro a este Gobierno; es la corona atemperada por el gorro de algodón. Es un cetro terminado en paraguas; pienso en eso hoy, por el tiempo que hace; Luis Felipe podrá utilizar su realismo con dos fines: dirigir un extremo del cetro contra el pueblo y abrir el extremo del paraguas contra el cielo.

La sala estaba oscura, gruesas nubes habían acabado de suprimir la luz. No había nadie en la taberna ni en la calle; todo el mundo había ido a ver «los sucesos».

—¿Es mediodía o medianoche? —exclamó Bossuet—. No se ve gota. Gibelotte, ¡una luz!

Grantaire, entristecido, bebía.

—Enjolras me desdeña —murmuró—. Enjolras ha pensado: Joly está enfermo y Grantaire está bebido, y ha enviado a Navet para que busque a Bossuet. Si hubiera venido a buscarme, le habría seguido. ¡Tanto peor para Enjolras! No iré a su entierro.

Tomada esta resolución, Bossuet, Joly y Grantaire no se movieron de la taberna. Hacia las dos del mediodía, la mesa a la que estaban sentados estaba cubierta de botellas vacías. Ardían sobre ella dos velas, una en un candelero de cobre completamente verde y la otra en el cuello de una botella rota. Grantaire había arrastrado a Joly y a Bossuet al vino, y Bossuet y Joly habían hecho ponerse alegre a Grantaire.

En cuanto a éste, después del mediodía, había ido más allá del vino, pobre origen de ensueños. El vino, en los borrachos serios, es siempre alegre. En la embriaguez hay la magia blanca y la magia negra; el vino no es más que la magia blanca. Grantaire era un atrevido bebedor de sueños. Las tinieblas de una embriaguez terrible, entreabiertas delante de él, lejos de detenerle le atraían; había dejado las botellas y tomado el chope; el chope es el abismo; no teniendo a mano ni opio ni hachís, y queriendo llenar el cerebro de oscuridad, había recurrido a esta horrible mezcla de aguardiente, cerveza y ajenjo, que produce letargos tan terribles. De estos tres vapores, cerveza, aguardiente y ajenjo, se hace el plomo del alma, son tres tinieblas en que se ahoga la mariposa celeste; y se forman en un humo membranoso, vagamente condensado en alas de murciélago, tres furias mudas, el Delirio, la Noche y la Muerte, revoloteando por encima del espíritu adormecido.

Grantaire no había llegado aún a esta fase lúgubre; lejos de esto. Estaba prodigiosamente alegre, y Bossuet y Joly le daban la réplica. Todos brindaban. Grantaire añadía a la pronunciación excéntrica de las palabras y de las ideas la divagación del gesto, apoyaba con dignidad su puño izquierdo sobre su rodilla, doblando el brazo en ángulo recto, con la corbata deshecha, a caballo sobre un taburete, el vaso lleno en la mano derecha, y dirigía a la gruesa criada Matelote estas solemnes palabras:

—¡Que se abran las puertas de palacio! ¡Que todo el mundo sea de la academia francesa, que se tenga el derecho de abrazar a la señora Hucheloup! ¡Bebamos!

Y volviéndose hacia la señora Hucheloup, añadía:

—¡Mujer antigua y consagrada por el uso, acércate, que yo te contemple!

Joly gritaba:

—¡Matelote y Gibelotte, no deis más vino a Grantaire! Se está comiendo locamente el dinero. Desde esta mañana ha devorado dos francos y noventa y cinco céntimos.

Y Grantaire continuaba:

—¿Quién ha desclavado las estrellas sin mi permiso, para ponerlas en la mesa por velas?

Bossuet, que estaba muy borracho, había conservado su calma. Se había sentado en el quicio de la ventana abierta, y la lluvia le mojaba la espalda mientras contemplaba a sus amigos.

De repente oyó detrás de sí un tumulto, pasos precipitados, gritos de «¡A las armas!». Se volvió, y descubrió en la calle Saint-Denis, en la esquina de la calle de la Chanvrerie, a Enjolras que pasaba con la carabina en la mano, a Gavroche con su pistola, a Feuilly con su sable, a Courfeyrac con su espada, a Jean Prouvaire con su mosquete, a Combeferre con su fusil, a Bahorel con su carabina, y todo el grupo armado y tumultuoso que los seguía.

La calle de la Chanvrerie no era más larga que el alcance de un tiro de carabina. Bossuet improvisó con sus dos manos una bocina, y gritó:

—¡Courfeyrac! ¡Courfeyrac! ¡Eh!

Courfeyrac oyó la llamada, descubrió a Bossuet y dio algunos pasos por la calle de la Chanvrerie gritando:

—¿Qué quieres?

Que se cruzó con un:

—¿Adónde vas?

—A hacer una barricada —respondió Courfeyrac.

—Pues bien, este sitio es magnífico, ¡hazla aquí!

—Es verdad, Laigle —dijo Courfeyrac.

Y a una señal de Courfeyrac, la tropa se precipitó a la calle de la Chanvrerie.

III

La noche empieza a dominar a Grantaire

El sitio era, en efecto, admirablemente indicado: la entrada de la calle ancha, el fondo estrecho, y en forma de callejón sin salida; Corinto estrangulaba la calle; la calle Mondétour fácil de cerrar a derecha e izquierda, ninguna posibilidad de ataque sino por la calle Saint-Denis, es decir, de frente y al descubierto. Bossuet borracho había tenido el golpe de vista de Aníbal en ayunas.

Al hacer su irrupción el grupo, se había apoderado el espanto de toda la calle; todos los transeúntes se eclipsaron, y en un abrir y cerrar de ojos, por todas partes, a derecha e izquierda, las tiendas, los establecimientos, las puertas, las ventanas, las persianas, las buhardillas, los postigos de todas dimensiones se cerraron, desde el piso bajo hasta el tejado. Una vieja, llena de miedo, había fijado un colchón delante de su ventana, colgado de una cuerda que servía para tender la ropa, con objeto de amortiguar el efecto de la fusilería. Sólo la taberna permanecía abierta, y esto porque allí se había instalado el grupo.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —decía suspirando la señora Hucheloup.

Bossuet había bajado a recibir a Courfeyrac.

Joly se había asomado a la ventana, y gritaba:

—Courfeyrac, hubieras debido coger un paraguas. Vas a constiparte.

Mientras tanto, en algunos minutos habían sido arrancadas veinte barras de hierro de las rejas de la fachada de la taberna, y habían sido desempedradas diez toesas de calle; Gavroche y Bahorel habían cogido al pasar y derribado un carro de un fabricante de cal, llamado Anceau, el cual contenía tres toneles llenos de cal, que fueron colocados sobre pilas de adoquines; Enjolras había levantado la trampa de la bodega y todos los toneles vacíos de la viuda Hucheloup habían ido a juntarse con los de la cal; Feuilly, con sus dedos acostumbrados a iluminar delicados paisajes en abanicos, había reforzado los toneles y el carro con dos macizas pilas de piedras, cogidas no se sabía dónde. Habíanse arrancado también unos puntales de la fachada de una casa próxima, y se habían echado sobre los toneles. Cuando Bossuet y Courfeyrac se volvieron, la mitad de la calle estaba ya cerrada por una muralla más alta que un hombre. No hay nada como la mano popular para construir todo lo que se

contruye demoliendo.

Matelote y Gibelotte se habían mezclado con los trabajadores. Gibelotte iba y venía cargada de maderos; su laxitud se empleaba en la barricada, y cargaba adoquines como hubiera servido vino adormecida.

Un ómnibus que llevaba dos caballos blancos pasó por el extremo de la calle.

Bossuet saltó por encima de los materiales, corrió, detuvo al cochero, hizo bajar a los viajeros, dio la mano «a las señoras», despidió al conductor y volvió trayéndose el coche y los caballos de la brida.

—Los ómnibus —dijo— no pasan por delante de Corinto. *Non licet omnibus adire Corinthum*[114].

Un instante después, los caballos desenganchados se iban al azar por la calle Mondétour, y el ómnibus volcado completaba la barricada de la calle.

La señora Hucheloup, trastornada, se había refugiado en el primer piso.

Tenía la mirada vaga; miraba sin ver, hablando por lo bajo. Sus gritos de susto no se atrevían a salir de la garganta.

—Esto es el fin del mundo —murmuraba.

Joly daba un beso en el grueso cuello rojo y arrugado de la señora Hucheloup, y decía a Grantaire:

—Querido, siempre he considerado el cuello de una mujer como una cosa infinitamente delicada.

Pero Grantaire había llegado a la más alta región del ditirambo. Matelote había subido al primer piso. Grantaire la había cogido por el talle, y lanzaba, asomado a la ventana, grandes carcajadas.

—¡Matelote es fea! —gritaba—. Matelote es el sueño de la fealdad. Matelote es una quimera. Voy a descubrir el secreto de su nacimiento. Un Pigmalión godo, que hacía mascarones de catedrales, se enamoró un día de uno de ellos, del más horrible, y suplicó al amor que le animase y resultó Matelote. ¡Miradla, ciudadanos! Tiene los cabellos de color de cromato de plomo, como la querida de Tiziano, pero es una buena muchacha. Os aseguro que peleará bien; en toda buena muchacha hay un héroe. En cuanto a la señora Hucheloup es una valiente vieja. ¡Mirad qué bigotes tiene! Los ha heredado de su marido. ¡Es un húsar! ¡Bah! ¡Peleará también! Dos como ella

aterrarían a la comarca. ¡Compañeros, derribaremos al Gobierno! Tan cierto como hay quince ácidos intermedios entre el ácido margárico y el ácido fórmico; por lo demás, a mí lo mismo me da. Caballeros, mi padre me ha odiado siempre, porque no podía entender las matemáticas; yo no comprendo más que el amor y la libertad; soy Grantaire, el buen muchacho. Como nunca he tenido dinero, no tengo el hábito de tenerlo, lo cual quiere decir que nunca me ha hecho falta, pero si hubiera sido rico, no habría habido pobres. ¡Y hubierais visto! ¡Oh! ¡Si los buenos corazones tuviesen grandes bolsillos! ¡Cuánto mejor iría todo! ¡Cuánto bien haría yo! ¡Matelote! ¡Abrázame! Eres voluptuosa y tímida. Tienes unas mejillas que solicitan el beso de una hermana y labios que reclaman el beso de un amante.

—¡Cállate, tonel! —dijo Courfeyrac.

Grantaire respondió:

—Soy capitular y maestro de juegos florales.

Enjolras, que estaba de pie encima de la barricada, con el fusil en la mano, levantó su hermoso y austero rostro. Enjolras, como ya sabemos, tenía algo del espartano y del puritano. Hubiera muerto en las Termópilas, con Leónidas, y hubiera quemado a Drogheda con Cromwell.

—¡Grantaire! —exclamó—. Vete a dormir la mona fuera de aquí. Éste es el lugar de la embriaguez del entusiasmo, no el de la embriaguez del vino. ¡No deshonres la barricada!

Estas palabras irritadas produjeron en Grantaire un efecto singular, como si le hubiesen arrojado un vaso de agua fría al rostro. Pareció que había vuelto en sí. Se sentó, apoyó los codos en la mesa cerca de la ventana, miró a Enjolras con indecible dulzura y le dijo:

—Déjame dormir aquí.

—Vete a dormir a otra parte.

Pero Grantaire, fijando de nuevo en él sus ojos tiernos y turbados, respondió:

—Déjame dormir aquí hasta que muera.

Enjolras le miró con desprecio, y le dijo:

—Grantaire, eres incapaz de creer, de pensar, de querer, de vivir y morir.

Grantaire replicó con voz grave:

—Ya verás.

Murmuró aún algunas palabras ininteligibles, dejó caer su cabeza pesadamente sobre la mesa, y por un efecto bastante habitual en el segundo periodo de la embriaguez en que Enjolras le había precipitado rudamente, se quedó dormido un instante después.

IV

Courfeyrac trata de consolar a la viuda Hucheloup

Bahorel, extasiado al ver la barricada, exclamó:

—¡Ya está la calle cortada! ¡Qué bien está!

Courfeyrac, al mismo tiempo que demolía la taberna, trataba de consolar a la tabernera:

—Señora Hucheloup, ¿no os quejabais el otro día de que os habían llamado a juicio y declarado delincuente, porque Gibelotte había sacudido una manta por la ventana?

—Sí, mi buen señor Courfeyrac. ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Vais a poner también esta mesa en la barricada? Y no sólo por la manta, sino también por un tiesto que se cayó desde la buhardilla a la calle, el Gobierno me ha sacado cien francos de multa. ¿No es una abominación?

—Pues bien, tía Hucheloup, nosotros os vengaremos.

Quedaba satisfecha a la manera de aquella mujer árabe que habiendo recibido un bofetón de su marido, fue a ver a su padre pidiendo venganza y diciendo: «Padre, debes a mi marido afrenta por afrenta». El padre preguntó: «¿En qué mejilla has recibido el bofetón?». «En la izquierda». El padre le dio un bofetón en la derecha y dijo: «Ya estás satisfecha. Ve a decir a tu marido que si él ha abofeteado a mi hija, yo he abofeteado a su mujer».

La lluvia había cesado. Iban llegando reclutas; los obreros habían llevado un barril de pólvora, una cesta de botellas de vitriolo, dos o tres antorchas y un canasto lleno de lamparillas, «restos de la fiesta del rey» que se había celebrado el 1.º de mayo. Se decía que enviaba estas municiones un droguero del arrabal Saint-Antoine llamado Pépin. Se rompía el único farol de la calle de la Chanvrerie, la farola de la calle Saint-Denis y todas las de las calles próximas, Mondétour, Cygne, Prêcheurs y Grande y Petite-Truanderie.

Enjolras, Combeferre y Courfeyrac lo dirigían todo. Entretanto, se construían dos barricadas más, que se apoyaban en Corinto, formando ángulo recto; la mayor cerraba la calle de la Chanvrerie, y la otra la calle Mondétour por el lado de la calle Cygne. Esta última barricada, muy estrecha, estaba construida solamente con toneles y guijarros. Había allí unos cincuenta

trabajadores, una treintena de ellos con fusiles, porque al pasar habían saqueado la tienda de un armero.

Nada más extraño y abigarrado que aquella tropa.

Uno llevaba levita, un sable de caballería y dos pistolas de arzón; otro estaba en mangas de camisa, con sombrero redondo y una bolsa de pólvora colgada en un costado; un tercero estaba cubierto con un peto hecho con nueve hojas de papel y armado con lezna. Había uno que gritaba:

—¡Exterminemos hasta el último, y muramos en la punta de nuestra bayoneta!

El que decía esto no tenía bayoneta. Otro mostraba encima de su levita unas correas y una cartuchera de guardia nacional con la funda adornada con esta inscripción en lana roja: «Orden público». Portafusiles con el número de las legiones, pocos sombreros, ninguna corbata, muchos brazos desnudos, algunas picas; todas las edades, todas las fisonomías, jovencillos pálidos, obreros ennegrecidos. Todos se apresuraban, y al mismo tiempo que trabajaban, hablaban de los sucesos posibles, que se recibirían socorros a las tres de la mañana, que se contaba seguramente con un regimiento, que París se levantaría. Suposiciones terribles, con las cuales se mezclaba una especie de cordial alegría. Parecían hermanos, y ninguno sabía el nombre de los otros. Los grandes peligros tienen el privilegio de hacer fraternizar a los desconocidos.

En la cocina se había encendido lumbre, y se fundían en un molde cucharas, tenedores, toda la vajilla de estaño de la taberna; al mismo tiempo se bebía. Los pistones y las postas andaban revueltos en las mesas con los vasos de vino. En la sala de billar la señora Hucheloup, Matelote y Gibelotte, diversamente afectadas por el terror, una atontada, otra sofocada, otra excitada, rompían servilletas viejas y hacían hilas; tres insurgentes las ayudaban, tres jóvenes melenudos, barbudos y bigotudos, que deshilaban la tela con dedos de lencero y las hacían temblar.

El hombre de alta estatura que había llamado la atención de Courfeyrac, Combeferre y Enjolras en el instante en que se unía al grupo en la esquina de la calle Billettes, trabajaba en la pequeña barricada y era útil. Gavroche trabajaba en la grande. En cuanto al joven que había esperado a Courfeyrac en su casa, y le había preguntado por Marius, había desaparecido poco después del momento en que había sido detenido el ómnibus.

Gavroche, completamente entusiasmado y radiante, iba y venía, subía y

bajaba, metía ruido, brillaba; parecía que estaba allí para animarlos a todos… ¿Tenía algún aguijón? Sí, ciertamente: su miseria. ¿Tenía alas? Sí, su alegría. Gavroche era un torbellino. Se le veía sin cesar; se le oía continuamente; llenaba todo el espacio, encontrándose en todas partes a la vez; era una especie de ubicuidad casi irritante; no había nada que pudiese detenerle, la enorme barricada sentía su acción. Molestaba a los transeúntes, excitaba a los perezosos, reanimaba a los fatigados, impacientaba a los pensativos, alegraba a unos, esperanzaba a otros, encolerizaba a algunos, y ponía en movimiento a todos; pinchaba a un estudiante, mordía a un obrero, se paraba, volvía enseguida a su trabajo, volaba por encima del tumulto y del esfuerzo, saludaba a éstos y aquéllos, murmuraba, zumbaba y hostigaba a toda aquella multitud inmensa.

Con sus pequeños brazos dominaba el movimiento perpetuo, y de sus pequeños pulmones salía el clamor perpetuo:

—¡Bravo! ¡Más adoquines! ¡Más toneles! ¡Unos maderos! ¿Dónde hay? Una mano de yeso para cubrir este agujero. Es muy pequeña esta barricada, es preciso que suba más. Ponedlo todo, metedlo todo, colocadlo todo. Demoled la casa. Mirad, ahí tenéis una puerta vidriera.

Esto hizo exclamar a los trabajadores:

—¿Una puerta vidriera? ¿Qué quieres que hagamos con una puerta vidriera, tubérculo?

—¡Tubérculos vosotros! —exclamó Gavroche—. Una puerta vidriera en una barricada es una cosa excelente: no impide el ataque, pero es un obstáculo para tomarla. ¿Es que no habéis birlado nunca manzanas por encima de una valla erizada de vidrios? Una puerta vidriera corta los callos de los guardias nacionales cuando quieren subir a la barricada. ¡Pardiez! ¡El vidrio es muy traidor! ¡Ah, no tenéis imaginación libre, camaradas!

Por lo demás, estaba furioso con su pistola sin gatillo; iba de uno a otro pidiendo:

—¡Un fusil! ¡Quiero un fusil! ¿Por qué no se me da un fusil?

—¿Un fusil a ti? —inquirió Combeferre.

—¡Toma! —replicó Gavroche—. ¿Por qué no? ¡Tuve uno en 1830, cuando se luchaba contra Carlos X!

Enjolras se encogió de hombros.

—Cuando los haya para los hombres, se darán a los niños.

Gavroche se volvió tímidamente y le respondió:

—Si te matan antes que a mí, cogeré el tuyo.

—¡Pilluelo! —dijo Enjolras.

—¡Blanquillo! —respondió Gavroche.

Un elegante extraviado que paseaba por el extremo de la calle cortó esta disputa.

Gavroche le gritó:

—¡Venid con nosotros, joven! ¿Es que no se ha de hacer nada por esta vieja patria?

El elegante huyó.

V

Los preparativos

Los periódicos de aquel tiempo, que han dicho que la barricada de la calle de la Chanvrerie, aquella construcción casi inexpugnable, como la llamaban, llegaba al nivel del primer piso, se han equivocado. No pasaba de una altura de seis o siete pies, por término medio. Estaba hecha de manera que los combatientes podían, a voluntad, ocultarse detrás o dominar el paso, y aun subirse encima por medio de una cuádruple fila de adoquines superpuestos, y colocados a guisa de escalera por la parte interior. Por fuera, el frente de la barricada, compuesta de adoquines y de toneles, sujetos por vigas y tablas que se enchufaban en las ruedas del carro de Anceau y del ómnibus, presentaba el aspecto de un obstáculo erizado e inextricable. Una cortadura suficiente para que un hombre pudiese pasar por ella dejaba un espacio entre el extremo de la barricada más alejado de la taberna y las casas; de modo que era posible hacer una salida. La lanza del ómnibus estaba puesta verticalmente, y a ella, atada con cuerdas, una bandera roja que flotaba sobre la barricada. La pequeña barricada Mondétour, oculta detrás del edificio de la taberna, no se veía. Las dos barricadas reunidas formaban un verdadero reducto. Enjolras y Courfeyrac no habían juzgado necesario hacer una barricada en el otro extremo de la calle Mondétour, que por la calle Prêcheurs ofrece una salida a los mercados, queriendo sin duda conservar la posibilidad de una comunicación con el exterior, y temiendo muy poco un ataque por la peligrosa y difícil callejuela Prêcheurs.

Con esta salida libre, que constituía lo que Folard, en su estilo estratégico, hubiera llamado un ramal de trinchera, y con la estrecha cortadura de la calle Chanvrerie, el interior de la barricada, donde la taberna formaba un ángulo saliente, presentaba la forma de un cuadrilátero irregular, cerrado por todas partes. Había una veintena de pasos de intervalo entre la barricada y las casas que formaban el fondo de la calle, de modo que podía decirse que la barricada estaba adosada a estas casas, todas habitadas, pero cerradas de arriba abajo.

Todo este trabajo se hizo sin impedimentos, en menos de una hora, y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viese surgir una gorra de pelo ni una bayoneta.

Los pocos burgueses que se atrevían a pasar en aquel momento por la calle Saint-Denis, lanzaban una ojeada a la calle de la Chanvrerie, descubrían la barricada y redoblaban el paso.

Una vez finalizadas las dos barricadas, se enarboló la bandera, se sacó una mesa fuera de la taberna y se subió en ella a Courfeyrac. Enjolras trajo el cofre cuadrado, que estaba lleno de cartuchos. Courfeyrac lo abrió. Cuando se descubrieron los cartuchos, temblaron los más valientes, y hubo un momento de silencio.

Courfeyrac los distribuyó, sonriendo.

Cada uno recibió treinta cartuchos. Muchos tenían pólvora y se pusieron a hacer más con las balas que se fundían en la taberna. En cuanto al barril de pólvora, estaba sobre una mesa aparte, cerca de la puerta, y lo reservaron.

El toque de llamada que recorría todo París no cesaba, pero había terminado por no ser más que un ruido monótono al que no prestaban atención alguna. Ese ruido tan pronto se alejaba como se acercaba, con ondulaciones lúgubres.

Cargaron los fusiles y las carabinas, todos juntos, sin precipitación, con una gravedad solemne. Enjolras fue a colocar tres centinelas fuera de las barricadas, uno en la calle de la Chanvrerie, el segundo en la calle Prêcheurs y el tercero en la esquina de la calle Petite-Truanderie.

Después, una vez construidas las barricadas, designados los puestos, cargados los fusiles, puestos los centinelas, solos en aquellas calles temibles, por donde no pasaba ya nadie, rodeados de aquellas casas mudas y como muertas, en las que no palpitaba ningún movimiento humano, rodeados de las sombras crecientes del crepúsculo que empezaba, en medio de aquella oscuridad y aquel silencio en el que se sentía avanzar algo y que tenía un no sé qué de trágico y terrorífico, aislados, armados, resueltos, tranquilos, esperaron.

VI

La espera

En estas horas de espera, ¿qué hicieron?

Es preciso que lo digamos, puesto que pertenece a la historia.

Mientras los hombres hacían cartuchos, y las mujeres hilas; mientras una gruesa cacerola, llena de estaño y de plomo fundidos destinados a moldear balas, humeaba sobre un hornillo encendido; mientras los centinelas velaban con el arma en mano, sobre la barricada; mientras Enjolras, a quien nadie podía distraer, estaba atento a los centinelas, Combeferre, Courfeyrac, Jean Prouvaire, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel y algunos otros se reunieron, como en los más apacibles días de sus charlas de escolares, y en un rincón de la taberna, convertido en casamata, a dos pasos del reducto que habían construido, con las carabinas cebadas, cargadas y apoyadas en el respaldo de la silla, aquellos jóvenes tan cercanos a una hora suprema se pusieron a recitar versos de amor.

¿Qué versos? Los siguientes:

¿Recuerdas aquel tiempo de alegría,
de nuestra juventud en los albores,
cuando un solo deseo nos movía,
el de nuestros amores?
Añadidos tus años a mis años,
cuarenta y dos apenas se contaban
y libres nuestras almas se encontraban
de amargos desengaños.
Orgulloso era Foy, Marcel prudente;
París santos banquetes celebraba,
y un alfiler en tu corsé saliente
a veces me pinchaba.
Al verte hermosa entre las más hermosas,
de todos envidiada era mi suerte,
y al pasar por el prado hasta las rosas
se volvían para verte.

La hora, el lugar, la evocación de aquellos recuerdos de la juventud, algunas estrellas que empezaban a brillar en el cielo, el reposo fúnebre de aquellas calles desiertas, la inminencia de la aventura inexorable que se

preparaba, daban un encanto patético a estos versos, murmurados a media voz en el crepúsculo por Jean Prouvaire, que, según hemos dicho ya, era un tierno poeta.

Entretanto, se había encendido una antorcha en la barricada pequeña, y en la grande una de esas hachas que el martes de carnaval se encuentran precediendo a los coches cargados de máscaras que van a la Courtille. Esas antorchas, como hemos dicho, venían del arrabal Saint-Antoine.

La antorcha había sido colocada en una jaula de adoquines cerrada por tres lados para abrigarla del viento, y dispuesta de modo que toda la luz caía sobre la bandera. La calle y la barricada quedaban en la oscuridad, y no se veía más que la bandera roja formidablemente iluminada como por una linterna sorda.

Esta luz extendía sobre el escarlata de la bandera un tinte de púrpura terrible.

VII

El hombre reclutado en la calle Billettes

La noche había caído ya completamente, y nadie se acercaba. No se oían más que rumores confusos, y por instantes, descargas de fusilería, pero raras, poco nutridas y lejanas. Esta relativa calma, que se prolongaba, era señal de que el Gobierno se tomaba tiempo y reunía sus fuerzas. Aquellos ciento cincuenta hombres esperaban a sesenta mil.

Enjolras se sintió poseído de la impaciencia que alcanza a las almas fuertes en el umbral de acontecimientos temibles. Fue a buscar a Gavroche, que se había puesto a fabricar cartuchos en la sala de la planta baja, a la claridad dudosa de dos velas, colocadas sobre el mostrador por precaución, a causa de la pólvora extendida sobre las mesas. Aquellas dos velas no arrojaban luz alguna hacia el exterior. Los insurgentes, además, tenían cuidado de no encender luz en los pisos superiores.

El hombre de la calle Billettes acababa de entrar en la sala y había ido a sentarse a la mesa menos iluminada. Estaba provisto de un fusil de munición del mayor modelo, que mantenía entre sus piernas. Gavroche, hasta aquel instante, distraído con cien cosas «divertidas», ni siquiera había visto a aquel hombre.

Cuando entró, Gavroche le siguió maquinalmente con los ojos, admirando su fusil, y luego, bruscamente, cuando el hombre se sentó, el niño se levantó. Si alguien hubiera espiado a ese hombre, le habría visto observarlo todo, en la barricada y en la banda de insurgentes, con una atención singular, pero desde que había entrado en la sala, se había sumergido en el recogimiento, y parecía no ver nada de lo que sucedía. El pilluelo se acercó a aquel personaje pensativo, y se puso a dar vueltas a su alrededor de puntillas, como se hace cuando no se quiere despertar a alguien.

Al mismo tiempo, sobre un rostro infantil, a la vez tan descarado y serio, tan despreocupado y profundo, tan alegre y entusiasta, se fueron pintando sucesivamente todos esos gestos de viejo que significan: ¡Ah! ¡Bah! ¡No es posible! ¡Deliro! ¿Será él…? ¡No, no lo es! Pero sí. ¡Pero no! Gavroche se balanceaba sobre sus talones, crispaba sus puños en los bolsillos, movía el cuello como un pájaro, y empleaba en un gesto de desprecio toda la sagacidad de su labio inferior. Estaba estupefacto, incierto, incrédulo, convencido, trastornado. Tenía la fisonomía de un jefe de eunucos en el mercado de

esclavas, al descubrir una Venus entre feas; de un aficionado y entendido en pintura examinando una obra de Rafael entre un montón de cuadros viejos. En él trabajaban a un tiempo el instinto que olfatea y la inteligencia que combina. Era evidente que se acercaba un acontecimiento para Gavroche.

En lo más profundo de esta preocupación, Enjolras le abordó:

—Tú eres pequeño, y no te verán. Sal de las barricadas, deslízate a lo largo de las casas, explora un poco las calles y vuelve a decirme lo que pasa.

Gavroche se enderezó al oír esto.

—¡Los pequeños sirven, pues, para algo! ¡Es una felicidad! ¡Ya voy! Mientras tanto, confiad en los pequeños, desconfiad de los grandes… —Y alzando la cabeza y bajando la voz, añadió, señalando al hombre de la calle Billettes—: ¿Veis a este grande?

—Sí. ¿Y qué?

—¡Es un espía!

—¿Estás seguro?

—Aún no hace quince días que me bajó de las orejas de la cornisa de Pont-Royal, donde estaba tomando el fresco.

Enjolras abandonó vivamente al pilluelo y murmuró algunas palabras en voz muy baja a un obrero del puesto que estaba allí. El obrero salió de la sala y regresó casi inmediatamente acompañado de otros tres. Aquellos cuatro hombres, cuatro mozos de grandes espaldas, fueron a colocarse detrás de la mesa en que estaba el hombre de la calle Billettes. Estaban visiblemente dispuestos a arrojarse sobre él.

Entonces, Enjolras se acercó al hombre y le preguntó:

—¿Quién sois?

Ante esta pregunta brusca, el hombre tuvo un sobresalto.

Sumergió su mirada hasta el fondo de los cándidos ojos de Enjolras, y pareció que adivinaba su pensamiento. Mostró entonces una sonrisa, la más desdeñosa, la más enérgica y la más resuelta del mundo, y respondió con altiva gravedad:

—¡Veo que…!

—¿Sois espía?

—Soy agente de la autoridad.

—¿Os llamáis?

—Javert.

Enjolras hizo una señal a los cuatro hombres. En un abrir y cerrar de ojos, antes de que Javert hubiera tenido tiempo de volverse, fue cogido por el cuello, derribado y registrado.

Se le encontró encima una pequeña tarjeta redonda pegada entre dos vidrios, la cual tenía por un lado las armas de Francia grabadas con esta leyenda: «Seguridad y vigilancia», y en la otra, esto: «Javert, inspector de policía, edad: cincuenta y dos años», y la firma del prefecto de policía de entonces, el señor Gisquet.

Además tenía su reloj y su bolsillo, que contenía algunas monedas de oro. Le dejaron el bolsillo y el reloj. Detrás del reloj, en el fondo del bolsillo, descubrieron por el tacto, un papel que había sido doblado. Enjolras leyó en él estas cuatro líneas, escritas de mano del prefecto de policía: «El inspector Javert, así que haya cumplido su misión política, comprobará por medio de una vigilancia especial si es verdad que algunos malhechores andan vagando por las cuestas de la orilla derecha, cerca del puente de Jena».

Terminado el registro, levantaron a Javert, le ataron los brazos detrás de la espalda y le sujetaron en medio de la sala, a aquel célebre poste que había dado antiguamente nombre a la taberna.

Gavroche, que había asistido a toda la escena, y lo había aprobado todo con un movimiento silencioso de cabeza, se acercó a Javert y le dijo:

—Amigo, el ratón ha cogido al gato.

Todo había sido ejecutado con tanta rapidez que ya estaba concluido cuando empezaron a notarlo en la taberna. Javert no había lanzado ni un grito. Al ver a Javert sujeto al poste, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre y los hombres dispersos por las dos barricadas acudieron presurosamente.

Javert, recostado en el poste, y tan rodeado de cuerdas que no podía hacer ni un movimiento, levantaba la cabeza con la serenidad intrépida del hombre que no ha mentido nunca.

—Es un espía —dijo Enjolras. Y volviéndose hacia Javert—: Seréis fusilado dos minutos antes de que tomen la barricada.

Javert replicó con su más imperioso acento:

—¿Y por qué no inmediatamente?

—Economizamos pólvora.

—Entonces matadme de una puñalada.

—Espía —dijo Enjolras—, somos jueces, no asesinos. —Luego llamó a Gavroche—: ¡Tú!, ve a tu asunto. Haz lo que te he dicho.

—Voy —dijo Gavroche. Y deteniéndose en el momento de partir, añadió —: A propósito, ¡me daréis su fusil! Os dejo al músico y me llevo el clarinete.

El pilluelo hizo el saludo militar y atravesó alegremente la abertura de la gran barricada.

VIII

Varios puntos de interrogación a propósito de un tal Le Cabuc que probablemente no se llamaba Le Cabuc

La pintura trágica que hemos emprendido no sería completa, y el lector no vería en su relieve exacto y real estos grandes minutos del drama social y del desarrollo revolucionario, en que la convulsión se mezcla con la fuerza, si omitiésemos en este bosquejo un incidente lleno de un horror épico y terrible que sobrevino apenas se marchó Gavroche.

Los grupos, como es sabido, son bolas de nieve, y aglomeran al rodar un montón de hombres tumultuosos, que no se preguntan de dónde vienen. Entre los transeúntes que se habían unido al grupo dirigido por Enjolras, Combeferre y Courfeyrac, había uno que llevaba una chaqueta de esportillero bastante usada, que gesticulaba y vociferaba y tenía el aspecto de una especie de ebrio salvaje. Aquel hombre, llamado o apodado Le Cabuc, y desconocido completamente por aquellos que pretendían conocerle, muy entusiasta o aparentando serlo, se había sentado junto a algunos otros a una mesa que habían sacado fuera de la taberna. Este Cabuc, mientras hacía beber a sus compañeros de conversación, parecía contemplar pensativamente la casa grande del fondo de la barricada, cuyos cinco pisos dominaban toda la calle, y daban frente a la de Saint-Denis. De repente exclamó:

—Compañeros, mirad, desde esa casa es desde donde debemos tirar. Puestos en las ventanas, ¡ni el diablo entra en la calle!

—Sí, pero la casa está cerrada —dijo uno de los bebedores.

—¡Llamemos!

—No abrirán.

—¡Echemos abajo la puerta!

Le Cabuc corrió a la puerta, que tenía un llamador muy pesado, y llamó; pero la puerta no se abrió. Llamó una segunda vez, y nadie respondió. Dio un tercer golpe: el mismo silencio.

—¿Hay alguien aquí? —exclamó Le Cabuc.

Nadie respondió.

Entonces cogió un fusil y empezó a dar culatazos en la puerta. Era una puerta vieja, pequeña, cintrada, baja, estrecha, sólida, toda de madera de encina, forrada en el interior con una plancha de palastro y una armadura de hierro, una verdadera poterna de una fortaleza. Los golpes de culata hacían temblar la casa, pero no movían la puerta.

Sin embargo, es probable que los vecinos se hubieran conmovido, pues por fin se vio iluminarse y abrirse una pequeña ventanuca cuadrada en el tercer piso, y aparecer en ella una vela, y la cara pálida y atemorizada de un hombre de cabellos grises que era el portero.

El hombre que llamaba se interrumpió.

—Señores —preguntó el portero—, ¿qué deseáis?

—¡Abre! —dijo Le Cabuc.

—Señores, eso no es posible.

—¡Abre enseguida!

—¡Es imposible, señores!

Le Cabuc tomó su fusil y apuntó al portero; pero estaba debajo y era de noche, y el portero no le vio.

—¿Quieres abrir, sí o no?

—¡No, señores!

—¿Dices que no?

—Digo que no, buenos…

El portero no terminó la frase. Salió el tiro; la bala le entró por debajo de la barbilla y le salió por la nuca, después de haberle atravesado la yugular. El pobre hombre cayó sin dar ni un suspiro. La vela cayó al suelo y se apagó, y no se vio más que una cabeza inmóvil recostada en el dintel del ventanuco, y un poco de humo blanquecino que subía hacia el tejado.

—¡Ya está! —dijo Le Cabuc, dejando caer sobre el empedrado la culata de su fusil.

Apenas había pronunciado esta palabra cuando sintió una mano que caía sobre su hombro con la pesadez de una garra de águila, y oyó una voz que le decía:

—De rodillas.

El asesino se volvió y vio ante él el rostro blanco y frío de Enjolras. Enjolras llevaba una pistola en la mano.

Había acudido al oír la detonación.

Con la mano izquierda había cogido el cuello de la blusa de Le Cabuc.

—De rodillas —repitió.

Y con un movimiento enérgico, el delicado joven de veinticinco años dobló como una caña al ganapán robusto y lo arrodilló en el lodo. Le Cabuc trató de resistirse, pero parecía que estaba sujeto por un puño sobrehumano.

Pálido, con el cuello desnudo, los cabellos esparcidos, Enjolras, con su rostro de mujer, tenía en aquel momento un no sé qué de la Temis antigua. Sus ojos bajos daban a su implacable perfil griego esa expresión de cólera y ese aspecto de castidad que bajo el punto de vista del mundo antiguo conviene a la justicia.

Todos los de la barricada habían acudido, y luego todos se habían alineado en círculo a alguna distancia, sintiendo que era imposible pronunciar una palabra, ante lo que iban a ver.

Le Cabuc, vencido, no trataba ya de debatirse y temblaba de pies a cabeza. Enjolras le soltó y sacó su reloj.

—Recógete —dijo—. Reza o piensa. Tienes un minuto.

—¡Gracia! —murmuró el asesino; luego bajó la cabeza y murmuró algunos juramentos inarticulados.

Enjolras no apartó los ojos del reloj; dejó transcurrir el minuto, luego volvió a poner el reloj en su bolsillo. Una vez hecho esto, cogió los cabellos de Le Cabuc, que se revolvía entre sus rodillas gritando, y le puso en la sien el cañón de la pistola. Muchos de aquellos hombres intrépidos, que habían entrado con tanta tranquilidad en la más terrible de las aventuras, volvieron la cabeza.

Se oyó la explosión; el asesino cayó sobre el empedrado boca abajo. Enjolras se enderezó y paseó en derredor su mirada serena y severa.

Después empujó el cadáver con el pie, y dijo:

—Quitad esto.

Tres hombres levantaron el cuerpo del miserable, que se agitaba con las últimas convulsiones maquinales de la vida, y lo arrojaron por encima de la

barricada pequeña a la callejuela de Mondétour.

Enjolras se había quedado pensativo. Su sereno rostro se iba cubriendo de pesadumbre. De repente alzó la voz. Se hizo el silencio.

—Ciudadanos —dijo Enjolras—, lo que este hombre ha hecho es espantoso, lo que yo he hecho es horrible. Él ha matado, y por esto yo le he matado a él. He debido hacerlo, pues la insurrección debe tener su disciplina. El asesinato es un crimen, más aún aquí que en otra parte estamos bajo la mirada de la revolución, somos los sacerdotes de la república, somos ejemplos del deber, y es preciso que nadie pueda calumniar nuestro combate. Así pues he juzgado y he condenado a muerte a este hombre. En cuanto a mí, obligado a hacer lo que he hecho, pero aborreciéndolo, me he juzgado a mí mismo, y pronto veréis a qué me he condenado.

Los que le escuchaban temblaron.

—Nosotros compartiremos tu suerte —exclamó Combeferre.

—Sea —respondió Enjolras—. Pero oíd aún una palabra. Al ejecutar a este hombre he obedecido a la necesidad; pero la necesidad es un monstruo del viejo mundo; la necesidad se llama Fatalidad. La ley del progreso es que los monstruos desaparezcan ante los ángeles, y que la Fatalidad se desvanezca ante la fraternidad. Es un mal momento para pronunciar la palabra amor. No importa, yo la pronuncio y la glorifico. Amor, tuyo es el porvenir. Muerte, me sirvo de ti, pero te odio. Ciudadanos, no habrá en el porvenir ni tinieblas ni rayos ni ignorancia feroz ni talión sangriento. Como no existirá Satanás, tampoco existirá Miguel. En el porvenir, nadie matará a nadie, la tierra resplandecerá, el género humano amará. Llegará, ciudadanos, el día en que todo será concordia, armonía, luz, alegría y vida. Y para que llegue ese día nosotros debemos morir.

Enjolras se calló. Sus labios de místico se cerraron; y permaneció en pie algunos instantes, en el lugar sobre el que había vertido sangre, en una inmovilidad de mármol. Su mirada fija hacía que se hablase en voz baja a su alrededor.

Jean Prouvaire y Combeferre se apretaban la mano silenciosamente, y apoyados uno en el otro, en el otro ángulo de la barricada, consideraban con una admiración en la que había algo de compasión a aquel joven, verdugo y sacerdote, limpio como el cristal y duro como la roca.

Digamos ahora que más tarde, después de la acción, cuando los cadáveres

fueron llevados al depósito y registrados, se encontró sobre Le Cabuc una tarjeta de agente de policía. El autor de este libro ha tenido entre sus manos, en 1848, el informe especial realizado con este motivo para el prefecto de policía de 1832.

Añadamos que, si hay que creer en un rumor extraño, pero probablemente fundado, Le Cabuc era Claquesous. El hecho es que a partir de la muerte de Le Cabuc ya no volvió a hablarse de Claquesous. Claquesous no dejó huella alguna de su desaparición; parece que se amalgamó con lo invisible. Su vida había sido tinieblas; su fin fue la noche.

Todo el grupo insurrecto estaba aún bajo los efectos de la emoción de aquel proceso trágico instruido con tanta rapidez, y con tanta premura terminado, cuando Courfeyrac volvió a ver en la barricada al joven que por la mañana había preguntado por Marius.

Aquel muchacho, que tenía el aspecto atrevido e indiferente, había venido por la noche a reunirse con los insurrectos.

LIBRO DECIMOTERCERO

Marius entra en la sombra

I

De la calle Plumet al barrio Saint-Denis

Aquella voz que a través del crepúsculo había llamado a Marius a la barricada de la calle de la Chanvrerie, le había parecido la voz del destino. Quería morir, y la ocasión se le ofrecía; llamaba a la puerta de la tumba y una mano desde la sombra le tendía la llave. Aquellas lúgubres aberturas que se hacen en las tinieblas ante la desesperación son tentadoras. Marius apartó la verja, que tantas veces le había dejado pasar, salió del jardín y dijo: «¡Vamos!».

Loco de dolor, no sentía ya nada fijo y sólido en el cerebro. Incapaz de aceptar nada de la suerte después de aquellos dos meses pasados en la embriaguez de la juventud y del amor, abatido a la vez por todas las meditaciones de la desesperación, tenía un único deseo: acabar cuanto antes.

Se puso a andar rápidamente. Iba armado, pues llevaba encima las dos pistolas de Javert.

El joven que había creído ver se había perdido en la oscuridad de las calles.

Marius, que había salido de la calle Plumet por el bulevar, atravesó la Esplanade y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos, la plaza Luis XV, y llegó a la calle Rivoli. Los almacenes estaban abiertos, el gas ardía bajo las arcadas, las mujeres compraban en las tiendas, se servían helados en el Café Laiter y se comían pastelillos en la dulcería inglesa. Únicamente algunas sillas de posta partían al galope del hotel de Princes y del hotel Meurice.

Marius entró por el pasaje Delorme[115], a la calle Saint-Honoré. Las tiendas estaban cerradas, y los comerciantes charlaban delante de sus puertas entreabiertas; los transeúntes circulaban, los faroles estaban encendidos; desde el primer piso, todas las ventanas estaban iluminadas como de ordinario. En la plaza del Palais-Royal había caballería.

Marius siguió la calle Saint-Honoré. A medida que se alejaba del Palais-Royal, había menos ventanas iluminadas; las tiendas estaban completamente cerradas, nadie charlaba en los umbrales, la calle se oscurecía, y al mismo tiempo la multitud se espesaba, porque los transeúntes eran ya multitud. Nadie hablaba en aquella muchedumbre; y sin embargo salía de ella un murmullo sordo y profundo.

Cerca de la fuente del Arbre-Sec, había grupos inmóviles y sombríos que estaban entre los que iban y venían como piedras en medio del agua que corre.

A la entrada de la calle Prouvaires, la multitud ya no andaba. Era un grupo resistente, macizo, sólido, compacto, casi impenetrable, de personas amontonadas, que hablaban en voz baja. No había allí levitas negras y sombreros redondos; sólo chaquetones, blusas, casquetes, cabezas erizadas y terrosas. Aquella multitud ondulaba confusamente en la bruma nocturna. Su murmullo tenía el acento ronco de un estremecimiento. Aunque no marchaban se sentía un continuo pisoteo en el lodo. Más allá de aquella espesa multitud, en la calle Roule, en la calle Prouvaires y en la prolongación de la calle Saint-Honoré, no había ni un cristal en el que brillara una vela. Veíanse perderse en aquellas calles las filas solitarias y decrecientes de los faroles. Los faroles de aquel tiempo parecían gruesas estrellas rojas, colgadas de cuerdas, y proyectaban sobre el pavimento una sombra que tenía la forma de una gran araña. Aquellas calles no estaban desiertas. Veíanse en ellas fusiles en pabellones, bayonetas que se movían y tropas que vivaqueaban. Ningún curioso pasaba de aquel límite. Allí cesaba la circulación. Allí comenzaba el ejército y terminaba la multitud.

Marius iba decidido, con la voluntad del hombre sin esperanza; le habían llamado y era preciso ir. Encontró la forma de atravesar la multitud y las tropas, se ocultó a las patrullas, y evitó a los centinelas. Dio un rodeo, llegó a la calle Béthisy[116] y se dirigió hacia los mercados. En la esquina de la calle Bourdonnais ya no había faroles.

Después de haber franqueado la zona de la multitud, había pasado el límite de las tropas; se encontraba en una situación aterradora, no encontraba ya ni un transeúnte ni un soldado, ni una luz, nada. El silencio, la soledad, la noche, un frío que sobrecogía. Entrar en una calle era adentrarse en una cueva.

Continuó avanzando.

Dio algunos pasos. Alguien pasó cerca de él corriendo. ¿Era un hombre? ¿Una mujer? ¿Eran varios? No hubiera podido decirlo. Alguien había pasado y se había desvanecido.

Así, llegó a una callejuela, que le pareció la calle de la Poterie; hacia la mitad de aquella callejuela chocó con un obstáculo. Extendió las manos. Era una carreta volcada; su pie reconoció charcos de agua, lodazales, adoquines

amontonados y esparcidos. Allí había una barricada empezada y abandonada. Escaló los adoquines y se encontró al otro lado del obstáculo. Andaba muy cerca de los guardacantones y se guiaba por las fachadas de las casas. Un poco más allá de la barricada, le pareció entrever delante de sí una cosa blanca. Se acercó, y vio una forma. Eran dos caballos blancos, los caballos del ómnibus desenganchados por Bossuet aquella mañana, que habían andado errantes de calle en calle durante todo el día y habían terminado por detenerse allí, con la paciencia agotada de los brutos que no comprenden ya los actos de los hombres, lo mismo que los hombres no entienden los designios de la Providencia.

Marius dejó los caballos detrás de sí. Cuando llegaba a la calle que supuso que sería la del Contrat-Social, un disparo de fusil, procedente de no se sabe dónde, pasó silbando cerca de su oreja, y la bala fue a dar, por encima de su cabeza, en una bacía colgada a la puerta de una barbería. Aún en 1846, se veía en la calle del Contrat-Social, en el extremo de los pilares de los mercados, esta bacía agujereada.

Este disparo de fusil era vida aún. A partir de este instante, no encontró ya nada.

Aquel itinerario parecía el descenso por una escalera de sombrías gradas.

Pero no por esto Marius dejó de avanzar.

II

París a vista de búho

Un ser que hubiera planeado sobre París en aquel instante, con las alas del murciélago o del mochuelo, hubiera tenido ante sus ojos un espectáculo lúgubre.

Todo el viejo barrio de los mercados, que es como una ciudad en la ciudad, que atraviesa las calles Saint-Denis y Saint-Martin, en el que se cruzan mil callejuelas, y del que los insurgentes habían hecho su reducto y su plaza de armas, se le habría aparecido como un inmenso agujero sombrío practicado en el centro de París. Allí la mirada caía sobre un abismo. Gracias a los faroles rotos y a las ventanas cerradas, allí cesaba toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento. La policía invisible del motín velaba en todas partes y mantenía el orden, es decir, la oscuridad; porque ahogar el pequeño número en una vasta oscuridad, multiplicar cada combatiente por las posibilidades que esta oscuridad contiene, es la táctica necesaria de la insurrección. Al caer el día, todas las farolas de las encrucijadas habían recibido una bala, que apagaba la luz y alguna vez también acababa con la vida de un vecino. Así pues, nada se movía. No había nada más que temor, tristeza y estupor en las casas; y en las calles una especie de horror sagrado. Ni siquiera se distinguían las largas filas de ventanas y balcones, los cañones de las chimeneas, los tejados, los vagos reflejos que aparecen siempre en el empedrado lleno de agua y de lodo. El ojo que hubiera mirado desde lo alto este conjunto de sombras hubiera entrevisto tal vez aquí y allá claridades indistintas que permitían ver líneas quebradas y extrañas, perfiles de construcciones singulares, algo semejante a resplandores que iban y venían entre las ruinas; allí estaban las barricadas. El resto era un lago oscuro, brumoso, pesado, fúnebre, por encima del cual se enderezaban las siluetas inmóviles y lúgubres de la torre de Saint-Jacques, la iglesia de Saint-Merry y otros dos o tres de esos grandes edificios que son gigantes durante el día y fantasmas por la noche.

Alrededor de aquel laberinto desierto e inquietante, en los barrios en los que la circulación parisiense no había cesado, y en los que brillaba algún farol, el observador aéreo hubiera podido distinguir el centelleo metálico de los sables y las bayonetas, el sordo rodar de la artillería y el hormigueo de los batallones silenciosos aumentando de minuto en minuto; cinturón formidable que se apretaba y se cerraba lentamente alrededor del motín.

El barrio de la insurrección no era más que una especie de monstruosa caverna; todo en él parecía dormido o inmóvil, y como acabamos de ver, cada una de sus calles no ofrecía nada más que sombras.

Sombra salvaje, repleta de trampas, llena de choques desconocidos y temibles, en la que era terrible penetrar y espantoso permanecer, en donde los que aguardaban temblaban ante los que iban a venir, y los que en ella entraban se estremecían ante los que les esperaban. Combatientes invisibles ocultos en las esquinas; las bocas del sepulcro cubiertas por la espesura de la noche. Allí no podía esperarse más claridad que la del relámpago de los fusiles, ni más aparición que la brusca y rápida de la muerte. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? No se sabía, pero era cierto e inevitable. Allí, en aquel lugar señalado para la lucha, el Gobierno y la insurrección, la guardia nacional y las sociedades populares, la burguesía y el motín, iban a enfrentarse a tientas. Para los unos, igual que para los otros, la necesidad era la misma. Salir de allí muertos o vencedores, ésta era la única salida posible a partir de entonces. La situación era tan extrema, la oscuridad tan impenetrable, que los más tímidos se sentían llenos de resolución y los más atrevidos de terror.

Por lo demás, había en ambos lados la misma furia, igual encarnizamiento, igual determinación. Para unos, avanzar era morir, y nadie pensaba en retroceder; para otros, permanecer era morir y ninguno pensaba en huir.

Era necesario que al día siguiente todo hubiese terminado, que el triunfo estuviese aquí o allá, que la insurrección fuese una revolución o un chispazo apagado. El Gobierno lo comprendía así, lo mismo que los partidos, lo mismo que el último ciudadano. De aquí nacía una idea de angustia que se mezclaba con la sombra impenetrable de aquel barrio, donde todo iba a decidirse; de aquí surgía un exceso de ansiedad alrededor de aquel silencio de donde iba a salir una catástrofe. No se oía más que un ruido, ruido doloroso como un gemido, amenazador como una maldición, el toque a rebato de Saint-Merry. Nada tan glacial como el clamor de aquella campana perdida y desesperada, lamentándose en las tinieblas.

Como sucede muchas veces, la naturaleza parecía haberse puesto de acuerdo con lo que los hombres iban a hacer. Nada rompía las funestas armonías de aquel conjunto. Las estrellas habían desaparecido; pesadas nubes llenaban todo el horizonte con sus pliegues melancólicos. Había un cielo negro sobre aquellas calles muertas, como si un inmenso sudario se

desplegara encima de aquella inmensa tumba.

Mientras se preparaba una batalla, incluso política, en aquel mismo sitio que había visto ya tantos sucesos revolucionarios; mientras la juventud, las asociaciones secretas, las escuelas, en nombre de los principios, y la clase media en nombre de los intereses, se aproximaban para chocar, para luchar y para derribarse; mientras se aproximaba la hora decisiva de la crisis, en lo más profundo de las cavidades insondables de aquel viejo París miserable que desaparecía bajo el esplendor del París dichoso y opulento, se oía rugir sordamente la sombría voz del pueblo.

Voz terrible y sagrada que se compone del rugido de la fiera y de la palabra de Dios, que aterroriza a los débiles y que advierte a los sabios, que viene siempre de abajo, como el rugido del león, y de arriba como el retumbar del trueno.

III

El borde extremo

Marius había llegado a los mercados.

Allí todo estaba más tranquilo, más oscuro y más inmóvil aún que en las calles vecinas. Hubiérase dicho que la paz glacial del sepulcro había salido de la tierra y se había extendido por el cielo.

Una claridad rojiza recortaba sobre aquel fondo negro las altas techumbres de las casas que cierran la calle de la Chanvrerie, por el lado de Saint-Eustache. Era el reflejo de la antorcha que ardía en la barricada de Corinto. Marius se había dirigido hacia aquella claridad. Le había llevado al Marché-aux-Poirées, y entreveía ahora la embocadura tenebrosa de la calle Prêcheurs. Penetró en ella. El centinela de los insurgentes, que vigilaba en el otro extremo, no le vio. Sentía muy cerca de sí aquello que había ido a buscar, y andaba de puntillas. Llegó así al recodo de aquel tramo corto de la calle Mondétour, que era, como se sabe, la única comunicación con el exterior conservada por Enjolras. En la esquina de la última casa, a su izquierda, adelantó la cabeza y miró ese trozo de calle.

Un poco más allá de la esquina negra de la callejuela con la calle de la Chanvrerie, que producía una larga sombra en la que él estaba metido, descubrió un resplandor sobre el empedrado, que era la entrada de la taberna, una lamparilla agonizando en una especie de muralla informe, y los hombres acurrucados con fusiles en las rodillas. Todo eso estaba a una distancia de seis toesas. Era el interior de la barricada.

Las casas que bordeaban la callejuela por la derecha le ocultaban el resto de la taberna, la barricada grande y la bandera.

Marius no tenía que dar más que un paso.

Entonces el desgraciado joven se sentó en un guardacantón, cruzó los brazos y pensó en su padre.

Pensó en aquel heroico coronel Pontmercy que había sido un soldado tan valeroso, que en tiempos de la República había defendido las fronteras de Francia y en tiempos del emperador había llegado a las fronteras de Asia, que había estado en Génova, Alejandría, Milán, Turín, Madrid, Viena, Dresde, Berlín, Moscú, que había dejado sobre los campos de batalla de toda Europa gotas de aquella misma sangre que Marius tenía en las venas, que había

encanecido antes de tiempo en la disciplina y el mando; que había vivido con el cinturón abrochado, las charreteras cayéndole sobre el pecho, la escarapela ennegrecida por la pólvora, la frente arrugada por el casco, bajo la tienda, en el campamento, en el vivac, en las ambulancias, y que al cabo de veinte años había vuelto de las grandes guerras con una cicatriz en la mejilla, el rostro sonriente, sencillo, tranquilo, admirable, puro como un niño, habiendo hecho todo por Francia y nada en contra de ella.

Se dijo que ya le había llegado su día, que su hora había sonado al fin, que después de su padre, también él iba a ser valiente, intrépido, atrevido; iba a correr bajo las balas, ofrecer su pecho a las bayonetas, verter su sangre, acechar al enemigo, buscar la muerte, que iba a hacer la guerra, que acudiría al campo de batalla, y que este campo de batalla era la calle, y que esta guerra era la guerra civil.

Vio la guerra civil abierta como un abismo delante de sí, y era allí donde iba a caer.

Entonces se estremeció.

Pensó en aquella espada de su padre, que su abuelo había vendido a un prendero y que él había echado de menos con tanto sentimiento. Se dijo que había hecho muy bien aquella valiente y noble espada en haber huido de sus manos y haberse perdido irritada en las tinieblas; que si había huido así, era inteligente y predecía el porvenir; es que presentía el motín, la guerra de los arroyos, la guerra de los empedrados, los disparos de fusil por los respiraderos de las bodegas, los golpes dados y recibidos por detrás; porque viniendo de Marengo y de Friedland no quería ir a la calle de la Chanvrerie, porque después de haber hecho lo que hizo con su padre no quería hacer lo mismo con el hijo. Se dijo que si aquella espada estuviera allí, que si la hubiera recibido en la cabecera de su padre muerto, se habría atrevido a empuñarla en aquel combate nocturno, entre franceses, en una encrucijada, de seguro le quemaría las manos y se pondría a llamear delante de él como la espada del ángel. Se dijo que era afortunado al no llevarla consigo, y que hubiera desaparecido; porque así estaba bien, y era lo justo; que su abuelo había sido el verdadero guardián de la gloria de su padre, y que valía más que la espada del coronel hubiera sido subastada en una almoneda, vendida a un prendero, arrojada entre hierro viejo, que empleada en herir y ensangrentar el flanco de la patria.

Y luego se puso a llorar amargamente.

Aquello era horrible. Pero ¿qué hacer? Vivir sin Cosette, no podía. Puesto que ella había partido, era preciso que él muriera. ¿No le había dado su palabra de honor de que moriría? Ella se había marchado sabiendo esto, por lo tanto era señal de que le complacía que Marius muriera. Además, era evidente que ella no le amaba, puesto que se había marchado de aquel modo, sin advertirle, sin una palabra, sin una carta, ¡y ella sabía sus señas! ¿Para qué, pues, vivir ya? Además, ¡haber ido hasta allí y retroceder!, ¡haberse acercado al peligro y huir! ¡Haber ido a ver la barricada y alejarse de ella! Alejarse temblando y diciendo: «¡He hecho bastante, he visto y esto me basta; esto es la guerra civil, y me voy!». ¡Abandonar a sus amigos que le esperaban y quizá le necesitaban, que eran un puñado contra un ejército! ¡Faltar a la vez al amor, a la amistad, a su palabra! ¡Dar a su cobardía el pretexto del patriotismo! Aquello era imposible; y si el fantasma de su padre estuviera allí en la sombra y le viera retroceder, le azotaría la espalda con cintarazos de la espada, y le gritaría: «¡Anda, cobarde!».

Dominado por el tumulto de estos pensamientos, agachó la cabeza.

De repente, se levantó. Una especie de rectificación espléndida acababa de verificarse en su espíritu. Hay una dilatación del pensamiento, propia de la proximidad de la tumba; al acercarse la muerte, se ve la verdad. La visión de la acción en la cual se veía quizá próximo a entrar se le presentaba, no ya lamentable, sino soberbia. La guerra de las calles se transfiguró súbitamente, por una desconocida modificación anímica, ante el ojo de su inteligencia. Todos los tumultuosos puntos de interrogación de su meditación se le aparecieron en conjunto, pero sin turbarle. No dejó ninguno de ellos sin respuesta.

Veamos, ¿por qué iba a indignarse su padre? ¿Acaso no hay circunstancias en las que la insurrección asciende a la dignidad de deber? ¿Qué habría pues de empequeñecimiento para el hijo del coronel Pontmercy en el combate que se iba a empeñar? Esto no es ya Montmirail, ni Champaubert; es otra cosa. No se trata de un territorio sagrado, sino de una idea santa. La patria se queja, bien; pero la humanidad aplaude. ¿Pero es verdad que la patria se queja? Francia sangra, pero la libertad sonríe; y ante la sonrisa de la libertad, Francia olvida su herida. Y además, viendo las cosas desde un punto más elevado, ¿quién hablaría de guerra civil?

¡La guerra civil! ¿Qué quiere decir esto? ¿Acaso hay guerras extranjeras? ¿Acaso toda guerra entre hombres no es lucha entre hermanos? La guerra no se califica más que por su fin. No hay ni guerra extranjera ni guerra civil; no

hay más que la guerra injusta y la guerra justa. Hasta el día en que se logre el gran concordato humano, la guerra, al menos la que representa el esfuerzo del porvenir que se apresura contra el pasado que se retrasa, puede ser necesaria. ¿Qué hay que reprocharle a esta guerra? La guerra no se convierte en vergüenza y la espada no se torna puñal hasta que asesina al derecho, el progreso, la razón, la civilización, la verdad. Entonces, tanto si es guerra civil o guerra extranjera, es inicua; se llama crimen. Fuera de esta cosa santa, la justicia, ¿con qué derecho la espada de Washington renegará de la pica de Camille Desmoulins? Leónidas contra el extranjero, Timoleón[117] contra el tirano, ¿cuál de los dos es más grande? Uno es el defensor y el otro es el libertador. ¿Será malo, sin pensar en el fin, todo levantamiento armado en el interior de una ciudad? Entonces infamad a Bruto, a Marcelo, a Arnold de Blankenheim, a Coligny. ¿Guerra de los campos? ¿Guerra de las calles? ¿Por qué no? Ésta era la guerra de Ambiorix, de Artevelde, de Marnix, de Pelayo. Pero Ambiorix luchaba contra Roma, Artevelde contra Francia, Marnix contra España, Pelayo contra los moros. Pues bien, la monarquía es el extranjero; la opresión es el extranjero; el derecho divino es el extranjero. El despotismo viola la frontera moral, como la invasión viola la frontera geográfica. Expulsar al tirano o expulsar al inglés; en los dos casos es recobrar el territorio. Llega una hora en la que no basta con protestar; tras la filosofía, es precisa la acción; la fuerza termina lo que el ideal bosqueja; Prometeo encadenado empieza, y Aristogitón termina[118]. La Enciclopedia ilumina las almas, y el 10 de agosto las electriza. Después de Esquilo, viene Trasíbulo[119]; después de Diderot, Danton. Las multitudes tienen tendencia a aceptar un amo. Su masa produce la apatía. Una multitud se totaliza fácilmente en obediencia. Es necesario removerla, empujarla, animar a los hombres con el beneficio de su libertad, herirles los ojos con la verdad, arrojarles la luz a puñados. Es preciso que se vean ellos mismos un poco deslumbrados, porque este deslumbramiento los despierta.

De ahí la necesidad de los motines y las guerras. Es preciso que se alcen grandes combatientes, que iluminen a las naciones con su audacia y sacudan a esta triste humanidad, que cubran de sombra el derecho divino, la gloria de los césares, la fuerza, el fanatismo, el poder irresponsable y las majestades absolutas; legión estúpidamente ocupada en contemplar, en su esplendor crepuscular, los sombríos triunfos de la noche. ¡Abajo el tirano! ¿Pero qué? ¿De quién habláis? ¿Llamáis tirano a Luis Felipe? No. Ni tampoco a Luis XVI. Son ambos lo que la historia acostumbra a llamar unos buenos reyes; pero los principios no se dividen; la lógica de lo verdadero es

rectilínea; lo propio de la verdad es la falta de complacencias; no hay pues concesión; toda compasión hacia el hombre debe reprimirse; hay el derecho divino en Luis XVI; lo hay, por Borbón, en Luis Felipe; ambos representan en cierta medida la confiscación del derecho, y para derribar la usurpación universal es preciso combatirlos; es preciso, y Francia, como siempre, empieza a hacerlo. Cuando el jefe cae en Francia cae en todas partes.

En suma, restablecer la verdad social, dar su trono a la libertad, devolver el pueblo al pueblo, devolver al hombre la soberanía, reemplazar la púrpura en la cabeza de Francia, restaurar en su plenitud la razón y la equidad, suprimir todo germen de antagonismo restituyendo cada uno a sí mismo; aniquilar el obstáculo que la realeza representa para la inmensa concordia universal, poner al género humano a nivel con el derecho, ¡qué causa más justa, y por consiguiente, qué guerra más grande! Estas guerras constituyen la paz. Una enorme fortaleza de prejuicios, de privilegios, de supersticiones, de mentiras, de exacciones, de abusos, de violencias, de iniquidades, de tinieblas, se descubre aún de pie sobre el mundo con sus torres de odio. Es preciso derribarla. Es necesario derrumbar esa masa monstruosa. Vencer en Austerlitz es grande, tomar la Bastilla es inmenso.

No hay nadie que no haya observado en sí mismo que el alma, esa maravilla de unidad y ubicuidad, tiene la rara aptitud de razonar casi fríamente en los extremos más violentos, y sucede a menudo que la pasión desolada y la desesperación profunda, en la agonía misma de sus más negros monólogos, abordan asuntos y discuten tesis. La lógica se mezcla con la convulsión, y el hilo del silogismo flota sin romperse en la tormenta lúgubre del pensamiento. Ésta era la situación del espíritu de Marius.

Mientras así pensaba, abatido, pero resuelto, dudando, sin embargo, y, en suma, estremeciéndose ante lo que iba a hacer, su mirada erraba por el interior de la barricada. Los insurgentes charlaban a media voz, sin moverse, y reinaba esa atmósfera casi silenciosa que señala la última fase de la espera. Por encima de ellos, en una ventana de un tercer piso, Marius distinguía una especie de espectador o testigo que parecía singularmente atento. Era el portero muerto por Le Cabuc. Desde abajo, a la luz de la antorcha metida entre adoquines, se descubría vagamente su cabeza. Nada más extraño, en aquella claridad sombría e incierta, que aquella faz lívida, inmóvil, asombrada, con los cabellos erizados, los ojos abiertos y fijos, la boca entreabierta, inclinada hacia la calle en actitud de curiosidad. Hubiérase dicho que el muerto contemplaba a los que iban a morir. Un largo rastro de sangre,

que había salido de aquella cabeza, corría en hilos rojizos desde la ventana hasta la altura del primer piso, donde desaparecía.

LIBRO DECIMOCUARTO

Las grandezas de la desesperación

I

La bandera - Acto primero

Aún no venía nadie. Habían dado las diez en Saint-Merry. Enjolras y Combeferre se habían sentado, con la carabina en la mano, cerca de la abertura de la barricada grande. No hablaban; escuchaban, trataban de oír el más mínimo ruido de marcha.

Súbitamente, en medio de aquella tranquilidad lúgubre, una voz clara, alegre, joven, que parecía proceder de la calle Saint-Denis, se alzó y cantó, sobre la melodía de la canción popular *Al claro de luna*, estos versos rematados por una especie de grito semejante al canto del gallo:

Mi nariz destila lágrimas.
Préstame, amigo Bugeaud,
la de uno de tus gendarmes,
que sea de lo mejor.
Con ella podré a la calle
salir luciendo este talle,
que envidia a los mozos da,
quiriquiquí caracacá.

Ellos se apretaron las manos.

—Es Gavroche —dijo Enjolras.

—Nos advierte —agregó Combeferre.

Una carrera precipitada turbó la calle desierta; vieron a un ser más ágil que un *clown* trepar por encima del ómnibus, y Gavroche saltó a la barricada jadeante, diciendo:

—¿Y mi fusil? Ahí están.

Un temblor eléctrico recorrió toda la barricada, y se oyó el movimiento de las manos buscando los fusiles.

—¿Quieres mi carabina? —dijo Enjolras al pilluelo.

—Quiero el fusil grande —respondió Gavroche.

Y tomó el fusil de Javert.

Dos centinelas se habían replegado, y habían regresado casi al mismo tiempo que Gavroche. Eran el del extremo de la calle y el de la Petite-

Truanderie. El centinela de la calle Prêcheurs había permanecido en su puesto, lo que indicaba que no venía nadie por el lado de los puentes y de los mercados.

La calle de la Chanvrerie, en la que apenas se distinguían algunos adoquines a la luz que se proyectaba sobre la bandera, ofrecía a los insurgentes el aspecto de un gran pórtico abierto a una humareda.

Cada uno se había colocado en su puesto de combate.

Cuarenta y tres insurgentes, entre los cuales Courfeyrac, Combeferre, Enjolras, Bossuet, Joly, Bahorel y Gavroche, estaban arrodillados en la barricada grande, con las cabezas a flor de la cresta del parapeto, y los cañones, los fusiles y las carabinas apuntando, atentos, mudos, y dispuestos a hacer fuego. Seis de ellos, mandados por Feuilly, se habían instalado en las ventanas de los dos pisos de Corinto.

Transcurrieron aún algunos instantes; luego un ruido de pasos, mesurado, pesado, numeroso, se dejó oír distintamente por el lado de Saint-Leu. Este ruido, al principio débil, luego preciso, más tarde pesado y sonoro, se acercaba lentamente, sin hacer un alto, sin interrupción, con una continuidad tranquila y terrible. No se oía ninguna otra cosa. Era al mismo tiempo el silencio y el ruido de la estatua del Comendador, pero este paso de piedra tenía algo de sordo y de múltiple, que despertaba la idea de una multitud al mismo tiempo que la idea de un espectro.

Parecía oírse marchar a la terrible estatua Legión. Los pasos se acercaban; luego se detuvieron. Al extremo de la calle, pareció oírse el aliento de muchos hombres. Sin embargo no se veía nada; solamente se distinguía en el fondo, en aquella espesa oscuridad, una multitud de hilos metálicos, finos como agujas y casi imperceptibles, que se agitaban, semejantes a esos indescriptibles fulgores fosfóricos que se descubren en el momento de dormirse, bajo los párpados cerrados, en las primeras brumas del sueño. Eran las bayonetas y los cañones de los fusiles, confusamente iluminados por la reverberación lejana de la antorcha.

Hubo aún una pausa, como si esperasen por ambos lados. De repente, en el fondo de aquella sombra una voz, tanto más siniestra cuanto que no se veía a nadie, y como si fuese la oscuridad misma la que hablase, exclamó:

—¿Quién vive?

Al mismo tiempo se oyeron los clics de los fusiles.

Enjolras respondió con acento vibrante y altanero:

—Revolución francesa.

—¡Fuego! —dijo la voz.

Un relámpago iluminó todas las fachadas de la calle, como si se hubiese abierto y cerrado bruscamente la puerta de un horno.

Una terrible detonación estalló sobre la barricada. La bandera roja cayó. La descarga había sido tan violenta y tan densa que había cortado el asta, es decir, la punta misma del timón del ómnibus. Algunas balas que habían rebotado sobre las cornisas de las casas penetraron en la barricada e hirieron a varios hombres.

El efecto de esta primera descarga fue glacial. El ataque era violento, y de tal naturaleza que hizo pensar a los más atrevidos. Era evidente que tenían que habérselas con un regimiento entero al menos.

—Camaradas —exclamó Courfeyrac—, no desperdiciemos pólvora. Esperemos a que entren en la calle para contestarles.

—En primer lugar —dijo Enjolras—, icemos de nuevo la bandera.

Recogió la bandera, que había caído precisamente a sus pies.

Se oía el ruido de las baquetas de los fusiles; la tropa cargaba las armas.

Enjolras añadió:

—¿Quién tiene arrestos aquí? ¿Quién se atreve a clavar la bandera sobre la barricada?

Nadie respondió. Subirse a la barricada cuando la tropa se disponía a disparar de nuevo era sencillamente la muerte. El más valeroso duda en condenarse. El mismo Enjolras temblaba, y repitió:

—¿Nadie se atreve?

II

La bandera - Acto segundo

Desde que los insurgentes habían llegado al Corinto y habían empezado a construir la barricada, nadie había prestado atención al señor Mabeuf. Sin embargo el señor Mabeuf no había abandonado el grupo. Estaba en la planta baja de la taberna, y se había sentado detrás del mostrador. Allí estaba, por decirlo así, aniquilado en sí mismo.

Parecía que no veía ni pensaba. Courfeyrac y algunos otros se habían acercado a él, advirtiéndole del peligro, instándole a que se retirase, sin que él pareciera oírlos. Cuando no le hablaban, sus labios se movían como si respondiese a alguien, pero si le dirigían la palabra, sus labios se quedaban inmóviles, y sus ojos parecían muertos. Algunas horas antes de que fuera atacada la barricada, había tomado una postura que no había abandonado, con ambas manos sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia delante, como si mirara un precipicio. Nada había podido sacarle de esta actitud; no parecía que su espíritu estuviese en la barricada. Cuando todos habían ido a ocupar sus puestos de combate, no quedaron en la sala más que Javert, atado al poste, un insurgente con el sable desnudo custodiándole y el señor Mabeuf. En el momento del ataque, de la detonación, le conmovió una sacudida física, y como si despertase se levantó bruscamente, atravesó la sala y, en el instante en que Enjolras repetía su llamada: «¿Nadie se atreve?», vieron al anciano aparecer en el umbral de la taberna.

Su presencia causó una especie de conmoción en el grupo. Se alzó un grito:

—¡Es el votante!, ¡es el convencional!, ¡es el representante del pueblo!

Es muy probable que él no lo oyera.

Se dirigió hacia Enjolras; los insurgentes se apartaban a su paso con un temor religioso; cogió la bandera de manos de Enjolras, que retrocedió petrificado, y entonces, sin que nadie se atreviese a detenerle ni a ayudarle, aquel anciano de ochenta años, con la cabeza vacilante, el pie firme, empezó a subir lentamente la escalera de adoquines hecha en la barricada. Era aquel acto tan sombrío y tan grande que todos gritaron a su alrededor: «¡Abajo los sombreros!». Cada escalón que subía era un instante dramático; sus cabellos blancos, su faz decrépita, su gran frente calva y arrugada, sus ojos hundidos, su boca asombrada y abierta, sus viejos brazos alzando la bandera roja,

surgían de la sombra, y se engrandecían en la claridad sangrienta de la antorcha; parecía el espectro de 1793 con la bandera del terror en la mano.

Cuando llegó al último peldaño, cuando aquel fantasma tembloroso y terrible, en pie sobre aquel montón de escombros, en presencia de mil doscientos fusiles invisibles, se alzó frente a la muerte, como si fuese más fuerte que ella, toda la barricada tomó en las tinieblas un aspecto sobrenatural y colosal.

Se hizo ese silencio que sólo producen en su derredor los prodigios.

En medio de este silencio, el anciano agitó la bandera roja y exclamó:

—¡Viva la Revolución! ¡Viva la República! ¡Fraternidad, igualdad, y muerte!

Se oyó un murmullo bajo y rápido, semejante al bisbiseo de un sacerdote que apresurara una oración. Era probablemente el comisario de policía que hacía las intimaciones legales en el otro extremo de la calle.

Luego, la misma voz vibrante que había dicho «¿Quién vive?» exclamó:

—¡Retiraos!

El señor Mabeuf, lívido, con los ojos extraviados, las pupilas iluminadas con las lúgubres llamas del delirio, levantó la bandera por encima de su frente y repitió:

—¡Viva la República!

—¡Fuego! —dijo la voz.

Una segunda descarga se abatió sobre la barricada.

El anciano se dobló sobre sus rodillas, luego se alzó de nuevo, dejó escapar la bandera y cayó hacia atrás sobre el suelo, inerte, con los brazos en cruz.

Arroyos de sangre corrieron por debajo de su cuerpo. Su vieja cabeza, pálida y triste, parecía contemplar el cielo.

Una de esas emociones superiores al hombre, que hacen que olvide incluso defenderse, sobrecogió a los insurgentes, y se acercaron al cadáver con respetuoso espanto.

—¡Qué hombres son estos regicidas! —dijo Enjolras.

Courfeyrac se inclinó al oído de Enjolras:

—No lo digo por ti, y no quiero disminuir tu entusiasmo, pero éste no fue nunca un regicida. Yo le conocía. Se llamaba Mabeuf. No sé lo que tenía hoy. Pero era un soberbio estúpido; mira su cabeza.

—Cabeza de tonto y corazón de Bruto —respondió Enjolras. Luego alzó la voz—: ¡Ciudadanos!, éste es el ejemplo que los viejos dan a los jóvenes. Nosotros dudábamos, ¡y él se ha presentado! Nosotros retrocedíamos, ¡y él ha avanzado! ¡Los que tiemblan a causa de la vejez, enseñan a los que tiemblan de miedo! Este anciano es augusto a los ojos de la patria. ¡Ha tenido una larga vida y una magnífica muerte! Ahora retiremos el cadáver, y que cada uno de nosotros defienda a este anciano muerto como defendería a su padre vivo, y que su presencia entre nosotros haga la barricada impenetrable.

Un murmullo de adhesión triste y enérgico siguió a estas palabras.

Enjolras se encorvó; levantó la cabeza del anciano y le besó con solemnidad en la frente; luego, separándole los brazos, y manejándole con tierna precaución, como si hubiera temido hacerle daño, le quitó la levita, enseñó sus sangrientos agujeros y dijo:

—¡Ésta será ahora nuestra bandera!

III

Gavroche habría hecho mejor aceptando la carabina de Enjolras

Cubrieron al señor Mabeuf con un viejo chal negro de la viuda Hucheloup. Seis hombres hicieron con sus fusiles una camilla, colocaron en ella al cadáver y lo llevaron, con las cabezas desnudas y una lentitud solemne, a la mesa grande de la sala baja.

Aquellos hombres, comprometidos en la sagrada y grave revolución que estaban realizando, no pensaban ya en su peligrosa situación.

Cuando el cadáver pasó ante Javert, siempre impasible, Enjolras dijo al espía:

—¡Y tú, enseguida!

Entretanto, el pequeño Gavroche, el único que no había abandonado su puesto y se había quedado vigilando, creía ver a algunos hombres que se aproximaban como lobos a la barricada. De repente gritó:

—¡Desconfiad!

Courfeyrac, Enjolras, Jean Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel, Bossuet, todos salieron en tumulto de la taberna. Se veía un centelleante espesor de bayonetas ondulando por encima de la barricada. Guardias municipales de elevada estatura penetraban en ella, unos saltando por encima del ómnibus y otros por la abertura, empujando al pilluelo, que retrocedía pero no huía.

El momento era crítico. Era como el primer minuto terrible de la inundación, cuando el río se levanta hasta el nivel de sus barreras y el agua empieza a infiltrarse por las fisuras de los diques. Un segundo más y la barricada sería tomada.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia y le mató de un tiro a quemarropa con su carabina; el segundo mató a Bahorel de un bayonetazo. Otro había derribado ya a Courfeyrac, que gritaba: «¡A mí!». El más alto de todos, una especie de coloso, se dirigía hacia Gavroche con la bayoneta calada. El pilluelo tomó en sus pequeños brazos el fusil de Javert, apuntó resueltamente al gigante y disparó. Pero el tiro no salió. Javert no había cargado su fusil. El guardia municipal estalló en carcajadas y alzó la bayoneta sobre el niño.

Antes de que la bayoneta hubiera tocado a Gavroche, el fusil se escapó de las manos del soldado: una bala había atravesado su frente, y cayó de espaldas. Una segunda bala daba en medio del pecho del otro guardia, que había derribado a Courfeyrac, y lo lanzó al suelo.

Era Marius que acababa de entrar en la barricada.

IV

El barril de pólvora

Marius, oculto en el recodo de la calle Mondétour, había asistido a la primera fase del combate, irresoluto y tembloroso. Sin embargo no había podido resistir por mucho tiempo al vértigo misterioso y fantástico que podríamos llamar la atracción del abismo. Ante la inminencia del peligro, ante la muerte del señor Mabeuf, fúnebre enigma, ante Bahorel muerto, ante Courfeyrac gritando, ante aquel niño amenazado, ante sus amigos a quienes debía socorrer o vengar, se desvaneció toda vacilación, y se mezcló en la pelea con sus dos pistolas en la mano. Con el primer tiro salvó a Gavroche, y con el segundo a Courfeyrac.

Los asaltantes habían subido al parapeto, en cuya cumbre se les veía alzarse; guardias municipales, soldados de línea y guardias nacionales de los suburbios cubrían ya más de dos tercios de la barricada, pero no saltaban al interior del recinto, como si dudasen, temiendo alguna trampa. Observaban la barricada oscura, como mirarían una cueva de leones. La luz de la antorcha iluminaba las bayonetas, los gorros de pelo y lo alto de los rostros inquietos e irritados.

Marius no tenía ya armas. Había tirado sus pistolas descargadas, pero había descubierto el barril de pólvora en la planta baja de la taberna, cerca de la puerta.

Mientras lo observaba, le apuntó un soldado. Pero en aquel momento una mano se colocó en el extremo del cañón del fusil y lo obstruyó. Era uno que se había lanzado, el joven obrero del pantalón de pana. Salió el tiro, atravesó la mano, y tal vez también el cuerpo, porque cayó al suelo, sin que la bala tocase a Marius. Todo esto sucedió en medio del humo, y fue más bien vislumbrado que visto. Marius, que iba a entrar en la sala, apenas lo notó. Sin embargo, había distinguido confusamente el cañón del fusil dirigido hacia él, y la mano que lo había tapado, y había oído el tiro. Pero en instantes como aquéllos las cosas que se ven, oscilan y se precipitan, y nada nos detiene. Uno se siente oscuramente impulsado hacia otra sombra mayor, y todo es nube.

Los insurgentes, sorprendidos, pero no asustados, se habían reorganizado. Enjolras había gritado: «¡Esperad! ¡No disparéis al azar!». En la primera confusión, efectivamente, podían herirse los unos a los otros. La mayor parte habían subido a la ventana del primer piso, y a las buhardillas, desde donde

dominaban a los asaltantes. Los más determinados, con Enjolras, Courfeyrac, Jean Prouvaire y Combeferre, se habían adosado fieramente a las casas del fondo, a descubierto, y hacían frente a las filas de soldados y de guardias que coronaban la barricada.

Todo esto se hizo sin precipitación, con la gravedad extraña y amenazadora que precede al combate. Por ambas partes se apuntaban a quemarropa, y estaban tan cerca que podían hablarse sin alzar la voz. Cuando se llegó a ese momento en que va a saltar la chispa, un oficial con gola y grandes charreteras extendió su espada y dijo:

—¡Rendid las armas!

—¡Fuego! —gritó Enjolras.

Las dos descargas partieron al mismo tiempo, y todo desapareció en una nube de humo.

Humo acre y sofocante en que se arrastraban con gemidos débiles y sordos, heridos y moribundos.

Cuando el humo se disipó, se vio en ambos lados a los combatientes, en el mismo sitio, cargando las armas en silencio.

De repente se oyó una voz atronadora que gritaba:

—¡Retiraos o hago volar la barricada!

Todos se volvieron hacia el sitio de donde salía la voz.

Marius había entrado en la sala y había cogido el barril de pólvora; luego se había aprovechado del humo y de la especie de niebla oscura que llenaba el recinto para deslizarse a lo largo de la barricada hasta el hueco de adoquines donde estaba fijada la antorcha. Coger la antorcha, poner el barril de pólvora, empujar el montón de adoquines bajo el barril, cuya tapa se había abierto, con una especie de serenidad terrible, todo esto había sido para Marius como juego de niños; y ahora todos, guardias nacionales, guardias municipales, oficiales, soldados, apelotonados en el otro extremo de la barricada, le miraban con estupor, con el pie sobre los adoquines, la antorcha en la mano, su orgulloso rostro iluminado con una expresión fatal, inclinando la llama de la antorcha hacia el montón terrible en el que se distinguía el barril de pólvora roto, y lanzando ese grito aterrador: «¡Retiraos o hago volar la barricada!».

Marius, en aquella barricada, después del octogenario, era la visión de la juventud revolucionaria, después de la aparición de la vejez revolucionaria.

—¡Volar la barricada! —dijo un sargento—. ¡Tú volarás también!

Marius respondió:

—Y yo también.

Y acercó la antorcha al barril de pólvora.

Pero no había ya nadie en la barricada. Los asaltantes, dejando a sus muertos y a sus heridos, se retiraban atropelladamente hacia el extremo de la calle, y se perdían de nuevo en la noche. Fue un sálvese-quien-pueda.

La barricada estaba libre.

V

Fin de los versos de Jean Prouvaire

Todos rodearon a Marius. Courfeyrac le abrazó.

—¡Tú aquí!

—¡Qué felicidad! —dijo Combeferre.

—¡Has venido a tiempo! —agregó Bossuet.

—¡Sin ti, hubiera muerto! —añadió Courfeyrac.

—¡Sin vos me hubieran comido! —dijo Gavroche.

Marius preguntó:

—¿Dónde está el jefe?

—Eres tú —dijo Enjolras.

Marius había tenido todo el día un volcán en el cerebro, ahora tenía un torbellino, que le producía el mismo efecto que si estuviese fuera de sí, y le arrastrase. Le parecía que se hallaba ya a una distancia inmensa de la vida. Sus luminosos meses de alegría y amor terminaban bruscamente en aquel terrible precipicio. Cosette perdida para él, la barricada, el señor Mabeuf dando su vida por la República, él mismo, jefe de los insurgentes; todas estas cosas le parecían una pesadilla monstruosa. Estaba obligado a hacer un esfuerzo para recordar que todo lo que le rodeaba era real. Marius había vivido demasiado poco para saber que no hay nada tan inminente como lo imposible, y que siempre hay que prever lo imprevisto. Asistía a su propio drama como a una obra que no se comprende.

En aquella bruma en que estaba su pensamiento, no reconoció a Javert, quien, atado al poste, no había hecho ni un solo movimiento mientras duró el ataque a la barricada, y que contemplaba la revuelta agitándose a su alrededor con la resignación de un mártir y la majestad de un juez. Marius ni siquiera le vio.

Entretanto, los asaltantes ya no se movían; se les oía andar y hormiguear al extremo de la calle, pero no se aventuraban, ya fuera porque esperasen órdenes, bien porque antes de atacar de nuevo aquel reducto esperasen refuerzos. Los insurgentes habían puesto centinelas, y algunos de ellos, que eran estudiantes de Medicina, vendaban a los heridos.

Habían sacado todas las mesas fuera de la taberna, a excepción de las dos reservadas para las hilas y los cartuchos y aquella en la que yacía el señor Mabeuf; las habían añadido a la barricada, y las habían reemplazado en la planta baja por colchones de las camas de la viuda Hucheloup y sus sirvientas. En aquellos colchones habían tendido a los heridos. En cuanto a las tres pobres criaturas que habitaban en Corinto, nadie sabía lo que había sido de ellas. Al fin acabaron por encontrarlas, escondidas en la bodega.

Una emoción profunda vino a ensombrecer la alegría de la barricada recobrada.

Pasose lista. Uno de los insurgentes no estaba. ¿Quién? Uno de los más queridos, uno de los más valientes. Jean Prouvaire. Le buscaron entre los heridos, y no estaba. Le buscaron entre los muertos, y no le hallaron. Evidentemente, se hallaba prisionero.

Combeferre dijo a Enjolras:

—Ellos tienen a nuestro amigo, pero nosotros tenemos a su agente. ¿Quieres la muerte de un espía?

—Sí —respondió Enjolras—, pero menos que la vida de Jean Prouvaire.

Esto sucedía en la planta baja, cerca del poste de Javert.

—Pues bien —dijo Combeferre—, voy a atar el pañuelo a mi bastón e iré a parlamentar, ofreciéndoles el canje de su hombre por el nuestro.

—Escucha —advirtió Enjolras, y apoyó la mano en el brazo de Combeferre.

Al extremo de la calle, se oía un crujido de armas significativo. Después oyose una voz vigorosa que gritó:

—¡Viva Francia! ¡Viva el porvenir!

Reconocieron la voz de Prouvaire.

Pasó un relámpago, y sonó una detonación.

Se hizo de nuevo el silencio.

—¡Le han matado! —exclamó Combeferre.

Enjolras contempló a Javert, y le dijo:

—Tus amigos acaban de fusilarte.

VI

La agonía de la muerte después de la agonía de la vida

Una particularidad de este género de guerras es que el ataque de las barricadas se hace casi siempre de frente, y que en general los asaltantes se abstienen de rodear las posiciones, ya sea porque temen las emboscadas, ya porque evitan meterse en calles tortuosas. Toda la atención de los insurgentes estaba fija en la enorme barricada que era evidentemente el punto siempre amenazado, y donde debía empezar infaliblemente una nueva lucha. Marius, no obstante, pensó en la barricada pequeña, y allí se dirigió. Estaba desierta, guardada sólo por el farolillo que temblaba entre los adoquines. La calle Mondétour y los ramales de la Petite-Truanderie y Cygne estaban en calma.

Cuando Marius, una vez realizada la inspección, iba a retirarse, oyó su nombre pronunciado débilmente en la oscuridad:

—¡Señor Marius!

Se estremeció, pues había reconocido la voz que le había llamado dos horas antes, a través de la verja de la calle Plumet.

Sólo que ahora esta voz parecía un soplo.

Miró a su alrededor y no vio a nadie.

Marius creyó haberse engañado, y que era una alucinación añadida por su imaginación a las realidades extraordinarias que sucedían a su alrededor. Dio un paso para salir del profundo recodo en el que se hallaba la barricada.

—¡Señor Marius! —repitió la voz.

Esta vez no podía dudar; miró y no vio nada.

—A vuestros pies —dijo la voz.

Se inclinó, y vio en la sombra una forma que se arrastraba hacia él.

El farolillo permitía distinguir una camisa, un pantalón de gruesa pana roto, unos pies desnudos y algo que parecía un mar de sangre.

Marius entrevió un rostro pálido que se alzaba hacia él, y que le decía:

—¿No me conocéis?

—No.

—Éponine.

Marius se agachó rápidamente. Era, en efecto, aquella desgraciada niña. Iba vestida de hombre.

—¿Cómo estáis aquí? ¿Qué hacéis aquí?

—Me muero —dijo ella.

Hay palabras e incidentes que despiertan a los seres abatidos. Marius exclamó sobresaltado:

—¡Estáis herida! Esperad, voy a llevaros a la sala. Allí os curarán. ¿Es grave? ¿Cómo debo cogeros para no haceros daño? ¿Dónde os duele? ¡Socorro! ¡Dios mío! ¿Qué habéis venido a hacer aquí?

Trató de pasar su brazo por debajo de ella, para incorporarla.

Al levantarla, encontró su mano.

Ella lanzó un débil grito.

—¿Os he hecho daño? —preguntó Marius.

—Un poco.

—Pero si sólo he tocado vuestra mano.

Éponine acercó la mano a los ojos de Marius, y él, en medio de aquella mano, vio un agujero negro.

—¿Qué tenéis en la mano? —dijo él.

—La tengo atravesada.

—¿Atravesada?

—Sí.

—¿De qué?

—De una bala.

—¿Cómo?

—¿No habéis visto un fusil que os apuntaba?

—Sí, y una mano que lo tapó.

—Era la mía.

Marius tuvo un estremecimiento.

—¡Qué locura! ¡Pobre niña! Pero tanto mejor, si sólo es esto, no es nada. Dejadme llevaros a una cama. Os curarán; nadie muere de una mano atravesada.

Ella murmuró:

—La bala ha atravesado la mano, pero ha salido por la espalda. Es inútil que me mováis de aquí. Voy a deciros de qué modo podéis curarme, mejor que un cirujano. Sentaos a mi lado, en esta piedra.

Él obedeció; la muchacha apoyó la cabeza sobre las rodillas de Marius, y sin mirarle dijo:

—¡Oh, qué placer! ¡Qué bien estoy! ¡Ya no sufro!

Permaneció un momento en silencio, luego volvió su rostro con esfuerzo, y miró a Marius.

—¿Sabéis, señor Marius? Me incomodaba que entraseis en aquel jardín; era estúpido, puesto que fui yo misma quien os mostró la casa, y, además, debía saber que un joven como vos…

Se interrumpió y, franqueando las sombrías transiciones que estaban sin duda en su pensamiento, continuó con una sonrisa desgarradora:

—Me encontrabais fea, ¿no es verdad?

Y continuó:

—¡Ya veis, estáis perdido! Ahora nadie saldrá de la barricada. He sido yo quien os ha traído hasta aquí. Vais a morir. Cuento con eso. Y, sin embargo, cuando he visto que os apuntaban, he puesto la mano delante de la boca del cañón del fusil. ¡Qué gracioso! Pero yo quería morir antes que vos. Cuando he recibido el balazo me he arrastrado hasta aquí; nadie me ha visto ni me ha recogido. Os esperaba, y me decía: «¿Es que no va a venir?». ¡Oh, si supierais! Mordía la blusa, ¡sufría tanto! Ahora estoy bien. ¿Os acordáis del día en que entré en vuestra habitación, y me miré en vuestro espejo, y del día en que os encontré en el bulevar? ¡Cómo cantaban los pájaros! Me disteis cien sueldos, y yo os dije: «No quiero vuestro dinero». ¿Habéis recogido al menos la moneda? No sois rico. No pensé en deciros que la recogierais. Hacía sol y no hacía frío. ¿Os acordáis, señor Marius? ¡Oh, soy feliz! Todo el mundo va a morir.

Tenía un aspecto decaído, grave y extraviado. Su blusa desgarrada mostraba su cuello desnudo. Mientras hablaba, apoyaba la mano herida sobre

su pecho, donde había otro agujero, y del que salía a intervalos una ola de sangre como el chorro de vino de un tonel abierto.

Marius contemplaba a aquella criatura infortunada con una profunda compasión.

—¡Oh! —dijo la joven de repente—. ¡Ya vuelve! ¡Me ahogo!

Cogió su blusa y la mordió, y sus piernas se pusieron rígidas sobre el empedrado.

En aquel instante la voz de gallo de Gavroche resonó en la barricada. El niño había subido a una mesa para cargar su fusil, y cantaba alegremente la canción entonces tan popular:

Al ver a Lafayette,

repite el gendarme:

¡Huyamos! ¡Huyamos! ¡Huyamos!

Éponine se incorporó, y escuchó; luego murmuró:

—Es él. —Y volviéndose hacia Marius, añadió—: Ahí está mi hermano. No conviene que me vea, porque me regañaría.

—¿Vuestro hermano? —preguntó Marius, que estaba pensando, entre los dolores más amargos, en los deberes que su padre le había legado respecto de los Thénardier—. ¿Quién es vuestro hermano?

—Ese pequeño.

—¿El que canta?

—Sí.

Marius hizo un movimiento.

—¡Oh, no os vayáis! ¡Ya no durará esto mucho!

Estaba casi sentada, pero su voz era muy débil y cortada por el hipo. A intervalos, el estertor la interrumpía. Acercaba cuanto podía su rostro al de Marius. Añadió con una expresión extraña:

—Escuchad: no quiero engañaros. En el bolsillo tengo una carta para vos. Desde ayer. Me rogaron que la echara al correo. Y yo la guardé. No quería que llegara a vuestro poder. Pero tal vez me odiaríais cuando nos veamos dentro de poco. ¡Porque los muertos se vuelven a ver! ¿No es cierto? Tomad la carta.

Cogió convulsivamente la mano de Marius con su mano atravesada, pero parecía no sentir el sufrimiento. Puso la mano de Marius en el bolsillo de su blusa. Marius, en efecto, notó un papel dentro de ella.

—Tomadla —dijo ella.

Marius cogió la carta. Entonces Éponine hizo un gesto de satisfacción y de alegría.

—Ahora, prometedme por mis dolores…

Y se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Marius.

—¡Prometedme!

—Os lo prometo.

—Prometedme darme un beso en la frente cuando haya muerto. Lo sentiré.

Dejó caer la cabeza sobre las rodillas de Marius y sus párpados se cerraron. Marius creyó que su pobre alma había partido. Éponine estaba inmóvil; de repente, en el instante en que Marius la creía dormida para siempre, abrió lentamente los ojos en los que aparecía la sombría profundidad de la muerte y le dijo con un acento cuya dulzura parecía proceder ya de otro mundo:

—¿Sabéis, señor Marius?, creo que yo estaba un poco enamorada de vos.

Trató de sonreír aún, y expiró.

VII

Gavroche, profundo calculador de distancias

Marius cumplió su promesa. Dio un beso sobre aquella frente pálida, perlada por un sudor glacial. No era una infidelidad a Cosette, era un adiós pensativo y dulce a un alma desgraciada.

No había podido coger sin estremecerse la carta que Éponine le había dado. Inmediatamente había presentido un acontecimiento. Estaba impaciente por leerla. El corazón del hombre es así; apenas la infortunada niña había cerrado los ojos cuando ya Marius pensó sólo en desdoblar aquel papel. Dejó a Éponine suavemente en el suelo y se marchó. Algo le decía que no podía leer la carta en presencia de aquel cadáver.

Se acercó a una vela en la taberna. Era una pequeña nota, doblada y cerrada con ese esmero elegante de las mujeres. Las señas, con escritura de mujer, eran éstas:

Al señor Marius Pontmercy, en casa del señor Courfeyrac, calle de la Verrerie, n.º 16.

Abrió el sobre, y leyó:

Mi bienamado, ¡ay!, mi padre quiere que marchemos enseguida. Esta noche estaremos en la calle L'Homme-Armé, n.º 7. Dentro de ocho días estaremos en Londres. Cosette. — 4 de junio.

Tal era la inocencia de aquellos amores que Marius ni siquiera conocía la escritura de Cosette.

Lo que había sucedido puede ser explicado en pocas palabras. Todo había sido obra de Éponine. Desde la noche del 3 de junio, había tenido un doble proyecto: hacer fracasar el golpe que intentaban dar su padre y los bandidos en la calle Plumet, y separar a Marius de Cosette. Había cambiado sus harapos con el primer pilluelo que encontró, al cual le pareció divertido vestirse de mujer, mientras Éponine se disfrazaba de hombre. Era ella la que en el Campo de Marte había lanzado a Jean Valjean la expresiva advertencia: «Mudaos». Jean Valjean había regresado a casa y había dicho a Cosette: «Nos vamos esta noche a la calle L'Homme-Armé, con Toussaint. La semana próxima estaremos en Londres». Cosette, aterrada por aquel golpe inesperado, había escrito apresuradamente dos líneas a Marius. Pero ¿cómo llevar la carta al correo? Ella nunca salía sola, y Toussaint, sorprendida de seguro con aquel

encargo, habría entregado la carta al señor Fauchelevent. En aquella ansiedad, Cosette había descubierto a Éponine, a través de la verja, con ropas de hombre, merodeando sin cesar alrededor del jardín. Cosette había llamado a «aquel joven obrero» y le había entregado cinco francos y la carta, diciéndole: «Llevad esta carta inmediatamente a esta dirección». Éponine había guardado la carta en el bolsillo. Al día siguiente, 5 de junio, había ido a casa de Courfeyrac a preguntar por Marius, no para entregarle la carta, sino «para ver», acción que cualquier alma celosa y amante comprenderá. Allí había esperado a Marius, o a Courfeyrac —sólo para ver—. Cuando Courfeyrac le dijo: «Vamos a las barricadas», una idea le había atravesado el pensamiento. Lanzarse a aquella muerte, como habría buscado cualquier otra, y arrastrar consigo a Marius. Había seguido a Courfeyrac, se había asegurado del lugar donde estaban construyendo la barricada, y estando segura, puesto que Marius no había recibido ningún aviso, y ella había interceptado la carta, de que al caer la noche iría al lugar de la cita, como todas las noches, había ido a la calle Plumet, había esperado a Marius y le había lanzado, en nombre de sus amigos, aquella llamada que, suponía, iba a llevarle a la barricada. Contaba con la desesperación de Marius al no encontrar a Cosette, y no se engañaba. Había regresado a la calle de la Chanvrerie. Acabamos de ver lo que allá había hecho. Había muerto con la alegría trágica de los corazones celosos, que arrastran al ser amado a la muerte y que se dicen: «¡Nadie lo poseerá!».

Marius cubrió de besos la carta de Cosette. ¡Así, pues, le amaba! Por un momento, tuvo la idea de que no debía morir. Luego se dijo: «Se marcha; su padre la lleva a Inglaterra, y mi abuelo me niega el permiso para casarme. Nada ha cambiado en la fatalidad». Los soñadores como Marius tienen estos abatimientos supremos, de los que surgen decisiones desesperadas. La fatiga de vivir es insoportable; la muerte, cuanto antes.

Así, pues, pensó que le quedaban dos deberes que cumplir: informar a Cosette de su muerte y enviarle un supremo adiós, y salvar de la catástrofe inminente que se preparaba a aquel pobre niño, hermano de Éponine e hijo de Thénardier.

Tenía allí una cartera; la misma que había contenido el cuaderno en el que había escrito tantos pensamientos amorosos para Cosette. Arrancó una hoja y escribió con lápiz estas pocas líneas:

> *Nuestro casamiento es imposible. He hablado a mi abuelo, y se opone; no tengo fortuna, y tú tampoco. He acudido a tu casa y no te he encontrado; ya sabes la palabra que te di; la cumplo. Moriré. Te quiero.*

Cuando leas esto, mi alma estará cerca de ti, y te sonreirá.

No teniendo nada con qué sellar la carta, se limitó a doblar el papel en cuatro, y puso en él esta dirección:

A la señorita Cosette Fauchelevent, en casa del señor Fauchelevent, calle L'Homme-Armé, n.º 7.

Doblada la carta, permaneció un momento pensativo; volvió a coger su cartera, la abrió y escribió con el mismo lápiz, en la primera página, estas pocas líneas:

Me llamo Marius Pontmercy. Lleven mi cadáver a casa de mi abuelo, el señor Gillenormand, en la calle Filles-du-Calvaire, n.º 6, en el Marais.

Guardó la cartera en el bolsillo de su levita, luego llamó a Gavroche. El pilluelo, al oír la voz de Marius, acudió con su rostro alegre y decidido.

—¿Quieres hacer algo por mí?

—Todo —dijo Gavroche—. ¡Dios mío! Si no hubiera sido por vos, me habrían cocido.

—¿Ves esta carta?

—Sí.

—Tómala. Sal de la barricada al momento —Gavroche inquieto empezó a rascarse la oreja—, y mañana por la mañana la entregarás, en esta dirección, a la señorita Cosette en casa del señor Fauchelevent, en la calle L'Homme-Armé, n.º 7.

—Ah, bien, pero mientras tomarán la barricada, y yo no estaré.

—La barricada no volverá a ser atacada hasta el amanecer, según todas las apariencias, y no será tomada antes de mañana al mediodía.

El nuevo plazo que los asaltantes concedían a los ocupantes de la barricada se prolongaba, efectivamente. Era una de esas intermitencias frecuentes en los combates nocturnos, que siempre van seguidas de un redoblado encarnizamiento.

—¿Y si llevase la carta mañana por la mañana?

—Sería demasiado tarde. La barricada estará probablemente bloqueada, todas las calles estarán guardadas, y no podrás salir. Ve inmediatamente.

Gavroche no encontró nada que replicar, y se quedó allí, indeciso,

rascándose la oreja tristemente. De repente, con uno de aquellos movimientos suyos de pájaro, tomó la carta.

—Está bien —dijo.

Y partió, corriendo, por la calle Mondétour.

Gavroche había tenido una idea que le había determinado, pero que no había dicho, por miedo a que Marius hiciera alguna objeción.

Esta idea era la siguiente: «Apenas es medianoche, la calle L'Homme-Armé no está lejos; voy a llevar la carta inmediatamente, y estaré de regreso a tiempo».

LIBRO DECIMOQUINTO

La calle L'Homme-Armé

I

Carta, canta

¿Qué son las convulsiones de una ciudad al lado de los motines del alma? El hombre tiene aún más profundidad que el pueblo. Jean Valjean en aquel mismo momento sentía en su interior una conmoción violenta. Todos los abismos se habían vuelto a abrir para él. También él se estremecía, como París, en el umbral de una revolución formidable y oscura. Algunas horas habían bastado. Su destino y su conciencia se habían cubierto bruscamente de sombra. De él también, así como de París, podía decirse: los dos principios se encuentran frente a frente. El ángel blanco y el ángel negro van a luchar cuerpo a cuerpo al borde mismo del abismo. ¿Cuál de los dos precipitará al otro? ¿Quién vencerá?

La víspera de aquel mismo día, 5 de junio, Jean Valjean, acompañado de Toussaint y de Cosette, se había instalado en la calle L'Homme-Armé. Una peripecia le esperaba allí.

Cosette no había abandonado la calle Plumet sin una cierta resistencia. Por primera vez desde que vivían juntos, la voluntad de Cosette y la de Jean Valjean no sólo se habían contradicho, sino opuesto; había habido objeciones por un lado e inflexibilidad por el otro. La seca orden de «Mudaos», dada por un desconocido a Jean Valjean, le había alarmado hasta el punto de hacerle absoluto; se creía ya descubierto y perseguido. Cosette había tenido que ceder.

Los dos habían llegado a la calle L'Homme-Armé sin despegar los labios, sin hablar una palabra, absortos cada uno en su preocupación personal, Jean Valjean tan inquieto que no veía la tristeza de Cosette, y Cosette tan triste que no veía la inquietud de Jean Valjean.

Jean Valjean había llevado consigo a Toussaint, cosa que nunca había hecho en sus ausencias precedentes. Entreveía que tal vez no regresaría a la calle Plumet, y no podía dejar a Toussaint detrás de sí ni decirle su secreto. Además, presentía que era fiel y segura. Desde la criada a la señora, la traición empieza por la curiosidad. Mas Toussaint, como si hubiese estado predestinada a servir a Jean Valjean, no era curiosa. Se decía: «Soy así; yo hago mis cosas; lo demás no es cuestión mía».

En esta partida de la calle Plumet, que había sido casi una huida, Jean Valjean no había llevado consigo otra cosa que su pequeña maleta, bautizada por Cosette con el nombre de la «inseparable». Maletas llenas habrían exigido

mozos, y los mozos son testigos; había mandado ir un coche a la puerta de la calle Babylone, y en él se habían trasladado.

Solamente con mucha insistencia, Toussaint consiguió el permiso para empaquetar alguna ropa blanca, vestidos y varios objetos de tocador. Cosette no había llevado consigo más que su papelera y su cartapacio.

Jean Valjean, para aumentar la soledad y la sombra de esta desaparición, se las había arreglado para no abandonar el pabellón de la calle Plumet hasta la caída de la noche, lo que había dado tiempo a Cosette para escribir la carta de Marius.

Habían llegado a la calle L'Homme-Armé cuando ya era noche cerrada. Se habían acostado silenciosamente.

El alojamiento de la calle L'Homme-Armé estaba situado en un patio interior, en un segundo piso, y estaba compuesto de dos habitaciones, un comedor y una cocina al lado del comedor, con un camaranchón en el que había una cama de tijera, que destinó a Toussaint. El comedor era al mismo tiempo la antecámara, y separaba las dos alcobas. El apartamento estaba provisto de todos los utensilios necesarios.

La confianza se apodera de nosotros con la misma facilidad que la inquietud, así es la naturaleza humana. Apenas llegó Jean Valjean a la calle L'Homme-Armé, su ansiedad disminuyó y se fue disipando por grados. Hay sitios tranquilos que obran como un sedante sobre el alma. Calle oscura, habitantes apacibles. Jean Valjean sintió una especie de contagio de tranquilidad en aquella calle del viejo París, tan estrecha que estaba cerrada a los coches por una viga transversal sostenida por dos postes, muda y sorda en medio del rumor de la ciudad, con luz crepuscular en pleno día, y por decirlo así, incapaz de emociones entre sus dos hileras de casas centenarias y calladas. Hay en esta calle un olvido silencioso. Jean Valjean respiró. ¿Cómo habían de encontrarle allí?

Su primer cuidado fue poner la «inseparable» a su lado.

Durmió bien. La noche aconseja, y podemos añadir: la noche apacigua. Al día siguiente se levantó casi alegre. Encontró encantador el comedor, que era feo y estaba amueblado con una vieja mesa redonda, un aparador bajo con un espejo inclinado encima, un sofá apolillado y algunas sillas en las que estaban los paquetes que había llevado Toussaint. En uno de aquellos paquetes se descubría, por una abertura, el uniforme de guardia nacional de Jean Valjean.

En cuanto a Cosette, había mandado a Toussaint que le llevara un caldo a su habitación, y no había aparecido hasta la tarde.

Hacia las cinco de la tarde, Toussaint, que iba y venía muy ocupada por el pequeño alojamiento, había puesto sobre la mesa del comedor un ave fiambre, que Cosette, por deferencia hacia su padre, consintió en mirar.

Hecho esto, Cosette, pretextando una jaqueca persistente, había dado las buenas noches a Jean Valjean y se había encerrado en su habitación. Jean Valjean había comido un ala con apetito, y con los codos apoyados sobre la mesa, serenándose poco a poco, recobraba su seguridad.

Mientras hacía esta sobria comida, había oído dos o tres veces el tartamudeo de Toussaint, que le decía:

—Señor, hay jarana, están combatiendo en las calles de París.

Pero absorto en una multitud de pensamientos interiores, no le había prestado atención, o, mejor dicho, no la había oído.

Se levantó y empezó a andar de la ventana a la puerta, y de la puerta a la ventana, cada vez más apaciguado.

Con la tranquilidad, Cosette, su única preocupación, iba volviendo a su imaginación. No porque le inquietase aquella jaqueca, pequeña crisis de nervios, disgusto de jovencita, nube de un momento que duraría sólo dos o tres días, sino porque pensaba en el porvenir, y como siempre, meditaba en ello con dulzura. Después de todo, no veía ningún obstáculo para que la vida feliz no siguiese su curso. A ciertas horas, todo parece imposible; en otras, todo se muestra fácil. Jean Valjean atravesaba una de estas horas buenas. Vienen ordinariamente después de las malas, igual que el día después de la noche, por esta ley de sucesión y de contraste que es el fondo mismo de la naturaleza, y que los espíritus superficiales llaman antítesis. En esa apacible calle donde se refugiaba, Jean Valjean se había desprendido de todo lo que había turbado su espíritu durante algún tiempo. Por lo mismo que había visto muchas tinieblas, empezaba a descubrir un poco de cielo azul. Haber abandonado la calle Plumet sin complicaciones y sin incidentes era ya, de hecho, un buen paso.

Tal vez sería conveniente desplazarse, aunque no fuera más que por algunos meses, e ir a Londres. Pues bien, irían. Estar en Francia o estar en Inglaterra, ¿qué importaba, mientras estuviera cerca de Cosette? Cosette era su patria. Cosette bastaba para su felicidad; la idea de que tal vez él no

bastaba para la felicidad de Cosette, idea que en otro tiempo había sido causa de fiebre y de insomnio, no se presentaba ya a su espíritu. Se hallaba en el colapso de todos sus dolores pasados, y en pleno optimismo. Estando Cosette a su lado, le parecía ser él mismo, efecto de óptica que todo el mundo experimentaba. Arreglaba con toda suerte de facilidades la partida a Inglaterra con Cosette, y veía reconstruirse su felicidad, no importa dónde, en las perspectivas de su pensamiento.

Mientras se paseaba de un lado a otro lentamente, su mirada se fijó en una cosa extraña.

La descubrió delante de él, y mediante el espejo inclinado que estaba encima del aparador leyó claramente estas cuatro líneas:

> *Mi bienamado, ¡ay!, mi padre quiere que marchemos enseguida. Esta noche estaremos en la calle L'Homme-Armé, n.º 7. Dentro de ocho días estaremos en Londres. Cosette. — 4 de junio.*

Jean Valjean se detuvo aturdido.

Cosette, al llegar, había dejado su cartapacio sobre el aparador, delante del espejo, y en su dolorosa angustia lo había olvidado allí, sin darse cuenta de que lo dejaba abierto, y abierto precisamente en la página sobre la cual había apoyado, para que se secaran, las cuatro líneas escritas por ella. La escritura estaba impresa sobre el papel secante.

El espejo reflejaba la escritura.

Resultaba lo que en geometría se llama la imagen simétrica; de tal suerte, que la escritura invertida sobre el papel secante se ofrecía al derecho en el espejo, y Jean Valjean tenía ante los ojos la carta escrita la víspera por Cosette a Marius.

Era sencillo y terrible.

Jean Valjean se dirigió al espejo. Releyó las cuatro líneas, pero no lo creyó. Le parecía que se le presentaban en el resplandor de su delirio. Era una alucinación. Aquello era imposible. No existía.

Poco a poco su percepción se hizo más precisa; contempló el cartapacio de Cosette, y adquirió el sentimiento de la realidad. Tomó el cartapacio y dijo: «Aquí está la causa». Examinó febrilmente las cuatro líneas impresas sobre el papel secante, pero las letras escritas al revés formaban unos garabatos confusos, y no pudo leerlas. Entonces se dijo: «Esto no significa nada, no hay

nada escrito aquí». Y respiró profundamente con un alivio inexpresable. ¿Quién no ha tenido estas necias alegrías en momentos terribles? El alma no se entrega a la desesperación sin haber agotado antes todas las ilusiones.

Tenía el cartapacio en la mano y lo contemplaba, aturdidamente feliz, casi a punto de reírse de la alucinación de que había sido víctima. De repente, sus ojos cayeron sobre el espejo, y las cuatro líneas volvieron a tener un sentido inexorable. Esta vez no era un espejismo. La reincidencia de una visión es ya una realidad, era palpable, era la escritura reflejada en el espejo. Comprendió.

Jean Valjean vaciló, dejó el papel secante y se recostó en el viejo sofá al lado del aparador, con la cabeza caída, la mirada vidriosa, extraviada. Se dijo que aquello era evidente, y que la luz del mundo quedaba eclipsada para siempre, y que Cosette había escrito aquello a alguien. Entonces oyó a su alma, que en medio de las tinieblas lanzaba un sordo rugido. ¡Id a quitar al león el perro que tiene en su jaula!

¡Cosa extraña! En aquel momento Marius no había recibido aún la carta de Cosette; la casualidad la había entregado traidoramente a Jean Valjean antes que a Marius.

Jean Valjean no había sido vencido hasta entonces por ninguna de las pruebas pasadas. Había estado sometido a pruebas horribles; la desgracia había sido pródiga con él; la ferocidad del destino armado con todas las venganzas y con todos los desprecios sociales le había hecho su víctima, encarnizándose con él… No había retrocedido ni decaído ante nada. Había aceptado, cuando había sido preciso, todas las ferocidades; había sacrificado su inviolabilidad de hombre reconquistado, entregado su libertad, arriesgado su cabeza, lo había perdido todo, lo había sufrido todo, y había permanecido desinteresado y estoico, hasta el punto de que a veces hubiera podido creérsele ausente de sí mismo como un mártir. Su conciencia avezada a todos los asaltos posibles de la adversidad parecía inaccesible para siempre. Pues bien, si alguien hubiera visto su fuero interior, se habría visto obligado a confesar que en aquel momento decaía.

Y es que de todas las torturas que había padecido en aquel largo sufrimiento a que le sometía el destino, ésta era la más terrible. Nunca una angustia semejante le había atenazado. Sentía el movimiento misterioso de todas las sensibilidades latentes. Sentía el pinchazo de la fibra desconocida. ¡Ay! La prueba suprema, mejor dicho, la prueba única, que es la pérdida del ser amado.

El pobre anciano Jean Valjean no amaba ciertamente a Cosette de otro modo que como un padre; pero, ya lo hemos observado más arriba, en aquella paternidad había introducido todos los amores de la soledad de su vida. Amaba a Cosette como hija, como madre, como hermana; y como no había tenido nunca ni amante ni esposa, como la naturaleza es un acreedor que no acepta ningún protesto, también este sentimiento, el más necesario de todos, se había mezclado con los demás, vago, ignorante, puro, con la pureza de la ceguera, inconsciente, celeste, angélico, divino; menos como un sentimiento que como un instinto, menos como un instinto que como un atractivo, imperceptible e invisible, pero real; y el amor propiamente dicho estaba en su ternura enorme hacia Cosette como el filón de oro está en la montaña, oculto y virgen.

Recuérdese la pintura que hemos hecho aquí de esta situación del corazón. Entre ambos no era posible ninguna unión, ni aun de las almas; y sin embargo, es cierto que sus destinos se habían unido. Excepto Cosette, es decir, excepto una niña, Jean Valjean no había tenido en su larga vida nada de lo que se puede amar. Las pasiones y los amores que se suceden no habían dejado en su vida esos matices sucesivos del verde, ya claros, ya sombríos, que se notan en las hojas que han pasado el invierno y en los hombres que han pasado de la cincuentena. En suma, y hemos insistido en ello una vez, toda esa fusión interior, todo ese conjunto, cuyo resultante era una gran virtud, concluía por hacer de Jean Valjean un padre para Cosette. Padre extraño, nacido del abuelo, el hijo, el hermano y el marido que había en Jean Valjean; padre en el que había incluso una madre; padre que amaba a Cosette y que la adoraba, y que tenía a esta niña por luz, por familia, por patria, por paraíso.

Cuando vio que todo estaba terminado, que ella se le escapaba, que se le deslizaba de entre las manos, que se perdía, que era nube, que era agua, cuando tuvo delante de los ojos esa evidencia aplastante, hay otro que es el objeto de su corazón, otro que es el deseo de su vida; está el bienamado, ya no soy más que el padre, ya no existo, cuando no pudo dudar más, cuando se dijo: «¡Ella se va de mi lado!», el dolor que experimentó sobrepasó todo lo posible. ¡Haber hecho todo lo que había hecho para llegar a eso! ¡A no ser nada! Entonces, como acabamos de decir, sintió, de la cabeza a los pies, un estremecimiento de rebeldía. Notó hasta la raíz de sus cabellos el inmenso despertar del egoísmo, y el yo rugió en el interior de aquel hombre.

El dolor, cuando llega a este punto, es un sálvese quien pueda a todas las fuerzas de la conciencia. Entonces se producen crisis fatales. Pocos salen de

ellas semejantes a sí mismos y firmes en el deber. Cuando el límite del sufrimiento se desborda, la virtud más imperturbable se desconcierta. Jean Valjean cogió el papel secante y volvió a convencerse; permaneció inclinado, como petrificado sobre las cuatro líneas irrecusables, con la vista fija; en su interior se formó una perturbación tal que hubiera podido creerse que toda la fuerza de aquella alma se derrumbaba.

Examinó aquella revelación, a través del aumento ofrecido por el delirio, con una tranquilidad aparente y terrible; porque es una cosa terrible cuando la tranquilidad del hombre llega a la frialdad de la estatua.

Midió el paso enorme que su destino había dado sin que lo sospechara, recordó los temores del verano anterior, disipados tan locamente; reconoció el precipicio; era siempre el mismo; pero Jean Valjean no estaba en el umbral del mismo, sino en el fondo.

Cosa inaudita y punzante, había caído sin darse cuenta. Toda la luz de su vida se había ido, cuando él creía ver aún el sol.

Su instinto no dudó un instante. Fue agrupando algunas circunstancias, algunas fechas, ciertos rubores y palideces de Cosette, y se dijo: «Es él». La adivinación de la desesperación es una especie de arco misterioso que nunca yerra el golpe. Desde la primera conjetura, encontrose con Marius. No sabía su nombre, pero encontró inmediatamente al hombre. Descubrió claramente, en el fondo de la implacable evocación de la memoria, al merodeador desconocido del Luxemburgo, aquel miserable buscador de amoríos, aquel vagabundo de novela, aquel imbécil, aquel cobarde, pues es una cobardía ir a poner ojos dulces a las jóvenes que tienen a su lado un padre que las ama.

Después de convencerse de que en el fondo de la situación se encontraba aquel joven, y que todo procedía de allí, él, Jean Valjean, el hombre regenerado, el hombre que había trabajado tanto por su alma, el hombre que había hecho tantos esfuerzos para resolver toda la vida y toda la miseria, contempló el interior de sí mismo, y vio allí un espectro, el Odio.

Los grandes dolores llevan en sí mismos el abatimiento. Desaniman. El hombre en quien penetran siente retirarse alguna cosa. En la juventud su visita es lúgubre; más tarde es siniestra. ¡Ay! Cuando la sangre está caliente, cuando los cabellos son negros, cuando la cabeza está erguida sobre el cuerpo como la llama sobre la antorcha, cuando la rueda del destino tiene aún casi todo su espesor, cuando el corazón, lleno de amor, tiene aún latidos que pueden renacer, cuando se tiene ante sí tiempo para reparar, cuando aún existen todas

las mujeres, y todas las sonrisas, y todo el porvenir, y todo el horizonte, cuando la fuerza de la vida está completa, si entonces la desesperación es una cosa terrible, ¿qué no será en la vejez, cuando los años se precipitan cada vez más pálidos, en esa hora crepuscular en la que empiezan a verse las estrellas de la tumba?

Mientras estaba pensando, entró Toussaint; Jean Valjean se levantó y le preguntó:

—¿Dónde? ¿Lo sabéis?

Toussaint le miró estupefacta.

Jean Valjean continuó:

—¿No me habéis dicho hace poco que estaban combatiendo?

—¡Ah, sí, señor! —respondió Toussaint—. Por el lado de Saint-Merry.

Hay movimientos maquinales que provienen, a pesar nuestro, del pensamiento más profundo. Sin duda a impulsos de un movimiento de este género, del que apenas tuvo conciencia, Jean Valjean salió a la calle cinco minutos más tarde.

Llevaba la cabeza descubierta; se sentó en el escalón de la puerta de su casa y se puso a escuchar.

Había llegado la noche.

II

El pilluelo enemigo de las luces

¿Cuánto tiempo pasó así? ¿Cuáles fueron los flujos y reflujos de aquella meditación trágica? ¿Se reanimó? ¿Permaneció abatido? ¿El dolor le había quebrantado? ¿Podía levantarse aún, y hacer pie sobre alguna cosa sólida en su conciencia? Ni él mismo hubiera podido, probablemente, decirlo.

La calle estaba desierta. Algunos ciudadanos inquietos, que regresaban a sus casas apresuradamente, apenas repararon en él. Cada uno mira sólo para sí en los momentos de peligro. El farolero llegó, como de costumbre, para encender el farol, que estaba precisamente delante de la puerta n.º 7, y se marchó. Quien hubiese observado a Jean Valjean en aquella sombra no le hubiera creído vivo. Estaba sentado allí, sobre el escalón de la puerta, inmóvil como una estatua de hielo. Hay congelaciones en la desesperación. Se oía el toque de rebato, y algunos rumores tempestuosos. En medio de todas estas convulsiones de la campana y los ruidos del motín, el reloj de Saint-Paul dio las once gravemente, sin apresurarse, porque el toque de rebato es el hombre y la hora es Dios. El sonido del reloj no causó efecto alguno en Jean Valjean; no se movió. No obstante, poco más o menos en aquel instante, una brusca detonación se oyó, procedente del lado de los mercados; le siguió una segunda detonación, más violenta aún que la primera; probablemente era el ataque a la barricada de la calle de la Chanvrerie, que como acabamos de ver fue rechazada por Marius. Ante esa doble descarga, cuya furia parecía aumentada por el estupor de la noche, Jean Valjean se estremeció; levantose mirando hacia el sitio de donde procedía el ruido; luego volvió a sentarse en el escalón, cruzó los brazos y su cabeza cayó lentamente sobre su pecho.

Entonces continuó su tenebroso diálogo consigo mismo.

De repente, alzó los ojos; alguien estaba andando por la calle; oía los pasos cerca de sí, y a la luz del farol miró hacia el lado de Archives; descubrió una figura lívida, joven y expectante.

Gavroche acababa de llegar a la calle L’Homme-Armé.

Gavroche miraba hacia arriba y parecía buscar algo. Veía perfectamente a Jean Valjean, pero no le prestaba atención alguna.

Luego Gavroche se alzó sobre la punta de los pies y tanteó todas las puertas y ventanas; todas estaban cerradas, con barra y cerrojo. Después de

haber reconocido cinco o seis puertas cerradas de este modo, el pilluelo se encogió de hombros y dijo:

—¡Pardiez!

Luego volvió a mirar hacia arriba.

Jean Valjean, que un instante antes, en la situación de ánimo en que se hallaba no hubiera ni siquiera respondido a nadie, se sintió empujado irresistiblemente a dirigir la palabra al niño:

—Pequeño, ¿qué tienes?

—Tengo que tengo hambre —respondió Gavroche secamente. Y añadió —: El pequeño seréis vos.

Jean Valjean hurgó en su bolsillo y sacó de él una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que era el colmo de la frescura, y que pasaba con rapidez de un gesto a otro, acababa de recoger una piedra. Había descubierto el farol.

—Vaya. Todavía tenéis aquí faroles; estáis muy atrasados, amigos. Esto es un desorden. Rompedme ese farol.

Y arrojó la piedra; los vidrios se rompieron con tal estrépito que los vecinos, ocultos detrás de las cortinas de la casa de enfrente, gritaron:

—¡Ya está aquí el noventa y tres!

El farol osciló violentamente y se apagó. La calle se quedó bruscamente a oscuras.

—Eso es, vieja calle —dijo Gavroche—, ponte el gorro de dormir.

Se volvió luego hacia Jean Valjean y le preguntó:

—¿Cómo llamáis a ese monumento gigantesco que tenéis al final de la calle? Los Archivos, ¿no es verdad? Me harían falta algunos pedazos de esas columnas bestiales, para hacer una barricada.

Jean Valjean se acercó a Gavroche.

—Pobrecillo —dijo a media voz hablando consigo mismo—. Tiene hambre.

Y le puso la moneda de cien sueldos en la mano.

Gavroche alzó la nariz, sorprendido de aquella moneda; la contempló en

la oscuridad y su blancura le deslumbró. Conocía las monedas de cinco francos de oídas, y su reputación le resultaba agradable; quedó encantado al ver una de ellas tan cerca.

Dijo:

—Contemplemos al tigre.

Lo miró durante algunos instantes con expresión de éxtasis; luego le tendió la moneda a Jean Valjean, y le dijo majestuosamente:

—Ciudadano: prefiero romper los faroles. Recobrad vuestra bestia feroz. A mí no se me compra. Esto tiene cinco garras, pero a mí no me araña.

—¿Tienes madre? —preguntó Jean Valjean.

Gavroche respondió:

—Tal vez más que vos.

—Pues bien —continuó Jean Valjean—, guarda este dinero para tu madre.

Gavroche se sintió conmovido. Además, había observado que el hombre que le hablaba no llevaba sombrero, y esto le inspiró confianza.

—¿De veras no es esto para que no rompa los faroles?

—Rompe todo lo que quieras.

—Sois todo un hombre —dijo Gavroche.

Guardó la moneda de cinco francos en uno de sus bolsillos, y ya más confiado, preguntó:

—¿Sois de esta calle?

—Sí, ¿por qué?

—¿Podríais indicarme el número siete?

—¿Para qué queréis encontrar el número siete?

El niño se detuvo entonces, temió haber dicho demasiado, y metiéndose los dedos por entre los cabellos, limitose a contestar:

—Para saberlo.

Una idea atravesó la mente de Jean Valjean. La angustia tiene estas lucideces. Dijo al niño:

—¿Eres tú el que trae una carta que estoy esperando?

—¿Vos? —dijo Gavroche—. Vos no sois una mujer.

—La carta es para la señorita Cosette, ¿verdad?

—¿Cosette? —gruñó Gavroche—. Sí, creo que ése es el endiablado nombre.

—Pues bien —continuó Jean Valjean—, soy yo quien debe recibir la carta. Dámela.

—En este caso, debéis saber que vengo de la barricada.

—Sin duda alguna —dijo Jean Valjean.

Gavroche metió la mano en otro de sus bolsillos y sacó de él un papel doblado en cuatro.

Luego hizo el saludo militar.

—Respecto al despacho —dijo—, viene del gobierno provisional.

—Dámela.

Gavroche tenía el papel en la mano, por encima de su cabeza.

—No os imaginéis que es una nota amorosa. Es para una mujer, pero es para el pueblo. Nosotros peleamos pero respetamos el sexo. No somos como el gran mundo, donde hay leones que envían gallinas a los camellos.

—Dame.

—De verdad —dijo Gavroche— que parecéis un buen hombre.

—Dámela pronto.

Y entregó el papel a Jean Valjean.

—Y despachad, señor Chose, puesto que la ñorita Chosette[120] está esperando.

Gavroche se quedó muy satisfecho después de haber inventado este juego de palabras.

Jean Valjean preguntó:

—¿Es a Saint-Merry adonde hay que llevar la respuesta?

—¡Haríais un pan como unas hostias! —exclamó Gavroche—. Esta carta viene de la barricada de la Chanvrerie, y allá me vuelvo. Buenas noches, ciudadano.

Dicho esto, Gavroche se marchó, o mejor dicho, regresó como un pájaro hacia el sitio de donde había volado. Se sumergió en la oscuridad como si hiciese en ella un agujero, con la rapidez rígida de un proyectil; la calle L'Homme-Armé quedó silenciosa y solitaria; en un abrir y cerrar de ojos, aquel extraño niño, que tenía sombra y sueño en sí mismo, se había metido en la bruma, entre aquellas hileras de casas negras, y se había perdido como el humo en las tinieblas; se le hubiera podido creer disipado si algunos minutos después de su desaparición el ruido de un vidrio roto, y el estruendo de un farol cayendo al suelo, no hubiesen despertado bruscamente a los indignados vecinos. Era Gavroche que pasaba por la calle Chaume[121].

III

Mientras Cosette y Toussaint duermen

Jean Valjean entró en la casa con la carta de Marius.

Subió la escalera a tientas, satisfecho de las tinieblas como el búho que lleva su presa, abrió y volvió a cerrar suavemente la puerta, escuchó y comprobó que, según todas las apariencias, Cosette y Toussaint dormían; consumió tres o cuatro pajuelas antes de poder encender luz, ¡tanto le temblaba la mano!; porque había algo de robo en lo que acababa de hacer. Por fin, pudo encender la vela, se sentó a la mesa, desdobló el papel y leyó.

En las emociones violentas, no se lee, se atropella, por decirlo así, el papel; se lo oprime como una víctima, se lo estruja, se le clavan las uñas de la cólera o de la alegría; se corre hacia el fin, se salta el principio; la atención es febril; se comprende en conjunto, sobre poco más o menos, lo esencial; se fija uno en un punto, y todo lo demás desaparece. En la carta de Marius a Cosette, Jean Valjean no vio más que esto:

«… Moriré. Cuando leas esto, mi alma estará a tu lado».

En presencia de estas dos líneas, sintió un deslumbramiento horrible, se quedó un momento como pasmado del cambio de emoción que se verificaba en él; miraba la carta de Marius con una especie de asombro embriagador, tenía delante de los ojos algo como un esplendor: la muerte del ser odiado.

Lanzó un terrible grito de alegría interior. Así pues, todo estaba ya concluido. El desenlace había llegado mucho antes de lo que se hubiera atrevido a esperar. El ser que obstaculizaba su destino desaparecía. Se iba libremente, de buena voluntad. Sin que él, Jean Valjean, hiciera nada, sin que él tuviera culpa alguna, «aquel hombre» iba a morir. Tal vez había muerto ya. Aquí empezó nuevamente a reflexionar su fiebre: No. No había muerto todavía. La carta estaba escrita visiblemente para ser leída por Cosette al día siguiente. «Después de esas dos descargas que he oído entre las once y las doce, no ha habido nada; la barricada no será seriamente atacada hasta mañana al amanecer; pero no importa, desde el momento en que ese hombre está mezclado en esta guerra, está perdido, está apresado en el engranaje».

Jean Valjean se sentía liberado. Iba a encontrarse de nuevo solo con Cosette. La competencia cesaba; el porvenir brillaba otra vez. No tenía más que guardarse el papel en su bolsillo. Cosette no sabría nunca lo que había

sido de aquel hombre.

«No hay más que dejar que las cosas se cumplan. Este hombre no puede escapar. Si aún no ha muerto, de seguro que va a morir. ¡Qué felicidad!».

Después de decirse todo esto para sí mismo, se puso sombrío.

Bajó y despertó al portero.

Alrededor de una hora más tarde, Jean Valjean salía vestido de guardia nacional, y armado. El portero le había encontrado fácilmente en la vecindad con qué completar su equipamiento. Llevaba un fusil cargado y una cartuchera llena de cartuchos. Se dirigió hacia los mercados.

IV

El exceso de celo de Gavroche

Mientras tanto, a Gavroche le había sucedido una aventura.

Gavroche, después de haber destrozado concienzudamente el farol de la calle Chaume, llegó a Vieilles-Haudriettes, y al no ver «ni un gato», encontró buena la ocasión para entonar una de sus canciones. Su marcha, lejos de retardarse por la canción, se aceleraba. Empezó pues, a cantar, mientras seguía la fila de casas dormidas o aterrorizadas, los siguientes versos:

Murmura un pajarillo
que ayer Atala
se marchó con un ruso
por la mañana.
Y por la noche,
dizque el ruso a su casa
la llevó en coche.
Tus ojos hechiceros
tienen un tósigo
capaz de dar a Orfila[122]
veinte soponcios.
Aunque es persona
que en toxicología
no hay quien le tosa.
Al mirar las mantillas
de Inés y Petra,
el alma desolada
se enredó en ellas.
¡Vaya unos pliegues!
Cuéntalos, alma mía,
si es que te atreves.
Cuando el amor reluce
entre la sombra,
la cara de Dolores
pinta de rosas.
Yo ser espero,
del jardín de esas rosas,
el jardinero.

Mi corazón, volando,
se escapó un día,
mientras Juana al espejo
se componía.
¿Dónde se alberga?
Pienso que será Juana
la que lo tenga.
Una serena noche
miré a una estrella,
la comparé contigo,
dije: ¡Qué fea!
Porque eres, Ana,
más linda que la estrella
de la mañana.

Gavroche, al mismo tiempo que cantaba, prodigaba la pantomima. El gesto es punto de apoyo de la canción. Su rostro, inagotable repertorio de máscaras, hacía muecas más convulsivas y más fantásticas que los trozos de un lienzo roto al viento. Desgraciadamente, como estaba solo y era de noche, no era ni visto ni visible. Hay muchas de estas riquezas perdidas.

De repente se detuvo en seco.

«Interrumpamos el romance», se dijo.

Su pupila felina acababa de distinguir en el hueco de una puerta cochera lo que en pintura se llama un conjunto, es decir, un ser y una cosa; la cosa era una carreta de mano y el ser un auvernés que dormía dentro.

Los brazos de la carreta se apoyaban sobre el pavimento, y la cabeza del auvernés sobre la tabla del carretón. Su cuerpo se encogía en aquel plano inclinado, y sus pies tocaban el suelo.

Gavroche, con su experiencia de las cosas de este mundo, reconoció que era un borracho.

Era sin duda algún mozo de esquina que había bebido mucho, y que dormía demasiado.

—Ahí se ve —monologó Gavroche— para qué sirven las noches de verano. El auvernés se duerme en su carretón. Pues yo cojo el carretón para la república, y dejo al auvernés a la monarquía.

Habíase iluminado de repente su espíritu con esta idea: «El carretón irá

muy bien en nuestra barricada».

El auvernés roncaba.

Gavroche tiró suavemente del carretón por detrás, y del auvernés por delante, es decir, por los pies; y al cabo de un minuto, el auvernés, imperturbable, descansaba tendido en el suelo.

El carretón estaba libre.

Gavroche, acostumbrado a hacer frente por todos lados a lo imprevisto, llevaba siempre todo consigo; metió la mano en un bolsillo y sacó un pedazo de papel y una punta de lápiz rojo, birlado a algún carpintero, y escribió:

«República Francesa. Recibido tu carretón. Gavroche».

Puso el papel en el bolsillo del chaleco de pana del auvernés, y partió hacia los mercados, empujando delante de sí el carretón, al galope, con un glorioso aire de triunfo.

Esto era peligroso. Había un cuerpo de guardia en la Imprenta Real. Gavroche no pensó en ello. Aquella guardia la montaban nacionales de los suburbios, que empezaban a despertar y a levantar la cabeza de sus camas de campaña. Dos faroles rotos a pedradas, y aquella canción cantada a grito pelado, eran cosas demasiado graves en calles tan miedosas, que desean acostarse al ponerse el sol y que apagan la luz muy temprano. Hacía una hora que el pilluelo metía en el barrio el mismo ruido que un moscardón en una botella. El jefe de guardia le escuchaba, y esperaba; era un hombre prudente.

El estrépito del carretón al rodar colmó la medida, y determinó al sargento a hacer un reconocimiento.

—¡Viene toda una partida! —dijo—. Vayamos con tiento.

Era claro que la Hidra de la Anarquía había salido de su agujero, y se paseaba por el barrio.

El sargento se aventuró a salir fuera del cuerpo de guardia sin hacer ruido alguno.

De repente, Gavroche, empujando su carretón en el momento en que iba a desembocar en la calle Vieilles-Haudriettes, se encontró frente a frente con un uniforme, un chacó, un plumero y un fusil.

Se detuvo.

—¡Vaya! —dijo—. Es él. Buenos días, orden público.

Los asombros de Gavroche eran muy breves, y se le pasaban enseguida.

—¿Adónde vas, pícaro? —gritó el sargento.

—Ciudadano —dijo Gavroche—. Aún no os he llamado burgués. ¿Por qué me insultáis?

—¿Adónde vas, tunante?

—Caballero, ayer tal vez erais un hombre de talento, pero habéis sido destituido esta mañana.

—Te pregunto adónde vas, pillete.

Gavroche respondió:

—Habláis perfectamente. Nadie os daría la edad que tenéis. Deberíais vender vuestros cabellos a cien francos por pieza. Tendríais quinientos francos.

—¿Adónde vas? ¿Adónde vas? ¿Adónde vas, bandido?

Gavroche continuó:

—¡Vaya unas palabras feas! La próxima vez que os den de mamar, deben limpiaros mejor la boca.

El sargento caló la bayoneta.

—Mi general —dijo Gavroche—, voy a buscar al médico para mi esposa, que está de parto.

—¡A las armas! —exclamó el sargento.

Salvarse valiéndose de lo que os ha perdido es la obra de los hombres fuertes; Gavroche midió la situación de una ojeada. Era el carretón lo que le había comprometido, y le tocaba al carretón protegerle.

En el momento en que el sargento iba a caer sobre Gavroche, la carreta, convertida en proyectil y lanzada con fuerza, caía sobre él con furia, y el sargento, alcanzado en pleno vientre, caía boca arriba al arroyo, mientras que su fusil se disparaba al aire.

Al grito del sargento, los hombres de la guardia habían salido atropelladamente; el disparo de fusil determinó una descarga general al azar, después de la cual cargaron los fusiles y empezaron de nuevo el fuego.

Duró el tiroteo un buen cuarto de hora, y destrozó algunos cristales.

Mientras tanto, Gavroche, que había retrocedido corriendo, se detuvo cinco o seis calles más allá, y se sentó sofocado en el bordillo de la esquina de Enfants-Rouges[123].

Allí aguzó el oído.

Después de haber descansado algunos momentos, se volvió hacia el sitio donde se oía el fuego, levantó la mano izquierda a la altura de la nariz y la separó tres veces hacia delante, dándose con la mano derecha en la nuca; gesto soberano en el que los pilluelos parisienses han condensado la ironía francesa, y que es verdaderamente eficaz, porque ha durado medio siglo.

Esta alegría quedó turbada por una reflexión amarga: «Sí —se dijo—, me muero de risa, reviento de placer, pero pierdo mi camino, y tengo ahora que dar un rodeo. ¡Con tal de que llegue a tiempo a la barricada!».

Entonces prosiguió su carrera.

Y mientras corría se dijo: «¡Ah! ¿Dónde estaba yo?».

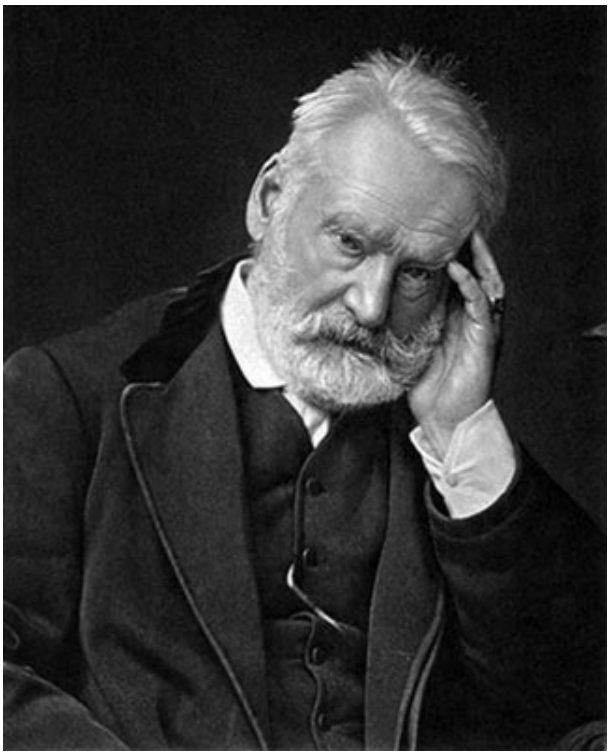
Y volvió a entonar su canción, pasando rápidamente por las calles, y estos versos se perdieron en las tinieblas:

Pero como hay Bastillas
y otros presidios,
conviene ahora ocuparse
de destruirlos.
¡Que viva el pueblo!
Y húndase el viejo mundo
ruinoso y feo.
Carlos Diez se ha marchado,
al ver la risa
de este pueblo que, unánime,
le dio la silba.
Sirva de ejemplo,
y hágase nuestro gusto
cuando silbemos.

La alarma del cuerpo de guardia no dejó de tener un resultado. La carreta fue conquistada, y el borracho hecho prisionero. La primera fue puesta en una leñera y el segundo fue más tarde juzgado por un consejo de guerra como cómplice. El Ministerio Público de entonces dio pruebas en esas circunstancias de su infatigable celo en la defensa de la sociedad.

La aventura de Gavroche, que vive en la tradición del barrio del Temple, es uno de los recuerdos más terribles de los antiguos vecinos del Marais, y se titula en su memoria: «Ataque nocturno al cuerpo de guardia de la Imprenta Real».

[FIN DE LA CUARTA PARTE]



VICTOR-MARIE HUGO. Nació el 26 de febrero de 1802, en Besanzón, Francia. Es considerado el máximo exponente del Romanticismo francés.

De temprana vocación literaria, en 1817 la Academia Francesa le premió un poema. Luego escribió *Bug-Jargal* (1818), *Odas y poesías diversas* (1822), *Han de Islandia* (1823) y *Odas y baladas* (1826). En su drama histórico *Cromwell* (1827), plantea la liberación de las restricciones que imponía el Clasicismo. Su segunda obra teatral, *Marion de Lorme* (1829), fue censurada durante dos años por «demasiado liberal». El 25 de febrero de 1830 su obra teatral en verso *Hernani* tuvo un tumultuoso estreno que aseguró el éxito del Romanticismo. Entre 1829 y 1843 escribió obras de gran popularidad, como la novela histórica *Nuestra Señora de París* (1831) y *Claude Gueux* (1834), donde condenó los sistemas penal y social de la Francia de su tiempo. Además escribió volúmenes de poesía lírica como *Orientales* (1829), *Hojas de otoño* (1831), *Los cantos del crepúsculo* (1835) y *Voces interiores* (1837). De sus obras teatrales destacan *El rey se divierte* (1832), adaptado por Verdi en su ópera *Rigoletto*, el drama en prosa *Lucrecia Borgia* (1833) y el melodrama *Ruy Blas* (1838). *Los Burgraves* (1843) fue un fracaso de público, por lo que en apariencia abandonó la literatura y se dedicó a la política.

En 1845 fue nombrado par de Francia por el rey Luis Felipe, pero se hizo republicano en la Revolución de 1848. En 1851, tras la derrota ante Napoleón III, se vio obligado a emigrar a Bélgica. En 1855 comenzó su exilio

de quince años en la isla de Guernsey. En este periodo escribió el panfleto *Napoleón el pequeño* (1852), los poemas satíricos *Los castigos* (1853), el libro de poemas líricos *Las contemplaciones* (1856) y el primer volumen de su poema épico *La leyenda de los siglos* (1859, 1877, 1883). En Guernsey completó también *Los miserables* (1862), *Los trabajadores del mar* (1866) y *El hombre que ríe* (1869).

A la caída del Segundo Imperio, en 1870, regresó a Francia y formó parte de la Asamblea Nacional y, posteriormente, del Senado. Sus opiniones político-morales hicieron de él un héroe para la Tercera República. Fue contrario a la pena de muerte, luchó por los derechos humanos, en especial de los niños y de las mujeres, la enseñanza pública, gratuita y laica para todos (aunque creía en un Ser Supremo), la libertad de expresión, la democracia total y la conformación de los Estados Unidos de Europa. De sus últimos años son de destacar *Noventa y tres* (1874), novela sobre la Revolución francesa, *El arte de ser abuelo* (1877), conjunto de poemas líricos acerca de su vida familiar, e *Historia de un crimen* (1877-78), crónica-denuncia contra el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte.

Falleció el 22 de mayo de 1885. Su cuerpo permaneció expuesto bajo el Arco del Triunfo y fue trasladado, según su deseo, hasta el Panteón de París, donde fue enterrado.

Notas

[1] Prusias, rey de Bitinia, sólo logró salvar su reino a condición de entregar a Aníbal a los romanos, quien prefirió envenenarse en el año 183 a. C. <<

[2] Estribillo de la canción de Béranger, *El rey de Yvetot*, compuesta en mayo de 1830 para burlarse de la ambición de Napoleón. <<

[3] Cromwell, que tenía el título oficial de «Protector de la república de Inglaterra». <<

[4] Donde embarcó, después de la Revolución de Julio. <<

[5] General mexicano, que se hizo proclamar emperador en 1821, fue depuesto en 1823 y fusilado al año siguiente. <<

[6] Envío de un cuerpo expedicionario francés, en 1832. <<

[7] El asunto de las «bodas españolas» (1846) marcó el final del primer entendimiento cordial. <<

[8] En diciembre de 1832, cuando un ejército francés expulsó a los holandeses, que se negaban a ceder Anvers a Bélgica. <<

[9] Simon Deutz, que en 1832 entregó a Thiers, por cien mil francos, a la duquesa de Berry. Ésta fue entonces internada en Blaye. <<

[10] Pritchard, antiguo cónsul de Inglaterra en Tahití, había sido expulsado de la isla, en 1844, por el almirante Dupetit-Thouars. El mismo año, ante las protestas de Londres, el Gobierno francés concedía al ex cónsul una indemnización de veinticinco mil francos. <<

[11] María Cristina de Orleans (1813-1839), esposa del duque de Wurtemberg.
<<

[12] Leyes represivas promulgadas en septiembre de 1836, como consecuencia del atentado de Fieschi. <<

[13] Se trata de Barbès, condenado a muerte en 1839. <<

[14] Este obrero del arrabal Saint-Antoine intentó, en 1841, asesinar a dos príncipes de la familia real. *(N. del E. digital)* <<

[15] Hoy, calle Trousseau. <<

[16] Prefecto de policía de 1831 a 1836. <<

[17] Periódico de Cabet, que apareció de 1833 a 1835. <<

[18] Poeta latino (239-169 a. C.) <<

[19] «Colosal». <<

[20] Hoy, calle Jean-Jacques Rousseau. <<

[21] En 1832, en colaboración con Auguste Lebras, Escousse escribió *Raymond*, que, representado en la Gaîté, no tuvo éxito alguno. Como consecuencia de este fracaso, los dos amigos se suicidaron. <<

[22] Némorin, protagonista de la novela pastoril *Estelle y Némorin* (1788), de Jean-Pierre Claris de Florian. Schinderhannes (Johannes Bückler), célebre bandido alemán, guillotinado en 1803. *(N. del E. digital)* <<

[23] La barrera de Grenelle estaba situada en el lugar en que actualmente se cortan la calle Humblot y el bulevar de Grenelle. <<

[24] En la Edad Media se pretendía en París que los diablos vivían en el castillo de Vauvert, más allá del Luxemburgo. Los gobelinos son espíritus. <<

[25] Eduard Gans y Friedrich Carl von Savigny, juristas alemanes, estaban en desacuerdo sobre la noción de la posesión. En la época en que Marius estudiaba sus doctrinas, Gans acababa de publicar un *Tratado del derecho de sucesión*, que fue traducido al francés en 1845. <<

[26] Hoy, calle Oudinot. <<

[27] Hoy, parte de la calle Archives comprendida entre las calles Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie y Blancs-Manteaux. <<

[28] Hoy, calle Figuier. <<

[29] «Hojas y ramajes», de un verso de Lucrecio. <<

[30] Ciudad de Afrodita en Chipre. <<

[31] Se trata del presidente Lamoignon, protector de Boileau. <<

[32] Al extremo de la calzada del Maine (hoy, plaza Bienvenue). <<

[33] Había, en efecto, un cuartel en la calle Babylone y otro en la calle Plumet.
<<

[34] Ópera de Carl Maria von Weber. <<

[35] *Musc*, en francés, significa «almizcle». <<

[36] Nombre con que se identificaba antiguamente, en España, a la difteria y a la laringotraqueobronquitis, enfermedad respiratoria que afecta a los infantes. En el siglo XVIII, el médico escocés F. Home la denominó *croup* (crup) en referencia al sonido de ahogo que emiten los afectados. *(N. del E. digital)* <<

[37] *Omnibus* significa «para todos». <<

[38] Callejuela que unía la calle Saint-Antoine con la calle Roi-de-Sicile.

La actual calle Malher está situada en el emplazamiento de la calle Ballets y de la Force. <<

[39] Al cadalso. *(N. del A.)* <<

[40] Los colas-rojas eran payasos que llevaban una peluca en cuyo extremo había anudado un lazo rojo. <<

[41] El mechero inventado por Fumade contenía ácido sulfúrico, en el cual se sumergían «cerillas químicas». <<

[42] Hoy, calle Sévigné. <<

[43] Antoine-François Desrues (1745-1777), célebre envenenador. <<

[44] «¡Qué buena noche para una evasión!». *(N. del A.)* <<

[45] «Vámonos. ¿Qué hacemos aquí?». *(N. del A.)* <<

[46] «Llueve hasta apagar el infierno. Los polizontes vendrán, y allí hay un soldado de centinela. Aquí nos prenderán». *(N. del A.)* <<

[47] «¿Qué estás hablando? El posadero no ha podido escaparse. No sabe bien el arte. Romper la ropa y rasgar las sábanas para hacer una cuerda, hacer agujeros en las puertas, hacer falsos papeles y llaves falsas, romper los grilletes, atar la cuerda por fuera, ocultarse, disfrazarse, para esto hay que ser muy largo. El viejo no habrá podido hacerlo. No sabe trabajar». *(N. del A.)* <<

[48] «Tu posadero está cogido. ¡Es preciso ser muy largo!, y él es un aprendiz. Le habrá engañado algún alguacil o tal vez un borrego que se habrá hecho su compadre. Montparnasse, ¿oyes esos gritos?, ¿ves esas luces en la cárcel? Eso es que ya está preso. ¡Bah! Será condenado a cadena. Yo no tengo miedo; no soy cobarde; ya sabemos lo que es; no podemos hacer nada por él, y seremos cogidos. No te incomodes, anda, ven con nosotros a beber aguardiente». *(N. del A.)* <<

[49] «Tu posadero está cogido. A estas horas, el posadero no vale un ochavo. No podemos hacer nada. Vámonos. Me figuro que me están cogiendo los corchetes». *(N. del A.)* <<

[50] «Una cuerda». *(N. del A.)* <<

[51] «Mi cuerda». *(N. del A.)* <<

[52] «Un hombre». *(N. del A.)* <<

[53] «Un niño como yo es un hombre, y hombres como vosotros son niños». *(N. del A.)* <<

[54] «¡Bien habla el chiquillo!». *(N. del A.)* <<

[55] «Esta cuerda». *(N. del A.)* <<

[56] «Y atar la cuerda». *(N. del A.)* <<

[57] «Tu hija». *(N. del A.)* <<

[58] «Hacer». *(N. del A.)* <<

[59] «Estúpida». *(N. del A.)* <<

[60] Debe señalarse que Aurora Alemany no traduce este libro, quizás por la complejidad del texto en francés, cuyos matices se pierden. Por ello, nos vemos en la necesidad de incluir la traducción de Nemesio Fernández Cuesta (1863), actualizando la ortografía y dejando la palabra «caló» sólo cuando su uso se refiere a términos en español. *(N. del E. digital)* <<

[61] Palabra latina que significa pereza. <<

[62] Se refiere a *El último día de un condenado a muerte*. <<

[63] «Han silbado la comedia». <<

[64] Nosotros creemos que el caló viene del gitano, y que el gitano es una lengua antiquísima, hablada, como la misma palabra lo expresa, por el pueblo egipcio; la cual en las emigraciones de la raza que la conserva, se ha ido modificando con arreglo al genio y a la estructura del idioma hablado en cada país adonde se han extendido los gitanos. De éstos la han tomado todos los miserables.

El autor, sin embargo, no parece que la considera de esta manera, y así le da algunas raíces extrañas. «Antaño», por ejemplo, nunca ha sido palabra gitana, y todavía en español castizo se pronuncia y se sabe lo que es. Lo mismo podemos decir de otras palabras, ya españolas, ya de diversas lenguas que el autor cita. *(N. F. C.)* <<

[65] Esta misma observación corrobora lo que hemos dicho en la nota anterior. *(N. F. C.)* <<

[66] Obsérvese que *mac*, en celta, significa hijo. <<

[67] «Yo no comprendo cómo Dios, el padre de los hombres, puede atormentar a sus hijos, y oír sus gemidos, sin atormentarse a sí mismo». <<

[68] «Perro». *(N. del A.)* <<

[69] «Traído». *(N. del A.)* <<

[70] «Comer». *(N. del A.)* <<

[71] «Ventana». Para romper los vidrios, usan los ladrones una pasta que se extiende sobre el cristal y retiene los pedazos, evitando el ruido. *(N. del A.)* <<

[72] «Chillará». *(N. del A.)* <<

[73] «Lima». *(N. del A.)* <<

[74] «Cortarla». *(N. del A.)* <<

[75] «Trabajar». *(N. del A.)* <<

[76] «Navaja». *(N. del A.)* <<

[77] «Francos, sueldos u ochavos». *(N. del A.)* <<

[78] Estribillo de Béranger. <<

[79] «Un judío». *(N. del A.)* <<

[80] «París». *(N. del A.)* <<

[81] Héroe de la novela de Louvet de Couvray, *Amores del caballero de Faublas* (1787-1790). <<

[82] Hoy, calle Turenne. <<

[83] Jean Cottereau, o Jean Chouan (1757-1794), uno de los principales líderes contrarrevolucionarios y realistas de la *Guerra de los Chuanes* (Mayenne, 1793). Jeanne, uno de los jefes de la insurrección de 1832 en París. *(N. del E. digital)* <<

[84] Terray, controlador general de Finanzas de 1769 a 1774, fue reemplazado en sus funciones por Turgot. El pensamiento de Victor Hugo es claro: Terray es el mantenedor de los privilegios; Turgot, la reforma lúcida de los abusos. <<

[85] El humanista Ramus (1513-1563) fue asesinado en su colegio. <<

[86] En esta enumeración, los tres primeros términos son ampliados por los tres siguientes, que recuerdan las más ilustres víctimas de cada una de estas matanzas: San Bartolomé, Coligny; septiembre, señora Lamballe; Aviñón, el mariscal Brune. *Miquelets*: bandidos, después soldados españoles. Napoleón organizó unos *miquelets* franceses para luchar contra los guerrilleros españoles. *Verdets*: bandas realistas, con casaca verde, que sirvieron en el sur, después del 9 Termidor, y al principio de la segunda Restauración (Terror Blanco). *Cadenettes* (originariamente, trenzas de cabellos que llevaban granaderos y húsares): se convirtieron en moda después de Termidor, entre los realistas. Compañeros de Jéhu: grupos contrarrevolucionarios que operaron especialmente en el sur durante la reacción de Termidor. Caballeros del brazalete: en 1814, en la entrada del duque de Angulema en Burdeos, los gentilhombres de su guardia de honor llevaban, en el brazo izquierdo, un brazalete verde. Más tarde, en recuerdo de estas jornadas, enarbolaban un medallón que parecía la insignia de una nueva orden, a la que Victor Hugo llama irónicamente «los caballeros del brazalete». <<

[87] Jacques-René Hébert (1757-1794), editor del periódico radical *Le Père Duchesne* durante la Revolución francesa. Los días 4 y 5 de septiembre de 1793, cuando los *sans-culottes* invaden la Convención y le imponen la aplicación del Terror, fueron un éxito personal para Hébert. Al año siguiente, junto a otros líderes radicales, fue arrestado y guillotinado. *(N. del E. digital)* <<

[88] San Juan, que escribía en Patmos *El Apocalipsis*. <<

[89] Jefe de la insurrección napolitana de 1647. <<

[90] Maximilian Lamarque (1770-1832), general del Imperio, gobernador militar de París durante los Cien Días, proscrito de 1815 a 1818, diputado liberal de Landes desde 1828 hasta su muerte. <<

[91] Casimir Périer, presidente del Consejo, había muerto de cólera el 16 de mayo de 1832. Los partidos de oposición esperaban que su desaparición señalaría el principio de una debilidad política. Su esperanza fue truncada, y ciento treinta y cuatro diputados de izquierda enviaron a sus electores un manifiesto amenazador para el régimen: «La Restauración y la Revolución están presentes. La vieja lucha que creíamos terminada empieza de nuevo». Desde entonces las sociedades secretas buscaron una ocasión para obrar, que les fue suministrada por la muerte del general Lamarque. Legitimistas, bonapartistas y republicanos se unieron para sublevar al pueblo. <<

[92] Murió algunas semanas más tarde, el 22 de julio de 1832. <<

[93] Par de Francia ultrarrealista. <<

[94] Emblema de la Monarquía de Julio. <<

[95] General del Imperio que en 1832 ocupaba un sitio en la Cámara de los Pares. <<

[96] Hoy, calle Haudriettes. <<

[97] Obrero que mandaba la barricada levantada en la esquina de las calles Saint-Martin y Saint-Merry. <<

[98] El que sostenía uno de los extremos del paño mortuorio en los funerales de Lamarque. En cuanto a Carrel, director del *National*, no había aprobado la insurrección. <<

[99] Charles Lagrange (1804-1857), que dirigía en Lyon la Société du Progrès (reconstitución de la antigua Charbonnerie). <<

[100] Hoy, calle Turenne. <<

[101] En la plaza del mismo nombre, entre la plaza Baudoyer y la calle de la Verrerie. <<

[102] «Por Hércules». Juramento latino. <<

[103] «Prepara la guerra», del adagio latino «*Si vis pacem, para bellum*» («Si quieres la paz, prepara la guerra»). <<

[104] La palabra latina *bellum* la pronuncian los franceses lo mismo que *belhomme*, de ahí la equivocación de Gavroche. <<

[105] Unía la calle Saint-Denis con la calle Mondétour. Desapareció al abrirse la calle Rambuteau. <<

[106] *Détour*, en francés, significa «rodeo», «recodo», «curva». *Mondétour*, literalmente, «mi rodeo». *Pirouette*, «pirueta». *(N. del E. digital)* <<

[107] Estos versos son de Saint-Amant. <<

[108] *Pot-aux-roses* («tiesto de rosas») y *poteau rose* («poste rosa») se pronuncian igual en francés. <<

[109] «Coge las Horas». Un célebre aforismo de Horacio reza así: «*Carpe diem*» («coge los días»). <<

[110] La Biblioteca Real, hoy, Nacional. <<

[111] «¡Desgracia a los vencidos!». <<

[112] Alusión al cometa cuya aparición, en el cielo de Roma, precedió al asesinato de César por Bruto. <<

[113] «Apolo Tímbreo». Apolo, dios de la poesía, tenía un templo en Timbra, Tróade (actual Turquía), de donde toma el nombre. Virgilio lo menciona en *Geórgicas*, IV, 323). *(N. del E. digital)* <<

[114] «No está permitido a todos ir a Corinto». <<

[115] Unía la calle Rivoli con la calle Saint-Honoré, entre las calles de l'Échelle y de Pyramides. <<

[116] Unía las calles de Bourdonnais y de la Monnaie. <<

[117] Leónidas, el héroe de las Termópilas. Timoleón, al cual Plutarco ha consagrado una de sus *Vidas* más edificantes, no dudó en hacer matar a su hermano mayor, Timófanes, «tirano» de su patria. <<

[118] Mató a Hiparco, en el curso de la procesión de los panatenienses, disimulando su cuchillo bajo ramos de mirto. <<

[119] Restaurador de la democracia ateniense (fin del siglo V a. C.) <<

[120] *Chose*, en francés, «cosa». *Chosette*, «cosita». *(N. del E. digital)* <<

[121] La calle Chaume es hoy la parte de la calle Archives comprendida entre la calle Haudriettes y la calle Blancs-Manteaux. <<

[122] Mathieu Orfila (1787-1853), toxicólogo. <<

[123] Hoy, la parte de la calle Archives comprendida entre las calles Pastourelle y Portefoin. <<